

---

*Deodoro Roca,  
el hereje*

**Editorial Biblos**

---

---

*Deodoro Roca,  
el hereje*

SELECCIÓN Y ESTUDIO PRELIMINAR  
**NÉSTOR KOHAN**



**Editorial Biblos**

---

## ÍNDICE

Agradecimientos .....	11
Deodoro Roca, el hereje, por Néstor Kohan .....	13
Introducción, 13 – Un hijo del modernismo, romántico y anticapitalista, 17 – Universidad y revolución cultural, 31 – Rebeldía, filosofía y revolu- ción, 41 – Irreverencia cultural y compromiso político, 51 – Antiimperialismo y revolución, 57	
Nota introductoria a la presente selección .....	71

### UNIVERSIDAD Y REVOLUCIÓN CULTURAL

La juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de Sudamérica ...	77
La nueva generación americana .....	83
La universidad y el espíritu libre .....	89
La revolución de las conciencias .....	95
Ciencias, maestros y universidades .....	99
Juventud y servidumbre .....	109
Palabras sobre los exámenes .....	111
La reforma no será posible sin una "reforma social" .....	114
Encuesta de la Federación Universitaria Argentina.	
Respuesta de Deodoro Roca .....	116
¿Qué es la "reforma universitaria"? .....	118
El drama social de la universidad .....	124

### CULTURA Y FILOSOFÍA

Programa de filosofía general .....	131
Impulso y contención .....	133
Fietzsche en Italia .....	135
La meta del superhombre .....	138
De Goethe a Freud .....	140
El psicólogo de la neurosis .....	142
Los últimos románticos .....	143
Marxismo y anarquismo .....	145
Hitler y Charlot .....	148
Pequeña gran catástrofe .....	152
La novela rosa .....	154

El diario de Costia Riabtsev .....	157
Barristas .....	159
Aspectos de la biografía .....	162

#### ANTIIMPERIALISMO Y REVOLUCIÓN

La gran prensa .....	167
Sacco y Vanzetti, mártires de la esperanza .....	168
La revolución desfigurada .....	171
Comité pro Exiliados y Presos Políticos de América .....	174
Enjuiciamiento del fascismo en América .....	177
El imperialismo "invisible" .....	185
Independencia o dominio .....	192
Sandino y el imperialismo .....	195
"Sangre en el trópico" .....	198
El drama de los trabajadores .....	200
Fuego en la trinchera .....	203

#### LUGONES, DE LA REVUELTA A LA ESPADA (Polémica con Deodoro Roca)

Leon de alfombra .....	211
Lugones y el 18 .....	213
Defensa propia (respuesta de Lugones) .....	219
Boxea con su sombra (respuesta de Deodoro Roca) .....	222

CORRESPONDENCIA INÉDITA .....	227
-------------------------------	-----

AUTOBIOGRAFÍA .....	237
---------------------	-----

#### LA ENTRAÑABLE PRESENCIA DE DEODORO

Adios a Deodoro Roca (Enrique González Tuñón) .....	249
Adios a Deodoro Roca (Raúl González Tuñón) .....	255
¡Que suenes, Deodoro Roca! (Arturo Capdevila) .....	257
Deodoro Roca, o la muerte de un hombre (Rafael Alberti) .....	259

*Nosotros creemos que la paz en América ha de lograrse sólo en una sociedad sin clases y en una humanidad liberada y bella.*

DEODORO ROCA

*Nuestro punto de vista es que deben desaparecer las clases y que debe existir una clase, la de quienes trabajan. Y no como ahora que existe la de los explotados que trabajan y la de los explotadores que sólo viven del esfuerzo de los demás.*

AGUSTÍN TOSCO

*La respuesta es fácil: la realidad histórica parece llamarnos a la revolución. ¡Preparémosla entonces! Pero, mientras que la que pugnan por realizar nuestros adversarios —llegados al poder por medios ilegítimos y violando las reglas del juego histórico—, sea la regresiva de sujetar las clases a una sola, sea la nuestra la de realizar, por tal medio, el ideario y el mundo socialista de mañana.*

DEODORO ROCA

## AGRADECIMIENTOS

Nuestros principales agradecimientos a Cristina Roca y a toda su familia por la inestimable ayuda que en todos los sentidos nos brindó, sin la cual esta investigación se hubiera tornado muchísimo más complicada, difícil y superficial. Nuestra mayor alegría fue sentir y comprobar cómo el recuerdo y el espíritu rebelde de Deodoro sigue hoy vivo y reacio a cualquier "institucionalización" o manipulación oportunista.

Agradecemos asimismo a Alberto Giudici por las cartas inéditas de su padre con el pensador cordobés, a Horacio Sanguinetti por haber transmitido el mensaje de Deodoro a las nuevas generaciones a través de las compilaciones, por acercarnos materiales periodísticos sobre su muerte y por haber conseguido la carta a Julio V. González; a Sylvia Bermann por su inmensa generosidad, su ayuda bibliográfica y por haber mantenido sistemáticamente la memoria histórica aun en los años dolorosos del exilio, a Cecilia López por prestarnos la compilación de Gabriel Del Mazo, a Horacio Tarcus y el CEDINCI por permitirnos consultar los pocos ejemplares de *Flecha* que se conservan, a Marcos Meerof por sus recuerdos sobre la Federación Universitaria de Córdoba y El Sótano en los años 30, a Arturo Andrés Roig por habernos enviado su artículo sobre Deodoro Roca, a Hugo Biagini por habernos facilitado algunos de sus artículos sobre Reforma y juventud y finalmente a Horacio Crespo y a Oscar del Barco por habernos conseguido el programa de Filosofía de 1920.

Como se suele decir –y aquí lo repetimos una vez más para que no haya confusiones–, ninguno de ellos es responsable por las ideas vertidas a continuación.

## DEODORO ROCA, EL HEREJE

*A los estudiantes desaparecidos de la Facultad de Filosofía y Letras, compañeros que dieron su vida luchando por los mismos sueños libertarios del pensador cordobés.*

*A la entrañable memoria de Ernesto Giudici, quien me regaló El difícil tiempo nuevo cuando yo ni siquiera había escuchado el nombre de Deodoro.*

### INTRODUCCIÓN

*Desconfío de todos los sistemáticos y les huyo. El gusto por el sistema es una falta de probidad.*

FEDERICO NIETZSCHE

Un pobre e infeliz escritor de provincia, que no tiene ninguna pretensión. Así, humilde y lacónicamente, se describió a sí mismo Deodoro Roca en su polémica con Leopoldo Lugones. Toda una actitud ante la cultura y ante la vida.

Soslayado por los manipuladores actuales de la Reforma, tristemente olvidado por la cultura "oficial" de un país que se empeña en blanquear periódicamente su memoria, absolutamente desconocido por las nuevas generaciones, la leyenda de Deodoro se consumió al promediar el siglo. Un siglo que lo contó como uno de sus pensadores más heréticos, sugerentes y heterodoxos.

Había nacido en 1890 en Córdoba, la "docta". Amado y odiado, allí murió en 1942, a los cincuenta y dos años. Después de su muerte, Macedonio Fernández le susurró a Eduardo Gironde que "su modestia no le impidió ser famoso: en muchos corazones, gloria predilecta". No se equivocaba.

Su familia pertenecía a los sectores tradicionales de Córdoba. Por eso Gregorio Bermann, su compañero, discípulo y amigo, lo caracterizó como un tráfugo de su clase, de la oligarquía doctoral, del patriciado.

En una página autobiográfica Deodoro se dibujó a sí mismo como un romántico incurable. "Creo en el espíritu y en la suprema realidad del arte", apuntaba. En un banquete anterior a la polémica con Leopoldo Lugones, también declaró –orgullosamente– "cultivo como una defensa de mi juventud la irreverencia contra los fantasmones, los pedantes, los importantes. ¡Guerra a los solemnes! ¿Cómo? Riendo". Su mejor definición.

¿Cuáles habrán sido las ideas que profesaba este "pobre e infeliz escritor de provincia" como para convertirlo nada menos que en el ideólogo fundacional de un movimiento cuya prédica política y cultural abrazó el continente todo? ¿Qué secretos escondidos habrán guardado su mítico sótano y su casa de Ongamira como para encandilar a figuras de la talla de Waldo Frank, José Ortega y Gasset, Rafael Alberti, los hermanos González Tuñón, Stefan Zweig, Víctor Raúl Haya de la Torre y tantos otros nombres ilustres que lo visitaron? Enigmas que en el balance de hoy, a ochenta años de la revuelta estudiantil cordobesa, merecen sin duda ser repensados.

El terreno privilegiado que adoptó para desarrollar sus polémicas, su impulso agónico y su pensamiento dionisiaco fue el del manifiesto y el del periodismo militante. Se expresó tanto en su célebre "Manifiesto liminar" como en su revista *Flecha*, de la que editó diecisiete números durante dos años, o también en los cuatro números de *Las Comunas*. Igualmente, ocupó un destacado lugar en periódicos provinciales como *La Voz del Interior* o *El País*. Sus artículos de crítica cultural fueron siempre cortos y punzantes, con un ritmo innegablemente "periodístico", lo que les otorgaba un atractivo singular. Todos sus ensayos editados y algunos de sus manuscritos fueron recopilados póstumamente por sus dos hijos, por amigos y por discípulos.

Lo llamativo del caso reside precisamente en que toda su obra se despliega invariablemente en la órbita lateral de géneros "menores" o marginales. Un síntoma y un estilo.

Su modo de intervención intelectual retomó mucho de la cultura clásica, cuyas fuentes originales conocía de primera mano. Tanto del método socrático –con su permanente y filosófica ironía–, del epicureísmo helénico –con su cultivo pagano de la amistad–, así como también de la pedagogía humanista y mundana de un Abelardo. Sin olvidar a aquellos sabios y maestros renacentistas con su culto del humor, la risa, la irreverencia nominalista y la alborozada estética de lo vital.

Todas estas líneas clásicas se entrecruzaron en su pensamiento y en su actuación política de manera original con su bohemia y sus ademanes vanguardistas. Lo suyo fue continuidad pero también ruptura. Allí se ubican y comprenden sus choques frontales con el dogma adusto y pétreo de los aristotélico-tomistas cordobeses. Defensores acérrimos, estos últimos, del tratado sistemático y de la cultura jerárquica encerrada de puertas para dentro en el claustro medieval. Ellos, sus animosos adversarios y enemigos de la Córdoba monacal y oligárquica, jamás le perdonaron la traición a su clase. No se trata de hacer hagiografía barata, pero indudablemente Deodoro fue un traidor, y del más alto vuelo. De los que duelen y dejan huella.

Retomando el impulso perdido de la filosofía de los presocráticos, en su pensamiento nunca se divorciaron la búsqueda de la verdad, del bien y de la belleza. No resulta casual que mantuviera hasta el final de sus días, junto a la actuación política, el ejercicio de la pintura y el amor por el arte. Incluso hasta su biblioteca personal también se articulaba sobre esos ejes inseparables: la política, la filosofía y la literatura.

Esa doble vocación explica su permanente alternancia entre las actividades estéticas, filosóficas y políticas, ámbitos que transitó conjuntamente sin abandonar ninguno, rechazando de hecho la dicotomía instalada por la izquierda tradicional que obligaba a los intelectuales argentinos a optar entre uno u otro flanco.

Por ejemplo, ejerció la dirección del Museo Provincial Sobremonte –cargo del cual fue dejado cesante por adherir a las luchas estudiantiles–, así como la cátedra de Filosofía General en la Facultad de Derecho –nombrado por iniciativa reformista–. Paralelamente se abocó a la defensa jurídica de los presos políticos o a la organización de comités y ligas antiimperialistas y antifascistas. Si hubiera que recurrir a una sentencia para describir ese anhelo de totalidad, ninguna otra más apropiada que aquella de Terencio acariciada por Marx: nada de lo humano le fue ajeno.

Muchos le reprocharon posteriormente el no haberse dedicado a la redacción de gruesos tomos y pesados volúmenes. Creemos que esa impugnación no da en el clavo ni ayuda a comprender el estilo personal de su pensamiento. Preferimos pensarlo como un intelectual herético e iconoclasta que llevó su actitud de ruptura hasta las últimas consecuencias. No se quedó en la prédica genérica que solo impugna externamente los contenidos pero

acepta acriticamente las formas consagradas e institucionales del "saber" académico o de la cultura inofensiva de salón. Por el contrario, al cultivar la oralidad subterránea –en todos los sentidos del término–, el periodismo de barricada y el artículo corto más que el tratado sistemático de largo aliento, supo desbordar hasta en los pliegues más íntimos de su práctica teórica las normas impuestas por la cultura oficial de su época. Tuvo miedo –un temor sano e imprescindible– de ser cooptado, institucionalizado y también de quedar cristalizado dentro de la forma cerrada que todo libro conlleva. Optó por mantener la puerta abierta de su pensamiento y no dudó en retractarse o modificar sus elaboraciones previas. Sin dar cuenta de estas características personales tan suyas no se explica la abundante e imponente cantidad de material que produjo, sin reunir la nunca en un libro. La suya fue una escritura del despilfarro, jamás se planteó la acumulación encuadrada de capital simbólico. En eso también rompió con su clase.

Por otra parte, sin dejar de reflexionar, hizo, impulsó, alentó. Fue consejero espiritual y guía ideológico. No miró de lejos ni escribió "sobre" sino que sus palabras repetidas por doquier constituyeron una permanente autorreflexión. "Por mi boca hablaba la juventud más valiosa de este país", le confesó al mismo Lugones en lo más ácido de la disputa.

La prueba más fehaciente de que el no haberse dedicado ni subordinado a esa disciplinada escritura de academia (en aquella época signada por los pesados tratados sistemáticos, hoy por los insulsos *papers*) no significó ausencia de productividad teórica la encontramos en el impulso que dio desde su bodega cultural (el mítico sótano de la calle Rivera Indarte al 500) a varias generaciones de jóvenes estudiantes irreverentes, poetas, artistas y militantes con vocación revolucionaria. El matrimonio tan disputado entre las vanguardias intelectuales y artísticas, por un lado, y las vanguardias políticas, por el otro, que habitualmente termina en trágicos divorcios y enfrentamientos, encontró en aquel sótano un espacio compartido y una atmósfera propicia si no para la organicidad al menos para la mutua confluencia.

Sin dejar de ser jamás un pensador de los bordes, pudo sin embargo articular el universo ideológico de un movimiento que alcanzó dimensiones continentales.

UN HIJO DEL MODERNISMO, ROMÁNTICO Y ANTICAPITALISTA

*Eres los Estados Unidos,  
eres el futuro invasor  
de la América ingenua que tiene  
[ sangre indígena,  
que aún reza a Jesucristo y aún  
[ habla en español.  
RUBÉN DARÍO, "A Roosevelt"*

*A vuestra generación toca impedirlo;  
a la juventud que se levanta, sangre y  
músculo y nervio del porvenir. Quiero  
personificarla en vosotros. Os hablo ahora  
figurándome que sois los destinados a  
guiar a los demás en los combates por la  
causa del espíritu.*

JOSÉ ENRIQUE RODÓ, *Ariel*

Siempre admirado por su cultura (como atestiguan las figuras que lo visitaron en Córdoba), Deodoro Roca no había partido de cero. Pertenecía a una tradición de pensamiento que bebió de innegables fuentes modernistas. Se equivocan groseramente los comentaristas e historiadores apresurados de la Reforma que le atribuyen a sus fundadores un positivismo liberal a lo sumo "progresista". Nada más lejos de Deodoro.

Por lecturas –como podemos apreciar en su biblioteca personal–, por lenguaje, por formación y por temperamento, Deodoro fue un hijo y un heredero tardío de la literatura y el pensamiento del novecientos (equivalente a lo que Roberto Fernández Retamar ha denominado "literatura del 98"). De aquel movimiento que en el verbo de José Enrique Rodó –a pesar de sus recaídas aristocratizantes o elitistas y de su participación en el Partido Colorado de Uruguay– aprendió a cuestionar la mediocridad prepotente, cuantitativa y materialista del yanqui en lo internacional y del burgués en ascenso en lo nacional, oponiéndole los valores irreverentes y cualitativos de la juventud latinoamericana. Sus otros maestros continentales fueron, además de Rodó y del lejano eco antiimperialista de José Martí, Rubén Darío y José Vasconcelos, principalmente Manuel Ugarte, Leopoldo Lugones y José Ingenieros. Sin

olvidarnos de los españoles Miguel de Unamuno y Juan Ramón Jiménez.<sup>1</sup> Prescindiendo de la obra y el legado de aquéllos no se podría comprender ni apreciar la particular tonalidad que Deodoro intentó imprimir a la ideología de la Reforma. Y que hoy han trágicamente “olvidado”... sus supuestos defensores.

Es cierto que se podría caracterizar el modernismo latinoamericano en su conjunto –como sugiere, por ejemplo, Ángel Rama– priorizando sus notas críticas hacia la democracia aluvional de fines del siglo XIX. En ese sentido es innegable que en el cuestionamiento del “materialismo burgués”, del “filisteo” y de “la ciudad mercantil” resonaban los conflictos inconcesados de una profesionalización en ciernes del escritor latinoamericano junto con la evidente falta de público lector. Ausencia, esta última, que originó esa actitud de desdén y desprecio por las muchedumbres inmigrantes tan típica de las bohemias y las vanguardias modernistas.<sup>2</sup>

1. Deodoro los admiraba y los quería, al punto que en conferencias, discursos y artículos los llamaba simplemente por sus nombres de pila (Rubén, Juan Ramón, etc.). Pero no llegó a conocer a la mayoría de ellos, pues prácticamente no salió de Córdoba, a excepción de dos cortos viajes a Brasil y uno a Chile. En ese plano, fue virtualmente lo opuesto de Manuel Ugarte –otro “maestro”, una generación mayor– quien conoció personalmente a casi todas las personalidades admiradas por Deodoro: Rubén Darío, Henri Barbusse, Romain Rolland, Émile Zola, Diego Rivera, Miguel de Unamuno, Ramón del Valle Inclán, Amado Nervo, Rufino Blanco Fombona, entre otros.

Tanto Ugarte como Deodoro fueron hombres de bohemia. Pero si la del primero se desarrolló –como la de todos los modernistas– en los cafés de París (la ciudad que también desvelaba a Aníbal Ponce, aun sin ser modernista), la del segundo tuvo por escenario exclusivo únicamente a su querida Córdoba. Si todos los modernistas se iban a vivir a París, él no llegó siquiera a vivir en Buenos Aires. A pesar de que en una carta a su hermano José, residente en la capital (a quien Deodoro le pedía que le enviara libros de Giddins, Posada y Fouillée), le confiesa que “...el día que tenga una oportunidad, y sin ella también, me iré a estudiar a Buenos Aires” (carta de Deodoro a José Roca –fecha ilegible, probablemente 1 de junio de 1911–. Archivo Cristina Roca). Nunca cumplió ese sueño juvenil. Fue un intelectual de provincia y, a pesar del feroz centralismo arraigado en nuestro país, las grandes personalidades que visitaban la Argentina viajaban a Córdoba sólo para entrevistarse con él...

2. Cfr. Ángel Rama, *Las máscaras democráticas del modernismo*, Buenos Aires, Fundación Ángel Rama, 1985, cap. v, “La canción del oro de la clase emergente”, pp. 109-146. También puede consultarse, en una perspectiva crítica –sobre el modernismo de Darío, por ejemplo, y su relación con *La Nación* de Bartolomé Mitre–, David Viñas, *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*, Buenos Aires, Siglo xx, 1971, “El escritor modernista”, pp. 42-47. De

Sin embargo, creemos que reducir la ponderación del modernismo a esta impugnación “materialista” de sus prácticas culturales (en el sentido de que este tipo de análisis se esfuerza por destacar la inserción material de los escritores en sus circuitos sociales de producción y consumo cultural), aunque parcialmente verdadera, termina siendo en última instancia limitada. Limitación que surge de una visión demasiado complaciente con “la mentalidad modernizadora” (que Rama opone dicotómicamente a la “mentalidad tradicionalista”).

Creemos que en el modernismo latinoamericano se escondía, aun bajo sus “máscaras” aristocratizantes, un repudio sano, vital y plenamente justificado del avance imperial norteamericano y del mundo burgués que en nombre de la modernización y del “progreso” terminó en nuestro país no sólo aniquilando todas las resistencias sociales anticapitalistas (el indio, el gaucho, el anarquista, etc.) sino también subordinando brutalmente la cultura y la educación a los dictados burgueses más mundanos del Estado-nación en formación y del mercado capitalista en expansión. Esa vertiente rebelde, antiburguesa y antiimperialista, la más perdurable e históricamente la más fructífera, por cierto, constituye probablemente el carozo de la primera constelación ideológica de Deodoro. La de su juventud.

El *Ariel* de José Enrique Rodó, por ejemplo, se publica en 1900, durante el período que se abre entre la aparición de *Nuestra América* (1891) de José Martí y *Cantos de vida y esperanza* (1905) de Rubén Darío (en los que incluye su “Oda a Roosevelt”, escrita a partir de la invasión yanqui a Panamá en 1903). Las tres obras están atravesadas por un antiyanquismo visceral, núcleo del primer antiimperialismo latinoamericano.

Un antiimperialismo incipiente que desde sus orígenes se irá paulatinamente articulando sobre tres ejes sucesivos: 1) como dato cultural crítico del “materialismo” y el “utilitarismo” propios de Estados Unidos, 2) como cuestionamiento del expansionismo territorial norteamericano y, finalmente, 3) como categoría política y económico-social de alcance general.

En la particular modulación que asume este primer antiimperialismo en el pensamiento político de Deodoro esas tres dimen-

*Luigone, a Walsh*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996, pp. 21-26, y *De Sarmiento a Dios*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998 (particularmente sobre la recepción del *Ariel* de Rodó en Paul Groussac)

siones se harán presentes de un modo inextricable aunque la significación económico-socio-política termine –durante los años 30– pesando más que las otras dos, sin disolverlas.

Esta constelación modernista de alcances continentales de la que emerge ese primer antiimperialismo se radicaliza notablemente a partir de la intervención yanqui en la guerra entre Cuba y España de 1898, de la posesión colonial de Puerto Rico, de la “creación” de Panamá, del bombardeo a Veracruz y las intervenciones en Santo Domingo, Nicaragua, Honduras, El Salvador y Costa Rica. Junto con la experimentación de las formas expresivas en la prosa, en la poesía y con la renovación del español el antiimperialismo será de ahí en adelante su nota fundamental. Por eso, como ha sugerido Fernández Retamar, conviene comprender el modernismo en sentido ampliado, como toda una época de la cultura (que surge antes en América latina que en España), no circunscripto únicamente al plano de una escuela literaria.<sup>3</sup> En esa línea de lectura Fernández Retamar insiste –siguiendo a Ricardo Gullón con justificada razón– en que el modernismo expresó al mismo tiempo una rebelión política y estética contra “la vulgaridad y la chabacanería del ensoberbecido burgués”.

En cuanto a las formas y los géneros de escritura de este movimiento cultural resulta más que sugerente –porque le cabe perfectamente a la práctica teórica de Deodoro– la observación de José Gaos: “En cuanto a la forma, la del tratado o curso sistemático y metódico es la de la parte también menos original y valiosa, más meramente didáctica, de la obra colectiva; la de la parte más original y valiosa es la del ensayo y el artículo y la del discurso”.<sup>4</sup>

Pero, como decíamos, lo más sugerente reside en que el fenómeno imperialista será decodificado por esta tradición latinoamericana –de la cual Deodoro Roca es un hijo– no sólo como un proceso económico y sociopolítico (donde Lenin aportará su *Imperialismo, etapa superior del capitalismo*, cuyos puntos de vista serán adoptados por Deodoro en la década del 30, principalmente en sus artículos sobre el imperialismo “invisible”) asociado

3. Cfr. Roberto Fernández Retamar, “Modernismo, 98, subdesarrollo”, en *Para un perfil definitivo del hombre*, La Habana, Letras Cubanas, 1995, p. 122. Para una visión de conjunto sobre los debates en torno del modernismo, cfr. Noé Jitrik, Guillermo Ara, Rodolfo A. Borello y Beatriz Sarlo, *El modernismo*, Buenos Aires, CEAL, 1985.

4. José Gaos, *Antología del pensamiento en lengua española en la edad contemporánea*, citado en R. Fernández Retamar, *ob. cit.*, p. 123.

al expansionismo territorial norteamericano sino que además será interpretado en tanto dato cultural. Ésa será una de las capas de mayor densidad teórica y continuidad histórica que nutrirá tanto el discurso antiimperialista de la Reforma del 18 como la recepción argentina de la revolución bolchevique en los 20.

Esta constelación ideológica modernista, crítica de la vulgaridad y mediocridad del burgués y de la arrogancia “materialista” y “mecanicista” expansiva del imperialismo yanqui, reposaba en un conjunto muy preciso de coordenadas estrechamente ligadas al romanticismo. No al romanticismo entendido como tendencia reaccionaria y conservadora frente al progreso iluminado de la revolución francesa ni tampoco como una escuela literaria de mediados del siglo XIX europeo sino más bien como una sensibilidad y una protesta radical frente a la modernización impulsada por el orden burgués capitalista.<sup>5</sup> Una protesta frente a su despiadada desarticulación de las relaciones personales, frente a su brutal sujeción de la cultura, la poesía y el arte al orden del dinero y el valor de cambio. En esa desbordante estela se inscribe la llamativa definición de Deodoro cuando se ubica a sí mismo dentro del universo cultural romántico.

Intentando describir esta concepción igualmente ampliada del romanticismo para el centro de Europa (especialmente en sus estudios sobre el judaísmo mesiánico revolucionario), Michael Löwy ha señalado que la sociología alemana de fines del siglo XIX –conocida de primera mano por Deodoro, según consta en el programa de Filosofía General que él dictara en 1920 en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales– formulaba de manera sistemática una nostalgia romántica del pasado, una tentativa desesperada de reencantar el mundo. Lo hacía –siempre según la hipótesis de Löwy– oponiendo a los valores puramente cuantitativos de la *Zivilisation* (civilización) industrial los valores cualita-

5. A pesar de las habituales confusiones terminológicas, no resulta contradictorio afirmar que el modernismo implicó en Deodoro una protesta estética y política contra la modernización capitalista pues –como bien ha señalado en su oportuno libro Perry Anderson en una conocida polémica con Marshall Berman– no deben homologarse los conceptos de “modernismo”, “modernidad” y “modernización”, cronológicamente utilizados como intercambiables. El primero haría referencia a la vanguardia estética, el segundo a una sensibilidad propia de una determinada época y el tercero a un proceso de desarrollo socioeconómico capitalista. Cfr. Perry Anderson, “Modernidad y revolución”, en *Levántate*, 16, Buenos Aires, 1984. También en Nicolás Casullo, *El debate modernidad posmodernidad*, Buenos Aires, Borello, 1991, pp. 92-115.

tivos de la *Kultur* (cultura) espiritual y moral, o a la *Gesellschaft* (sociedad) individualista y artificial la *Germeinschaft* (comunidad) orgánica y natural.

Tratando de explicar el particular tono que esta oposición asume en otros países diferentes de Alemania pero que sufren en diversos periodos históricos similares problemas, Löwy amplía el concepto sosteniendo que frente a la escalada irresistible del capitalismo, al despliegue invasivo de la civilización científica y técnica, de la gran producción industrial, del universo de la mercancía y de los valores mercantiles, se produce –en diversos medios sociales, y, particularmente, en la *intelligentsia* tradicional– una reacción cultural (unas veces desesperada y trágica, otras resignada) que puede designarse como “romanticismo anticapitalista”.<sup>6</sup>

Creemos no equivocarnos al considerar a Deodoro Roca (y, con él, a todos sus maestros modernistas) como un original correlato expresivo –específicamente latinoamericano– de esta corriente intelectual y cultural europea analizada por Löwy. Romanticismo y modernismo no son entendidos aquí –insistimos– como escuelas literarias estrictas, en cuyo caso no tendría sentido cruzarlas o amalgamarlas por ser básicamente heterogéneas y por no coincidir cronológicamente entre sí. Son comprendidos en tanto movimientos culturales, formas de sensibilidad y actitudes estético-políticas de rechazo frente a la emergencia de la sociedad capitalista y frente a su “modernización”.

Quizá el matiz diferente del romanticismo anticapitalista que mantiene esta corriente latinoamericana frente al de la sociología alemana y al de los pensadores judíos mesiánicos revolucionarios centroeuropeos haya sido que Deodoro, Ingenieros, Martí, Darío, Rodó y los demás miembros de esta pléyade continental no apelaran a un pasado precapitalista para contraponerlo al reino monetario del imperialismo yanqui –a excepción tal vez de Rodó, con su paradigma helénico– sino, por el contrario, al porvenir futuro de la unidad latinoamericana. La superación del atomismo mecánico típico de la modernidad capitalista no estaba –para estos latinoamericanos estética y políticamente ligados al modernismo– en el pasado sino en el futuro.

Un caso aparte, demasiado condensado y singular a pesar de

6 Cf. Michael Löwy, *Redención y utopía (El judaísmo libertario en Europa central)*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1997, p. 30.

pertenecer a esta misma familia latinoamericana ampliada de la que emergió Deodoro, es el de Mariátegui. Su romanticismo sí que apelaba al pasado como contraejemplo frente a la modernidad capitalista, pero no al pasado griego o latino como en Rodó sino al pasado incaico de su Perú natal. Haciendo esta salvedad, el paralelo con el romanticismo culturalista anticapitalista resulta de por sí evidente en cada uno de estos pensadores de nuestra América, Deodoro en primer término.

Frente a una Argentina “granero del mundo” que modernizaba su capitalismo combinando culturalmente el tradicionalismo católico más arcaico con el predominio secularizador del valor de cambios, desde su periférica Córdoba el joven Deodoro oponía como alternativa la revuelta cultural y el rechazo cualitativo a semejante modernización.

La primera huella fehaciente de su pertenencia a la familia modernista la encontramos en su tesis doctoral “Monroe, Drago, ABC” de octubre de 1915. Allí Deodoro se proponía enjuiciar en el terreno del derecho internacional al imperialismo estadounidense, asentado y legitimado jurídicamente en la doctrina Monroe. Para ello comparaba aquella doctrina con la argentina del ministro Luis María Drago (formulada en rechazo del bloqueo a Venezuela de 1902) y con el tratado firmado entre Argentina, Brasil y Chile (ABC, que hacía referencia al intervencionismo yanqui sobre la temprana revolución mexicana).

Lo más sugerente de esta temprana tesis, más allá de sus apelaciones a Simón Bolívar, reside en la presencia impactante –por tratarse justamente de un trabajo jurídico académico bien alejado de la poesía– de Rubén Darío. Además de hacer una clara referencia explícita a “un poeta nuestro que apostrofara a Roosevelt”, el joven Deodoro imita al escritor nicaragüense al final del prólogo, en una larga invocación desafiante a Estados Unidos que remite puntualmente a la célebre “Oda a Roosevelt” ya mencionada, en la cual el cordobés no se priva de decirles, como también hiciera el poeta, que “os falta lo esencial: sois orgullosos, egoístas y duros”.<sup>7</sup>

En cuanto al romanticismo, el mismo Deodoro –en un texto de

7 Deodoro Roca, “Monroe, Drago, ABC (Reflexiones sobre política continental)”, Córdoba, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, 1915, pp. 8-9 y 19. Tesis para el doctorado. Mesa examinadora: presidente: doctor Santiago E. Díaz; vocales: doctor José Cortés Funes, doctor Carlos E. Deleza, doctor Pastor Achaval, doctor Alberto Gauzon Funes, replicantes: doctor Saul Alejandro Taborda, doctor Emilio

relativa madurez (1931) titulado “Los últimos románticos” – reivindicaba expresamente al socialismo como parte de esta tradición. Contrariamente a quienes asociaban esta herencia cultural con la reacción frente a la revolución burguesa, Deodoro identificaba el impulso romántico con la “fermentación política de la democracia y los derechos del hombre”. Pero en esa ocasión iba aun más lejos.

Además de recurrir obviamente a las figuras típicas de Federico Schiller, Víctor Hugo y José Espronceda, se esforzaba por encontrar “gérmenes románticos” ya en Immanuel Kant, en su enlace con Johan Fichte y Friedrich Hegel y por supuesto en su heredero más legítimo, Carlos Marx. Lo que le permitía articular en los 30 el socialismo de Marx con la tradición romántica era precisamente “la conquista de la Cultura” (con mayúsculas), central –desde su perspectiva– para la acción del proletariado.

En otro artículo (de abril de 1930), analizando la obra de Charles Baudelaire, Deodoro prolongaba “los avances del magnífico y desordenado ejército romántico” hasta incluir no en el campo filosófico sino en el estético y poético al mismo Baudelaire y a sus “descendientes”: Arthur Rimbaud, Paul Verlaine, Stéphane Mallarmé y Paul Valéry.

Desde mucho tiempo antes, cuando todavía no había arribado a aquella inquietante amalgama de socialismo y romanticismo, el “Manifiesto liminar” de junio de 1918 (tres años posterior a su tesis doctoral) ya relanzaba a través de su pluma todo este *élan* modernista en su vertiente más politizada, romántica, antiburguesa y antiimperialista, hacia el resto del continente. De nuevo encontramos en él la revuelta ética, culturalista y romántica contra el capitalismo y el soberbio burgués.

Aunque, en Deodoro, la referencia al pasado utilizada al modo romántico como contraejemplo frente a la modernidad capitalista también asume figuras diferenciales. Pues si en Mariátegui el

Pizarro, estudiante Pedro León, estudiante Julio Deheza (h.) y estudiante Ernesto S. Peña.

La tesis tenía originalmente setenta y ocho páginas (de las cuales Gregorio Bermann incorporó las cuatro del prólogo a la compilación de la obra de Deodoro de 1956, *El difícil tiempo nuevo*). No figuraba en el original ninguna dedicatoria, aunque por una carta del 10 de diciembre de 1915 de Deodoro a María Deheza, su novia, sabemos que ella era la destinataria “secreta” del trabajo. En esa bellísima carta de amor, escrita en un tono típicamente romántico, Deodoro le confesaba el dolor de haber perdido a su madre y la alegría de haberla conocido a ella, su futura esposa.

modelo precapitalista mentado es el del comunismo incaico y en Rodó el de la Grecia clásica, en Deodoro –ya maduro, durante los años 30– encontramos una altísima valorización de la historia de España (no hay en él huellas de indigenismo). Incluso llega al extremo de plantear que la revolución española de los años 30 cuenta con valores históricos previos más elaborados que los que pudo contar en su apoyo histórico la revolución bolchevique de 1917.

Ahora bien, si aquellas tres obras fundacionales de Martí, Rodó y Darío marcaron entonces el nacimiento de esta primera constelación modernista antiimperialista que nutre al joven Deodoro (a la que quizá habría que agregar como antecedentes mucho más lejanos los nombres de Simón Bolívar, Francisco Bilbao, Vicuña Mackenna, Cecilio del Valle y varios más), de todas ellas será el *Ariel* de Rodó la que sellaría más a fuego a toda la primera generación reformista.

En su *Ariel*, dedicado sugestivamente “a la juventud de América”, Rodó utiliza una matriz dicotómica para estructurar su discurso que bien se inscribe tanto en esa concepción ampliada del modernismo latinoamericano (de Fernández Retamar) como en la del romanticismo anticapitalista (de Löwy). En esa antítesis Rodó opone la Cultura latinoamericana, resumen cualitativo de la belleza, del humanismo, del espíritu entusiasta de la juventud con ideales, a la Civilización yanqui, síntesis del materialismo económico, de la ética utilitarista, del reino mediocre de la sociedad de masas urbana, anónima, rutinaria y vulgar y del predominio despiadado de la cantidad dineraria.<sup>8</sup> La imagen-símbolo que encarna al primer polo es la de Ariel y la que representa al segundo es la de Calibán, dos personajes de *La tempestad* de William Shakespeare reelaborados luego por Ernest Renan, autor a quien Rodó caracteriza lisa y tajantemente como “el maestro”, a secas.

El hilo rojo de esa prédica que encuentra en el culto de lo joven el centro de su discursividad será retomado casi al pie de la letra por Deodoro en el “Manifiesto liminar” y en sus escritos sobre la

8. Frente a quienes rechazan a Rodó por su vaguedad, compartimos el balance de M. Benedetti cuando sostiene que “pese a sus carencias, omisiones e ingenuidades, la visión de Rodó sobre el fenómeno yanqui, rigurosamente ubicada en su contexto histórico, fue en su momento la primera plataforma de lanzamiento para otros planteos posteriores, menos ingenuos, mejor informados, más previsores”. Cf. Mario Benedetti, *Genio y figura de José Enrique Rodó*, Buenos Aires, EUDEBA, 1966, p. 102.

revolución de las conciencias, frente a la universidad de la rutina, de la burocracia y de lo viejo.

Aun cuando Rodó definía su despreciado materialismo utilitarista como “la igualdad en lo mediocre”, la crítica de la mediocracia ocupaba solamente un lugar más dentro de todo el universo ideológico simbolizado en Calibán. Será Ingenieros quien retomará, sistematizará y prolongará esa crítica a lo mediocre, ahora sí, ubicada en el centro mismo de la escena.

En *El hombre mediocre* (obra en la que tuvieron gran influencia sus polémicas con el presidente Roque Sáenz Peña), surgido de un curso en la Facultad de Filosofía y Letras de 1910, Ingenieros estigmatizaba sin piedad al partidario de la rutina y el espíritu conservador, al domesticado y al sumiso, figuras que también aparecen anatematizadas en el “Manifiesto liminar” de 1918. Mientras tanto, reivindicaba –análogamente a como hiciera Rodó con *Ariel*– a los idealistas. Seis años más tarde, en 1916 –apenas uno antes de la revolución bolchevique y dos antes de la insurrección estudiantil cordobesa–, Ingenieros llevará como ponencia al Segundo Congreso Científico Panamericano su trabajo “La universidad del porvenir”. En este artículo (verdadera antesala programática del ideario juvenilista deodórico) Ingenieros prolongaba puntualmente las apreciaciones de *El hombre mediocre* cuestionando “la Universidad de la rutina”, así como también su “mecanismo administrativo y burocrático”. En ambos casos –1910 y 1916– estaba en juego la lucha entre renovación y rutina, entre los ideales nuevos y la burocratización domesticadora, entre las fuerzas morales promotoras de la renovación incesante y las fuerzas inerciales de lo viejo y ya corroído por la ausencia de ideales y de juventud. Una matriz de oposición que, como ya señalamos, el joven Deodoro hará suya en sus escritos del período y también en los de la madurez (por ejemplo, en el epílogo a *El último caudillo* de Carlos Sánchez Viamonte –abril de 1930– Deodoro define la rutina como “la musa estúpida y conservadora”).

Si *Ariel* y *El hombre mediocre* le proporcionaron entonces a Deodoro el nervio central de su crítica a la mediocridad y a la rutina de la burocracia universitaria sin ideales, las conferencias de Ingenieros sobre la revolución rusa reunidas en *Los tiempos nuevos* lo acercarán al universo cultural e ideológico de la revolución bolchevique.

Por ejemplo, Ingenieros había pronunciado un mes antes del

“Manifiesto liminar” y aún en plena guerra mundial su conferencia “Ideales viejos e ideales nuevos” (8 de mayo de 1918). En ella postulaba la coexistencia de dos guerras: una política y militar de carácter feudal–, la otra de ideales y de valores, a la que no dudaba en calificar como “la guerra redentora de los pueblos”. Su toma de posición era terminante. No permitía ambigüedades: “Mis simpatías, en fin, están con la revolución rusa”, decía el maestro de juventudes, para luego agregar que “ayer con la de Kerensky, hoy con la de Lenin y de Trotsky, con ella a pesar de sus errores, con ella, aunque sus consecuencias hayan parecido por un momento favorables al imperialismo teutón”.

La revolución bolchevique era para él mucho más que el mero derrocamiento de una clase o la simple toma del poder por los revolucionarios. Se inscribía en un movimiento político-cultural universal de renovación de ideales y valores, frente a los cuales oponía los viejos fantasmas de la rutina, la domesticación, el miedo a lo nuevo, la mentira, la ignorancia y el convencionalismo. Precisamente en ese particular tamiz de interpretación podemos rastrear la matriz indeleble del modernismo vanguardista más radicalizado.

La particular “traducción” que Ingenieros hacía de la revolución bolchevique como una guerra redentora de los pueblos, promotora de renovados ideales, nuevos valores y absolutamente opuesta a la guerra de los “bárbaros”, operaba nuevamente sobre aquella misma contraposición modernista: la *Cultura* versus la *Civilización*. Humanista y asentada en valores cualitativos la primera; mecanizada, segmentada y disgregada en átomos meramente cuantitativos y mercantiles la segunda. Por otros carriles y en forma paralela a Ingenieros tanto el joven Carlos Astrada como Julio V. González –los dos partícipes de la Reforma en la misma época que Deodoro, aunque luego Astrada se distancie–<sup>9</sup> también

9. La relación entre el filósofo Astrada y Deodoro Roca, rápidamente soslayada tanto por los historiadores de la filosofía argentina como por los de la Reforma, permanece aun en el enigma. Sólo contamos hoy con huellas perdidas. Por ejemplo, en *Carlos Astrada*, el libro que Alfredo Llanos –su discípulo– publica en 1962, se reproduce un dibujo a lápiz del filósofo realizado por Deodoro en 1923. En 1916 Astrada y Roca habían firmado juntos un manifiesto donde enfrentaban la campaña de *Los Principios* contra la biblioteca “Córdoba”, reacción originada a raíz de una conferencia dictada en esa biblioteca por Arturo Capdevila. (El manifiesto –su título– está fechado en agosto de 1916 y se encuentra en el Archivo Gabriela Roca.) Desde ese año y por lo menos hasta 1932 (en 1927 el filósofo viaja

coincidieran en leer la experiencia bolchevique como una revolución permanente... del espíritu. Hasta el joven Jorge Luis Borges le dedicará entonces un poema a Rusia, cuyo "experimento maximalista" no dejará de recibir adhesiones desde que Ingenieros pronunciara sus conferencias.

Si la presencia del arielismo modernista de Rodó dejó una impronta insoslayable en el pensamiento más íntimo de Deodoro, casi tan igual como la crítica a la mediocracia realizada por Ingenieros, la inicial veta libertaria predicada por el poeta modernista Leopoldo Lugones le aportará su iniciativa centrada en la "acción directa" estudiantil. Una estrategia que innegablemente estará presente en los históricos sucesos de 1918 en Córdoba.

Sin desconocer esas múltiples influencias, no se puede tampoco eludir que su relación con Ingenieros y Lugones fue completamente asimétrica. Si con Ingenieros el vínculo se mantuvo incólume hasta la muerte del maestro, con Lugones en cambio sufrirá un viraje radical.

Cuando Roca presenta en 1915 su tesis doctoral contra el panamericanismo yanqui, Ingenieros la saluda calurosamente desde su *Revista de Filosofía*. Al morir más tarde Ingenieros, Deodoro pronuncia a su vez un emocionado discurso en el que lo recuerda como su guía intelectual, aun cuando le critica su positivismo ("era la ciencia y la limitación del ochocientos", dijo en esa oportunidad). En cambio con Lugones sobrevendrá la ruptura irremediable. A tal punto que si en 1918 Deodoro lo consulta como

---

becado a Alemania, donde estudia con Martin Heidegger). Astrada estará vinculado estrechamente a la Reforma en Córdoba. Escribe en aquel período "«Ethos capitalista y perspectivas del materialismo histórico» en *Gaceta Universitaria* (órgano de la Federación Universitaria de Córdoba), xv, 1, 1932, pp. 15-16. En septiembre de 1932 Astrada también aparecía firmando junto a Saúl Taborda—otro de los ideólogos de la Reforma—un "Llamado" del Frente de Afirmación del Nuevo Orden Espiritual (FANOE), donde ambos se quejaban del positivismo (en el que incluían biología darwinista, sociología naturalista, metafísica materialista, ética y pedagogía utilitarias, literatura y arte realistas, etc.) que muchos pretendían inocular en la Reforma. Sin duda coincidían filosóficamente con el *élan* profundamente antipositivista de Deodoro. Por otra parte, en la biblioteca personal de Roca se conserva un ejemplar de "Goethe y el panteísmo spinoziano" dedicado de puño y letra ("A Deodoro Roca, amistosamente, Carlos Astrada, Febrero de 1934"). Años después Astrada renegará de aquella primera relación con la Reforma, lo que ha impedido rastrear su notable coincidencia con Deodoro en el énfasis que ambos le otorgaron a la revolución cultural universitaria desde una matriz marcadamente antipositivista.

autoridad de pensamiento indiscutida, en 1930 lo enfrenta en una ruidosa polémica a raíz del golpe de Estado de Uriburu, que el poeta saludó alborozado.

Para Deodoro Roca, en aquel trágico 1930 Lugones representó la admisión de la inteligencia ante el taconear de la bota. La flexión ante el poder de la espada, la pluma bajo el imperio grosero del bruto. La tortuosa tentación del parricidio impregna sin duda este fuego polémico que, en su valiente ademán crítico y denunciante, rememora la carta abierta que enviara Rodolfo Walsh cuarenta y siete años más tarde impugnando la complicidad con la dictadura sangrienta, no de Uriburu sino de Videla.

La acerada pelea entre Roca y Lugones, que duró en total cinco rounds, se inicia en octubre, a un mes del golpe de 1930. Deodoro está dolido con uno de sus principales y admirados maestros modernistas. Se siente traicionado. Escribe entonces el artículo "León de alfombra", sin obtener respuesta. Allí le hunde a Lugones la pluma en la garganta. Le reprocha su musculatura verbal, su inflación retórica y su servilismo disfrazado con la fiera de un gigante de feria. Cargado de ironía y con una retórica sarcástica e hiriente, lo llama "poeta-bufón" (apelando a la autoridad de otro maestro, Vasconcelos, quien así lo había bautizado) y "Júpiter de Cauchópolis". Del otro lado, silencio sepulcral.

Al año siguiente Lugones visita Córdoba. Allí declara provocativamente, en referencia a los vidrios rotos durante 1918, que "un hombre equilibrado e inteligente pasa por tres estados: a los dieciocho años rompe vidrios, a los treinta debe poner vidrios, a los cuarenta fabricar vidrios. Lo intolerable es que los cuarentones sigan rompiendo vidrios". Inmediatamente Deodoro retruca con "Lugones y el 18", donde reconoce al poeta modernista como el primer teórico de la acción directa estudiantil (mucho antes de la Reforma, en 1896, Lugones había escrito "¡Paso a los jóvenes!", una encendida defensa de la revuelta del estudiantado no muy lejana al pensamiento socialista libertario que por entonces—1897—compartía con Ingenieros, en *La Montaña. Periódico Socialista Revolucionario*).

Para probar ese padrino ideológico, Roca adjunta la carta que Lugones le había enviado a Córdoba en agosto de 1918, apenas dos meses después del levantamiento estudiantil. Allí Lugones, casi anarquista, recomendaba únicamente la acción directa de los estudiantes, rechazando cualquier negociación con el gobierno, los políticos o el Estado.

Fue una bofetada. Lugones no se pudo contener. Deodoro lo sacó de sus cabales al exhumar su pasado. El poeta le contestó inmediatamente con su airada "Defensa propia". Allí el intelectual modernista, luego de menospreciarlo por ser un mal escritor, se queja aclarando que "mantuve siempre buena relación con el Dr. Roca, hasta que él decidió cortarla con su ataque y su odio personal". Aquella respuesta termina con una apelación a la figura emblemática de Mussolini. Todo un síntoma de época.

El fulminante cierre de la polémica lo apresura Deodoro al publicar el 20 de julio de 1931 "Boxea con su sombra". Ahí, luego de autodefinirse como un pobre e infeliz escritor de provincia, Roca subraya nuevamente el padrinazgo intelectual de Lugones sobre su romanticismo estudiantil. "Fui su amigo", confiesa Deodoro, para agregar inmediatamente "sufrí sus influencias –maridaje de rebeldía y lirismo– en las horas decisivas de mi juventud sedienta de justicia, de belleza y de verdad. Fue –¡cándida adolescencia!– mi maestro". No hubo más respuesta. Lugones calló.

Si en el 18 habían podido estar juntos, como discípulo y maestro, en la década del 30 los senderos se bifurcaron y la batalla ideológica polarizó los espíritus. Lugones, que había saludado durante 1924 en Lima "la hora de la espada", culmina adhiriendo al nacionalismo oligárquico y al militarismo en ascenso mundial. Al mismo tiempo, Deodoro se radicaliza hacia el otro polo. El ardiente modernismo inicial se empalmaba así sobre otros horizontes.

## UNIVERSIDAD Y REVOLUCIÓN CULTURAL

*Sin duda, como se ha dicho tantas veces para filiarlo, tuvo en sus comienzos un contorno pequeño-burgués. ¿Y qué? Lo importante es que ha sido una cosa fluente y viva. Hay grandes ríos que comienzan en un ojo de agua.*

DEODORO ROCA, "¿Qué es la Reforma Universitaria?"

*Y mientras la actitud de las pasadas generaciones, como correspondía al ritmo de la época, había sido evolucionista, la actitud de la nueva generación era espontáneamente revolucionaria.*

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*

Para incomodidad del eurocentrismo aún reinante, no fue en París, sino en Córdoba, muy lejos de la torre Eiffel. El 15 de junio de 1918 el país se conmovió. Los estudiantes irrumpían en el rectorado e iniciaban la huelga general. Luego –el 9 de septiembre de ochenta y tres jóvenes clandestinamente organizados tomaron por asalto la antigua universidad de Córdoba. Aun detenidos por soldados de los regimientos 13 de infantería y 4 de ingenieros (los que se sumó en "la recuperación" de la universidad el apoyo de la policía local), trasladados al cuartel 4 de artillería y procesados por sedición, los estudiantes insurrectos lograron inmediatamente el apoyo de los sindicatos obreros.<sup>10</sup>

10. Dado que no es nuestro objeto específico de estudio (pues este libro no es una historia de la Reforma), no vamos a repetir aquí la crónica al detalle de los sucesos. Ante la inmensa bibliografía, remitimos al lector para el *racconto* de los hechos y la reproducción de los principales documentos a Gabriel Del Mazo, *La Reforma Universitaria*, La Plata, Centro de Estudiantes de Ingeniería, 1941, 2ª ed. en tres tomos, particularmente tomo I (1ª ed. de 1926-1927); Horacio Sanguinetti y Alberto Culla, *La Reforma universitaria*, Buenos Aires, FUA, 1959; reeditada y ampliada en *Los reformistas*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1968 y en *La Reforma Universitaria*, Buenos Aires, CEAL, 1987, 2 tomos. Igualmente puede consultarse Juan Carlos Portantiero, *Estudiantes y política en América latina. El proceso de la Reforma Universitaria*, México, Siglo XXI, 1987, 2ª ed. Para el terreno fotográfico, véase la reciente edición de María Caldelari y Patricia Funes, *Escenas reformistas*, Buenos Aires, OBA, 1997.

Ésa fue la raíz de una sentida consigna que sobreviviría en el tiempo: "Obreros y estudiantes, unidos adelante". Fue el primer rayo de una tormenta que haría época a lo largo del siglo.

La Reforma –como se la llamó– triunfó rápidamente sobre la universidad teológica y monacal, en el caso de Córdoba, y sobre la liberal y positivista (heredera de la generación del 80) en La Plata y en Buenos Aires. Al instante aquel movimiento pedagógico, político y cultural se expandió por todo el continente.

Cuando Deodoro redactó el célebre "Manifiesto liminar" dirigido "A los hombres libres de Sudamérica" tenía apenas veintiocho años. Ese texto fundacional que sancionaba "el derecho sagrado a la insurrección", se desparramó como reguero de pólvora. Con su ideal latinoamericanista, antiimperialista y de revuelta juvenil, el mensaje de la Reforma llegó hasta México. Al pasar trastocó todas las universidades. Víctor Raúl Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui en Perú, Julio Antonio Mella en Cuba y José Vasconcelos en México fueron algunos de sus principales difusores e impulsores.

Los historiadores que han pretendido enterrar de un plumazo la historia de la Reforma insistieron a menudo con que entre los dirigentes políticos latinoamericanos surgidos de sus filas se encuentran aquellos que transformaron rápidamente la Reforma en un cómodo trampolín para ejercer desde el poder exactamente lo opuesto a su anterior prédica estudiantil. Sin duda, sobresalen en este rubro los apellidos ya clásicos y tristemente célebres de Rómulo Betancourt, Haya de la Torre y Arturo Frondizi. Para no mencionar ejemplos argentinos más recientes y cercanos de notables "reformistas" que terminaron bregando por el arancel, la virtual privatización de los posgrados, la adaptación al mercado y a los planes económicos del Banco Mundial de los programas de estudio o incluso "la colaboración" de las distintas facultades con las grandes corporaciones capitalistas transnacionales. Enfermos incurables –sus acólitos estudiantiles– de una adicción malsana: el culto a las formas institucionales, a la religión del papel membretado, al sello oficial y al aparato ruin y burocrático de "los cuerpos orgánicos".

Pero atención. Al mismo tiempo no deberíamos olvidar que además existieron –y existen– otros, enrolados en el polo ideológico exactamente opuesto, también provenientes de la militancia universitaria como Fidel Castro, Luis de la Puente Uceda o incluso nuestro (maldito y aún innombrable) Mario Roberto Santucho. La

historia de la Reforma –más allá de la apología o la diatriba– fue en realidad mucho más compleja y tensionada de lo que se supone.

Tomando en cuenta esa notable e increíble disparidad, ¿cómo caracterizar entonces la ideología fundacional de la Reforma? En primer lugar, por su heterogeneidad. Las semejanzas pero también las distancias entre Deodoro y Saúl Taborda –dos de sus principales ideólogos iniciales– son, por ejemplo, una clara expresión de ello.

En el campo de la militancia estudiantil de sus primeras épocas esa heterogeneidad fue aun más pronunciada llegando hasta la polarización y el enfrentamiento ideológico de grupos como "Concordia" –luego reorganizado en "Renovación Reformista"– o "Unión Universitaria", ambos enrolados en la derecha, e "Insurrexit" o "Agrupación de Partidos Reformistas de Izquierda", inscriptos en la izquierda más radicalizada.

Si en la esfera ideológica la derecha interior a la Reforma fue parangonable –en su radicalidad– con la izquierda, en cuanto a público y militancia, jamás alcanzó una influencia similar. Dando cuenta de esa incompatibilidad congénita entre el tradicionalismo jerárquico y autoritario de nuestra derecha y la militancia juvenil de la Reforma no exageraríamos si ubicáramos ese flanco ideológico como un enemigo básicamente confeso y declarado de la Reforma. La apelación al "carácter subversivo" y anárquico que esta impulsaría constituirá un *leitmotiv* siempre repetido entre nuestros defensores de un orden tradicional, centrado en la propiedad privada, la familia occidental y cristiana y la fuerza despiadada del Estado.<sup>11</sup>

Sin embargo, a pesar de esta galvanizada oposición que siempre encontró entre las filas derechistas, la Reforma en su

11. Apenas un ejemplo, sumamente significativo. El obispo de Córdoba, en su pastoral publicada en *Los Principios* el 24 de noviembre de 1918, así describía la Reforma: "Con ella habrá llegado aquella hora de las democracias y del proletariado creada y saludada con ardor por los apóstoles de la demagogia, hora de subversión y anarquía general, de agresiones y repulsas, en que a la misma fuerza armada le faltará eficacia para garantizar el orden y defender el trono, porque el ejército estará igualmente contagiado de rebelión, como las masas de donde ha salido, y en vez de rechazar los asaltos subversivos, presentará las armas a los agresores." Exactamente ese mismo tópico ideológico que homologa Reforma con "subversión" será el *leitmotiv* de la noche de los bastones largos de 1966 y de casi todas las matanzas de 1976 ocurridas en el ámbito universitario.

conjunto jugó habitualmente un movimiento pendular que osciló y se movió entre grandes polos. Nunca se terminó de definir taxativamente, de ahí la extrema plasticidad que adoptó a lo largo del tiempo y de cada uno de los países latinoamericanos (desde la Argentina hasta México) que la enarbolaron como bandera. Ambas corrientes convivieron y se alternaron según el sector político que la hegemonizara y según el adversario histórico a enfrentar.

El primero de esos polos estaba constituido principalmente por aquella constelación político-cultural de matriz claramente laicizante y anticlerical. Bajo este extendido arco ideológico se abrió un amplio paraguas inclusivo. Éste incorporó y subsumió a su vez: 1) una versión reformista positivista, modernizante y democrática (en el particular tamiz que adoptó esta variante científicista enfrentada al positivismo y al naturalismo darwinista de las oligarquías aristocráticas y racistas del 90), y 2) una tendencia marxista coloreada por una fuerte tonalidad economicista, "materialista" e ilustrada. Liberalismo "progresista" y marxismo "liberal" se estructuraron de este modo como dos extremos dentro de esa vertiente en cuyo seno siempre hubo lugar para los grises y matices intermedios.

La otra gran veta se constituyó sobre un filón antipositivista, espiritualista y romántico, con apelaciones a la nueva sensibilidad y a la nueva generación. También aquí se entrecruzaron las tendencias que intentaron circunscribir y limitar la Reforma únicamente al plano cultural –y de "ideales"– con aquellas otras que intentaron prolongar la revolución universitaria, entendida esencialmente como revolución cultural, en el campo de la transformación social.

Lo que resulta a nuestros ojos más sugerente y seductor es que en el caso específico de Deodoro, su universo cultural, teórico y político conjugó heréticamente de un modo más que original –con un notable paralelo en relación con la obra del amaute peruano José Carlos Mariátegui– los filones más ricos de cada uno de los grandes polos ideológicos reformistas.

De la primera vertiente Deodoro adoptó tanto el tono iconoclasta y anticlerical –no casualmente frente a las innumerables reacciones de una Córdoba beata<sup>12</sup> y de una Iglesia Católica

12. Aun rechazando visceral y románticamente el positivismo, Deodoro no tuvo más remedio por las imposiciones del ambiente que recostarse en la protesta anticlerical. Ese enfrentamiento personal con su ambiente, la Córdoba monacal y

provincial que tanto lo odió y combatió– así como también muchos de los núcleos duros y centrales del marxismo en su versión más claramente antiimperialista. Pero de un marxismo completamente despojado del caparazón ilustrado y economicista –nuevamente el paralelo con el peruano– que subrepticamente envolvió a esta corriente en la versión "ortodoxa" predominante en nuestro país.

De la segunda familia ideológica, Deodoro incorporó el romanticismo –de innegable fuente nietzscheana, igualmente presente en Mariátegui– antiburgués y libertario, culturalista, juvenilista y humanista. También bebió de este otro flanco la actitud estética de vanguardia, en la particular modulación con la que ésta se expresó en el modernismo literario.

Si hubiera que resumir su pensamiento filosófico más profundo –algo de por sí incómodo y esquemático, por cierto– nada mejor que apelar a la herencia cruzada de Marx y Nietzsche, aquellos "obstinados y terribles negadores" como él los definió en su artículo "El drama social de la universidad".

La inesperada aleación que logró con semejante conjugación explosiva fue precisamente lo que lo vuelve tan difícil de "clasificar" cuando se lo quiere encasillar en los compartimientos estancos con los que habitualmente se estudia la Reforma. Porque Deodoro no fue ni un yrigoyenista ni un liberal –sus ácidas y

frías) no sólo tuvo que afrontar la aridez de la vida pública. Aquella tensión no perdono tampoco su vida íntima y privada, tanto en ocasión de su casamiento como de su fallecimiento.

En cuanto a su boda, ésta se celebró en noviembre de 1918 con María Deheza, hija del rector Julio Deheza que clausuró la universidad en abril de 1918 (con quien Deodoro mantuvo luego, como yerno, a pesar de los evidentes enfrentamientos ideológicos, una buena relación personal). Con "Maruca", que le daría dos hijos (Eduardo y Gustavo) lo unió una gran relación de amor. Aunque por una carta que Deodoro le escribiera el 6 de noviembre de 1918 sabemos que existían entre ambos ciertas discrepancias en torno de la temática religiosa. Era relativamente fácil romper libertariamente contra los poderes públicos, pero se volvía desgarrador cuando el problema religioso se presentaba en la vida familiar. Incluso sus amigos de militancia se oponían terminantemente a ese matrimonio nada menos que con el apoyo del rector, amenazando con hacer alguna demostración pública el día del casamiento. Los recuerdos de la familia aseguran que una lluvia torrencial les imposibilitó intervenir el día de la ceremonia.

En cuanto a su fallecimiento, muchas versiones intencionadas de *Los Principios*, *La Frontera* y *La Prensa* afirmaron que Deodoro "había finalmente comulgado" o que "solicitó la presencia de un sacerdote". Su figura seguía incomodando aun después de muerto. Había que neutralizarlo e incorporarlo... sea al *statu quo* tradicionalista y religioso, sea al "progresismo" ilustrado y bien pensante.

corrosivas críticas al Estado, al partido radical y a la democracia burguesa así lo demuestran— ni tampoco un marxista “clásico” o un comunista “ortodoxo”. Si pasó fugazmente por el socialismo, rompió inmediata y polémicamente con el partido acusándolo de “conservador” y derechista. Pero tampoco fue un juvenilista especulativo o metafísico como Ortega —de quien sí mucho adoptó en el terreno universitario aunque nunca aceptara su teoría de la “deshumanización del arte” utilizada para descalificar a las vanguardias estéticas— ni siquiera un antiimperialista populista al estilo de Haya de la Torre o de la izquierda nacional argentina. Estuvo en el cruce de todos esos caminos, en aquel espacio prohibido donde los linajes de entrecruzan y se mezclan, descolocando y perdiéndole el respeto a las distintas “ortodoxias”. Un hereje radical e indomesticable.

De allí que hoy ya nos resulten fatal y extremadamente pobres las tradicionales críticas tendenciosas y consagradas que pretendieron embotar la inmensa riqueza continental de este movimiento en una simple fórmula: “Pequeñoburguesía en ascenso...” (como balbuceó Paulino González Alberdi en la Conferencia Comunista Latinoamericana reunida en Buenos Aires en 1929), “fubismo e intelectualidad cipaya de espaldas al país” (clásica impugnación nacional-populista); “modernismo aristocratizante como reacción elitista y antidemocrática”, etcétera.

Igualmente sospechosas se nos presentan hoy las apologías enturbiadas que abrevan en el “liberalismo progresista”. Una constelación en la que la Reforma terminó subsumida —en el caso argentino— fundamentalmente por el radicalismo, como variante “pedagógica” de una modernización timorata y pusilánime de los estudios superiores, opacando, soslayando y finalmente olvidando de un modo escandaloso la prédica antiimperialista y antiburguesa que tuvo este movimiento en el verbo y la práctica de Deodoro.

Después de su muerte, sin referirse ni mencionar a su entrañable amigo y compinche Roca (cuyo pensamiento más íntimo conocía profundamente), Gregorio Bermann intentó en *Juventud de América* (1946) clasificar —en una posición parcialmente compartida por Sanguinetti y Ciria años más tarde— esta difuminada gama de matices con la que se intentó caracterizar teóricamente la ideología de la Reforma.

Ubicó al menos seis posiciones: 1) la teoría de la nueva generación americana (principalmente representada por Julio V. González y

José Ortega y Gasset); 2) las interpretaciones “idealistas” (donde agrupó a Carlos Cossio, Adolfo Korn Villafañe y Homero Guglielmini); 3) la corriente que pretendió limitar la Reforma únicamente al campo docente y cultural (Sebastián Soler, Germán Arciniegas y parcialmente —siempre según Bermann— Saúl Taborda); 4) la corriente de izquierda sectaria (donde Bermann incluyó el segundo Insurrexit de los años 30, en el que militaban Héctor P. Agosti, P. González Alberdi y Ernesto Sábato); 5) el punto de vista aprista (encarnado en Haya de la Torre) y, finalmente, 6) la interpretación dialéctica (donde incluyó —compartiendo posiciones— a Julio A. Mella, J.C. Mariátegui y Aníbal Ponce).

Nos imaginamos que no resulta casual que Bermann no incorpore a su amigo dentro de la clasificación, precisamente porque su pensamiento retomaba elementos de varias de estas corrientes. En primer lugar, de la sexta, la “interpretación dialéctica”, pero sin abandonar nunca motivos que según este esquema pudieran bautizarse como “idealistas” o incluso “generacionales”.

Porque Deodoro también fue profundizando su reflexión sobre la universidad y sobre la cultura. La coloración inicial que tiñe sus primeras intervenciones (en la colación de grados de 1915, en las asambleas y en el “Manifiesto liminar” de 1918, en el acto de clausura del Primer Congreso Nacional de Estudiantes del mismo año, etc.) está atravesada por un profundo arielismo modernista, por la teoría de las generaciones y por un ademán libertario y antitstatista, encendidamente antiburgués y antiimperialista.

La figura de Nietzsche junto con la letra y el verbo de sus amados “maestros” latinoamericanos juegan aquí el papel ideológicamente protagónico. El enemigo a doblegar es la burocracia, la mediocridad, la rutina de la vida moderna, el espíritu norteamericano del utilitarismo y la cuantificación mercantil que codifica y manipula— la cultura.<sup>13</sup> La inflexión anticlerical, obli-

13. Nunca seran suficientes las analogías que se puedan trazar entre la prédica antiburguesa de revuelta estudiantil y revolución cultural promovida por Deodoro y los movimientos europeos que cincuenta años después! conmovieron al capitalismo en sus propias metrópolis. (Fue en ese sentido un gran acierto de Bermann por proponer la ideología del mayo francés con el “Manifiesto liminar” al presentar la compilación de 1968, y de Sanguinetti titular con el grafiti “Prohibido prohibir” la compilación de Deodoro de 1972.) Impulsados por las reflexiones de Charles Wright Mills y Herbert Marcuse y por el ejemplo vital del Che Guevara, los jóvenes combatientes de los 60 volvieron a la carga contra la alienación, la cosificación de

gada en la Córdoba del momento, no implica liberalismo o científicismo ilustrado en su pensamiento. Si en Córdoba la Reforma no pudo no ser anticlerical, en La Plata, por ejemplo, fue claramente antiliberal y antipositivista.

Para este primer Deodoro la insurrección estudiantil marcó una revolución en la cultura y en las conciencias. Según sus propias palabras de octubre de aquel 1918, “el bosque arde... y en ese resplandor yo he visto anticipos de las jornadas que vendrán”. “Esos recios y bravos muchachos”, dirá más adelante, “fueron contra la Universidad, contra la Iglesia, contra la familia, contra la propiedad y contra el Estado. Había estallado la revolución en las conciencias”.<sup>14</sup>

Dentro de ese hilo discursivo, Deodoro diferenciaba un simple motín de una revolución, pero esa revolución aún era planteada en términos culturales y como parte de una nueva sensibilidad generacional. Todavía no se prolongaba hacia el terreno de la

la cultura, la burocracia estatal, la domesticación civilizatoria y la rutina burguesa. Como en la Córdoba de 1918, Dani “el rojo” en París, Rudi Dutschke en Berlín (probablemente el más radicalizado y lúcido de todos, aunque menos difundido que los franceses), David Adelman en Londres, el Zengakuren en Tokio y muchos más en Berkeley o en Roma se animaban a pedir lo imposible, a ejercer “el derecho sagrado a la insurrección” que defendía el “Manifiesto liminar” de 1918. Sin embargo, por un asentado vicio de colonialismo mental, la bibliografía sobre estas últimas rebeliones omite cualquier referencia obligada al antecedente argentino. Tiene menos “prestigio” hablar de Córdoba-1918 que de París-1968...

14. En el primer borrador manuscrito de ese discurso la frase “contra el Estado” figuraba inmediatamente después de “contra la Universidad” y antes de “contra la Iglesia”. Está luego tachado y aparece entonces recién al final de la enumeración de enemigos a enfrentar. La ubicación originaria no es un simple detalle anecdótico. La prédica antiestatista, de innegable signo libertario (probablemente asimilada a través de Lugones) marca en sus inicios el pensamiento más íntimo de Deodoro (cfr. “La revolución de las conciencias”, 1918, manuscrito borrador, p. 8. Archivo Cristina Roca). Tres años antes, en diciembre de 1915, había vaticinado en esta dirección inequívoca que “el socialismo mismo se equivoca cuando estimula la garra del Estado y fía en su fuerza el apoyo de la justicia futura”.

De los muchos historiadores que han destilado odio y veneno contra la Reforma y en particular contra Deodoro, merece destacarse Enrique Díaz Araujo, quien desde las filas del radicalismo cordobés ha dado certeramente en el blanco en su artículo “Deodoro Roca, reforma y radicalismo” cuando, intentando descalificarlo, comenta alarmado ese mismo discurso: “Es el anarquismo”, dice Díaz Araujo, “la «palingenesia»: la vía destructiva de todo orden dado. Revolución, más que Reforma. El pasado argentino no cuenta. No es «reparable», como diría Yrigoyen. Sólo importa el Devenir; el futuro ensorñado: la sociedad sin clases, autoridad ni jerarquías”. Díaz Araujo tenía razón...

revolución social, aunque la vocación iba evidentemente por ese sendero. No resulta por eso fortuito que en 1920 eligiera para encabezar su discurso una frase pronunciada por el dirigente bolchevique León Trotsky, en la apertura de la Tercera Internacional: “¡Qué dicha la de vivir en tiempos tan trascendentales...!”.

En ese tiempo participa al frente de la cátedra de Filosofía General en la Facultad de Derecho, con un programa de estudio cuyas implicancias teóricas analizaremos más adelante.

Siempre dentro del mismo universo “herético” y “heterodoxo”, inclasificable por retomar –sin eclecticismo, sino creativamente– elementos tanto de la tradición libertaria y marxista como del culturalismo modernista y de la teoría ortegiana de las generaciones, Deodoro formula una ácida e irónica crítica de la institución social del examen. Provocativamente increpa a los profesores argumentando que son ellos y no los estudiantes quienes deben rendir. “La culpa”, sentencia Deodoro, “no es de tal o cual profesor satánida. Es de tal o cual sistema. De un «régimen» de enseñanza que no es la superior, ni la inferior, y ni siquiera la doméstica o la oficial, sino toda la enseñanza, contando con las raras excepciones. Toda la enseñanza –expresada así en el vetusto examen– está apuntando al «éxito». Hace depender de un «éxito», de una buena jugada, a veces toda una vida”.

Perfectamente a tono con una concepción de la cultura que desvela todas las jerarquías políticas y sociales, su cuestionamiento del examen es probablemente el punto más alto y audaz de su concepción pedagógica, que excede largamente la mera “modernización” de los programas de estudio a la que se la quiso reducir por parte de las corrientes liberales o tibiamente laicizantes.<sup>15</sup>

El certero dardo contra el examen prolongaba su anterior tiro

15. Recordemos que una de las consignas que hicieron famoso al mayo francés fue “Examen = servilismo, promoción social, sociedad jerarquizada”. Nuevamente aparece aquí la merecible –y desconocida– actualidad de Deodoro. Sin exagerar..., como no advertir, por ejemplo, que la demoledora crítica con la que Michel Foucault desangra en *Vigilar y castigar* (1975) al examen como una de las instituciones básicas de la sociedad disciplinaria tiene en nuestra propia historia intelectual un antecedente insalvable en Roca? Sin ánimo de soberbia ni afán de protagonismo provinciano, creemos que muchas de las corrientes ideológicas de nuestro país, que intentan en las ciencias sociales o en el movimiento estudiantil recuperar la crítica foucaultiana para la institución universitaria debieran al menos intentar revivir el aporte teórico y la historia de las luchas estudiantiles argentinas.

contra el título de doctor, "que no satisface otra cosa", argumentará Deodoro en su proyecto de supresión de 1920, "que la vanidad de los mediocres". Ambos disparos apuntaban a un mismo blanco: "mientras se preparan los materiales de la nueva Universidad, con que soñamos, derribamos una a una las instituciones más características de la vieja".

Este vector de radicalización de su pensamiento en torno de la universidad irá inclinándose cada vez más hacia la izquierda. Sintetizando esa curva de variación, en 1936 Deodoro afirma en su célebre encuesta de la revista *Flecha* por él impulsada que "el puro universitario es una cosa monstruosa".

En aquel momento, durante 1933, revaloraba –una vez más en clave fervientemente antipositivista– el "ideal humanitario" de Alexander von Humboldt y la "educación estético-humanista" de las universidades alemanas del siglo XIX. Dos ejes totalizantes a los que acudía para poder contrastar y cuestionar la pedagogía moderna de la parcialización, "el olvido de los ideales de la personalidad", la sujeción a la Técnica (así... escrita con mayúsculas, en un ademán típico de la crítica romántica) y al dinero. De ahí que si bien en Córdoba su crítica se dirigió ineludiblemente contra la universidad teológica, eso no quita que al mismo tiempo pusiera en cuestión la tendencia liberal-modernizante de "aquella burguesía que había perdido –como clase– toda significación histórica".

Si en 1933 sostenía que "hoy se sabe que no habrá Reforma «a fondo» mientras no se reforme profundamente la estructura del Estado", en 1936 prolonga esa intuición apuntando que "«Reforma universitaria» es lo mismo que «reforma social». Sin reforma social no puede haber cabal Reforma Universitaria...". "Aquel movimiento pequeñoburgués y romántico de 1918 es hoy un movimiento social caudaloso y profundo", diagnosticaba.

De ahí en adelante se abre de par en par la prolongación de la prédica reformista en un cauce innegablemente antiburgués y antiimperialista –completamente indigerible hoy, en 1998, para muchos "reformistas" que sólo mencionan al pasar a Deodoro Roca–. En esa huella ardiente se inscribe su anhelo político más profundo y duradero: "Nosotros creemos que la paz en América ha de lograrse sólo en una sociedad sin clases y en una humanidad liberada y bella". Ya no quedan dudas. En 1936 –que equivale a su temprana madurez– "el anticlerical es antiimperialista".

## REBELDÍA, FILOSOFÍA Y REVOLUCIÓN

*La cultura y el Estado –no nos engañemos sobre este punto– son antagonistas. Estado cultural es simplemente una idea moderna.*

FRIEDRICH NIETZSCHE

*Ustedes serán auténticamente juventud y representación de lo más avanzado de la juventud. No tengan miedo, los que son jóvenes, jóvenes de espíritu sobre todo, de preocuparse de qué es lo que hay que hacer para agradar. Simplemente hacer lo que sea necesario. Allí la juventud será dirigente.*

ERNESTO CHE GUEVARA

Nada más trágico –y grosero– que oponer rebeldía y revuelta a revolución. Y sobre todo si se hace en nombre de la "pureza" doctrinaria del marxismo. El ejemplo paradigmático en este sentido lo constituyó en la Argentina tanto la crítica de Paulino González Alberdi de 1929 a la revuelta estudiantil cordobesa por su "filosofía idealista" y su "carácter pequeñoburgués" como la del grupo Insurrexit a inicios de los 30, que llegó a caracterizarla incluso como "pequeñoburguesía contrarrevolucionaria". Muchos años después, pero exactamente desde el mismo paradigma, en Francia sucedió algo análogo con la tímida y pusilánime evaluación filosófica expresada en el tristemente célebre artículo "La revuelta y la revolución" de Roger Garaudy<sup>16</sup> sobre el mayo francés por sus "posturas extremistas" y por su "radicalismo pequeñoburgués". En ambos casos se mostraron desnudos los límites insostenibles del marxismo más economicista y groseramente rudimentario.

En la reflexión de Deodoro, en cambio, sobre todo en sus incursiones filosóficas, esos dos afluentes recurrentemente desajustados se conjugaron en un mismo haz de luz. De este modo se creaba la posibilidad –mayormente incumplida– de radicalizar

16. En *Democratie Nouvelle*, París, abril-mayo de 1968, reproducido en *Cuadernos de Cultura*, 7, septiembre-octubre de 1968, pp. 60-70, y en *Cuadernos de América Latina*, 2, noviembre de 1968, pp. 57-64.

culturalmente la crítica social anticapitalista y al mismo tiempo de otorgar mayor agudeza política a las filas estudiantiles de la Reforma. No podía haber entonces "revolución de las conciencias" ni "revolución cultural" sin revolución social y política. Pero la revolución social y política —éste fue su gran aporte incumplido— no anulaba ni disolvía a la otra.

A este respecto resulta más que aleccionador dar cuenta del agregado que Deodoro le incorpora a su artículo, publicado en el diario *Crítica* en 1933, "Estamos en lo mismo" cuando lo reproduce en *Flecha* en 1936 con el título "El drama social de la Universidad". El fragmento agregado, sumamente expresivo de esta doble problemática que no quiso escindir, decía así: "Lo social, sí. Pero el hombre también. No todo ha de resolverse en el simplismo, dramático sin duda, de lo político. Se denuncia ahí, flagrante, «la crisis de una cultura». He aquí una zona desatendida en el paisaje de la Reforma. No verla con anticipada claridad sería, a esta altura, un mal síntoma".

La "crisis de cultura" y la "crisis político-social" no eran divorciables. Había que superar ambas con sendas revoluciones. La revuelta cultural estudiantil —pensaba lúcidamente Deodoro, frente a las vertientes "ortodoxas" del marxismo economicista— no era una alternativa excluyente ni tampoco dicotómica con la batalla social antiimperialista.

Ahora bien, ¿cómo dar cuenta de esa doble rebeldía en el campo de la filosofía? Ésa era la gran pregunta alrededor de la cual giró su pensamiento. Marx, Freud y Nietzsche, ¡juntos!, le proporcionarían las respuestas. Una herejía imperdonable.

Las primeras referencias al autor de *Así hablaba Zaratustra* (a quien Rubén Darío había incluido entre "los raros" en 1894) las encontramos ya en un trabajo de 1915, tres años antes de la histórica erupción del 18: "¿Será siempre el hombre enemigo del hombre?". Allí, compartiendo con un tono pesimista la antropología nietzscheana, el joven Deodoro —apenas tenía entonces veinticinco años— con amargura reconoce que "triste es confesarlo, pero el estado natural del «humano» es la guerra", para preguntarse más adelante con inocultado ímpetu nietzscheano si "¿acaso la obra de la civilización no es en cierto sentido una obra «contra naturaleza»?".

Ese hilo inaugural no se interrumpirá. En el "Manifiesto liminar" de 1918 resurge nuevamente —probablemente por la vía de Ingenieros— ese afloramiento de directa estirpe nietzscheana.

¿Cómo explicar si no la provocativa presencia de impugnaciones despectivas como aquella en la que vituperaba contra la "curiosa religión que enseña a menospreciar el honor y a deprimir la personalidad. ¡Religión para vencidos o para esclavos!?" O, en el mismo tenor, el rechazo vital y frenético que Deodoro promueve entre los estudiantes frente a la universidad entendida como el "refugio secular de los mediocres" y "la hospitalización segura de los inválidos".

Una prédica y un verbo afiebrados que poco tenían que ver con el evolucionismo positivista dieciochesco o con el liberalismo tolerante y moderado.

Más tarde, cuando los estudiantes vencen al clan profesoral que regenteaba familiarmente la universidad y logran imponer sus profesores, Deodoro se hace cargo de la materia Filosofía General en la carrera de Derecho (Facultad de Derecho y Ciencias Sociales).

Anteriormente, según pudo comprobar Juan B. Justo cuando en 1918 viajó a inspeccionar como diputado la universidad cordobesa, el programa de Filosofía del doctor Ignacio Garzón incluía en su bolilla N° 16 una temática que luego sería —escandalosamente— famosa: "Los deberes para con los siervos". Asimismo "se enseñaba, bajo el nombre de Derecho Público Eclesiástico", recordaba en 1922 Arturo Orgaz, "buena suma de Derecho Canónico que imponía profesiones de fe inconciliables con el espíritu universitario; se enseñaba con el nombre de Filosofía del Derecho el ridículo, metafísico, absurdo y laberíntico Derecho natural, superándose apenas a Grocio y a Thomasio".

Cuando Roca se hace cargo de la materia Filosofía General rearticula completamente el programa, organizándolo en cuatro grandes unidades temáticas: 1) La filosofía moderna, 2) Las escuelas positivas, 3) Nuevas orientaciones y, finalmente, 4) La actualidad. La lista de autores y movimientos a estudiar (a excepción de los antiguos y medievales apretadamente resumidos en las primeras unidades) incluye a Kant, la época romántica, Comte, el materialismo histórico (Marx), Spencer, Wundt, Nietzsche, James, la filosofía naturalista, el neocriticismo francés, las tendencias místicas, religiosas y metafísicas, la escuela de Marburgo, la teoría de los valores, y se cierra con dos célebres antipositivistas: Henri Bergson y Benedetto Croce.

El recorrido era extenso pero estaba dirigido principalmente a los siglos XIX y XX, ausentes en la tradición previa. Si hacemos una

lectura de conjunto, es innegable que el derecho natural medieval de factura aristotélico-tomista (que vituperaba Orgaz reconstruyendo en 1922 los contenidos de la enseñanza previa a 1918) ha perdido su antiguo privilegio. Pero ello no implica que el iusnaturalismo clásico haya sido reemplazado simplemente por el estudio doctrinario del derecho positivo de tintes liberales. Por el contrario, en este sucinto programa de Deodoro sobresale la presencia abrumadora de filósofos y de corrientes antipositivistas.

Que la materia culmine justamente con Bergson (cuyo especialista argentino fue uno de los "maestros" de la Reforma, Alejandro Korn) y con Benedetto Croce es sintomático. Nuevamente nos encontramos aquí con el ineludible paralelo con Mariátegui. También el peruano entremezclaba su marxismo "heterodoxo" con Friedrich Nietzsche, William James, Henri Bergson y Benedetto Croce. El único autor transitado por Mariátegui que aquí no aparece en primer plano es Jorge Sorel. En el resto existe una analogía más que singular.

Pero Deodoro no pretendía construir con ello una nueva ortodoxia académica local bergsoniana o neohegeliana. Esa actitud ni siquiera pasaba por su imaginación. Al abundar en estos autores que dominaban el centro de la escena filosófica en Francia o en Italia –eran los años en los que Antonio Gramsci publicaba *L'Ordine Nuovo* en Turín con marcada influencia de Croce, por ejemplo– lo que más lo seducía de ellos era precisamente la crítica antipositivista. Ellos venían, a sus ojos, para labrar el acta de defunción de la filosofía evolucionista y racionalista del siglo XIX cuyo reinado indiscutido había durado –como lo hizo notar Mariátegui en su artículo "Dos concepciones de la vida"– hasta 1914. La guerra mundial la había herido de muerte. Había que enterrarla de una vez.

Ese particular registro de lectura que guiaba el rastreo de Deodoro (bien alejado de la exégesis lineal al punto de que el único cruce posible entre esos autores tan heteróclitos entre sí era su común ánimo anticientificista) explica que en su artículo "Pequeña gran catástrofe" de 1930 el cordobés definiera la fenomenología de Brentano como "la filosofía de nuestra época". ¿Qué encontraba ahora tan seductor en ella? Lo mismo que antes había hallado en Bergson o en Croce... la desnuda constatación de que "con sus esencias iba a perecer la filosofía del ochocientos".

Si la Córdoba católica y tradicionalista lo había arrinconado hasta el hartazgo obligándolo a incurrir en anticlericalismo, ello

no implicaba de ningún modo que se recostara en la otra acera, en el liberalismo "progresista", masón, evolucionista o ingenuamente positivista. Su apuesta teórica intentaba justamente poner en discusión los polos de la antinomia. Eso explica que en 1930 afirmara en su epílogo a *El último caudillo* de Carlos Sánchez Viamonte: "Nacida la actual enseñanza pública en la atmósfera intelectualista y positivista del siglo último conserva aún este carácter, que no se corresponde con las aspiraciones y la realidad vital de nuestro tiempo".

Nunca como en su trayectoria intelectual se verificó con mayor claridad aquel postulado hoy clásico de la filosofía política según el cual una cosa es la tradición liberal –digamos de Locke, de Montesquieu o de Spencer, para dar tres ejemplos– y otra muy distinta la tradición democrática –de Jean-Jacques Rousseau, para el caso, de la cual son hijos legítimos tanto el socialismo marxista como el socialismo libertario (no es casual que Deodoro asociara en una misma familia política a Rousseau, Proudhon y Marx)–. Liberalismo y democracia no sólo no son términos idénticos sino que además son opuestos.

Para enfrentar el tradicionalismo cultural cordobés Deodoro no se convirtió en un liberal –como apresuradamente algunos caracterizaron el impulso más profundo de la Reforma, aunque lo reconocieran su matiz "progresista"– sino que se recostó precisamente en la otra veta, en la democrático-marxista-libertaria. Que posteriormente se haya intentado con relativo éxito domesticar la tradición reformista más rebelde e iconoclasta subsumiéndola –bajo la invocación de la autoridad de Deodoro como "padre fundador"– en el ala juvenil del liberalismo burgués macramplón, obviamente no es responsabilidad suya. No podemos pasarle retrospectivamente la factura por el rumbo que tomó el movimiento en el decurso político-histórico posterior.

En el mismo año en el que presenta su programa de Filosofía –es decir, durante 1920– Deodoro también incurre en otro ademán al parecer "imprevisible". Como ya mencionamos, hace públicamente suyas palabras de León Trotsky<sup>17</sup> en la apertura

17. Resulta sugestivo que la figura de Trotsky invocada por Deodoro no es la de un "puro y seco disidente exiliado en México", un profeta desterrado, sino uno de los principales fundadores de la Tercera Internacional, como él mismo se preocupa de señalar entre parentesis en su epígrafe "curiosamente" omitido en la compilación de Gabriel del Mazo. En la parte de su biblioteca personal que se conservó (pues

misma de un discurso en la Universidad del Litoral. Se abría así, sin abandonar el frenesí de su antipositivismo filosófico, a un horizonte político que descolocaba de antemano cualquier inscripción en el “progresismo” liberal o tímidamente socialistoide.

Más tarde, en los años 30, se introducirá asimismo en el arsenal categorial de Lenin, de quien destacará “su figura excepcional casi mística”, “su genio político”, y a cuyos libros describirá como aquellos “que parecieran contener los evangelios de una nueva fe”.

En sus artículos antiimperialistas de esa época emplea repetidamente categorías y expresiones marxistas clásicas como “explotación del hombre por el hombre”, “clase dominante”, “capital financiero” (homologándolo con “imperialismo” en un registro muy típico del Lenin de *Imperialismo, fase superior del capitalismo*), “régimen capitalista”, etc. Pero siempre desencajadas de todo discurso rigidamente aprisionado en cualquier tipo de “ortodoxia” o de capilla partidaria.

Basta si no compararlo en cuanto a la ortodoxia con Aníbal Ponce –a quien Deodoro no dudó en calificar como “el mejor dotado y el mejor realizado de las últimas generaciones”–. Para aquél, Nietzsche era simplemente “el filósofo representativo de la ascensión del capitalismo alemán” (así lo definió Ponce al final de su

---

a los pocos días del golpe de Estado de 1976, el general-carnicero Luciano B. Menéndez mandó a incendiar el estudio jurídico de Gustavo Roca, perdiéndose gran parte de los materiales de Deodoro). Roca tenía –parcialmente subrayado– el texto de Trotsky *El pensamiento vivo de Marx* (Buenos Aires, Losada, 1940). También había leído detenidamente y comentado del dirigente bolchevique *La revolución desfigurada* (Madrid, Cénit, 1929). Sobre Lenin, además de sus trabajos políticos, había leído y comentado la biografía escrita por Nadjka Krupskaja, su compañera.

Sobre Rusia, conservaba además en su biblioteca un ejemplar de Waldo Frank (su amigo personal) de *El amanecer en Rusia. Recuerdos de un viaje* (Buenos Aires, El Ombú, 1932), varios números de la *Revista de Filosofía* de Ingenieros y de Ponce que hablaban de la revolución bolchevique y la colección encuadernada de *Dialéctica*, la revista de Ponce que también se ocupaba de la revolución rusa (y que publicaba artículos de los pensadores marxistas Georg Lukács, Rodolfo Mondolfo, Franz Mehring y varios más). Según testimonios de familiares, en la otra parte de la biblioteca había textos de David Riazanov, V.I. Lenin y de Piotr Kropotkin. (De los anarquistas, además de Kropotkin, tenía de P.J. Proudhon: *Idea general de la revolución en el siglo XIX. Colección de estudios acerca de la práctica revolucionaria e industrial*, Barcelona, José Montaner, 1868.) Igualmente había leído a Jorge Plejanov, a quien reseña y comenta en 1930. De la Rusia previa a 1917 era un asiduo lector de Tolstoi, Dostoievsky, Gorki, entre otros.

brillante *Humanismo burgués, humanismo proletario* de 1935). En cambio para el cordobés, en los nerviosos manuscritos de *Así hablaba Zarathustra* “estaban encerrados los gérmenes de toda la rebeldía actual”. Nietzsche era, para este Deodoro de inicios de los 30, “el hombre más peligroso de Europa”.

Pero al inesperado maridaje de Marx y Nietzsche Deodoro le agregó un tercer término, no menos corrosivo e irritante: Sigmund Freud. Habiendo logrado, según Roca, horadar “hacia abajo”, hacia lo más profundo del “fondo abismal”, coincidiendo con lo nocturno, caótico y demoníaco del arte moderno (una referencia obvia al surrealismo), el movimiento romántico en el que se inscribía la obra de Sigmund Freud lo emparentaba –según su opinión– con “la gran literatura de Novalis y de Nietzsche”.

Comentando el libro de Thomas Mann *La posición de Freud en el espíritu moderno* dirá entonces Deodoro que “Freud ha desbordado los cauces médicos y es ya una corriente mundial cuya deuda se expresa en la literatura y el arte modernos”.

Jalando de ese hilo teórico, en “El cielo del carbonero” (un análisis de 1930 del *Don Juan* de José Delteil), Deodoro llamó a Freud “el extraordinario minero que cayó en las profundidades de lo sexual”.

Adviértase que estas numerosas y entusiastas saluciones del psicoanálisis –leído no en clave médica o psiquiátrica sino en un registro que da cuenta de sus resonancias literarias, artísticas y culturales– son coexistentes tanto con su adhesión a Nietzsche como contemporáneas de su análisis más que positivo de *Las cuestiones fundamentales del marxismo*, libro de Plejanov de 1908 recién traducido al castellano en 1930.

¡Freud, Nietzsche y Marx juntos!... en la Córdoba de 1930... ¿Qué tiene que ver esta dinamita filosófica con el liberalismo positivista, ilustrado y bien pensante en el que se quiso engarzar a Deodoro? Bien poco, creemos.

Esa amalgama explosiva –completamente equiparable a la de Mariátegui, aunque menos sistemática y más fragmentaria– resultaba mayormente inédita para el socialismo reformista así como también para el marxismo “ortodoxo” argentinos de aquel momento.<sup>18</sup> No nos olvidemos que también Aníbal Ponce, sin duda

18 Tanto el núcleo de *Nosotros* (Bianchi y Giusti) como el de *Revista de Filosofía* (Ponce) mantenían referencias con Freud. Contrastando con esas vertientes, en su temprana recepción cordobesa del psicoanálisis probablemente influyó sobre

el teórico marxista más informado y riguroso de aquella época, había lanzado en enero de 1923 –firmando con el seudónimo Luis Campos Aguirre– una *boutade* contra el padre del psicoanálisis bajo el título “La divertida estética de Freud”. Allí definía esta disciplina como “una bufonada”, “la opereta de la psicología”, “el más extraordinario monumento de la literatura cómica” y una “epopeya científico-burlesca”, entre muchos otros hirientes sarcasmos.

Deodoro y Ponce compartían sin duda más de una tesis en relación con el humanismo marxista, pero sus derroteros teóricos los separaban rápidamente frente a Nietzsche y a Freud. El límite entre ambos estaba dado por el tipo de “contaminación” que cada uno estaba dispuesto a adoptar para el marxismo (más ligada al racionalismo científico-dieciochesco Ponce, más cercana a la crítica romántico-libertaria de la modernidad capitalista Roca).

Además de la reseña del libro de Thomas Mann sobre Freud o del comentario sobre el premio Goethe al psicoanalista austriaco, el artículo donde Deodoro sintetizó con mayor precisión y radicalidad política la doble herencia del creador del psicoanálisis y del filósofo del martillo fue “Impulso y contención” de diciembre de 1930.

Allí los reúne a los dos bajo la bandera común de “la heterodoxia contemporánea y sus herejías anticulturales”. El axioma del cual parte Deodoro en esa doble lectura está dado por la antinomia vital que anida en los más profundos recovecos de la historia y del hombre: la contradicción desgarradora entre felicidad y cultura.

---

Deodoro su gran amigo y compañero Gregorio Bermann. Este último viajó a Europa y se entrevistó personalmente con Freud –según consta en el diario del psicoanalista vienés– el 26 de febrero de 1930 (Bermann leía a Freud directamente del alemán, ayudado por un traductor). Más tarde, desde 1936, Bermann publicaría su fundacional revista *Psicoterapia* y en ese año le hará un homenaje a Freud paralelo al de *Sur*. No obstante, los horizontes e intereses de Roca y Bermann sobre el psicoanálisis eran disímiles (el primero lo interpretaba en una tonalidad estético-literaria mientras el segundo lo hacía –al igual que el socialista Enrique Mouchet– desde la terapéutica médica de la neurosis). Asimismo, poco después de los artículos de Deodoro, Stefan Zweig publica en 1933 su biografía de Freud *La curación por el espíritu*. Coincidió de este modo con Roca (su anfitrión personal en Córdoba) en su intento antipositivista de cruzarlo con Nietzsche, a quien sugestivamente Zweig también le dedicó una biografía –*Nietzsche (La lucha contra el demonio)*–. En ambos casos, como Deodoro, Zweig focalizó su mirada en la profecía freudiana “demoledora de tabúes” y alertó –de manera análoga a la del cordobés– sobre “el peligro” de la represión cultural.

Resumiendo la vertiente nietzscheana en la que por lo menos desde 1915 venía deslizándose, encaramada ahora sobre un horizonte freudiano, Deodoro dibuja el contorno sociohistórico civilizatorio que explicaría “la violencia anárquica contemporánea”.<sup>19</sup> Su escrito terminaba preguntándose en qué medida y sobre qué dirección la cultura debería incluir e incorporar los impulsos hasta ese momento reprimidos, expulsados o aniquilados.

En completa sintonía con esa modulación escribió ese mismo año en el epílogo a Sánchez Viamonte: “El «movimiento de la juventud» de nuestro país está enlazado, por múltiples puntos, al de la juventud de todos los países... De ahí que se siente en oposición al mundo hecho y fijo de la cultura ya madurada, que le parece a la juventud como inánime, anquilosada, hecha costura... Episodio, el más dramático, de esa eterna lucha que corre a lo largo de la historia: la defensa del espíritu frente al hombre petrificado. Renovadora perenne de la sal de la tierra: gran izquierda del mundo”. Con idéntica tonalidad, al año siguiente volvía a cuestionar en la “Parábola de la pulga prudente” el sistema pedagógico de la dominación de la subjetividad, de la cristalización, de la cosificación.

Esa inquietante presencia del filosofar con el martillo en su concepción teórica acerca de la crítica cultural y en completa oposición al mundo reificado de la civilización moderna no fue tan marginal como habitualmente se piensa. A pesar de su fragmentariedad y de su falta de sistematicidad –tópicos típicamente nietzscheanos, por cierto– una y otra vez el pensador cordobés volvía a apelar a Nietzsche cada vez que se sentía –políticamente– solo. Sea

---

19. Reiteradamente emergen aquí los paralelismos ineludibles. ¿Cómo no asociar este diagnóstico impugnador del carácter represivo de la cultura y la civilización sobre los impulsos y pulsiones más vitales con el que muchos años después proporcionará el miembro de la Escuela de Frankfurt Herbert Marcuse hablándole de “la sociedad carnívora y represiva” a los jóvenes *radicals* de los años 60?... con la Escuela de Frankfurt (a la que obviamente no conoció) Deodoro también compartió cierta sensibilidad “ecologista” *avant la lettre*, crítica de la civilización técnico-industrial. En ese rubro su escrito más logrado es, sin duda, “Pedimos la cabeza de los asesinos de árboles”, publicado el 4 de agosto de 1939 en su revista *Las Comunas*, en la que abundaban artículos sobre contaminación y urbanismo. En cuanto a Walter Benjamin, también de la Escuela de Frankfurt, Deodoro coincidió sorpresivamente con el –sin haberlo jamás leído– en la estrecha similitud que trazo el joven Benjamin en su artículo “La reforma escolar: un movimiento cultural” (Erlangen, 1912) entre la nueva cultura, la juventud y la reforma educativa.

en la militancia universitaria o en algunas de las polémicas que enfrentó a partir de los pleitos jurídicos en los que se embarcó (como el famoso caso del asesinato de Martita Ofelia Stutz y su defensa del acusado Suárez Zabala). En esas ocasiones recurría siempre al mismo ejemplo nietzscheano: "Requíerese, además, cierta aptitud heroica para la soledad. Nietzsche media el valor de cada individuo", se autorrecordaba periódicamente Deodoro, "por la soledad que pudiese soportar". Obviamente una soledad, interpretaba el Nietzsche de Deodoro, frente a la muchedumbre.

Aquella notable disparidad acerca de Nietzsche entre Aníbal Ponce y Deodoro Roca no fue una excepción argentina. Hasta un gigante filosófico como Georg Lukács, en Europa, había excomulgado a Nietzsche del linaje próximo al marxismo calificándolo en *El asalto a la razón* (1953), al igual que nuestro Ponce, como un teórico del imperialismo germano. Pocas excepciones en el mundo de aquella época, dentro del paradigma marxista, escaparon a esas crispadas apreciaciones (entre ellas sobresale seguramente el *Nietzsche* de Henri Lefebvre de 1939 y mucho después el *Nietzsche* de nuestro Carlos Astrada, que discute en 1960 la tesis de Lukács). Lo cual resalta aún más la originalidad antidogmática y creadora de Deodoro en nuestro medio.

Cuando Ponce condena a Nietzsche, no debemos olvidarlo, corrían los años del ascenso fascista y nazi. Ése era el telón de fondo que teñía la excomunión del demonio filosófico de Nietzsche. Evadiendo ese pesado y pegajoso obstáculo, Deodoro no se cansaba de insistir —mientras lanzaba imprecaciones contra los mitos fascistas de Alfred Rosenberg y Carl Schmitt en su artículo "Esqueleto jurídico del racismo" (1934)— que Nietzsche "era el maestro incomprendido de Hitler". Esa cortante acta de acusación contra los nazis terminaba sugestiva y provocativamente con un aforismo del mismo Nietzsche: "He aquí el nombre del más frío de los monstruos. Miente, también, friamente, y su boca deja escapar esta mentira: yo, el Estado, soy el pueblo".

Exactamente lo opuesto: no un teórico del imperialismo germano o del racismo fascista sino, por el contrario, un predicador incendiario enemigo a muerte del Estado. Ésa era la matriz libertaria —teñida por el psicoanálisis— con la que Deodoro se apropiaba de Nietzsche y también de Marx —sus dos queridos "terribles negadores" como ya apuntamos— a la hora de defender la revuelta juvenil y de enfrentar al fascismo represivo y estatista de la burguesía y la oligarquía argentinas.

#### IRREVERENCIA CULTURAL Y COMPROMISO POLÍTICO

*Tomemos en serio a la Revolución,  
pero no nos tomemos en serio a nosotros  
mismos.*

*La insolencia es la nueva arma revolucionaria.*

Grafitis del mayo francés

*Para el revolucionario que cree en la  
lucha de clases la poesía es un arma  
más en esta lucha.*

DEODORO ROCA

En cierta ocasión, como ya apuntamos, Deodoro declaró ante sus mejores amigos: "De mí sé decir que cultivo como una defensa de mi juventud la irreverencia contra los fantasmones, los solemnes, los pedantes, los importantes... Es necesario combatir, sobre todo entre nosotros —y es cosa auténtica de jóvenes— contra ese contagioso vicio de la estéril solemnidad, que es la vejez del narcisismo, de todo narcisismo intelectual. ¡Guerra a los solemnes! ¿Cómo? Riendo, con las finas risas del humorismo, mordiendo con sus sutiles, implacables ácidos".

Apoyándose en esta inconfundible "doctrina" que reemplazaba en su vida cualquier tipo de manifiesto estético, Deodoro defendía "la razón de la juvenil y vital rebeldía. He ahí el porqué de nuestras iconoclastias e irreverencias". En el primer editorial de su revista *Flecha* Deodoro aclaraba que "la risa es, en ocasiones, la flecha más aguda y más certera".

Ninguna anécdota ilustra mejor la dirección estético-política que asumía esa toma de posición que aquella vez en la cual durante la noche Roca "vistió" las estatuas de Córdoba. Tapó entonces sus partes pudendas con ropa interior. Protestaba así contra el retiro del Salón Oficial de un desnudo exhibido por el pintor Ernesto Farina.<sup>20</sup> Un gesto que bien podría haber pertene-

<sup>20</sup> Nada más alejado de la historia y de la herencia cultural que la genética. Sin embargo, durante los últimos años la pintora Cristina Roca —nieta de Deodoro— actualizó aquella irreverencia deodorica exponiendo en la calle (junto a otras obras), sea frente a la Casa Radical o frente a la Legislatura provincial, toda una serie de ambientaciones y esculturas satíricas de los gobernadores de Córdoba

cido a alguna de las tantas vanguardias que poblaron el Instituto Di Tella, si hubiera sucedido en los 60.

El argumento de fondo con el que Deodoro defendió estéticamente el desnudo (por ejemplo, en sus artículos "Bañistas" y también "Renacimiento del desnudo -frente a los últimos desnudos de Francisco Vidal-") apuntaba a la autonomía del arte. "Sabido es que la Moral y el Arte", sentenciaba Roca, "giran en distintas esferas. Son mundos diversos. Confundirlos es dar un traspies de aldeanos". Era el hilo discursivo de la *Crítica del juicio* con el que Kant -conocido de primera mano por Deodoro- fundamentaba la autonomía del juicio estético frente a la razón cognoscitiva y práctica. Allí estaba el núcleo fundacional, luego retomado por Deodoro, de lo que más tarde desarrollarán las vanguardias.

Pero lo más sugerente de esa defensa de la autonomía estética frente a la moral -que no significaba sin embargo "pureza" absoluta del arte- residía en el particular abordaje con el que Roca desmontaba el rechazo tradicionalista al desnudo artístico: "Moral tejida de absurdos «silencios». Florecida con las más hermosas flores de los pantanos. De esas que tan bien asoman sus tallos húmedos en los invernáculos de Freud". De nuevo aparecía allí en primer plano la sospechosa huella del psicoanálisis, en función ahora de la defensa del artista frente a la cultura opresiva de aquella Córdoba beata y pacata que formaba ligas contra el séptimo arte, pues según denunciaba irónicamente Deodoro "en el invierno, el pecado se refugia en la penumbra del «cine»". El tópico de la sexualidad, siempre "en sordina" hasta en las vanguardias argentinas de aquella primera parte del siglo, se constituía muchas veces en el eje central de confrontación en sus artículos de crítica cultural.

Tanto en la polémica por el desnudo como en la diatriba de las "ligas" de buenos ciudadanos contra la lujuria del cine, Deodoro jugaba siempre la misma carta, la de un esteticismo irreverente

---

Eduardo César Angeloz y Ramón Bautista Mestre: "El chanco cecor", "Tenedor con ñoqui", "Sillón Miss Senador", "El corpiño", "Los desechos humanos" y "Chanco papá noel" durante 1995; "San Pocho", "Muerte de la educación y entierro de la cultura" durante 1996 y finalmente "El desocupado" y "El excusado" durante 1997. De todas ellas, el caso límite fue "El chanco" (escultura alusiva al sobrenombre del gobernador Mestre) que fue secuestrada de la vía pública por la policía, ante lo cual se pidió un hábeas corpus. Finalmente... la policía liberó al pobre chanco el 11 de agosto de 1995. Las estatuas "vestidas" con corpiños y el toro defendido jurídicamente por Deodoro dejaron huella.

asumido en la forma típicamente provocadora de las vanguardias contra lo que explícitamente denominó -en su polémica con Augusto Bunge- "la mentalidad temerosa y mojigata ultra-pequeñoburguesa. Una moral de almacenero al minorista" o también -en sus análisis de los conciertos de Walter Rummel- contra "los reparos del filisteo cegatón y reumático".

Desde ese incisivo registro afirmará escandalosamente que "yo también creo que el pueblo inventa poca cosa en materia de arte". Marcaba de este modo distancia, no sólo frente a los habitantes cordobeses de Troglodia sino también frente a los partidarios cerrados del "arte popular", la "literatura social" y de lo que él denominó en su artículo sobre la novela rusa "la mal llamada «literatura» proletaria". La transformación política y la experimentación artística no eran a sus ojos contradictorias.

Esa misma iniciativa de ruptura estética, en tanto elemento de modernización cultural y vanguardia artística, prolongará su interés desde el campo del arte a instancias mayormente ligadas a la vida cotidiana. Una esfera no menos sujeta en aquel momento a los despóticos dictados de "las buenas costumbres" y la moral provincianas. Allí se inscriben sus artículos "Dictadura y falda corta", "¿Qué busca el hombre en la pantalla?", "Bañistas" y muchos otros del mismo circuito temático, invariablemente sarcásticos.

Tan sarcásticos e irónicos como las decenas de hilarantes anécdotas personales que se contaron tras su muerte como su famosa defensa jurídica del toro. Sucede que en Ongamira, espacio campestre frecuentado por los amigos de Deodoro análogo al sótano de la capital cordobesa, un toro arremetió contra un turista. Este último le inició juicio al dueño del animal, cuya defensa tomó inmediatamente Roca.

Riéndose despiadadamente, y como un adolescente una vez más, de los defensores del "orden" -en este caso, de quienes pretendían encarcelar al dueño del animal-, Deodoro argumentó que el toro, señor de la comarca habría atacado... en defensa del paisaje. Su defensa concluía afirmando que "el toro es el brazo armado del paisaje, es su vengador ejecutivo". Así, apelando al humor, a la ironía y a la irreverencia, ganó el juicio. Él y sus bohemios amigos fueron en esa ocasión a festejar el triunfo jurídico llenando de petardos y prendiendo fuego en la ruta a Ongamira a un toro de cartón.

En cuanto al mundo del paisaje cordobés, Deodoro fue su

pintor. Fue también un admirador del “maestro” paisajista Fernando Fader, a quien rindió homenaje en el pueblo cordobés de Ischilín en 1935, cuando el pintor murió.

Aunque Roca regaló casi todos sus cuadros, llegó a exponer en varias ocasiones (todavía hoy se conserva una de sus pinturas en una muestra permanente de la ciudad de Córdoba). En una oportunidad, expuso en Buenos Aires en la Galería Nordiska (que quedaba en Florida al 900) y fue recibido calurosamente por la crítica, aun cuando algunos especialistas le señalaran ciertas “vacilaciones de artista incipiente”.

Su famoso sótano de la ciudad de Córdoba (situado en Rivera Indarte 544 y luego inexplicablemente demolido!) reunió a pintores, poetas y militantes políticos. Adornado el piso con una alfombra colorinche, llenos los estantes de esculturas y de miles de libros, fue una auténtica bodega cultural que también sirvió como redacción de *Flecha* y *Las Comunas*, las dos publicaciones que él dirigió. Cuando llegaba la noche (momento en que también decaen las censuras y las coacciones sociales), la bohemia cordobesa tenía en ese subsuelo un reducto seguro que muchas veces se prolongaba hasta la madrugada en caminatas colectivas por la ciudad.

Sin abandonar el ejercicio de la pintura, al mismo tiempo Deodoro intentó ahondar en la reflexión estética. Escribió con ese objetivo varios artículos sobre el impresionismo, sobre la luz en la obra de arte y en la arquitectura y también sobre la relación entre la pintura, la geometría y el tacto, proponiendo que la base de la apreciación de la belleza no reside tanto en lo visual como en lo táctil. Allí se ubicaría, entre la universalidad de la geometría y la singularidad del tacto, la posibilidad de apreciación de lo estético.

Aun insistiendo reiteradamente con la tesis de la autonomía estética del arte –fundamentalmente frente a la condena y la censura asentadas en la moral tradicionalista– Deodoro no fue un partidario del “arte puro”. Por eso tituló uno de sus artículos “La «pureza» del arte”, entrecomillando precisamente el concepto de pureza para marcar distancia.

De ahí que siempre estuviera atento a la estrecha vinculación que la experimentación artística, literaria o poética pudiera mantener con la renovación política. No casualmente llegará a caracterizar al muralista mexicano Diego Rivera –quien pasó por varias vanguardias y estuvo estrechamente ligado a la praxis política anticapitalista– como “el más grande artista de nuestra época”.

Pero donde ese difícil vínculo se expresó con mayor radicalidad

en su reflexión fue en el caso de la poesía española (y también en su teatro). Eran los años de la revolución y la guerra civil. El mundo, y también Córdoba, se dividían. Deodoro siguió paso a paso la agonía republicana, intentando comprender sus contradicciones a partir de la larga historia cultural de la península ibérica.

El caso paradigmático en este sentido fue su conferencia “El mundo estético de Lope de Vega”, pronunciada en su viaje a Chile de 1938 ante el homenaje que le brindara la Alianza de Intelectuales Chilenos (organización análoga a la AIAPE argentina –Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores–). Allí resaltó la vitalidad española del siglo XVI y comparó a Lope de Vega con William Shakespeare. En su exposición arriesgó también que en Lope de Vega lo más sugerente y cautivante se encontraba por debajo de su disciplinada erudición escolástica y jesuítica propia de la Contrarreforma. A medida que avanzaba con su relato el tono político de la conferencia iba *in crescendo*, hasta que apareció en su discurso la continuidad entre Federico García Lorca y Lope de Vega. Allí, en el clímax, Deodoro culminó reivindicando “la nueva guerra libertadora de infieles”: “Contra moros, alemanes, italianos”, terminaba diciendo en Chile, “se levantan las viejas voces del heroico romancero español, triunfador en la Edad Media, raíz petenne de la cultura española. García Lorca, entre presagios y prodigios, bajo las impasibles estrellas del cielo andaluz, capitanea un escuadrón invisible de poetas-camaradas”.

En ese “escuadrón de poetas-camaradas”, de “conjurados de poesía” y en el “pelotón de fusileros de las retóricas”, sobresalía quien fuera su gran amigo del exilio español en la Argentina: Rafael Alberti. Si Diego Rivera era en su opinión el más grande pintor, para Deodoro Rafael Alberti era nada menos que “el más grande poeta vivo de España y América”. Una equivalencia más que sugestiva en el terreno ideológico...

La amistad entre ambos, Deodoro y Rafael, repleta de mutua admiración, sobrevivió a la muerte del cordobés. El poeta español reconocería que “Yo estaba loco oyéndole! Sabía más cosas de España que yo mismo. Entonces me expliqué por qué la había defendido desde aquí con toda su gran alma de niño y de sabio”. En vida le dedicará una poesía, y después de muerto escribirá otra en su honor y en su recuerdo.<sup>21</sup>

21. La poesía que le dedico en vida era “Bailecito de bodas” de su libro *Entre el clavel y la espada* (1939-1940). En la biblioteca personal de Deodoro se conserva el

Para Deodoro, la España revolucionaria –que lo invitó a viajar, aunque él no pudo ir– representaba la continuidad de la revolución rusa. Analizando el drama español que no lo dejaba dormir, en su artículo “La revolución española” afirmará taxativo y esperanzado: “Ningún país ofrece mayor semejanza con la Rusia de los últimos días zaristas que España”. Pero al sopesar la historia cultural de ambos países, Roca –descendiente de españoles y absolutamente compenetrado tanto con la historia de la poesía y el teatro españoles como con la causa política de la clase obrera ibérica– en una afirmación rotunda señalará que “España aparece en la hora exacta. Trae valores humanos que no se daban acaso en la experiencia rusa”.

Irreverente sin remedio, estéticamente rupturista y humorista juguetón e irónico, sabía ponerse terriblemente serio a la hora de defender a las clases y a los pueblos oprimidos.

---

ejemplar autografiado por Rafael Alberti con la siguiente dedicatoria escrita con lápices de varios colores: “¡Deodoro! Lee el poema de la página 66. Te abraza siempre con un gran cariño, Rafael. Buenos Aires, 1941” (Archivo Cristina Roca –madre–). Después de muerto, Alberti le escribe “Deodoro Roca o la muerte de un hombre” y “Elegía a una vida clara y hermosa”. En el mismo archivo también se encuentra un ejemplar autografiado de Pablo Neruda de su libro *España en el corazón. Himno a las glorias del pueblo en la guerra* con la siguiente dedicatoria: “A Deodoro Roca, hermano en la esperanza. Pablo Neruda, 1938. Buenos Aires, Santiago, Córdoba”. Asimismo, también nos encontramos con un ejemplar de *La calle de los sueños perdidos* de Enrique González Tuñón con la dedicatoria: “A Deodoro, querido y admirado, Enrique, 1941, febrero”. Después de su muerte, los dos hermanos González Tuñón le escriben sendos poemas de homenaje

## ANTIIMPERIALISMO Y REVOLUCIÓN

*En su casa, en el subsuelo donde instaló su espléndida biblioteca, Deodoro recibió con los brazos abiertos a cuantos agitadores, zaparrastrosos y comunistoides deseaban verle.*

MANUEL GÁLVEZ

*Toda nuestra acción es un grito de guerra contra el imperialismo y un clamor por la unidad de los pueblos contra el gran enemigo del género humano: los Estados Unidos de Norteamérica.*

ERNESTO CHE GUEVARA

Desde muy joven Deodoro se sintió conmovido por el verbo de Ingenieros. No del Ingenieros positivista, evolucionista e incluso muchas veces sarmientinamente racista, sino del otro, del Ingenieros modernista, antiimperialista, crítico de la mediocridad burguesa y amigo de “los tiempos nuevos” que soplaban desde Europa. Ya en 1915 elabora su tesis doctoral titulada “Monroe, Drago, ABC”. Todo ese trabajo –calurosamente saludado por Ingenieros desde su *Revista de Filosofía*– estaba destinado, como apuntamos, a rebatir los argumentos del panamericanismo yanqui.

Como Saúl Taborda, Deodoro había leído atentamente y meditado sobre la conferencia de Ingenieros “El suicidio de los bárbaros” de 1914, pronunciada en ocasión de la Primera Guerra Mundial. En ese horizonte, donde la vieja civilización europea se desangraba por la guerra, depositará sus esperanzas en el “Manifiesto liminar” de 1918 en el futuro “de la América toda”.

De ese exaltado americanismo emergerá en la Argentina de 1914 la Asociación Latinoamericana bautizada originariamente “Comité pro-México” y siempre presidida por Manuel Ugarte, quien fuera uno de los principales oradores en la fundación de la Federación Universitaria Argentina (FUA) el 11 de abril de 1918. Más tarde, en los 20, nacerán tanto la Unión como la Alianza. La primera –Unión Latinoamericana– será fundada en 1925 por Ingenieros en Buenos Aires (Deodoro encabezará su filial cordobesa). La segunda –APRA, Alianza Popular Revolucionaria Ameri-

cana— será fundada en mayo de 1924 por Haya de la Torre bajo el auspicio de José Vasconcelos en la Escuela Nacional Preparatoria de México (perteneciente a la Universidad de México, dirigida por Vicente Lombardo Toledano y situada en el antiguo Colegio de San Idelfonso, donde Diego Rivera pintó entre 1922 y 1923 “La creación”, su primer mural). Desde su nacimiento, el APRA agrupó a Haya de la Torre y a José Carlos Mariátegui, cuya revista *Amauta*—fundada en 1926— fue inicialmente tribuna intelectual de ese movimiento, hasta que sobrevino en 1928 la ruptura entre los dos peruanos.<sup>22</sup>

En ese “americanismo” de tintes antiimperialistas y muchas veces espiritualistas, que oponía frente al imperio norteamericano el ideal de “nuestra América” —en palabras de José Martí— o también que diferenciaba —en el lenguaje de Deodoro— “las dos Américas”, Roca coincidía con Mariátegui y con Waldo Frank. Este último, amigo personal del peruano y de Samuel Glusberg en Buenos Aires, visitó a Deodoro en Córdoba. De él supo decir, tras su muerte, que “era uno de los espíritus más exquisitos de la Argentina”.

Como para gran parte de su generación, en el pensamiento de Deodoro la problemática del antiimperialismo estuvo irremisiblemente ligada a la de la revolución social. Ésa fue quizá su principal diferencia —nunca meditada a fondo ni tampoco explicitada— con la ideología del APRA. En ese sentido, “la cuestión Rusia” primero,

22. Haya de la Torre visitó personalmente a Deodoro en Córdoba cuando vino a la Argentina. En su biblioteca personal se conserva aún un ejemplar de José Ingenieros y Haya de la Torre titulado *Teoría y táctica de la acción renovadora y antiimperialista de la juventud de América latina (Páginas escogidas)*, Buenos Aires, FUBA, 1928. Este folleto agrupaba “Por la unión latinoamericana” de Ingenieros y siete pequeños artículos y discursos de Haya de la Torre. No está subrayado. Su amigo y compañero Gregorio Bermann, aun con discrepancias, visitó solidariamente a Haya de la Torre cuando éste estaba encerrado en la embajada de Colombia en el Perú y a su vez Haya de la Torre escribe un artículo titulado “Los verdaderos embajadores de América” para el diario *Córdoba* cuando Bermann y su esposa visitan y dan conferencias en la Universidad de Berlín. No conocemos trabajos ni posicionamientos públicos de Deodoro sobre la ruptura Haya de la Torre-Mariátegui ni tampoco sobre el artículo polémico de Julio Antonio Mella contra el aprismo: “¿Qué es el APRA?”, publicado en México en 1928 y reproducido luego por Mariátegui en *Amauta*. Probablemente nunca se pronunció al respecto. Sin embargo, sospechamos que por la radicalización socialista de su pensamiento antiimperialista en los años 30 Deodoro estuvo entonces —independientemente de capillas y “ortodoxias”— más cerca de las posiciones de Mariátegui que de las de Haya de la Torre.

y luego la guerra civil española en un grado de intensidad mucho mayor aún, se constituyeron para él en algo así como un paradigma analógico.

De este modo se entrecruzaron con su antiimperialismo otorgándole a sus posiciones políticas un carácter irreductible al populismo de Haya de la Torre. Los conflictos no sólo eran entre las naciones oprimidas y el imperialismo. La lucha de clases, interna, mostraba a cada paso su cola.

Si ése fue el ángulo general que tiñó sus análisis antiimperialistas de los años 30, eso no implica que aquella conclusión madura haya sido la estación inicial de su itinerario político-ideológico.

Desde un comienzo el tono culturalista marcó a fuego el decurso antiimperialista de Deodoro, nacido al calor de los tópicos más democráticos, rebeldes y radicalizados del modernismo. En ese registro, por ejemplo, se preguntaba sobre Estados Unidos en su tesis de 1915: “¿Por qué mudarían de táctica y de proceder precisamente cuando el desenvolvimiento del instinto imperialista y de los apetitos burocráticos los hiciera más ávidos y menos altruistas?”. Para él, el imperialismo remitía entonces a un conjunto de hábitos, características y datos culturales. No fue en este aspecto un caso único el suyo.

Ese inicial impulso modernista, a partir del cual se traducían el fenómeno imperialista, también puede rastrearse, por ejemplo, en el primer editorial de *Renovación* de 1925, revista fundada por Ingenieros como órgano de la Unión Latinoamericana.<sup>23</sup> Allí se planteaba en la estela culturalista de Darío y de Rodó, crítica del materialismo y del utilitarismo, que “el dólar todopoderoso, nervio motor del panamericanismo, será sin duda nuestro primer enemi-

23. Deodoro funda la filial Córdoba de la Unión Latinoamericana, que inicia sus actividades públicas en 1925. Ese año (el 14 de noviembre), junto con la FUC, la Unión Latinoamericana provincial organiza en el Teatro Novedades de Córdoba un funeral cívico ante la muerte de Ingenieros. Allí habla Bermann. Tres años más tarde, en 1928 la Unión Latinoamericana, a través de Deodoro, presenta al escritor antiimperialista centroamericano Máximo Soto Hall. En la fundación de la filial Buenos Aires, además de Ingenieros, habían participado Alfredo Palacios, Julio V. González, Ambal Ponce, Carlos Sánchez Viamonte, Florentino Sanguinetti y Gabriel Moreau, entre otros. *Renovación*, fundada por Ingenieros y Ponce, tuvo como directores a Ingenieros, Gabriel Moreau, Arturo Orzábal Quintana, Fernando Márquez Miranda y Manuel Seoane. Este último era también aprista, seguidor de Haya de la Torre, y mantuvo acidas polémicas en aquella época con Gregorio Bermann y con Ernesto Giudici.

go... Poseemos un tesoro espiritual que no cambiamos por ninguna cantidad de dólares". En el "Mensaje a Sandino" que la Unión Latinoamericana -muerto ya Ingenieros- le envía al guerrillero nicaragüense en 1928 se repiten exactamente esos mismos núcleos ideológicos modernistas: "Perseguimos la unificación de nuestros pueblos", decía el mensaje, "bajo normas de justicia social, a fin de oponer a la civilización individualista y utilitaria del norte, la amplia cultura humanista de los pueblos del sur".

Volvía a aparecer aquí el romanticismo anticapitalista que operaba desde una oposición también presente -dentro de la historia europea- en el romanticismo alemán de los siglos XVIII y XIX y en la sociología centroeuropea de comienzos del siglo XX: el enfrentamiento entre la Cultura (aquí remitida a América latina) y la Civilización (en este caso atribuida a los yanquis). Rebelde y antiburguesa la primera; puramente capitalista y moderna, la segunda.

Si ésa fue innegablemente su primera estación ideológica, en el tránsito de fines de los 20 y durante los 30 Deodoro incorporará otro paradigma político -sin abandonar el primero- a su antiimperialismo: la herencia quemante de Lenin.

Por ejemplo, en 1925 llegó a Córdoba Abd El Krim, joven africano de Marruecos que venía a pedir ayuda para su pueblo. En esa ocasión Deodoro pronunciará un discurso explicando el nuevo carácter y la nueva noción de imperialismo contemporáneo, donde resonaba el eco del *Imperialismo, fase superior del capitalismo* (un texto del exilio suizo redactado por Lenin en 1916): "La palabra imperialismo", aclaraba Roca, "tiene denominaciones equívocas. La más corriente expresa en su contenido una deformación de la actividad nacional... Sin duda que en todas las épocas hubo imperialismo, imperialismo interpretado como tendencia expansiva... Pero el verdadero imperialismo, el imperialismo de los tiempos actuales, es un imperialismo invisible que casi no necesita de expansiones territoriales, que casi no emplea ejércitos ni armadas, pero que hunde su garra en la entraña vital de los pueblos". Más adelante, Deodoro agregaba que su nota definitoria era "una necesidad de expansión más comercial que territorial, más económica que política". También explicaba en esa ocasión que "los ferrocarriles, las minas, las empresas de transportes, las industrias madres y aun los grandes servicios públicos son absorbidos por el capital yanqui que con un avance incontrarrestable se apodera de la dirección y control de nuestra economía

sin necesidad de anexionarnos territorialmente- y desaloja de sus posiciones al capital inglés".

Bien lejos quedaba ya de aquí la rebeldé aunque cierta vaguedad literaria de Rodó o de Rubén Darío, sus padres modernistas, y también cualquier posible inflación retórica tropical al estilo de Haya de la Torre. La economía pasaba a ser ahora el terreno de la lucha de clases y no sólo la vituperable y despreciable esfera del "utilitarismo" materialista. La tan anhelada revolución cultural y de las conciencias promovida por la insurgencia estudiantil de 1918 no podía prescindir -según este Deodoro más maduro- de la revolución en las relaciones y formas de producción. En ambos planos se daba la misma lucha, no había que abandonar ninguno de los dos. Una propuesta más que heterodoxa, puntillosamente retomada años después por el Che Guevara,<sup>24</sup> que no cuajaba en los enmohecidos moldes del marxismo "oficial" hegemónico en aquellas primeras décadas del siglo.

24. Según recordaba hace algunos años Gustavo Roca (uno de los dos hijos de Deodoro): "Casualmente, vivía al lado de la familia Guevara cuando ellos llegaron a Córdoba desde Alta Gracia. En esa época comenzó la relación con él. Yo era un pequeño líder estudiantil y el Che iba a la biblioteca de mi padre. Ernesto era un lector apasionado, casi todos los días se metía en los pasillos y leía; algunas veces me llevaba el libro para su casa, para seguir leyendo, y eso era una tragedia con los libros. Una de las lecturas que le apasionaron fue una colección nuestra de los cuentos *Las mil noches y una noche* en su versión original, que eran cuentos nocturnos... En esa época Ernesto tendría dieciséis años... Ernesto era reformista en aquella época, en el sentido de la Reforma Universitaria de Córdoba, ya que así se le nominaba a toda la gama de la izquierda, desde el Partido Comunista hasta toda la izquierda. Entonces decir reformista era decir de izquierda. Creo que en la formación ideológica de Ernesto tuvo que ver dicha Reforma" (testimonio recogido en Alys Cupull y Froilán González, *Ernestito vivo y presente (Ernesto Guevara 1928-1953)*, La Habana, Política, 1989, pp. 98-99.) Aquel ejemplar leído por el joven Guevara que aún hoy se conserva en la biblioteca de Cristina Roca (madre de *El libro de las mil noches y una noche*, trad. directa y literal del árabe por J. C. Marín, versión española de Vicente Blasco Ibáñez, prólogo de E. Gómez Carrillo, Valencia, Prometeo (se conservan por lo menos veintiún tomos de la inmensa obra).

Guevara había leído detalladamente la compilación de Gabriel del Mazo (por cuya orientación política tenía un juicio más que severo), en la que se reproducen artículos de Deodoro. Así lo reconoció públicamente en su discurso "Reforma Universitaria y revolución", en la Universidad de Oriente, el 17 de octubre de 1959, poco tiempo después de la toma del poder en Cuba. Además, el Che conversó en La Habana en más de una oportunidad sobre su adolescencia con Gregorio Bermann, quien reconstruyó parte de esos encuentros en "Mis entrevistas con el Che" (escrito posteriormente a 1967, sin fecha, archivo Sylvia Bermann).

En cuanto a la presencia del pensamiento libertario y antiimperialista de Deodoro en los escritos maduros del Che, siempre será escaso lo que sobre ello se

Con ese preciso bagaje teórico impulsó Deodoro todas sus iniciativas, como por ejemplo el ya mencionado acto de la Unión Latinoamericana filial Córdoba de 1928 en el que presenta a Máximo Soto Hall, su defensa de “los guerrilleros de la libertad” de Sandino en Nicaragua, su indignación y público rechazo al asesinato de Sacco y Vanzetti (en 1927), los dos obreros anarquistas injustamente ejecutados en Estados Unidos, su firme oposición a la guerra boliviano-paraguaya por el Chaco, impulsada por “los dos grandes imperialismos que se disputan la hegemonía del mundo: el norteamericano y el inglés”. Allí se comprenden también todas sus maldiciones terrenas y “materialistas” a la Standard Oil Company y a la Shell Company, verdaderas responsables de aquella guerra fratricida. En 1938, en ocasión de la muerte de Lisandro de la Torre, profundizaba esa línea de pensamiento diciendo: “En América –en toda la América– hay una tarea urgente, inaplazable: la «segunda» independencia, lo que ahora se llama «liberación nacional»”. En ese llamativo “ahora” mentado por Deodoro se resumía su encuentro con un nuevo arsenal teórico antiimperialista que él conjugaba con el antiguo credo culturalista de su modernismo juvenil.

Que ese tipo de contaminaciones, elucidaciones y conjugaciones no era ingenuo ni espontáneo y que mucho le debía no sólo a sus “maestros de juventud” latinoamericanos sino también al pensamiento de los bolcheviques se explica por la presencia indeleble de “la cuestión Rusia” en el imaginario de la época. Sobre ella Deodoro reclamaba apasionadamente: “Procuren –aunque por las trazas me parece muy difícil– entender, comprender, «sentir» en la carne y en el corazón, que en Rusia, en esa Rusia de la que totalitariamente abominan, la sangre, el sacrificio y el tremendo heroísmo ruso esta rescatando la libertad del mundo civilizado”. Eran los tiempos de la guerra contra los nazis, corriente –esta última– que contaba con

---

apunte. Baste parangonar la particular índole de su común rechazo al capitalismo, la noción esencialmente antiyanqui y antiimperialista de ambos, el humanismo, la revolución cultural y de la conciencia, el papel otorgado a la juventud, la común oposición al marxismo economicista, la crítica furibunda a la burocracia, a la alienación, etc. No todo el Che está en Deodoro. Es obvio. Pero sin Deodoro no se comprende al Che (como tampoco se lo entiende sin Mella, sin Ponce y sin Mariátegui). Nos tomamos el atrevimiento de remitir al lector a nuestro trabajo “El Che Guevara y la filosofía de la praxis”, en bibliografía de la Cátedra Che Guevara, Universidad de Buenos Aires, reproducido en *América Libre*, 11, octubre de 1997, pp. 59-75.

fuerte apoyatura local en la sociedad civil y sobre todo en las Fuerzas Armadas. Allí Deodoro se jugó al todo o nada. Había que estar con esa Rusia bolchevique de “los tiempos nuevos”, como también con la revolución española.

Sin embargo, a Deodoro no se le escapaba la inmensa tragedia y dolor que el stalinismo le infligió a la revolución de aquellos años. Focalizando su atención en el caso ruso, y comentando el libro de Trotsky *La revolución desfigurada* en su artículo “La revolución desfigurada”, Deodoro afirmaba premonitoriamente: “La revolución bolchevique se divide en dos grandes períodos separados por la última enfermedad y la muerte de Lenin”. Sin dejar de reivindicar el inmenso asalto al cielo de los oprimidos que tantas influencias tuviera entre los reformistas cordobeses de 1918 y en la fundación de las ligas y organizaciones antiimperialistas de los años 20, Roca advertía en ese mismo trabajo –curiosamente nunca recopilado hasta hoy–: “La conquista y la afirmación del poder fue una revelación genial. Fue el más formidable «atracó» de todos los tiempos. En esto se acusó la máxima genialidad de Lenin... Pero dentro del partido actuaba ya una clase poderosa que tenía su hombre representativo. Esa clase era la de los Funcionarios. Y ese hombre era Stalin. La nueva burocracia es la que ha expulsado a Trotsky de Rusia y del partido... Su sagacidad y su realismo [de Stalin] eran de filiación campesina. El auténtico campesino ruso vencedor de Lenin, el intelectual”. Un balance amargo pero mucho más que visionario...

Contra lo que muchos impugnadores sostuvieron, el antiimperialismo de Deodoro no se quedó en formulaciones literarias o genéricas sino que tomó orgánicamente partido dentro de la política nacional. Sin abandonar ni su vital impulso libertario ni su predicación radicalizada y herética, después del golpe contra Yrigoyen Deodoro se afilió al socialismo.

No contaba con un partido revolucionario flexible y al mismo tiempo sensible y dispuesto a incorporar en sus filas a la cultura de vanguardia, al estilo del partido socialista peruano que trabajosamente supiera construir Mariátegui en polémica con la dirección “oficial” de la Tercera Internacional y sus acólitos latinoamericanos. Las durísimas críticas con las que Rodolfo Ghioldi impugno en 1932 a Roberto Arlt en *Bandera Roja*, por ejemplo, son una clara expresión de esta notoria ausencia de clima intelectual propio y de apertura ideológica suficiente como para poder incorporar al comunismo a una figura cultural como Deodoro,

atraído por esa corriente (en el mismo sentido que las críticas a Arlt podrían citarse el reproche que le hace mucho más tarde, en 1943, Héctor P. Agosti a Raúl González Tuñón por haber pertenecido a la vanguardia martinfierrista o también las polémicas de 1948 de Rodolfo Ghioldi con escritores y pintores comunistas que veían con mucha simpatía a las vanguardias y su estética de ruptura, principalmente con Cayetano Córdoba Iturburu).

Además, dentro del comunismo local, la rigidez sectaria del aparato organizativo terminó primando sobre los elementos más dinámicos, abiertos y atractivos para una personalidad tan particular como la de Deodoro. Este último había trabajado codo a codo junto a algunos cuadros obreros del comunismo cordobés ya en tiempos de la Reforma. Como recordó, por ejemplo, en 1968 el dirigente sindical comunista Miguel Contreras, fundador junto a Pablo López de la Unión Obrera Provincial de Córdoba y su secretario en 1918, los obreros apoyaron las reivindicaciones estudiantiles desde sus periódicos *Vida Nueva* y *Adelante*. Además, según el mismo Contreras, hubo muchas reuniones de estudiantes y de obreros en la casa de Deodoro y también en la Unión Obrera de la provincia. Allí se plasmó en común la difusión del movimiento. Eran tiempos de militancia compartida y fuerte intercambio entre ambos segmentos sociales. Estos últimos, los estudiantes, cuando estalla en Córdoba la huelga del calzado en aquel año 1918 hacen un paro y realizan un acto junto a la central obrera en la Plaza San Martín con oradores en conjunto. Ese mismo año, cuando se clausura durante la huelga sindical la Federación Obrera Cordobesa, la Federación Universitaria de Córdoba (FUC) inspirada por Deodoro ofrece a los sindicalistas en lucha su local de la calle Rivera Indarte, adonde se traslada el comité de huelga.

Más tarde, la Unión Obrera Provincial y la FUC volvieron a agruparse elaborando un manifiesto conjunto de condena a la Semana Trágica de 1919, en la cual se masacraron a obreros en lucha de los talleres metalúrgicos Pedro Vasena.

Esta estrecha vinculación inicial, más que atractiva para un intelectual como Deodoro (completamente fascinado por la experiencia de la Rusia bolchevique), se vio empañada por el sectarismo que la dirección oficial del partido –siguiendo puntillosamente la línea de la Tercera Internacional ya burocratizada– impuso en sus filas en la apreciación sobre la Reforma. Tanto es así que en la ya mencionada Conferencia Comunista latinoamericana de

1929 González Alberdi increpa duramente a la Reforma por su ideología “idealista y pequeñoburguesa”. Siguiendo entonces fielmente el llamado “tercer período” de la Internacional, el de “clase contra clase”, en esos mismos años y durante los primeros 30 las filas juveniles del comunismo argentino caracterizarán a la Reforma como “contrarrevolucionaria y pequeñoburguesa”. Así la definió el joven Héctor Agosti en una serie de artículos publicados durante 1934 en la revista *Cursos y Conferencias* del Colegio Libre de Estudios Superiores (posición de la que se autocriticará completamente en 1938, tras el VII Congreso de la Internacional de 1935, el de la línea “frente popular” de Jorge Dimitrov). En 1933, durante los años del clasismo extremo del comunismo argentino, también se publicará un folleto furioso y más que apocalíptico (muy probablemente redactado por el joven miembro de Insurrexit Ernesto Sábato hoy, en 1998, “presidente honorario” de la FUA...) titulado: “Quince años de derrotas bajo el signo de la Reforma”. Aun así y a pesar de todo esto Deodoro mantuvo correspondencia durante los años 30 con Ernesto Giudici, miembro como él de la izquierda socialista y luego, desde 1934, dirigente comunista.

Si la experiencia junto a Contreras y los cuadros obreros comunistas cordobeses había resultado más que fructífera, ese incomprensible sectarismo de V. Codovilla y R. Ghioldi que rechazaba tanto a la insurgencia juvenil como a la cultura rupturista o de vanguardia –ambas por ser “pequeñoburguesas”– le obstaculizaba sobremanera a Deodoro su anhelado acercamiento al comunismo. Por eso en agosto de 1930 él diagnosticaba que “los jóvenes intelectuales que hoy se afilian al comunismo no lo hacen por «amor» del pueblo o por «sed» de Justicia, imperativos de un frenesí romántico que abrazan las almas de ese «odiado» pueblo. Lo hacen –casi todos– buscando una «disciplina»... Entre la vida y el mito se ha interpuesto el dogma. Es por eso que la revolución se ha estancado o se estrangula en un «tiempo lento». Pero todo esto se olvidará”, terminaba vaticinando Deodoro, “el día que una voz, como la de Rousseau, Proudhon o Marx, pronuncie el nuevo mito”. En su perspectiva el comunismo sólo se convertiría en una auténtica opción histórica a condición de que abandonara su rigidez dogmática y su disciplina burocrática, retomando su inicial y perdido impulso romántico.

Por otra parte, frente al radicalismo –que muchas veces pretendió autopostularse como el “propietario” de la tradición reformista

de 1918- Deodoro fue terminante y taxativo. Tanto antes como después del golpe de Estado de 1930 se quejó de "la senectud de ese partido" cuyo "ideario confuso está hecho de transacciones ideológicas". Según su opinión de aquel momento, "el radicalismo argentino es, acaso, eso: un gran cauce seco". Estas duras caracterizaciones no dejan lugar para las interpretaciones capciosas. Resulta por ello sumamente infundado asimilar a la Reforma en general y a él en particular como subcapítulos de la historia de la Unión Cívica Radical o como meros productos secundarios de las pujas internas cordobesas entre los radicales "azules" (católicos) y los "rojos" (liberales y laicos).

En ese contexto de época tan particular y ante semejante vacío político-cultural, Deodoro decide afiliarse al socialismo. Duró poco.

Como parte de ese partido -en alianza con la democracia progresista-, fue candidato a intendente de Córdoba en 1931 (su amigo Gregorio Bermann, coimpulsor de la Reforma, lo acompañó entonces como candidato a gobernador). Pero rápidamente llegó el conflicto y lo expulsaron sin contemplaciones. El escándalo salió en los diarios. El Comité Ejecutivo Nacional y la Federación Socialista Cordobesa lo acusaron de "haberse ido por propia voluntad". Incluso, circuló una versión de que Deodoro iba a ser padrino de un duelo -prohibido por los reglamentos socialistas- y por eso se había ido. La agencia periodística Inforgraf informaba a su turno que Deodoro Roca "está mereciendo los más calurosos elogios en los círculos izquierdistas". Pero en realidad Deodoro rechazó la expulsión. Previamente, había enviado un telegrama a la dirección nacional del socialismo histórico; en él, entre otras cosas, decía: "El Comité Ejecutivo pareciera actuar a la vanguardia de la reacción y en el triste papel de agente provocador. Yo le propondría que contribuyeran a la solución partidaria incorporándose al Partido Demócrata Nacional de Buenos Aires". Con idéntica intención alertaba que la dirección del socialismo oficial "inventó el cuco del extremismo". Nuevamente su típica ironía y su habitual sarcasmo, empleados ahora en el momento de hacer el balance del tibio reformismo (político, no universitario) argentino.

Por su temperamento personal, esencialmente libertario y anárquico, Deodoro estaba lo más alejado posible de cualquier tipo de disciplina partidaria. No resulta fortuito que en el epílogo a Sánchez Viamonte defienda el socialismo "más como escuela que como partido, como coto cerrado", posición que en su perspec-

tiva "le impedirá anquilosarse en las estrechas ortodoxias de la hora". Pero su abrupta ruptura con el Partido Socialista no sobrevino por características o rasgos esencialmente psicológicos e individuales, sino por divergencias centralmente políticas y doctrinarias.

Tres años antes del golpe de 1930, el socialismo histórico liderado desde su nacimiento por un clan familiar en el que alternaban Juan B. Justo y Nicolás Repetto- se fractura. Surge el "socialismo independiente", corriente a la que Deodoro en su polémica con Augusto Bunge catalogará como "libertina" por su vinculación con las dictaduras de José F. Uriburu y Agustín P. Justo. En ese tiempo, ante la crisis de Yrigoyen, Deodoro ingresa al socialismo histórico, pero casi inmediatamente choca contra la línea oficial y se enrola en su ala más izquierdista.

Una izquierda que se sentía heredera de las posiciones de Enrique Del Valle Iberlucea (que había saludado la revolución bolchevique de Lenin y Trotsky y había propuesto heréticamente en los 20 el ingreso del Partido Socialista argentino a la Internacional Comunista), del latinoamericanismo y el antiimperialismo general de Manuel Ugarte (a pesar de que Ugarte no se acercaba a la izquierda socialista por las vinculaciones de ésta con los comunistas) y del juvenilismo antipositivista de Palacios (por cierto tinte nacional que éste quería imprimirle al socialismo). Una izquierda que en los 30 estará encabezada en Mendoza por Benito Marianetti (que publicará *Izquierda* y que le editará a Deodoro su boletín "Frente al crimen")<sup>25</sup> y en Buenos Aires por el joven Ernesto Gaudici (que editará *Cauce*). Si el socialismo clásico de Justo y Repetto veía con buenos ojos la economía del librecambio y la cultura del liberalismo evolucionista, positivista y modernizante, esta otra tradición -siempre minoritaria- abrevaba en el antiimperialismo, defendía un acercamiento al comunismo sobre la base de la ideología marxista y tendía culturalmente hacia posiciones antipositivistas (por ejemplo, en siete de los ocho números de *Cauce* Gaudici publica las conferencias sobre Marx y Hegel dictadas por Alejandro Korn, padre del antipositivismo argentino).

La Gaudici se aleja del Partido Socialista en 1934 e ingresa inmediatamente al comunismo -manteniendo entonces aquella correspondencia inédita con Deodoro- y Marianetti funda más tarde el Partido Socialista Obrero, en cambio, Deodoro no da la

<sup>25</sup> Mendoza, La Lucha, 1933

batalla política. Cuando es expulsado al solidarizarse con la izquierda socialista, se aparta rápidamente de la institución. Después de esa ruptura, ya nunca más volverá a la vida partidaria.

No obstante, durante toda la década del 30 promoverá infinitas iniciativas políticas: encabezó las filiales cordobesas de la Unión Latinoamericana, de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre, del Comité contra el Racismo y el Antisemitismo. También organizó el Comité Pro Paz y Libertad de América y la Liga Antiimperialista, el Comité Pro Exiliados y Presos Políticos, el Comité de Ayuda al Pueblo Español, la Sociedad de Artistas Plásticos, la Asociación de Artistas, Intelectuales y Periodistas, etc. Publicará en esos años sus dos grandes creaciones periodísticas: *Flecha* (de la cual salieron diecisiete números, entre 1935 y 1936, y que llevaba por subtítulo "Por la paz y la libertad de América". Sus consignas, que aparecían en la primera página de todos los números, eran: "Por las libertades democráticas. Por el desarme y la disolución de las legiones. Por la paz. Por el frente común. Contra el imperialismo. Contra el feudalismo económico. Contra los monopolios")<sup>26</sup> y *Las Comunas*.

Si asumía como nadie en Córdoba la lucha antiimperialista y el compromiso político, despreciaba totalmente tanto la pugna burocrática por los cargos internos a un partido como la férrea disciplina con la que las distintas corrientes de izquierda sometieron en aquellos años a sus más abnegados y heroicos militantes.

Pero su toma de partido dentro de la familia izquierdista no estaba circunscripta únicamente a debates políticos nacionales. También en lo internacional defenderá apasionadamente a "las milicias obreras y a los generales proletarios de overall de la auténtica revolución española", enjuiciando severamente al mismo tiempo –en su artículo "Fuego en la trinchera" de 1936– "los mitos republicanos y el colaboracionismo político de la socialdemocracia". Desde la España republicana lo invitan a viajar pero él ya está enfermo. No puede ir. Sí van sus amigos Gregorio Bermann –que actúa como médico de guerra en el frente militar hasta marzo de 1938– y Raúl González Tuñón –que participa en el II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas de 1937–.<sup>27</sup>

26. En la compilación de Gregorio Bermann *El difícil tiempo nuevo* (Buenos Aires, Lautaro, 1956), Bermann proporciona un índice de los artículos de Deodoro aparecidos en *Flecha*. Cfr. *El difícil...*, pp. 105-107.

27. Raúl González Tuñón viaja dos veces a España en esos años. Cuando estalla la guerra civil, hace el segundo viaje como corresponsal del diario porteno *La Nueva*

Poco tiempo después, en 1942, Deodoro fallece en Córdoba, la ciudad de la que prácticamente nunca salió. Su muerte fue impactante. Lo lloraron poetas, pintores y escritores, lo despidieron grandes intelectuales: Enrique y Raúl González Tuñón, Rafael Alberti, Gregorio Bermann, Lino E. Spilimbergo, Ezequiel Martínez Estrada y Arturo Capdevila, entre muchos otros. Hasta sus enemigos de siempre tuvieron que sacarse el sombrero y rendirle, a regañadientes, honores. Luego vino el intento sutil de cooptación y neutralización de su indomesticable herejía, operaciones de las que aún no está inmune.

A pesar de aquellos sentidos homenajes, la radicalizada prédica socialista y antiimperialista con la que Deodoro profundizó en los 30 la inicial constelación ideológica de la Reforma cayó progresivamente en el vacío entre las filas estudiantiles. Comenzaron a predominar en su seno las corrientes más institucionalistas, burguesas, positivistas y liberales. Posteriormente, con la irrupción política del peronismo, la Federación Universitaria Argentina se alineó junto al embajador Spruille Braden de Estados Unidos, mientras Juan D. Perón respondía a su vez entregándole la Universidad a la Iglesia (que promovió la corriente "humanista") y a los sectores más tradicionalistas y conservadores. A contramano de los sueños originales de Deodoro, el divorcio entre los estudiantes reformistas y los obreros (mayoritariamente peronistas) no pudo entonces ser mayor. Más tarde, el golpe de Estado autodenominando "revolución libertadora" en 1955 y Arturo Frondizi, en 1958, comenzaron sistemáticamente el hostigamiento de la enseñanza pública hacia la privatización y el sostén a las universidades privadas, con la colaboración estrecha de antiguos "reformistas".

Hasta que en los álgidos 60 y 70, con otros símbolos y en un contexto mundial donde los estudiantes volvían a la revuelta (mayo

*España*. Producto de esos viajes quedará *La rosa blindada*, el libro de poemas que por primera vez –según Pablo Neruda– "blindó la rosa". Gregorio Bermann marcha hacia España portando una carta de la AIAPE (Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores) firmada por su prosecretario Gervasio Guillot Blumoz, fechada en Buenos Aires el 15 de febrero de 1937. Se incorpora como médico a la Sanidad del Ejército de Tierra republicano, del cual se le da de baja el 27 de marzo de 1938 (archivo Sylvia Bermann). Aparentemente, durante ese año en España no existe correspondencia con Deodoro. Pero, a su regreso a Córdoba, Bermann seguramente debe haber socializado su experiencia con su grupo de amigos. De los pocos escritos suyos sobre su participación en la guerra civil existe una recopilación: Gregorio Bermann, *Conciencia de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Bermann, 1971, cap. III "España", pp. 91-145.

francés, Roma, Berlín, Tokio, Berkeley, revolución cubana, el cordobazo, etc.) aquel divorcio de décadas pareció diluirse. Renació la unidad obrero-estudiantil, el latinoamericanismo y el impulso insurgente de 1918. En la amada Córdoba de Deodoro, Agustín Tosco –dirigente obrero clasista, lector entusiasta de José Ingenieros, aunque muy crítico de Nietzsche– encabezaba la mayor rebelión de masas del pueblo argentino. Nuevamente, como en 1918, los estudiantes volvían a la calle sintiéndose cerca, muy cerca, casi un solo haz, con los trabajadores. Incluso utilizaban la sede de la CGT cordobesa antiburocrática para reunirse.

En ese momento, aquella prédica irreverente de la Argentina de los años 20 que parecía perdida resurgía en los países del capitalismo desarrollado con nueva vestimenta en la obra sociológica y filosófica de Charles Wright Mills y Herbert Marcuse, ideólogos de las rebeliones estudiantiles sesentistas. De nuevo emerge en ese tiempo –ya a escala mundial– la crítica romántica a la sociedad de masas, a la cuantificación de la vida, a la alienación. Otra vez el joven rebelde como sujeto. Nuevamente la felicidad rebelde se levanta como bandera de liberación –es decir, de revuelta y de revolución al mismo tiempo– contra la cultura reificada y la civilización autoritaria y opresiva del capital.

Los universitarios de París y de México, de Berkeley y de Córdoba, marchan entonces entusiastamente portando estandartes de un argentino. Pero no llevaban la foto del cordobés Deodoro, el gran ideólogo de la revuelta antiburguesa... sino la imagen de un rosarino discípulo suyo, más joven y entonces más conocido, el Che Guevara. Luego sobrevinieron rápidamente la oscuridad, el terror, la tortura, el genocidio, los desaparecidos, el exilio, la ofensiva conservadora, la contabilidad fuerte, el pensamiento débil, la moral flácida, la mediocridad artificialmente inducida, la mundialización capitalista, la destrucción planificada de la educación, la recolonización cultural.

¿Habrá quizá muerto entonces para siempre la utopía libertaria de Deodoro? ¿Quedarán sepultadas en los archivos polvorientos del siglo xx la insurgencia juvenil, la unidad obrero-estudiantil, la lucha vital por una sociedad sin clases, sin alienación, por una nueva cultura y por una humanidad liberada y bella? Los jóvenes y los jóvenes del siglo xxi tendrán alguna vez que plantearse y contestar estas quemantes preguntas. Sólo a ellos pertenece la respuesta. Ellos son los herederos de Deodoro.

## NOTA INTRODUCTORIA A LA PRESENTE SELECCIÓN

Todos los libros de Deodoro Roca son póstumos. En total se han publicado cinco después de su muerte (1942). En esas colecciones han intervenido sus dos hijos Marcelo y Gustavo (según puede comprobarse por la correspondencia inédita de éstos con las editoriales, aunque no figuren luego en los libros), así como también amigos, compañeros y discípulos de Deodoro.

Esas cinco compilaciones son *Las obras y los días* (Buenos Aires, Losada, 1945. Prólogo de Saúl Taborda [tomado de *Argentina Libre*, 10 de junio de 1943], compilación y poscriptum de Santiago Monserrat, 182 pp.); *El difícil tiempo nuevo* (Buenos Aires, Lautaro, 1956. Selección, prólogo y notas de Gregorio Bermann; epílogo de Enrique González Tuñón, 362 pp.);<sup>28</sup> *Cien años, maestros y universidades* (Buenos Aires, Perrot, 1959, selección y notas de Horacio Sanguinetti y un poema de Rafael Alberti, 69 pp., incluye al final una pequeña bibliografía sobre Deodoro); *El drama social de la universidad* (Córdoba, EUDÉCOR, 1968, selección y prólogo de Gregorio Bermann, 111 pp.) y *Prohibido prohibir* (Buenos Aires, La Bastilla, 1972, prólogo, selección y notas de Horacio Sanguinetti, epílogo de Rafael Alberti, 150 pp.).

En la presente antología hemos utilizado materiales de todas esas ediciones mencionando la fuente. También hemos incluido artículos originales mecanografiados, algunos de ellos publicados en diarios cordobeses (fundamentalmente en *El País*), pero completamente inéditos en relación con las anteriores compilaciones, así como cartas inéditas, de las pocas que se han conservado. En Gregorio Bermann, su correspondencia era "copiosa", aunque una inundación del sótano, primero, y la quema que el general Menéndez hiciera en 1976 del estudio jurídico de Gustavo Roca, después, destruyeron gran parte de ese material.)

<sup>28</sup> Por la correspondencia inédita entre Marcelo, Gustavo y la editorial Lautaro (con M. de Jorge y Eduardo F. Jorge) sabemos que originalmente los hijos evaluaron la posibilidad de que el prólogo de *El difícil tiempo nuevo* lo hiciera Héctor P. Agosti y de que Lautaro publicara un volumen aparte con el trabajo de Gregorio Bermann. Finalmente la edición estuvo a cargo de Bermann mientras Agosti realizó una reseña del libro en *Cuadernos de Cultura*, 29, mayo de 1957, pp. 107-108.

El criterio que hemos seguido ha sido el siguiente: cuando contábamos con el original mecanografiado (Deodoro escribía a máquina) privilegiábamos la reproducción del original. Cuando el original se perdió, optamos por la versión publicada en los diarios de aquellos años. Finalmente, cuando no teníamos tampoco la copia periodística, tomamos los artículos de las compilaciones. La única excepción fue "La revolución de las conciencias" cuyo original manuscrito (no mecanografiado) fue posteriormente modificado en algunos detalles por el mismo Deodoro. Sólo en ese caso, adoptamos la versión corregida que figura en las compilaciones.

En torno del estudio riguroso del pensamiento teórico de Deodoro, sumamente escaso es lo que históricamente se ha investigado sobre él. Sólo contamos con las breves y acotadas presentaciones a las cinco compilaciones –que tienden a dejar de lado el debate filosófico–, un folleto de Roberto Ferrero, "Deodoro Roca y el pensamiento de la Reforma Universitaria" (Córdoba, Junta Provincial de Historia de Córdoba, *Cuaderno de Historia*, 40, 1994, 37 pp.), y un artículo de Arturo Andrés Roig "Deodoro Roca y el Manifiesto de la Reforma de 1918" (en *Universidades*, 79, 1980, incluido en su libro *La universidad hacia la democracia*, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 1998, pp. 147-176). El resto son sólo artículos periodísticos, sumamente ilustrativos pero anecdóticos.

Sí aparece su nombre reiteradamente mentado en historias generales de la Reforma (sean apologéticas o críticas) o en homenajes al movimiento de 1918. Pero en la mayoría de los casos de un modo tangencial, fragmentario o lateral, cuando no francamente deformado o manipulado en función de las "necesidades" políticas del momento.

En cuanto a los datos biográficos sobre su vida, la reconstrucción más extensa hasta el momento pertenece a Horacio Sanguinetti, quien traza sus principales rasgos en la antología que escribiera junto a Alberto Ciria, *Los reformistas* (Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1968 [cfr. segunda parte: "Los creadores del pensamiento reformista: Deodoro Roca, o la temprana lucidez"], 26 pp.). Al final se amplía la bibliografía que ya figuraba en *Ciencias, maestros y universidades*. Actualmente Sanguinetti planea escribir una biografía novelada sobre Deodoro).

Dado que en el presente libro nos hemos propuesto profundizar en los principales núcleos ideológicos del pensamiento teórico de

Deodoro, los materiales suyos aquí reunidos han sido agrupados en los siguientes ítems: 1) Universidad y revolución cultural; 2) Cultura y filosofía; 3) Antiimperialismo y revolución; 4) Lugones, de la revuelta a la espada (Polémica con Deodoro Roca); 5) Correspondencia inédita; 6) Autobiografía y, finalmente, 7) La continua presencia de Deodoro. Apenas una clasificación posible y, desde ya, completamente provisoria para un pensador que cambió siempre las clasificaciones y los compartimientos estancos.

Aunque resulte obvio, igualmente aclaramos que todas las observaciones críticas que figuran en nuestra investigación son de índole puramente ideológica o historiográfica, nunca personal. Sucede que cuando los dogmas triunfan hay que remar contra la corriente. Surgen entonces los airados rechazos, las resistencias previsibles y las protestas de las corrientes tradicionales. La situación se torna incómoda para quien se atreve a impugnar el orden establecido por las historias "oficiales", pero no hay otro camino. Ésa es la razón por la cual nuestro principal objetivo ha sido el intento de recuperar una herencia trágicamente perdida olvidada, pegajosamente sepultada bajo las montañas de fáciles halagos que han buscado siempre dulcificar, domesticar y cooptar la explosividad de la herejía de Deodoro. Quisimos asimismo mostrar a los compañeros de nuestra generación y sobre todo a los que vienen detrás de nosotros la inmensa riqueza y originalidad de sus aportes a la historia intelectual argentina y latinoamericana.

En ese sentido este libro jamás pretendió ser, ni tampoco fue concebido, como un homenaje nostálgico y acartonado, con gusto sólo a clemérides, guardapolvo y papel crepé; un saludo ritual, y sólo de contenido, a la bandera (y a la Reforma). Creemos por eso que los materiales que se van a leer a continuación no constituyen ni papeles muertos ni documentos arqueológicos de un museo, sino un permanente desafío al pensamiento y a la acción futura de todos nosotros.

UNIVERSIDAD Y REVOLUCIÓN CULTURAL

## LA JUVENTUD ARGENTINA DE CÓRDOBA A LOS HOMBRES LIBRES DE SUDAMÉRICA

(MANIFIESTO DEL 21 DE JUNIO DE 1918)

Hombres de una República libre, acabamos de romper la última cadena que, en pleno siglo xx, nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica. Hemos resuelto llamar a todas las cosas por el nombre que tienen. Córdoba se redime. Desde hoy contamos para el país una vergüenza menos y una libertad más. Los dolores que quedan son las libertades que faltan. Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten; estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana.

La rebeldía estalla ahora en Córdoba y es violenta porque aquí los tiranos se habían ensoberbecido y era necesario borrar para siempre el recuerdo de los contrarrevolucionarios de Mayo. Las universidades han sido hasta aquí el refugio secular de los mediocres, la renta de los ignorantes, la hospitalización segura de los inválidos y –lo que es peor aún– el lugar en donde todas las formas de tiranizar y de insensibilizar hallaron la cátedra que las dictaba. Las universidades han llegado a ser así fiel reflejo de estas sociedades decadentes que se empeñan en ofrecer el triste espectáculo de una inmovilidad senil. Por eso es que la ciencia, frente a estas casas mudas y cerradas, pasa silenciosa o entra mutilada a profesar al servicio burocrático. Cuando en un rapto fugaz abre sus puertas a los altos espíritus es para arrepentirse luego y hacerles imposible la vida en su recinto. Por eso es que, dentro de semejante régimen, las fuerzas naturales llevan a mediocrizar la enseñanza, y el ensanchamiento vital de los organismos universitarios no es el fruto del desarrollo orgánico, sino el aliento de la periodicidad revolucionaria.

Nuestro régimen universitario –aun el más reciente– es anacrónico. Está fundado sobre una especie de derecho divino; el derecho divino del profesorado universitario. Se crea a sí mismo. En él nace y en él muere. Mantiene un alejamiento olímpico. La

federación universitaria de Córdoba se alza para luchar contra este régimen y entiende que en ello le va la vida. Reclama un gobierno estrictamente democrático y sostiene que el *demos* universitario, la soberanía, el derecho a darse el gobierno propio radica principalmente en los estudiantes. El concepto de autoridad que corresponde y acompaña a un director o a un maestro en un hogar de estudiantes universitarios no puede apoyarse en la fuerza de disciplinas extrañas a la sustancia misma de los estudios. La autoridad, en un hogar de estudiantes, no se ejercita mandando, sino sugiriendo y amando: *enseñando*.

Si no existe una vinculación espiritual entre el que enseña y el que aprende, toda enseñanza es hostil y de consiguiente infecunda. Toda la educación es una larga obra de amor a los que aprenden. Fundar la garantía de una paz fecunda en el artículo conminatorio de un reglamento o de un estatuto es, en todo caso, amparar un régimen cuartelario, pero no una labor de ciencia. Mantener la actual relación de gobernantes a gobernados es agitar el fermento de futuros trastornos. Las almas de los jóvenes deben ser movidas por fuerzas espirituales. Los gastados resortes de la autoridad que emana de la fuerza no se avienen con lo que reclaman el sentimiento y el concepto moderno de las universidades. El chasquido del látigo sólo puede rubricar el silencio de los inconscientes o de los cobardes. La única actitud silenciosa que cabe en un instituto de ciencia es la del que escucha una verdad o la del que experimenta para crearla o probarla.

Por eso queremos arrancar de raíz en el organismo universitario el arcaico y bárbaro concepto de autoridad que en estas casas de estudio es un baluarte de absurda tiranía y sólo sirve para proteger criminalmente la falsa dignidad y la falsa competencia. Ahora advertimos que la reciente reforma, sinceramente liberal, aportada a la Universidad de Córdoba por el doctor José Nicolás Matienzo, sólo ha venido a probar que el mal era más afligente de lo que imaginábamos y que los antiguos privilegios disimulaban un estado de avanzada descomposición. La reforma Matienzo no ha inaugurado una democracia universitaria; ha sancionado el predominio de una casta de profesores. Los intereses creados en torno de los mediocres han encontrado en ella un inesperado apoyo. Se nos acusa ahora de insurrectos en nombre de un orden que no discutimos, pero que nada tiene que hacer con nosotros. Si ello es así, si en nombre del orden se nos quiere seguir burlando y embruteciendo, proclamamos bien alto el derecho sagrado a la

insurrección. Entonces la única puerta que nos queda abierta a la esperanza es el destino heroico de la juventud. El sacrificio es nuestro mejor estímulo; la redención espiritual de las juventudes americanas nuestra única recompensa, pues sabemos que nuestras verdades lo son –y dolorosas– de todo el continente. ¿Que en nuestro país una ley –se dice–, la ley de Avellaneda, se opone a nuestros anhelos? Pues a reformar la ley, que nuestra salud moral está exigiendo.

La juventud vive siempre en trance de heroísmo. Es desinteresada, es pura. No ha tenido tiempo aún de contaminarse. No se equivoca nunca en la elección de sus propios maestros. Ante los jóvenes no se hace mérito adulando o comprando. Hay que dejar que ellos mismos elijan sus maestros y directores, seguros de que el acierto ha de coronar sus determinaciones. En adelante, sólo podrán ser maestros en la futura república universitaria los verdaderos constructores de almas, los creadores de verdad, de belleza y de bien.

La juventud universitaria de Córdoba cree que ha llegado la hora de plantear este grave problema a la consideración del país y de sus hombres representativos.

\* \* \*

Los sucesos acaecidos recientemente en la Universidad de Córdoba, con motivo de la elección rectoral, aclaran singularmente nuestra razón en la manera de apreciar el conflicto universitario. La federación universitaria de Córdoba cree que debe hacer conocer al país y a América las circunstancias de orden moral y jurídico que invalidan el acto verificado el 15 de junio. Al confesar los ideales y principios que mueven a la juventud en esta hora crucial de su vida, quiere referir los aspectos locales del conflicto y levantar bien alta la llama que está quemando el viejo reducto de la opresión clerical. En la Universidad Nacional de Córdoba y en esta ciudad no se han presenciado desórdenes; se ha contemplado y se contempla el nacimiento de una verdadera revolución que ha de agrupar bien pronto bajo su bandera a todos los hombres libres del continente. Referiremos los sucesos para que se vea cuánta razón nos asistía y cuánta vergüenza nos sacó a la cara la cobardía y la perfidia de los reaccionarios. Los actos de violencia, de los cuales nos responsabilizamos íntegramente, se cumplieron como en el ejercicio de puras ideas. Volteamos lo que representaba un

alzamiento anacrónico y lo hicimos para poder levantar siquiera el corazón sobre estas ruinas. Aquéllos representaban también la medida de nuestra indignación en presencia de la miseria moral, de la simulación y del engaño artero que pretendía filtrarse con las apariencias de la legalidad. El sentido moral estaba oscurecido en las clases dirigentes por un fariseísmo tradicional y por una pavorosa indigencia de ideales.

El espectáculo que ofrecía la asamblea universitaria era repugnante. Grupos de amoraes deseosos de captarse la buena voluntad del futuro rector exploraban los contornos en el primer escrutinio, para inclinarse luego al bando que parecía asegurar el triunfo, sin recordar la adhesión públicamente desempeñada, el compromiso de honor contraído por los intereses de la universidad. Otros —los más— en nombre del sentimiento religioso y bajo la advocación de la Compañía de Jesús, exhortaban a la traición y al pronunciamiento subalterno. ¡Curiosa religión que enseña a menospreciar el honor y deprimir la personalidad! ¡Religión para vencidos o para esclavos!) Se había obtenido una reforma liberal mediante el sacrificio heroico de una juventud. Se creía haber conquistado una garantía y de la garantía se apoderaban los únicos enemigos de la reforma. En la sombra de los jesuitas habían preparado el triunfo de una profunda inmoralidad. Con sentirla habría comportado otra traición. A la burla respondimos con la revolución. La mayoría expresaba la suma de la represión, de la ignorancia y del vicio. Entonces dimos la única lección que cumplía y espantamos para siempre la amenaza del dominio clerical.

La sanción moral es nuestra. El derecho también. Aquéllos pudieron obtener la sanción jurídica, empotrarse en la ley. No se lo permitimos. Antes de que la iniquidad fuera un acto jurídico, irrevocable y completo, nos apoderamos del salón de actos y arrojamos a la canalla, sólo entonces amedrentada, a la vera de los claustros. Que esto es cierto, lo patentiza el hecho de haber, a continuación, sesionado en el propio salón de actos la federación universitaria y de haber firmado mil estudiantes sobre el mismo pupitre rectoral la declaración de huelga indefinida.

En efecto, los estatutos reformados disponen que la elección de rector terminará en una sola sesión, proclamándose inmediatamente el resultado, previa lectura de cada una de las boletas y aprobación del acta respectiva. Afirmamos, sin temor de ser rectificadas, que las boletas no fueron leídas, que el acta no fue

aprobada, que el rector no fue proclamado, y que, por consiguiente, para la ley, aún no existe rector de esta universidad.

La juventud universitaria de Córdoba afirma que jamás hizo cuestión de hombres ni de empleos. Se levantó contra un régimen administrativo, contra un método docente, contra un concepto de autoridad. Las funciones públicas se ejercitaban en beneficio de determinadas camarillas. No se reformaban ni planes ni reglamentos por temor de que alguien en los cambios pudiera perder su empleo. La consigna de "hoy para ti, mañana para mí" corría de boca en boca y asumía la preeminencia de estatuto universitario. Los métodos docentes estaban viciados de un estrecho dogmatismo, contribuyendo a mantener a la universidad apartada de la ciencia y de las disciplinas modernas. Las elecciones, encerradas en la repetición interminable de viejos textos, amparaban el espíritu de rutina y de sumisión. Los cuerpos universitarios, celosos guardianes de los dogmas, trataban de mantener en clausura a la juventud, creyendo que la conspiración del silencio puede ser ejercitada en contra de la ciencia. Fue entonces cuando la oscura universidad mediterránea cerró sus puertas a Ferrer, a Ferrero, a Palacios y a otros, ante el temor de que fuera perturbada su plácida ignorancia. Hicimos entonces una santa revolución y el régimen cayó a nuestros golpes.

Creímos honradamente que nuestro esfuerzo había creado algo nuevo, que por lo menos la elevación de nuestros ideales merecía algún respeto. Asombrados, contemplamos entonces como se coaligaban para arrebatar nuestra conquista los más crudos reaccionarios.

No podemos dejar librada nuestra suerte a la tiranía de una secta religiosa, ni al juego de intereses egoístas. A ellos se nos quiere sacrificar. El que se titula rector de la Universidad de San Carlos ha dicho su primera palabra: "Prefiero antes de renunciar que quede el tendal de cadáveres de los estudiantes". Palabras bonitas de piedad y de amor, de respeto reverencioso a la disciplina; palabras dignas del jefe de una casa de altos estudios. No invoca ideales ni propósitos de acción cultural. Se siente custodiado por la fuerza y se alza soberbio y amenazador. ¡Armoniosa lección que debía de dar a la juventud el primer ciudadano de una democracia universitaria! Recojamos la lección, compañeros de toda América; como tenga el sentido de un presagio glorioso, la virtud de un llamamiento a la lucha por la libertad; ella nos muestra el verdadero carácter de la autoridad universitaria, tiránica y obce-

cada, que ve en cada petición un agravio y en cada pensamiento una semilla de rebelión.

La juventud ya no pide. Exige que se le reconozca el derecho a exteriorizar ese pensamiento propio en los cuerpos universitarios por medio de sus representantes. Está cansada de soportar a los tiranos. Si ha sido capaz de realizar una revolución en las conciencias, no puede desconocerle la capacidad de intervenir en el gobierno de su propia casa.

La juventud universitaria de Córdoba, por intermedio de su federación, saluda a los compañeros de la América toda y les incita a colaborar en la obra de la libertad que inicia.

*Enrique F. Barros, Horacio Valdés, Ismael C. Bordabehere, presidentes Gomersindo Sayago - Alfredo Castellanos - Luis M. Méndez - Jorge L. Bazante - Ceferino Garzón Maceda - Julio Molina - Carlos Suárez Pinto Emilio R. Biagosch - Ángel J. Nigro - Natalio J. Saibene - Antonio Medina Allende - Ernesto Garzón*

[Este manifiesto, conocido continentalmente como "Manifiesto liminar", fue originalmente publicado en Córdoba el 21 de junio de 1918 en una edición extraordinaria de *La Gaceta Universitaria*, órgano estudiantil. Aunque Deodoro Roca no lo firma, él fue quien lo redactó. Aquí lo tomamos de J.C. Portantiero, *Estudiantes y política en América latina*, ob. cit., pp. 131-136. También puede encontrarse en la compilación de Gabriel Del Mazo, ob. cit., t. I, pp. 1-5.]

## LA NUEVA GENERACIÓN AMERICANA

Señores congresales:

Reivindico el honor de ser camarada vuestro.

Reclamo, pues, la consideración que se os dispensa. Para ello, recordad que practico esta enseñanza de Enrique Bergson: conservar la disposición de espíritu con que "entráis" vosotros a la Universidad y estar siempre dispuesto —cualquiera que sea la edad y la circunstancia de la vida— a volver a ser estudiante. Si esa disposición de espíritu es el aliento del trabajo filosófico, lo es también del vigor juvenil. Apenas me adelanté en corta jornada: la que remata el ciclo oficial de los estudios. Ahora os estaba aguardando. En el camino no había una sola sombra quieta. Alcé el zurrón de los peregrinos y me puse en el cruce de las rutas fatales, sobre la calle amarga de los sacrificios, seguro de que por ahí habríais de pasar.

Anduve en lo cierto. Pasásteis. Se os distinguía en la música pitagórica de las ideas, en los ritmos amplios, en las frentes claras; tal como los símbolos heráldicos, en las manos abiertas.

Y en el hondo me sentí hermano vuestro, oprimido de la misma angustia, tocado de la misma esperanza. Por eso estuve en la calle silenciosa ardiendo en grito de rebelión y por eso estuve aquí oyendo profundamente las cosas esenciales que dijisteis. La calle fue el Teatro Romántico de la Revolución. Es, también, su destino más glorioso. ¿Y cuál fue, desde lo inmemorial, la que no pasó por ella, descompuesto el ademán, ronco el grito, inflamada, heroica, magnífica? El corazón anduvo libre por plazas y calles. El congreso de hoy se afana por expresarlo. Ahora, los vidrios rotos representan la consistencia frágil, los gritos cobran la dignidad de las ideas. Caracteres esforzados timbraron de heroísmo y de locura los instantes iniciales. Quedaron los sueños vivos y desde aquí los selectos imaginan y construyen.

Perteneceemos a esta misma generación que podríamos llamar

“la de 1914”, y cuya pavorosa responsabilidad alumbró el incendio de Europa. La anterior, se adocrinó en el ansia poco escrupuloso de la riqueza, en la codicia miope, en la superficialidad cargada de hombros, en la vulgaridad plebeya, en el desdén por la obra desinteresada, en las direcciones del agropecuarismo cerrado o de la burocracia apacible y mediocrizante.

Fugábase la espiritualidad; hasta el viejo *esprit* de los criollos –gala de la fuerza nativa, resplandor de los campamentos lejanos en donde se afianzó nuestra nacionalidad– iba diluyéndose en esta grisácea uniformidad de la conducta, y enredándose en las oscuras prácticas de Calibán. El libro recién llegado –cualquiera fuese su procedencia y su calidad– traía la fórmula del universo y la única luz que nuestros ojos podían recoger. Asumía el carácter de un símbolo: el barco no llegaba y entonces el rumor de la tierra perdía sentido y hasta el árbol familiar callaba su voz inefable.

No importaba que unos pocos espíritus de escritores salieran cantando de la selva con el hacha al hombro. En los ojos traían copiadas las líneas esbeltas y ágiles de la montaña nativa; el corazón venía hecho paisaje de campo. Eran como islotes de la raza en donde se hubieran recogido todas sus fuerzas vivas. Llegó con ellos la fe en los destinos de la nacionalidad. Y, precisamente, irrumpieron en las ciudades, cuando la turba cosmopolita era más clamorosa, y nuestros valores puramente bursátiles.

Entraron a codazos. De escándalo en escándalo, de pugilato en pugilato, llamaron sobre sí la atención. Y en todos los campos se inició la reacción. La primera y la más gloriosa y enteramente solidaria con los demás, fue la cruzada literaria. Las penúltimas generaciones estaban espesas de retórica, de falacia verbal, que trascendía a las otras falacias, pues lo que en el campo literario era grandilocuencia inútil, en el campo político era gesticulación pura, en el campo religioso rito puro, en el campo docente simulación clínica o pedantería hueca, en la vida comercial fraude o escamoteo, en el campo de la sociabilidad ostentación brutal, vanidad cierta, ausencia de real simpatía, en la vida familiar duplicidad de enseñanza, y en el primado moral enajenación de rancias virtudes a favor de vicios ornamentales.

Entonces, se alzaron altas voces. Recuerdo la de Rojas: lamentación formidable, grave reclamo para dar contenido americano y para infundirle carácter, espíritu, fuerza interior y propia al alma nacional; para darnos conciencia orgánica de pueblo. El centenario del año 10 vino a proporcionarle razón. Aquella no fue la alegría

de un pueblo sano bajo el sol de su fiesta. Fue un tumulto babélico; una cosa triste, violenta, oscura.

El Estado, rastacuero, fue quien nos dio la fiesta. Es que existía una verdadera solución de continuidad entre aquella democracia romántica y esta plutocracia extremadamente sórdida. Nuestro crecimiento no era el resultado de una expansión orgánica de las fuerzas, sino la consecuencia de un simple agregado molecular, no desarrollo, y sí yuxtaposición. Habíamos perdido la conciencia de la personalidad.

Volvemos hacia la contemplación de la propia tierra, y hacia la de nuestros hermanos; “adentrarnos” en nosotros mismos y encontrar los hilos que nos atan a nuestro universo en las fuerzas que nos circundan y que nos llevan a amar a nuestro hermano, a labrar nuestro campo, a cuidar nuestro huerto, a dar de nosotros todo lo que los demás piden, ser como el buen árbol del bosque nórdico del recuerdo de Bravo, que mientras más hunde sus raíces, más alto se va para las estrellas y más vasta sombra proyecta para aliviar la fatiga de los errantes viajeros; tal parece ser el sentido de lo que llega.

Dos cosas –en América y, por consiguiente, entre nosotros– faltaban: hombres y hombres americanos. Durante el coloniaje fuimos materia de explotación; se vivía sólo para dar a la riqueza el mayor rendimiento. En nombre de ese objetivo, se sacrificó la vida autóctona, con razas y civilizaciones; lo que no se destruyó en nombre del Trono, se aniquiló en nombre de la Cruz. Las hazañosas empresas de ambas instituciones –la civil y la religiosa– fueron coherentes. Después, con escasas diferencias, hemos seguido siendo lo mismo: materia de explotación. Se vive en otro ideal, se está siempre de paso y quien se queda lo admite con mansa resignación. Es ésta la posición tensa de la casi totalidad del extranjero y esa tensión se propaga por contagio imitativo a los mismos hijos del país. Por consiguiente, erramos por nuestras cosas –sin la libertad y sin el desinterés y sin “el amor de amar” que nos permita comprenderlas. Andamos entonces, por la tierra de América, sin vivir en ella. Las nuevas generaciones empiezan a vivir en América, a preocuparse por nuestros problemas, a preocuparse por el conocimiento menudo de todas las fuerzas que nos agitan y nos limitan, a renegar de literaturas exóticas, a medir su propio dolor, a suprimir los obstáculos que se oponen a la expansión de la vida en esta tierra, a poner alegría en la casa, con la salud y con la gloria de su propio corazón.

Esto no significa, por cierto, que nos cerremos a la sugestión de la cultura que nos viene de otros continentes. Significa sólo que debemos abrirnos a la comprensión de lo nuestro.

Señores: la tarea de una verdadera democracia no consiste en crear el mito del pueblo como expresión tumultuaria y omnipotente. La existencia de la plebe y en general de toda masa amorfa de ciudadanos está indicando, desde luego, que no hay democracia. Se suprime la plebe tallándola en hombres. A eso va la democracia. Hasta ahora —dice Gasset— la democracia aseguró la igualdad de derechos para lo que en todos los hombres hay de igual. Ahora se siente la misma urgencia en legislar, en legitimar lo que hay de desigual entre los hombres.

¡Crear hombres y hombres americanos es la recia imposición de esta hora!

Y bien, señores. El mal ha calado tan hondo, que está en las costumbres del país. Los intereses creados en torno de lo mediocre —fruto característico de nuestra civilización— son vastos. Hay que desarraigarnos, operando desde arriba la revolución. En la Universidad está el secreto de la futura transformación. Ir a nuestras universidades a vivir, no a pasar por ellas; ir a formar allí el alma que irradie sobre la nacionalidad; esperar que de la acción recíproca entre la Universidad y el Pueblo surja nuestra real grandeza. La confederación de los espíritus realizada en sus formas suplantará a las otras. Poco a poco las formas milenarias irán siendo reemplazadas. Probablemente la organización de los pueblos se realizará conforme al tipo de una cierta Universidad, que todavía no hemos delineado, pero al que se aproximan en mucho las universidades americanas. Y yo tengo fe en que para estas cosas y para muchas tan altas como ésta, viene singularmente preparada nuestra generación. En palabras recientes he dicho que ella trae una nueva sensibilidad, una posición distinta e inequívoca ante los problemas universales de la cultura.

Frente a los primeros arrestos he reafirmado mi fe, recordando las expresiones augurales con que un poeta amigo se dirige al espíritu de las montañas. Donde quiera que esta juventud ensaya algo, se advierte ya la presencia del espíritu que ha de culminar en su vida.

Siempre se debe decir la verdad que se piensa. Y yo, honradamente, pienso que lo que este congreso ha hecho es expresar aquella sensibilidad, tanto en la corazonada que lo reunió, como en el espíritu que le animó.

Esto quedará no como una fórmula hecha, sino como un anhelo. Ese anhelo debe recogerlo quien sepa servirlo, pero, ante todo, ustedes deben agitarlo como fermento de fe. Tal vez los políticos comprendan poco lo que está pasando en el alma de la juventud de nuestra patria. Y si han de recoger ese anhelo, que lo recojan maduro; que antes de una colaboración, sea más bien un reconocimiento: la fabricación de algo existente. Este congreso no puede ser una meta, sino el tránsito a otro congreso, y en ese tránsito de un año, debéis difundir el espíritu que os abrasa. La revolución que ha comenzado, yo creo, no estaría satisfecha, con una ley solamente, porque, como enuncia la recordada frase de Nelson, éstos son más que problemas de leyes: son problemas de almas. Y el alma que ha de producir la solución de todos los problemas clarea ya. La he visto asomar en este congreso, que es el único puro, el único que, en cierto plano, tiene realmente el país, en esta hora triste para la inteligencia y el carácter de los que actúan.

Por vuestros pensamientos pasa, silencioso casi, el porvenir de la civilización del país. Nada menos que eso está en vuestras manos, amigos míos.

En primer término, el soplo democrático bien entendido. Por todas las cláusulas circula su fuerza. En segundo lugar, la necesidad de ponerse en contacto con el dolor y la ignorancia del pueblo, ya sea abriéndole las puertas de la Universidad o desbordándola sobre él. Así, el espíritu de la nación lo hará el espíritu de la Universidad. Al espíritu del estudiante lo hará la práctica de la investigación, en el ejercicio de la libertad, se levantará en el *studium*, en el *auditorium*, en las "fraternidades" de la futura república universitaria. En la nueva organización democrática no cabran los mediocres con su magisterio irrisorio. No se les concibe. En los gimnasios de la antigua Grecia, Platón paseaba dialogando con Sócrates.

Naturalmente, la Universidad con que soñamos no podrá estar en las ciudades. Sin embargo, acaso todas las ciudades del futuro sean universitarias; en tal sentido las aspiraciones regionales han hallado una justa sanción. Educados en el espectáculo fecundo de la solidaridad en la ciencia y en la vida; en los juegos olímpicos, en la alegría sana; en el amor a las bellas ideas; en el ejercicio que aconsejaba James: ser sistemáticamente heroicos en las pequeñas cosas no necesarias de todos los días; y por sobre todo, en el afán —sin emulación egoísta— de sobrepasarse a sí mismos,

insaciables de saber, inquietos de ser, en medio de la cordialidad de los hombres.

Señores congresales: No nos desalentemos. Vienen –estoy seguro– días de porfiados obstáculos. Nuestros males, por otra parte, se han derivado siempre de nuestro modo poco vigoroso en afrontar la vida. Ni siquiera hemos aprendido a ser pacientes, ya que sabemos que la paciencia sonríe a la tristeza y que “la misma esperanza deja de ser felicidad cuando la impaciencia la acompaña”. No importa que nada se consiga en lo exterior si por dentro hemos conseguido mejorarnos. Si la jornada se hace áspera no faltarán sueños que alimentar; recordaremos para el alivio del camino las mejores canciones, y pensemos otra vez en Ruskin para decir: “Ningún sendero que lleva a la ciencia buena está enteramente bordeado de lirios y césped; siempre hay que ganar rudas pendientes”.

[Discurso de clausura del Primer Congreso Nacional de Estudiantes. Córdoba, julio de 1918, en Gabriel Del Mazo, ob. cit., t. III, pp. 7-10.]

## LA UNIVERSIDAD Y EL ESPÍRITU LIBRE

*“Qué dicha la de vivir en tiempos  
tan trascendentales...”*

(León Trotsky, al inaugurar la  
Tercera Internacional)

Vivimos una hora solemne. El mundo está preñado de acontecimientos. El grandioso proceso de renovación se adueña de las ideas, de los seres y de las cosas. Está anunciado el advenimiento del hombre. Una “sed de totalidad” abrasa las almas, y por el aire cruzan cantos de revolución. Junto a los graves ecos de la tragedia se sienten ráfagas de la contenida alegría del mundo, que pugna por volver. Es el libre juego de las fuerzas vitales que viene creando. Es la mutilada cosa humana que deviene persona. Es el danto y el amor del hombre que se redime. Es el hermano que liberta, libertándose. Acaso –sentimos con el divino glosador– esté cercano el día en que las almas de los hombres puedan volverse de poniente a levante y de norte a sur, y acariciar todas las remotas lejanías y adivinar algo, un poco más allá de las remotas lejanías...

Nada más doloroso y trágico, en la historia de la servidumbre, que la servidumbre de la inteligencia, la servidumbre de la cultura, de la profesionalidad de la cultura. Hay que reconocer con Nicolai que nunca, desde que los hombres hacen ciencia, se ha visto a los que son vanguardia en las luchas del espíritu mostrarse tan entusiastas de la eficacia de la fuerza bruta; que jamás los investigadores de la verdad han apoyado con tan pocos escrúpulos a las oscuras fuerzas de reacción y dominación. La ciencia al uso, pagada de sus métodos, con sus éxitos fáciles, con su espíritu escolarizado, ha venido adoctrinando a sus adeptos en una concepción conservadora del mundo y matando en sus servidores toda fe en la convicción personal, temerosos de dar –conforme al bello decir del maestro berlinés– el salto creador, de la oscuridad

de la teoría a la completa tiniebla del futuro. ¡Cuán distinta el alma de los sabios, en aquella alba romántica del 48!

Pero las posibilidades del hombre son ilimitadas. Toda conquista fecunda de la personalidad o de la ciencia es poema de rebeldía: de amor y dolor, a un mismo tiempo. Al resplandor de las vidas heroicas se alumbran los caminos del Hombre, y también los obstáculos que los atraviesan. Con razón ha podido decir Gorki a Romain Rolland, al pedirle que escribiera la vida de Beethoven: "Nosotros, los adultos, los que pronto dejaremos este mundo, legaremos a nuestros hijos una herencia bien pobre, una vida bien triste. Esa estúpida guerra es la prueba evidente de nuestra debilidad moral, del empobrecimiento de nuestra cultura. Recordemos, entonces, a los adolescentes, que los hombres no fueron siempre tan débiles y malos como lo somos desgraciadamente nosotros".

La servidumbre de la inteligencia, que analizara D'Ors en un áureo libro, aliada con el optimismo cobarde, es el más fuerte puntal de las armazones actuales. Ahíta del presente, temerosa del futuro, prostituye a la ciencia que, según es sabido, en su más pura y elevada forma sólo da a la humanidad las armas para la lucha y para el progreso, sin preocuparse de cómo se aprovecharán estos medios. Es por eso que llamada a ocupar posición en la gran lucha de intereses colectivos en que ha entrado el mundo, se apresta a defender el Orden, ese orden que amparan su hartazgo, su insensibilidad y su cobardía. Se llama a sí misma "la clase intelectual", "la clase inteligente". ¡Oh, función de las clases; oh, encanallados funcionarios! Presos en las redes de las pequeñas miserias humanas —insiste Nicolai— no se distinguen de la masa de sus hermanos no científicos que con toda paz y tranquilidad trabajan, ganan dinero y desean vivir cómodamente. Atados a la clase dominante, su función es la de estructurar las jerarquías y valores que la definen. Mientras los hombres sigan mutilados, no aparecerá el Hombre. Cuando éste aparezca, pleno en la posesión de sí mismo, habrá otra luz en el mundo. Se derrumbarán por sí solos los falsos valores que hacen monstruosa, que deforman, la vida libre, original, espontánea.

El punto más elevado de la conciencia humana es la Idea del Hombre. La consigna oscura, tácita, del siglo XIX fue ésta: hay que desintegrar la educación que pide el desenvolvimiento de todas las fuerzas y sentimientos humanos, dentro de la ética de la educación para el trabajo que apareja la necesidad de dotar a todo

hombre de la conciencia cultural —esa inmensa perspectiva de educación social, anticipada por los más puros pensadores y entrevista ya en la República de Platón. Hay que retardar el advenimiento del Hombre. Lo que por sí sola no haga la potencia de los instrumentos centrales de dominación, deberá ser realizado por los lacayos de la inteligencia.

Desde entonces se distribuye con férrea consigna, por escuelas y universidades, un ejército resonante de asalariados intelectuales, de domésticos doctorados, de dómines verbalistas y pedantes, de parásitos de la cultura. A una libertad y a una igualdad puramente teóricas del ciudadano, en el estado político —conquista suprema de la nueva clase dominante, arrojada al dolor de los eternamente vencidos—, corresponde, todo a lo largo del siglo XIX, una abyecta esclavitud y desigualdad económicas. Este orden de cosas se legaliza. Los Códigos cristalizan las inapropiadas estructuras sociales. Roma —pueblo rapaz, si los hubo— sirve de arquetipo. Reviven sus instituciones y ayudan a consolidar las nuevas situaciones de usurpación y de violencia. Detrás de los códigos, se almean las bayonetas. ¡Más atrás, los maestros ahuecan la voz, indiferentes al dolor de la vida, sacuden los textos milenarios, y el "admirable" espíritu del derecho romano brota de sus labios, limpio como una espada! La tiranía de clase deviene un sistema cerrado, y la ignorancia es un resorte educacional, otro instrumento gubernativo.

Cunde el virus de la "democracia" parlamentaria. Como dice Laborda, "posee la virtud de la sombra del manzanillo para la fecunda inferencia". Crea una peligrosa y enervante ilusión colectiva. Parece la anchura definitiva que ha de encauzar los afanes vitales. Humo de opio, por cuyas espirales se asciende a los mitos edénicos. Y a medida que el pueblo entero se marchita en la oscuridad de las minas o se despedaza en el trabajo embrutecedor de los talleres y las fábricas, se asegura la dominación en los establecimientos educacionales. Mientras el alma del Hombre dueña o se mantenga mutilada, mientras se pueda operar en ella, todo temor será vano. De ahí esa ignominia, que separa, desde los primeros bancos de la escuela, a los hijos de los pobres de los hijos de los ricos; de ahí esa prolija enseñanza unilateral y calculada que se insinúa en la ramazón de las clases: escuelas adaptadas a objetivos parciales, a categorías predeterminadas; de ahí esa hostilidad a los arrestos de la pedagogía social —reclamada por tantos pensadores ilustres, desde Pestalozzi a Natorp—, que

exige la educación por y para la comunidad, conforme a la abstracción con que lo aniquila; de ahí esa hostilidad hacia la escuela única, que se realiza en nuestros días bajo la fórmula de Lunacharsky: "la escuela unificada del trabajo", que —como dice María de Maeztu— reclama para la sociedad el derecho absoluto de la educación del pueblo, negando a la familia el presunto derecho de educar a sus hijos, y combate la organización actual de la escuela que escinde, a sabiendas, la unidad humana.

Pero si los poderes de privilegio, de mentira, de dominación, proseguían tenaces en su obra de aletargar la conciencia histórica, el instinto vital reaccionaba con creciente eficacia. A costa de infinitos dolores la rebeldía surgió en el campo proletario. Fue adentrándose en las almas la cálida visión de una humanidad superior. La gran guerra vino a poner al desnudo toda la miseria moral de nuestro tiempo. Todos los valores fueron ardientemente revisados. La norma había ido marchitándose, encogiéndose, pudriéndose. Y la Universidad era, en los días inmediatos, el refugio supremo de las normas. Haciendo parte de un sistema más vasto, reflejaba en su agonía la decadencia de un régimen. Los grandes creadores de fórmulas de virtud taumatúrgica habían desaparecido. Quedaban sus sombras, sus caricaturas: sobadores de textos, fríos coleccionistas del saber, adocenados y estériles, guardianes medrosos de una quincallería inútil.

Y un día, los jóvenes, inquietos de hondas y lejanas inquietudes, sintieron un asco invencible. ¡Abrieron las puertas y tomaron lo suyo, sin pedírselo a nadie! Animaba sus mentes un profundo anhelo de renovación. El pueblo, con instinto seguro, comprendió el significado recóndito de aquella cruzada iconoclasta. Advirtió oscuramente —acaso más certeramente que los mismos actores— su amplio contenido ético y social. Leyó la clara razón de su ceguera. Y dióse todo entero a la causa de los estudiantes revolucionarios. Yo he visto correr la sangre generosa de los obreros en las calles de mi ciudad mediterránea. En Santa Fe, La Plata, Rosario, Buenos Aires, Lima, Santiago de Chile, en todo lugar donde hubo un puñado de hombres que arremetiera contra la vetusta armazón educacional, el pueblo se sintió conmovido. Y con la misma anchura de ritmo cordial, vibró su alegría en las horas diáfanas, compartió sacrificios y dolores en los días angustiosos de la derrota o del desaliento.

Y los jóvenes tomaron las Universidades proclamando el derecho a darse sus propios dirigentes y maestros. Pero bien pronto,

acicateados por esa misma honda y lejana inquietud, van comprendiendo que el mal de las universidades es un mero episodio del mal colectivo, que la institución guarda una correspondencia lógica con las demás instituciones sociales, que el problema ya no es sólo el de darse buenos o malos maestros. En el antiguo régimen, los buenos maestros tenían que ser, fatalmente, los peores maestros. Mansamente se seguirá cumpliendo la obra de mutilación del Hombre, en las especializaciones profesionales y de clases.

El problema es muy otro ya. Mientras subsista la odiosa división de las clases, mientras la escuela actual —que sirve cumplidamente a esa división— no cambie totalmente sus bases, mientras se mantenga la sociedad moderna constituida en república de esfuerzos que, como dice "Xenius", tienen por ley común la material producción, el lucro por recompensa, las universidades —a despecho de unos pocos ilusos— seguirán siendo lo que son, lo que tantas veces se ha dicho de ellas: "fábricas de títulos", o vasta cripta, en donde se sepulta a los hombres que no pueden llegar al Hombre. Por un lado, la ciencia hecha, lo de segunda mano, lo rutinario, lo mediocre. Por el otro, la urgencia de macerarse cuanto antes para obtener el anhelado título. Y, como siempre ha acontecido, la inteligencia libre y pura estará ausente; la ciencia que se supera oficiará ante otros altares.

Esto me parece que debo decirlo ahora, claramente, sin vacilaciones ni temores, en el aire nuevo de esta Universidad que se abre.

Por de pronto, mientras se orienten los rumbos, no os preocupéis de expedir títulos profesionales. Que el Estado o los particulares reconozcan la capacidad técnica por otras vías. Preferid más bien, por ahora, extender certificados de estudios y trabajos cumplidos.

\* \* \*

Los problemas iniciales de la Reforma han sido superados. Un fuerte soplo de vida corre por el mundo aventando las cosas muertas. ¡Cuidado! A una concepción fragmentaria del hombre ha sucedido una concepción integral, henchida en la sustancia de su propio destino. Cada día un mayor número de hombres se sienten tocados de la nueva luz, de la nueva fuerza creadora. El mundo cambia transfigurado. No habrá oposición irreductible entre el

trabajo del músculo y el trabajo de la inteligencia. El mundo conocerá una cosa nueva: la alegría del trabajador. Porque el trabajo –tal como lo soñaba Wilde– será la expresión bella y noble de una vida que encierra en sí algo de hermoso y levantado; de una vida de hombre.

Recuerda aquél que, en la carrera de antorchas que corrían los jóvenes griegos desde el campo de Marte del Cerámico hasta el templo de la diosa de la sabiduría, recibía un premio no sólo el que llegaba primero a la meta, sino el que primero partía con su antorcha luciente. Así, en los fastos de la civilización y el pensamiento libre, no olvidemos tampoco nosotros a los sencillos hombres del pueblo, a los que fueron los primeros en alumbrar esa sagrada llama, cuyo resplandor acrecienta nuestros pasos.

[Discurso pronunciado en representación de la FUC y de la Universidad de Córdoba, al inaugurarse la Facultad de Ciencias Económicas del Litoral (Rosario, 15 de setiembre de 1920). La versión original puede verse en la *Revista de Filosofía*, año VII, 1, enero de 1920. La foto de Deodoro que ilustra la tapa del presente libro fue tomada en ese acto. Inexplicablemente, en su compilación Gabriel Del Mazo omite el epigrafe de Trotsky cuando reproduce el discurso de Deodoro Roca.]

## LA REVOLUCIÓN DE LAS CONCIENCIAS

CÓRDOBA, 1918

Gracias, amigos.

Desde la primera prueba de simpatía personal, comprendí lo que también podría haber de impersonal en este acto con que la cordialidad de los unos y la generosidad de los otros quería honrarme.

Yo lo acepté sencillamente, pensando en aquellos recios y bravos muchachos que bajo el cielo de Córdoba cumplen, mañana a mañana, la intención escrita en unos versillos del Rig Veda que Ortega y Gasset recordara a los jóvenes en un ensayo inolvidable: "¡Senor, despiértanos alegres y danos conocimiento!". Conforme a la vieja plegaria se levantan con el día, los labios llenos de canciones, y en disposición dionisiaca van a las horas dolientes. Yo los he visto subir toda cuesta cantando, y hacer, alegremente, cosas terriblemente serias. De pronto una racha heroica ha alumbrado todas las caras. Las almas diríanse tocadas de conmovedores presagios. De tal suerte más de una vez he asociado el espectáculo a lejanos recuerdos: lo que cuenta Lemaitre entre montañas de libros viejos. Había una vez una colonia arcade enclavada en medio de los campos, junto al Tíber. Evandro era el rey y Pallas su hijo, criatura grave y piadosa. La existencia de sus habitantes ruda y sencilla. Cazadores, labradores y soldados a la vez, porque tenían que defenderse continuamente de las agresiones de los volscos y de los róticos. La casa del rey tenía techumbre de balago. Pero en ese rincón de la tierra parecían germinar fuerzas misteriosas. Un bosque cercano a la aldea inspiraba particular veneración. Los arcades decían: "No conocemos al Dios, pero allí habita un Dios". Y es que el bosque aquel señalaba el sitio de la futura ciudad de Roma. Pero en aquellos tiempos los lobos tenían allí sus madrigueras, las garduñas cavaban sus cuevas debajo de la roca que había de ser después la Roca Tarpeya, y el Capitolio no era más que un terromontero cubierto de maleza.

Para Córdoba se ha cumplido primero el oráculo de los destinos felices. Como en el recuerdo de Lemaitre, todavía no conocemos al Dios, pero el bosque arde y la presencia sagrada se advierte de más en más. En ese resplandor yo he visto anticipos de las jornadas que vendrán. Corre un estremecimiento nuevo. La voluntad heroica mira tranquila hacia graves empresas. Ya sabe cómo se pasa por la maleza, cómo se combate a las alimañas, cómo se atraviesan las tempestades, y sobre todo conoce la fuente de donde procede, y sabe cómo no se es enteramente uno mismo sino cuando se ama. No puede darse lo que no se tiene. Las primeras revelaciones perdurables, los tesoros más ciertos, las verdades más fecundas, nos esperan dormidos dentro de nosotros mismos, aguardan quietos el soplo que los anime, el dolor que baje a buscarlos y los devuelva a los otros en heroísmo, en amor, en esperanza, en fuego creador. Dormido está el Dios, dormida está la ley, dormido está el hombre: el único hombre.

Las fuerzas del mundo son susceptibles de ser ordenadas en relaciones armoniosas sólo por la voluntad que resplandece en la fe de los hombres que se han conquistado. Toda empresa de hombre conquistado es, necesariamente, empresa de amor. Toda empresa eterna es empresa de amor. Así se llega al corazón de la vida: "uno mismo". Así se aclara el universo. Así se denuncia nuestra presencia. Así se nos conoce y se nos deja pasar. Si nada somos, nada podremos dar; si nada tenemos, nada podremos hacer. A poco rato caeremos en el tumulto ciego, no se oirán las claras voces interiores, agria y dura será la soledad. Como Sisifo estaremos condenados a no avanzar un ápice en la labor de todos los instantes: "agitados" y nunca "activos", erraremos por las cosas golpeándonos como pájaros ciegos o buscándonos inútilmente entre la algarabía de los demás. Circularemos entre la multitud vana y locuaz, perdidas las grandes rutas del mundo. Y en esa espantosa soledad, el odio y todo lo que empobrece la vida crecerá profusamente. Será el intercambio tenaz. Así, si tomáramos al azar un puñado de gritos de la calle, apretaríamos el odio fugitivo, temblando cobarde en las manos.

Y bien: o somos pájaros de barro o somos pájaros ciegos. Y no volaremos libres con nuestros sueños por el cielo de la patria, mientras no tengamos sueños que nos levanten, mientras no detenga fuerte el afán de la torpe y vana conquista, mientras no cambiemos el dolor viril por el amor creador.

Vengo de Córdoba y aún no se ha borrado de mis pupilas el

perfil ligero de la sierra —urna de emociones—, que decora el horizonte vecino, el sol, vasto y dulce, de aquel ámbito transparente, aún lo siento cantando en mi sangre y poniendo en los ojos fiestas de luz. En esa luz y entre el aliento de esa sierra, han pasado este año cosas estupendas. Ha florecido una generación. Enseñoreada en el Estado, en la propiedad, en la Iglesia y en la familia, regía una tiranía clérigo-conservadora. Favorecida acaso por ella misma se extendía una potente vida interior. Sin la quietud letal de las lejanas villas andinas y nórdicas, el silencio dulce de aquel ambiente provinciano es propicio para lo que D'Ors llama, en su "Filosofía del hombre que trabaja y juega", "la voluptuosidad de pensar". Alternan, proporcionadamente, la congestión febril de las grandes ciudades y la íntima paz de la provincia. El corazón está más cerca de la tierra y más abierto a las emociones sencillas. La categoría triunfa sobre la anécdota. Los problemas se ven desnudos en sus líneas esenciales. La conciencia del país se hace patente. Un buen día dijeron: no tenemos maestros; éste es uno de los males más graves que padece el país; procuraremos tenerlos. Acabemos con una mentira que todos inciensan.

Y, en momentos de angustiosa desorientación, la comprobaron y la derribaron.

La universidad representaba el embrutecimiento metódico, la corrección de todo entusiasmo, el ajusticiamiento de toda renovación. Y fueron contra la universidad. Y se levantaron como movidas por el mismo interés, desde todos los puntos del horizonte y armadas de todas armas, una a una, las instituciones, a defender la universidad que las blasonaba. Y entonces esos recios y bravos muchachos fueron contra la universidad, contra la Iglesia, contra la familia, contra la propiedad y contra el Estado. Había estallado la revolución en las conciencias. Y la lucha se hizo formidable. No fue un entusiasmo de tránsito el que llevó a la calle, en memorables jornadas, a aquellos lindos muchachos. Fue una verdadera revolución, una conciencia muy serena y muy honda de los problemas nacionales, una responsabilidad muy grave afrontada con plena capacidad y con la alegre voluntad de los fuertes. En esa generación de luchadores puede decirse que no se advirtió multitud; cada uno representaba un valor afirmativo y cada uno cumplió con lo suyo en la exacta medida. Un motín se ahoga en su propia pequenez. Una revolución se encauza en las grandes corrientes de la vida. Por eso la Iglesia, la familia, la propiedad y

el Estado hubieron de replegarse tocados en su injusticia representativa.

La juventud de Córdoba ha dado al país lo que tenía, lo que había conquistado en los remansos de la vida interior. Ha puesto su hombro robusto y el viejo tipo de la universidad argentina, burocrática, pedantesca y doctoral, ha caído. Deja de avergonzarnos una mentira más. La sensibilidad que traen las nuevas generaciones irá poniendo de relieve las que quedan. Estamos atentos y prontos para las nuevas jornadas.

[Discurso en el banquete que le ofreciera el Ateneo Universitario de Buenos Aires, presidido por Horacio Pozzo, octubre de 1918. Lo reproducimos de la compilación de Horacio Sanguinetti, *Ciencias, maestros y universidades*, ob. cit., pp. 27-29. Lo cotejamos con el original manuscrito –escrito en hojas membretadas del Hotel Cecil de Buenos Aires, ocho páginas–. La versión finalmente impresa contiene algunas pequeñas modificaciones de las que damos cuenta en nuestro trabajo (Archivo Cristina Roca). Aquí optamos por la versión corregida y publicada.]

## CIENCIAS, MAESTROS Y UNIVERSIDADES

Señor Rector,  
Señores Académicos,  
Señores Profesores,  
Señores:

Erraba en la mañana de este día una musa graciosa y fresca. Un aliento de juventud brotaba de la tierra recién amanecida, y en el aire –dulce y vasto– vibraba el Sol como una limpia canción de primavera. El parque inmediato lleno de misterio y murmullo acentuaba su fina arquitectura. Sobre la charla pueril de las cosas, la tierra rompió a cantar, mientras se aclaraba en cobalto el violeta oscuro de la sierra. Traía prisa el Sol por alegrar la mañana y el primer rayo de luz pasó volando sobre la copa de los árboles, y se fue a quedar prendido entre la veleta de las torres, y las campanas para hacerle fiesta echaron al aire su vocinglería, y el aire, desde entonces, está sereno, claro y azul, alegre como otra campana: ¡campana de juventud! ¡campana de primavera!

Dicen que el árbol de la Ciencia está aquí, cargado de pomas. Y en este día azul, bajo el pórtico engalanado, pasa la vida nueva: el corazón en fiesta, el espíritu en pleno dominio de sí, el cuerpo viajero, los ojos inquietos y avizores... Dicen que el árbol de la Ciencia está cargado de pomas: llevaremos las que haya. Pasa la vida nueva: ¡viva la vida! Singular coincidencia ésta, que hace romper la marcha de la gente joven al ritmo glorioso de la primavera. "La que nos dice amor cuando al alma le duelen los engaños, la que nos dice frescura de regato, sombra de frondas sobre el agua, cuando va el cuerpo al Sol por los caminos polvorientos"; la que nos enciende, al par que surgen los entusiasmos, y son las esperanzas como las crestas azules de las montañas que decoran el horizonte vecino.

Suspensos un instante al milagro del día, nos situamos al borde del sendero y sin querer volvemos la cabeza. Pensamos entonces que nuestro pasado es breve, como un hemistiquio. ¡Pero hay quien

arguye sabiamente...! La vida es feliz porque está serena frente a la verdad liberadora—dulce o amarga, pero siempre amiga—. Una mitad de lo vivido nos la gastó el mundo en ligarnos al error con lazos todopoderosos. Acaso la culpa fue de los que más nos amaron. Duras fueron de arrancar las sutiles argucias hiladas con diamante, pues tal suerte prendieron sus tramas en el corazón que hubimos de sentir el dolor del desgarramiento. Pero la juventud no es rencorosa. Restaña las heridas y olvida y trabaja y sueña y espera. Y en presencia de la verdad que halló, se presenta—en el decir del poeta— como una pradera cara al cielo; pasan sobre ella mariposas blancas y nubes negras; y ella se deja acariciar por la sombra de las alas blancas y por la sombra de las nubes.

Limpias las frentes, claros los ojos puestos en la ruta, ágil el paso, acudimos serenos a la cita solemne. Denuncia sin embargo nuestro sentimiento, la leve nerviosidad del ademán inevitable. ¡Ya nos vemos, señores! Ha clareado alegre la mañana y el clásico zurrón de los peregrinos va ligeramente provisto. Ya partimos. Larga y penosa debe ser no obstante la jornada, cuando ha subido de la ciudad silenciosa la caravana de los viejos maestros a despedirnos... Grupos familiares nos hablan melancólicamente de las cosas idas. Cobran relieve las emociones de la provincia. Animanse las caras tradiciones y desde la casa de estudios se extiende hoy por los ámbitos de la ciudad, una como vibración de pensamiento. Han venido todos los compañeros y los viejos maestros. Vienen a hacernos la última recomendación, a darnos el postrer consejo. ¡Decidlo pronto, que nos aguardan ya! Escucharemos y seremos cariñosos, atentos, agradecidos...

Cuando preparemos en el huerto la vendimia, y termine la primera faena en el lagar, sabremos decirnos del sabor que nos trajo el zumo de la vieja experiencia. Mientras tanto, hablemos. No todo han de ser lágrimas en las despedidas. Algo también aprendimos por nuestra propia cuenta en un ángulo apagado del claustro. Si entonces conocimos algún mal, no digamos ahora: ¡alma, silencio!, "no queramos como Claribel, reposar sólo bajo el roble solemne y frondoso": ¡no queramos que para guardar nuestro sueño—como cantó el poeta— hagan pausa las brisas y mueran dejando caer hojas de rosa; que el roble suspire la antigua melodía íntima y turbadora, mientras se agita el peligro de la maleza!

Salimos de un instituto científico que fuera orgullo de propios y de extraños, cuando desde la gran colonia o desde el altiplano,

venían en confusión pintoresca hombres ávidos de saber, para volver después cumpliendo entre las gentes el altivo mandamiento del escudo universitario. Tan resplandeciente fue la epifanía, que nos aturdimos un tanto. Creímos lograda entonces la perfección absoluta, sin pensar en el antiguo mito. Saturno es el mismo Tiempo, que devora a sus propios hijos. Afortunadamente vamos dejando ya de practicar el culto fetichista hacia el pasado—glorioso sí, pero pasado—. Comprendemos que el pasado fue glorioso por ser lo más claro de la verdad de entonces. Procuremos ahora con la cooperación creciente de todos, devolver a la vieja casa el augusto brillo de sus blasones, para que nunca deje de cumplirse aquel mandato imperativo.

Una de las mayores ventajas de la Ciencia es, por cierto, la que permite utilizar a los espíritus más modestos. El arte no soporta jamás la mediocridad. La Ciencia se vale frecuente y subalternamente de ella.

En todos puede encontrar colaboradores. Un poeta mediocre—se ha dicho— es para el arte un ser perfectamente inútil. La Ciencia en cambio nada desdeña, amasa todas las observaciones, reúne y multiplica todas las fuerzas intelectuales. Por esta razón la Ciencia lleva dentro de sí una fuerza de propagación que sólo han tenido las religiones, a las cuales acaso sustituya. Basta que salga del trance puramente especulativo o indagatorio. Basta que florezca en acción. No debe proclamarse como se proclama en tantas partes la "bancarrotta de la Ciencia", sino la del cientificismo. Sólo ella puede salvarnos de los males que nos circundan. Lo que hace falta es depurarla y hacerla coherente: adaptarla a las necesidades "totales" de la civilización.

La Ciencia en definitiva no es otra cosa que la experiencia de la humanidad hecha sistema, orden, claridad, armonía. Para la Ciencia debe haber una discreta asociación de los espíritus. Sin duda que un número reducido de dominadores será siempre necesario "para dirigir el trabajo, abarcar el conjunto de los materiales acumulados, distribuirlos y elevarse a inducciones imprevistas". Claro está que en lo externo de la correntada va el penacho de agua turbia, pero el agua lejana es más caudalosa, más serena y más pura. Hay un escollo que siempre debe evitarse: la Ciencia—se ha dicho— tiene sus entusiastas pero tiene también sus fanáticos, y si fuera necesario tendría asimismo sus intolerantes y sus violentos. Afortunadamente lleva el remedio consigo misma. Engrandecida, encuéntrase al fin en ella el principio mismo de la tolerancia.

La "bancarrota" más seria de la edad contemporánea es la bancarrota de la moral. La guerra actual da la evidencia de todos los fracasos. Si las inteligencias se han desprendido de los dogmas, el entusiasmo propio de las religiones debe entonces desplazarse en las doctrinas científicas y sobre todo en las creencias morales y sociales. No pensemos en retroceder, sino en utilizar los materiales que tengamos a mano. Recordemos la hermosa parábola de Rodó: la de aquel niño que paseaba ufano su gozo por el jardín golpeando acompasadamente con un junco su copa de cristal, hasta que en un arranque de volubilidad cambió el motivo de su juego y llenó la copa hasta los bordes con arena del sendero. Ya la nota del herido cristal no vibraba en el aire. Ante el fracaso de su lira los ojos húmedos del niño se detuvieron ante una flor muy blanca del cantero inmediato. Cortándola la sujetó en la propia arena del vaso enmudecido y continuó paseando por el jardín su ingenuo goce nuevo. Así creemos que de todas las teorías tan diversas sobre los principios de la moral, de la variada experiencia científica, resta un fondo común de ideas, susceptibles de enseñanza y propagación popular. Así como la solidaridad de las inteligencias sirve a la obra científica, la solidaridad de las voluntades será útil para los sufrimientos humanos que hay que aliviar, para los vicios y errores que es necesario curar, para las ideas morales que es preciso esparcir. La fraternidad fundada en la conciencia "humana" de la solidaridad, será el campo fecundo de la futura siembra moral. Rotos los resortes inhibitorios, aventado el tesoro afectivo del legado religioso, no penetra aún la humanidad —en esta época de transición—, en los nuevos valores que se predicar, se agitan los hombres en una lucha grosera, sin heroicidad, sin cuartel y sin nobleza. Nadie procura comprenderse. El egoísmo, estrechando la esfera de cada actividad, concluye por empobrecerla. ¡Ahí está el enemigo, el eunuco de baja ralea! El egoísmo, ha dicho un escritor contemporáneo, es la eterna ilusión de la avaricia, temerosa ante el pensamiento de abrir la mano, sin darse cuenta de la fecundidad del crédito mutuo y del aumento de las riquezas por su circulación. En Moral como en Economía, es necesario que alguna cosa de nosotros circule en la sociedad, que mezclemos un poco de nuestro ser propio y de nuestra vida en la de la humanidad entera. Quien sea incapaz de sobrepasar un instante a su misma individualidad es en verdad un impotente. En la Ciencia humanizada, pragmatizada, encuéntrase el remedio para todos los males. Por eso pienso que en las Universidades está el secreto de las grandes transformaciones, por eso pienso que éstas deben realizarse de otro

modo sus funciones, por eso pienso que no deben ser sólo escuelas de profesionales, por eso pienso que necesitamos maestros a la manera socrática, como se estilaban en aquellos grandes pueblos de la antigüedad: los que mejor comprendieron el sentido profundo de la vida...

Uno de los mayores obstáculos a la propagación, a la "penetración pacífica" de la Ciencia, es el "pedantismo" intolerable con que ha logrado desfigurarla y esterilizarla la hegemonía intelectual, foco principal de ese feo vicio. Acuso especialmente a Alemania de haber contribuido a matar la imaginación en las ciencias con el culto exagerado del "hecho" omnipotente. Los hechos en sí mismos nada valen. Confirman o no, verdades, intuitivas, por lo general. El entusiasmo espontáneo se debilita o se recoge herido. Y el entusiasmo es el promotor de todas las obras humanas. Supone "la creencia en la realización posible del ideal, creencia activa que se traduce en el esfuerzo". Los espíritus demasiado positivos, cultores enfermizos del "hecho", padecen el mal de no poder conocer todo lo posible. La vida se detiene en los umbrales de sus bibliotecas. Distinguen con admirable precisión lo "que es", de lo "que no es".

El mundo, sin embargo, es de los verdaderos entusiastas, de los que distinguen lo que es de lo que "todavía" no es; de los que miran el presente como marco del porvenir, de los espíritus sintéticos que saben vincular lo ideal y lo real, de los que advierten una "dirección" y por consiguiente persiguen un fin, de los que saben quebrar los contornos rígidos y sacar palpitante y viva la realidad sucedánea. ¡Allí es donde se incuban los Profetas y los Mensajes de la Ciencia!

En la confusión de la vida contemporánea se han borrado de la conciencia humana casi todas aquellas buenas leyes morales y sociales que solían antaño llevar a los hombres de la mano. Mientras tanto, los maestros que debió generar el entusiasmo, callan. El *aura mediocritas* resplandece. En todas partes la autoridad duda de sí misma, y ni en política, ni en religión, ni en ciencia, ni en arte, aparecen los maestros índices. Caen los prejuicios, instituciones seculares vacilan, pero no surgen los nuevos arquitectos.

¿En donde están?

El mundo moderno ofrece el espectáculo de una confusión indescriptible. Todo vacila en sus cimientos, pero no brillan las

piquetas de los rudos trabajadores. ¡Debe ser un trabajo silencioso de hormigas!

Se acentúa la crisis de todos los valores. ¿Estarán revisándose de verdad o se realizan tristes profecías? ¿Se estarán cumpliendo acaso las viejas palabras de Amiel? "Se ve que comienza en todas las cosas la era inevitable de la mediocridad. La igualdad engendra la uniformidad y sólo se desembaraza de lo malo sacrificando lo excelente, lo notable y lo extraordinario. Todo se hace menos grosero, pero más vulgar." El tiempo de los grandes hombres se va y llega la época de los hormigueros y de la vida múltiple. Por la nivelación continua y la división del trabajo la sociedad será todo y el hombre no será nada. Las medianías se elevarán en detrimento de toda grandeza. El estadístico registrará un progreso creciente y el moralista una decadencia gradual. Progreso en las cosas y decadencia en las almas. ¿Es posible que esto sea definitivo? ¿Será el resultado de una lenta gravitación histórica, o el lote obligado de un aluvión? Me inclino a creer en el último enunciado. Y cada escaso progreso de la sensibilidad o de la inteligencia remata en nuevos y sutiles dolores. Cuenta Gayau —aquel dulce santo laico y, más que todo, niño resignado y triste— que a veces en las montañas de la Tartaria se ve pasar un animal extraño huyendo anhelante bajo la niebla de la mañana. Tiene los ojos grandes de un antilope, desmesuradamente abiertos por la angustia. Pero mientras galopa y golpea el suelo con el pie —tembloroso como su corazón— se ven agitar a los lados de su cabeza dos alas inmensas que parecen elevarle a cada uno de sus movimientos. Se hunde en las sinuosidades de los valles, dejando rastro de sangre sobre las duras rocas. De pronto, cae. Entonces se ven las dos alas gigantescas desprenderse de su cuerpo, y un águila que aplicada a su frente le devoraba lentamente el cerebro, se eleva saciada hacia los cielos...

El pesimismo, anacrónico en estos pueblos recién nacidos, que florece en la sombra de los ojos prematuramente cansados, entorpece la voluntad y devora la idea viva en el propio instante de la creación. La juventud actual padece de ese grave mal que se dio en llamar "mal del siglo". A su amparo crece. Desorientada, aturdida por la balumba de cosas contradictorias, atraída incesantemente en todas direcciones, sin control, cae en la misantropía o vaga en la superficialidad. ¿Y quién tiene la culpa de esto? ¿Nosotros? ¡No! ¡Todos! Es que no hay nobles direcciones ni para el pensamiento, ni para la acción. Todos se equivalen: tanto los que nos empujan en tumulto hacia la vida intelectual como los que

se encargan de formarnos. Todo es confusión y tumulto. Perdida en la extensión de América apenas se escucha la voz de uno que otro maestro. En este cielo uniforme y monótono, apenas se levanta una que otra estrella. En América no hay maestros; en Europa casi todos se han ido ya para siempre. Nosotros acaso no pudimos o no tuvimos tiempo de formarlos porque en la casa de Mammón fuera estruendosa y hostil la algarabía. ¡Pero hacen mucha falta! Vivimos en perpetua improvisación de hombres y cosas. Por cada uno que se logra, noventa y nueve muerden el polvo del fracaso. El único maestro cierto que existe es, por otra parte, caprichoso: se llama Azar. Entre nuestros mismos escritores las pocas individualidades originales son, ciertamente, autodidactas. Y la obra que todos realizan, salvo la de muy pocos, no trasciende simpatía. Es obra orgullosa, encastillada, impopular. No queda otra semilla que la sugestión de un esfuerzo penoso. No tiene trascendencia. Le falta el pequeño toque humano.

En el ambiente social hay factores que contribuyen a la esterilidad de la vida intelectual y universitaria. Por eso dije antes que el mal está en todas partes. Nosotros —los americanos— no pertenecemos en realidad al viejo tronco latino sino en escasa medida; somos latinos por la tradición que de ellos recogimos, más que por la raza. España es un pueblo afro-europeo que recibió una tradición latina prolongándola en sus colonias de ultramar. Y entre las tradiciones de la vieja Roma guardamos y cultivamos con raro empeño la que desprecia el trabajo que domina y engrandece las fuerzas naturales. Formamos entonces en estos pueblos el patriciado de la Burocracia. Los burócratas españoles de la Colonia fueron los primeros patricios. Es nuestra más antigua ejecutoria de nobleza. Sin las ventajas y con todos los defectos de la vieja aristocracia se implantó. Difieren en sus orígenes. La ddiva del monarca por lo regular blasonaba una gesta épica; el desarrollo artificial, progresivo, inútil, del Estado y sus funciones administrativas y políticas, frecuentemente cobija la tristeza esteril de los vencidos innatos.

En consecuencia ha acabado por confundirse —casi de buena fe— el rango con el mérito.

El rango —ha dicho Ingenieros— no es la consagración del mérito, sino el mérito mismo, en la moral burocrática.

Uno de los más graves males que padecen las democracias americanas es el desarrollo de la burocracia. Y lo digo fuertemente. El Estado es la necesidad máxima: fuente de todos los apetitos,

caminio obligado de todas las esperanzas, supremo árbitro en la vida del esfuerzo, posada de todos los peregrinos, venda para todas las heridas, refugio de convalecientes y de inválidos, creador de una mentalidad, de una moral y de una conciencia específicas. El Estado lo es todo. La iniciativa individual no es nada. La voluntad creadora del individuo debe estrellarse ante el monopolio gratuito creado por la asociación de los minúsculos, de los inadaptados a la vida libre y creadora. Eso no es por otra parte un mal exclusivo de nosotros. Es la estampa del Estado latino. El socialismo mismo se equivoca cuando estimula la garra del Estado y fía en su fuerza el apoyo de la justicia futura. ¡Es una espada de dos filos: cuidado con ella! En la vida simple de la nación los órganos de la administración pública se complican de una manera exagerada. Los presupuestos, "en toda su gama" hacen vivir a una clase estéril, reclutada -¡quién lo creyera!- entre los que ostentan títulos universitarios. Al pie de las murallas, una multitud espera...

¿Y por qué es esto? Es porque se tuercen las vocaciones. No son las disposiciones naturales del espíritu las que marcan el paso en la vida. Jamás se consulta a la ley espontánea del "mínimo esfuerzo". La esclavitud al prejuicio del trabajo que denigra es la primera representación mental que se forma en el jefe de familia ciudadana cuando se trata de asegurar el porvenir del hijo. Este prejuicio es el que entristece muchas vidas, el que desarticula proporciones entre los campos y las ciudades, el que empobrece el ambiente mental y moral de nuestros centros urbanos, el que fabrica "pájaros de barro", el que deja al extranjero activo el monopolio de la industria y del comercio, el que permite que ellos adquieran la propiedad de la tierra que heredaron americanos desprovistos de energías. Desde el punto de vista de la vida nacional esta falta de equilibrio inquieta. "Estas naciones", ha dicho García Calderón, "que invaden inmigrantes activos, son dirigidas por un grupo de mandarines, y si una educación práctica no desenvuelve en la juventud las «vocaciones» comerciales e industriales, los colonos enriquecidos desplazarán al criollo de sus viejas posiciones. Las grandes transformaciones políticas del porvenir serán debidas al desenvolvimiento equilibrado de la riqueza común."

Se tuercen las vocaciones. ¡Meditad, maestros y discípulos!

Aquí, en estas severas casas de estudios, están ocultos y en desarrollo los procedimientos defensivos. Aquí deben estrellarse las vanas lamentaciones, aquí debe elaborarse el pensamiento nacional, aquí la juventud tocada de graves inquietudes debe encontrar

las altas señales, desde aquí se debe poder mirar hacia todos los horizontes...

La juventud que pasa por los jardines de Academus no puede querer la enseñanza oscura y rutinaria del dómine pedante. Ella no necesita de verdades concretas, fáciles de adquirir en el sosiego de los gabinetes. No fórmulas anquilosadas que de nada sirven cuando la dinámica de las cosas nos urge en la urdimbre nueva, sino ideas vivas. La verdad no es patrimonio de nadie; es un perpetuo devenir. Casi podría decirse que no existe ni ha existido nunca. Lo único que han existido son verdades: lo que las alienta en su transmutación incesante. Lo que debemos encontrar son gestos amplios señalando las grandes rutas del pensamiento, el punto de donde parten todos los caminos. Este punto está en nosotros mismos, en la porción de originalidad que cada hombre sincero puede dar, en el desarrollo espontáneo de la aptitud dormida. El maestro no debe aspirar sino a que nos descubramos a nosotros mismos. Ahí está lo fecundo en la confluencia de maestros y discípulos. ¡Nada de pedantismo, nada de solemne aparatosidad, nada de recetas! ¡Debe aspirarse antes que todo a desarrollar el espíritu de investigación, el espíritu filosófico, muerto y amortajado en las universidades y en todos los institutos oficiales de cultura! Recordemos con Taine que la filosofía nació en Grecia, no como entre nosotros, en un gabinete y entre papeles, sino al aire libre, al sol, cuando fatigados por los ejercicios de la palestra y apoyados en una columna del gimnasio, los jóvenes conversan con Sócrates sobre el bien y la verdad.

Compañeros de colación, amigos y camaradas en las horas de las charlas bulliciosas, ingenuas. Ya la ronda de la alegre estudiantina apaga en las callejas su pretérito rumor... Ahora está la vida, frente a frente, mirándonos con una expresión enigmática. Tal una Isis impasible. Pero no nos conturbemos; siempre es así. Al fin y al cabo no sabe de dónde venimos ni hacia dónde vamos... ¡Pero nosotros sí, lo sabemos! Cumple entonces dirigir nuestra proa impetuosamente hacia el rumbo que nos marque "el lucero interior". Hagamos siempre nuestra obra personal sin perder jamás de vista la obra colectiva. La nacionalidad reclama hoy más que nunca el esfuerzo constante de todos. Si los ideales que debemos aventar hacia los cuatro vientos son en cierto modo universales, sintámonos vibrar al unisono en la tierra natal. Tenemos con una patria ideal para la humanidad entera, pero

razonemos con Michelet: "La patria es una amante tras de la cual corremos también. Ulises no se cansó hasta que no vio humear los techos de su Itaca". Es preciso adelantar o retrogradar. El estado presente no puede subsistir. Debemos estar preparados para muy rudas faenas que se acercan inevitablemente. A los jóvenes de hoy nos ha tocado nacer en el trance más oscuro de la historia. Amigos: la tragedia de Europa es algo más que una guerra, allí está ardiendo una civilización. El humo denso, cargado de miasma, llegará hasta aquí. Preparemos entonces los ojos para distinguirnos en la sombra. Preparemos el espíritu para comprender el sentido de lo que vendrá. Preparemos el oído para distinguir las voces amigas entre el grito ronco de los descontentos. En adelante, todo ha de gravitar sobre América. Aquí han de tener final los viejos pleitos humanos. Será éste el campo de una vasta experiencia. ¡Mientras tanto estudiemos, estudiemos sin descanso y sin fatiga; no nos sorprenda la tempestad en lo más apartado del bosque, ocupados en pasatiempo inocente! Tampoco nos arredre el futuro dolor, que el sacrificio es bello cuando cuaja en una verdad o en un bien. Uno de los maestros que aroman nuestra intimidad ha notado que "en las tablas de roble de los coros de iglesia -amorosamente esculpidos en los tiempos de fe- el mismo tipo de madera representa con frecuencia, sobre una de sus caras, la vida de un santo y sobre la otra una serie de rosas y de flores, de tal suerte que cada gesto del santo figurado de un lado, se convierte por el otro en un pétalo en una corola; sus sacrificios o su martirio se transforman en una lis o en una rosa. Obran y florecen, todo a un tiempo. Sufrir desplegándose, abriéndose como una flor, unir en sí la realidad del bien a la belleza del ideal, éste es el doble objeto de la vida y nosotros -lo mismo que los antiguos santos de madera- debemos esculpirnos también sobre dos caras".

[Discurso en representación de los graduados, pronunciado en el acto de colación de títulos en la universidad cordobesa, el 8 de diciembre de 1915. Lo reproducimos del original mecanografiado (Archivo Cristina Roca). Se publicó en la *Revista de la Universidad de Córdoba*, año II, 4, 1915. También puede encontrarse en la compilación preparada por Santiago Monserrat, *Las obras y los días*, ob. cit., pp. 45-55.]

## JUVENTUD Y SERVIDUMBRE

La vejez o la juventud no han de medirse siempre por la edad. Un cerebro joven puede corresponder a una mente atávica. Y hay viejos que alumbran pensamientos de ancho horizonte. Alguna vez he hablado del curioso y abundante fenómeno de jóvenes que en estos países "nuevos" se cierran al impulso de toda idea renovadora. Hay jóvenes -muy jóvenes- espíritus entecos, hechos solo para respirar un ambiente oscuro de hábito y de tradición. Hombres que resbalan luego, herméticos a toda mudanza en el arte de gobernar. Rebeldes, como rancios inquisidores, a todo sentimiento expansivo, a todo ensayo de libertad. Y a su lado agitanse, a veces, algunos viejos -y muy viejos- espíritus amplios, fuertes, "andadores", anhelosos de una mortal vida mejor. Pero si aquéllos son anacrónicos, éstos son excepcionales. Requiérese en los últimos la virtud suprema de saber romper siempre con el "interés", que a la postre encadena. Toda revolución, todo progreso, es, al cabo, un desplazamiento de interés. Requiérese, además, cierta aptitud heroica para la soledad. Nietzsche medía el valor de cada individuo por la soledad que pudiese soportar. Vale decir, por la distancia a la cual el espíritu -valeroso- es capaz de colocarse con relación a la muchedumbre, siempre expresiva de los "intereses creados".

¡Singular espectáculo! En ese ambiente de anacrónica mocedad es donde se respiran los más pesados aires de la intolerancia, por donde corren las más pútridas aguas de la historia. Muchos de sus viejos auténticos y de sus jóvenes -en simulacro de juventud- parecen preocupados de cosas religiosas y espirituales. Anuncian que van a hacer de la idea y de la palabra divinas la más grande palanca para regir el orden moral y material del mundo. Y son estos los que, al mismo tiempo, preconizan los medios más groseros de gobernar y organizar ese orden. Se encaraman en todos los apostolados de la fuerza. Y no paran hasta encontrar la infalible doctrina de que la "fuerza" es la jerarquía suprema,

único poder de la sociedad y del bienestar común. Ahí está la raíz de su característico ademán "combativo", no persuasivo, frente a las otras ideas. Las "persiguen" sañudamente, en cuanto pueden. Desconocen la virtud de la tolerancia. Atropellan, destemplados y fieros, derechos y libertades. Como si esos derechos y libertades fueran irrealizables y nada significaran. Ningún rastro, en lo político, de esa luz que –en lo religioso– es la persuasión.

Si las garantías jurídicas –alimento del espíritu en los hombres libres– se consideran farándula engañosa, ¿cómo puede, entonces, darse importancia, para ordenación de la vida a las ideas morales que la religión inspira?

[Lo reproducimos del original mecanografiado (Archivo Cristina Roca). Fue publicado en *El País*, el 14 de junio de 1931. También puede encontrarse en la segunda compilación de Gregorio Bermann, *El drama social de la Universidad*, cit., pp. 67-68.]

## PALABRAS SOBRE LOS EXÁMENES

¡Exámenes a la vista! Bolilleros, más bolilleros... ¡Con sus inconfundibles dispositivos de juego! Como todos los años, vuelve a las ajenas juveniles el presuroso latir de los días de examen, sobrecoídos, azarosos. Días de palideces, fiebres y vagas iniciales exprimidas por el tiempo implacable y premioso. Se ahoga en ellos la risa y la canción. Una emoción indefinible, angustiosa, serpentea en el pecho. Novia desvanecida, cine misterioso y lejano, guitarra colgada en las paredes de la pensión, charla encapotada, parque sellado... Afuera, rumores y perfumes estremecidos. El desco se hincha y torna con el breve ritmo de un seno. Dulce vagar. recogido y enrollado. Guardapolvo y texto. Tardes de noviembre. Exámenes. ¡Lotería, lotería!

El alumno acude con su número. No siempre saca premio. Hay que pasar de alumno a médico, a abogado, a ingeniero... Y se aguarda nerviosamente la aparición de un bedel (todos los que preguntan son bedeles). Es como llegar a un alero y sostenerse ahí. O caer y –moralmente– descalabrarse. Alguien no cae. Pero con toda valentía se mata en el mismo alero. Es lo mismo que llevar al alumno al filo de una roca y –como Satán a Cristo– decirle: "Todo esto será tuyo si me respondes a estas preguntas, si tienes suerte con estas bolillas desde donde te miro".

El alumno mira la irreal riqueza que se le muestra, y entrega, por ese falso botín, su alma indefensa y simple.

Lo humano, lo verdaderamente humano, sería irle apuntando, a lo largo de su vida de aprendizaje, qué cosas y qué ideas no "parecen" convenirle; qué cosas y qué ideas le serían de fácil adquisición... El problema del adiestramiento, la elección del trabajo fértil, el de la educación "total", en suma es el que debiera mantener alerta la mente de los maestros. Por eso lo recuerdo en estos días pesados, ya que el examen debiera quedar catalogado para siempre, entre los "juegos prohibidos", en defensa de la inteligencia.

La culpa –lo sabemos– no es de tal o cual profesor satánida. Es de tal o cual sistema. De un “régimen” de enseñanza que no es la superior, ni la inferior, y ni siquiera la doméstica o la oficial, sino toda la enseñanza contando con raras excepciones. Toda la enseñanza –expresada así en el vetusto examen– está fraguada apuntando al éxito. Hace depender de un éxito, de una buena jugada, a veces toda una vida. Y nada debiera depender de él mientras se ofreciera como un desafío en el que nunca el alumno suele elegir las armas y el terreno. Mientras se presente como premio a unos momentos de feliz gimnasia. Y ni siquiera de gimnasia mental, sino mecánica. O como “recompensa” a una prueba donde innegablemente intervienen factores tan extraños al conocimiento como lo son la audacia, la agilidad memorativa, la seducción verbal... Y lo grave es que esos factores siguen conformando más tarde la mente y la acción de sus beneficiarios. Y se hacen jugadores para toda la vida.

Las pruebas de un alumno deben durar toda su infancia, toda su adolescencia. Y unos años, no unos minutos; unos años durante los cuales deberá escoger por sí mismo su texto, después de haber averiguado –o al tiempo de averiguarlo– su preferencia, su afición. Años en los cuales por sí mismo –en vista de una tradición doméstica o un prejuicio confesional– ha de enfocar sus posibilidades por un único desfiladero. Porque llega un momento en la vida de los padres –y llégase muy pronto frente a la vida de los hijos– en que es preciso ceder terreno en el culto de la obediencia y de la disciplina, tan útiles siempre a nuestros mayores. Han de pensar en ellas sustituyendo por otras: ¡por la independencia y la acometividad tan molestas siempre a nuestros mismos mayores! Y si estas virtudes –las verdaderas, las positivas– llegaren en su leal desarrollo a destruir la obra incipiente del padre o del maestro, poco importa.

Una vida exige rumbos nuevos. La verdadera educación –muchas veces lo leímos, pero pocas lo vimos practicado– es tanto como ensayo de desarrollar la atención, el deseo de comprender, el respeto a lo que comprendan, deseen y digan los demás. Rigor para sí, justicia para los otros. Atención para todo y para todos. La verdadera educación, la formación que ella anhela, debe ser siempre abierta. Y no debe fomentar la fe, sino la duda; no la credulidad, sino la oportuna y desnuda pregunta.

La falsa educación –y entiendo por educación la formación integral–, la que tiene en su heráldica el examen, la educación

juego, azar, “lance”, ominosa aventura, se nutre necesariamente de respuestas oficiales a preguntas más “oficiales” todavía. Se nutre –como dice Jarnés– de diálogos preconcebidos. Se nutre de premios y castigos, bárbaramente llamados “estímulos” (hablo de barbarie educacional). Conforme observa Bertrand Russell, va concebida “como medio de adquirir un poder sobre el alumno y no de favorecer su futuro desarrollo”.

La falsa educación –¡toda la nuestra!– reposa en una cabal falta de respeto al discípulo. Nadie respeta al discípulo. La piedra milenaria del examen, parada estos días a la puerta de los establecimientos educacionales, así lo denuncia. Hay que respetar al hombre que llega, indefenso, al mundo. Hay que ser con él más solícito. Hay que respetarlo mucho más profundamente que al hombre de itinerario ya en marcha o acabado.

“Mientras en el mundo no se respeta, principalmente, al niño”, dice ese magnífico espíritu que es Benjamín Jarnés, “a todo el niño (y lo mejor de él es su independencia en germen), mientras no se lo respeta mucho más que al hombre formado o al anciano, el mundo seguirá lleno de adolescentes envejecidos”.

¡Menos loterías, señores profesores! Los exámenes, las verdaderas pruebas –aunque así se llamen–, deben cifrarse no en las respuestas de los discípulos, sino en sus preguntas. De la demanda y oportuna pregunta del discípulo debe inferirse su curiosidad, su capacidad, su aptitud, la calidad de su espíritu, su grado de saber y su posibilidad. La única relación legítima y fecunda que debe trasuntar un examen que aspire a salvarse es la de un discípulo que pregunta y la de un “tribunal” que responde. ¡No ustedes los que deben “rendir”, señores profesores!

Mientras esto no ocurra, se seguirá oyendo en escuelas, liceos, colegios y universidades las dramáticas y fatídicas palabras del “croupier” docente:

“¡No va más!”

Lo reproducimos del original mecanografiado (Archivo Cristina Roca). Salió publicado en *Educación*, 1, revista del Instituto Pedagógico de la Escuela Normal Superior de Córdoba, dirigida por Saúl Taborda, en noviembre de 1942; el artículo original es del 9 de noviembre de 1930. También puede encontrarse en la compilación de Horacio Sanguinetti, *Ciencias, maestros y universidades*, ob. cit., pp. 44-46.

DOCTORES  
 DEODORO ROCA  
 OSVALDO A. MACHADO  
 JUAN RICARDO LAGUINGE  
 ABOGADOS

Rivera Indarte 544  
 U.T. 6027 - Córdoba

## ENCUESTA DE LA FEDERACIÓN UNIVERSITARIA ARGENTINA RESPUESTA DE DEODORO ROCA

*-¿Por qué el pueblo argentino debe recordar la Reforma Universitaria?*

-Porque es el movimiento espiritual más rico y más trascendente -sin hipérbole alguna- que haya agitado a la juventud de América latina, desde la Emancipación a acá. Se expresó por primera vez, de un modo sumario, en Córdoba. Comenzó por un apasionante proceso a la enseñanza dogmática, desvitalizada, mejor dicho, "tóxica" que sufría -y sufre aún- la Universidad argentina. Estado y Universidad eran -y son- la misma cosa. Las mismas manos manejan los compases en uno y otro comando. Lo que comenzó como defensa contra los malos maestros y afán de reformar el sistema educacional "que los hacía posibles", se convirtió en un vasto proceso al sistema social, que es de donde arranca la dogmática, la penuria y la regresión de la Universidad de entonces, y, más visiblemente, de la de ahora. Ese sentido tienen las vicisitudes de la "Reforma Universitaria" ligada profundamente al dramático destino de la juventud. En 1918, el señorón y el fraile platicaban sosegadamente en los "claustros" universitarios. Todavía se les llama, inadvertidamente, así: "claustros". En 1936, están los mismos, en los mismos "claustros", aunque no tan sosegadamente. Los guardias de asalto del capitalismo y los cuadros del ejército custodian celosamente la misma penuria educacional. Pero la juventud cobra mayor conciencia de su destino y escoge mejor los medios de realizarse. Aquel movimiento pequeño burgués y romántico de 1918 es hoy un movimiento social caudaloso y profundo. La juventud comprende hoy que

sólo habrá "reforma" educacional "a fondo", con reforma social, también a fondo.

[Córdoba, junio de 1936. Lo reproducimos del original mecanografiado -en papel membretado de su estudio jurídico- (Archivo Cristina Roca). Puede también encontrarse en la segunda compilación de Bermann. *El drama social de la Universidad*, ob. cit., pp. 83-84.]

## ¿QUÉ ES LA "REFORMA UNIVERSITARIA"?

### ENCUESTA

*¿Puede usted decirnos...*

1) ... *lo que fue la Reforma Universitaria?*

Fue –es– el movimiento de juventud más rico y germinativo de América latina, desde su emancipación política. Entronca con ella. Sin duda, como se ha dicho tantas veces para filiarlo, tuvo en sus comienzos un contorno pequeño-burgués. ¿Y qué? Lo importante es que ha sido una cosa fluente y viva. Hay grandes ríos que comienzan en un ojo de agua.

La Reforma comenzó siendo una discusión en torno a la penuria docente de unos cuantos maestros pintoescos, pedantes y dogmáticos, que cobraban remontada expresión en la Universidad colonial de Córdoba. En la Universidad de 1918 atizaba el fuego un fraile. En la de 1936, la *Sección Especial* de la Policía de Buenos Aires, la "okrana" argentina.

El estudiante de 1919 se ha tornado para el Estado en problema de policía. No interviene para solucionarlo el Ministro de Instrucción Pública, sino el de *Interior*. Es ya, para quienes orientan la instrucción, ante todo, *problema de policía*, y de *policía especial*. En la "cuestión" universitaria hay un elemento nuevo: la Ley de Residencia 4.144. Y otro más: la finanza internacional. Jueces, policías y banqueros señorean la Universidad Plutócrata de 1936, cuya penuria sigue siendo la misma de 1918. Acaso ahora más "tóxica" que antes.

2) ... *lo que alcanzó, o no pudo ser?*

La Reforma fue todo lo que pudo ser. No pudo ser más de lo que fue, en drama y actores. ¡Dio de sí, todo! Dio pronto con sus límites infranqueables. Y realizó un magnífico descubrimiento. Esto solo

la salvaría: al descubrir la raíz de su vaciedad y de su infecundidad notoria, dio con este hallazgo: "Reforma Universitaria" es lo mismo que "reforma social".

Sin reforma social no puede haber Reforma Universitaria. En la memorable lucha, la Universidad fue para la juventud una especie de microcosmos social. Descubrió el problema social. Y ligado a su dramático destino. Bien pronto advirtió que Estado, Sociedad, Universidad, se alimentaban de la misma amarga raíz. Y los mismos comandos. Las mismas manos manejando los mismos compases. Lo que empezó como defensa contra la toxicidad de los malos maestros y afán oscuro y torpe de "reformular" el "sistema educacional" que los "hacía posibles", se convirtió al cabo en proceso al sistema social, que es de donde arranca la dogmática, la regresión y la penuria de la Universidad de entonces, y –más visiblemente aún–, de la de ahora.

Ese sentido tienen las vicisitudes del movimiento reformista, que ha dado sus límites y los ha rebasado, también. Los guardias de asalto del capitalismo y los cuadros del Ejército custodian la Universidad donde la ciencia se empobrece y la pobreza espiritual cobra rango.

Pero la juventud va adquiriendo –merced a este movimiento fluente y vivo– mayor conciencia de su destino, y escoge mejor los medios de realizarse. Aquel movimiento pequeño-burgués y romántico de 1918 es hoy un movimiento social caudaloso y profundo. Está ganando el mundo juvenil, pues hoy la juventud comprende bien que no puede haber reforma educacional "a fondo" sino con reforma social también de fondo.

3) ... *lo que es?*

Fue un camino provinciano que "iba" a dar un maestro. Buscando un maestro ilusorio se dio con un mundo. Eso "es" la Reforma: enlace vital de lo universitario con lo político, camino y peripecia dramática de la juventud continental, que conducen a un nuevo orden social. Antes que nosotros lo adivinaron ya en 1918 nuestros adversarios. El "puro" universitario –se dan todavía algunos, mediocres y canijos– es una cosa monstruosa. Todo esto es más visible en nuestras universidades organizadas no en torno de los más aptos sino de los más "próximos".

## 4) ...lo que será?

¿...?

## 5) ...semejanzas y diferencias entre el estudiante de 1918 y el de 1936?

En 1918: pequeña burguesía liberal, encendida de anticlericalismo; vagos entusiasmos, americanismo confuso, mucha fiebre. Cercando el horizonte a manera de "decoración", la Revolución y la Guerra... Adivinaciones, rumbo...

1936: el anticlerical es antiimperialista. Ha ganado en lucidez. El clerical, "defensor" de la Universidad del 18, es ahora fascista. Y muchos "liberales", también. Mucho reformismo del 18 es fascismo del 36. La pequeña burguesía ha acabado por poner su "cordón sanitario" frente a la "continuidad" de la Reforma.

En 1918 el anticlericalismo daba una fácil apariencia revolucionaria. Incluso, "vestía" bien. Ahora (probablemente también entonces), la "postura" anticlerical ya no convence... ¡ni al clero! Los jóvenes del 18 eran más ruidosos y tenían más aliados. Tenían también –acaso por eso mismo– capacidad de entusiasmo y más combatividad. Ahora son menos, pero más lúcidos. Entonces adivinaban. Ahora saben.

## 6) ...semejanzas y diferencias entre el profesor de 1918 y el de 1936?

Es el mismo fósil. Sólo que ahora es más joven. Y sabiendo más, le es más inútil todo lo que sabe.

\* \* \*

El "Cierre de la encuesta", también debido a Deodoro, decía así:

DICTADURA + BUROCRACIA = UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA

En esta página final de la encuesta, cuya efectiva importancia la torna en documento vivo para la actual generación reformista [1936], no podía faltar una reverencia, también documental, a un instante que fue decisivo en la "vida y andanzas" de la Reforma: la del avasallamiento de la Universidad por la dictadura.

Era en 1931, 19 de julio. Uriburu dictador. Ibarguren: panegirista del tirano Rosas, su último biógrafo. Panegirista de tiranos y servidor de dictadores. Procónsul de Uriburu en Córdoba. A cargo, transitoriamente, del gobierno insular, Torino: sobrino del tirano y ex reformista del 18.

En el mensaje del 6 de septiembre se anunciaba que la revolución, entre otras cosas, venía a reestablecer el "orden" en las universidades. El "desorden" era, desde luego, la "participación de los estudiantes" en el manejo de la Universidad; el contralor, mejor dicho, de los estudiantes: única garantía, mientras existió, de decencia y dignificación de la vida universitaria. Cuando ese contralor desapareció, volvieron las camarillas, los "chanchullos", la entrega de la Universidad, con mengua de la cultura y su progreso, al aprovechamiento de los inmorales y al usufructo de los paniaguados e incapaces.

La dictadura de Uriburu fue servida por el ideario de las gentes desalojadas de la Universidad por la práctica honrada y leal del estatuto reformista. Fueron esos elementos, sus ministros y asesores áulicos. Lo primero que hicieron fue arrasar, *manu militari*, con todo lo bueno que la Reforma había creado y estaba en camino de afirmar, para bien de la Universidad. En la de Buenos Aires la contraofensiva se hizo con métodos de fuerza gubernamental. Ofensiva victoriosa de los estatutos "Nazar" y "Castex". Hacia el 31, la Universidad de Córdoba, a pesar del estatuto "Sagarna" –otro plan reaccionario–, había logrado que el espíritu inicial de la Reforma se afirmara y que los estudiantes hicieran triunfar un rector reformista: el ingeniero José Benjamín Barros. La voluntad de este rectorado no se plegaba a los planes del dictador. Inaudito. Era Ministro de Instrucción Pública el candidato a rector derrotado antes por los reformistas. En la Universidad se estudiaba, se trabajaba, se salía penosamente de la confusión en que la había sumido la orgía contrarreformista. Hasta que un buen día –el 19 de julio de 1931–, la fuerza policial del dictador, del historiador procónsul y de sus adyacentes, invadió "porque sí" la Universidad.

Ajuste de relojes. El ministro Rothe –de oscura memoria para la cultura argentina–, encaramado a la "torre" mayor, ponía en la Universidad de Córdoba la hora "fuera del tiempo" de septiembre. El rector Barros renunció ese mismo día, en un documento memorable y sereno. No podía responder con Fuerza a La Fuerza. Respondió con palabras ejemplares que no hallaron eco, por

cierto, entre la recua docente amedrentada. Todos "tragaron la pildora". Nadie más renunció. Sólo años después hubo síntomas de reacción. Fue otra vez decapitada.

La Universidad de Córdoba, sin el contralor de los estudiantes -abandonada incluso por los mismos estudiantes-, ha vuelto a ser lo que era antes: *burocracia*. Instituto secular del Acomodo. Presupuesto, parientes, parientes, muchos parientes... Panaguardados. Tartamudos dictando cátedra de declamación.

Enseñando, para cobrar sueldo, precisamente todos los que necesitan aprender. Profusión de fundaciones hueras. Institutos. Institutos para todo: institutos de Derecho Civil, de Filosofía, de Ciencias Mercantiles y Económicas, de Aeronáutica, etc., etc. Salvo el de Tisiología que fundara un joven y ya ilustre profesor, todos los demás son o la pompa verbal y retórica que disimula un viejo complejo de inferioridad, o el pretexto decoroso para repartir empleos entre parientes sin saber y sin clientela. La enseñanza se ha mediatizado de tal suerte que el profesorado, en el mejor de los casos, sólo produce "apuntes"; o sea saber "congelado". Son gentes que no producen: "Reproducen". Y reproducen mal. Y por eso conservan un aire de arisca e irresponsable clandestinidad. Los pocos que en vez de "reproducir", producen, no alcanzan a salvar a los otros, ni a cambiar el clima letal del Instituto Universitario. Así nadie produce. Todos reproducen. Y lo que es más grave, se *reproducen*. La Universidad de Córdoba -muchas se le están pareciendo- es en suma el caldo de cultivo donde prolifera una burocracia astuta, tenaz, que sabe desplazarse con una singular rapidez. Es la característica del burócrata cordobés, variedad ya famosa en la Argentina, que halla en la Universidad, en sus adyacencias y subyacencias, su mejor caldo de cultivo.

[En *Flecha*, 14, 15 de junio de 1936. Lamentablemente no hemos podido consultar el original de *Flecha*. Según la compilación de Gabriel Del Mazo, *La Reforma Universitaria*, ob. cit., tomo III, pp. 528-562, que reproduce ese número de *Flecha*, la encuesta fue preparada por el propio Roca, que dirigía esa publicación, y respondieron Julio V. González, Enrique Puccio, Saúl Taborda, Juan Filloy, Carlos Brandán Caraffa, Juan Zanetti, Horacio Miravet, Antonio Navarro, José Mantorelli, José Benjamín Barros, Deodoro Roca, Jorge Orgaz, Dardo Cúneo, Paulino González Alberdi, Alberto May Zubiría, Vicente Mocciaro, Ismael Bordabehere, Sergio Bagú, Raúl A. Orgaz, Marcos Meerof, Enrique Barros, Adelmo Montenegro, Tomás Bordones, Emilio Baquero Lazcano, José López González, Enrique N. Portugal, Sergio Mayor y Mario Carlisky. En el número, íntegramente dedicado a la Reforma, colaboraron asimismo Juan Lazarte, Hector P. Agosti, Santiago

Montserrat y Francisco Deffis. Se reprodujo también el ensayo de Deodoro "El drama social de la Universidad". Por la correspondencia inédita con Ernesto Giudici también sabemos que Deodoro recurrió a él como su "corresponsal" en Buenos Aires, en búsqueda de contactos. Reproducimos esta encuesta de la compilación de Horacio Sanguinetti, *Ciencias, maestros y universidades*, ob. cit., pp. 61-65. También se encuentra en la segunda compilación de Gregorio Bermann, *El drama social...*, ob. cit., pp. 85-92.]

## EL DRAMA SOCIAL DE LA UNIVERSIDAD

Fue la Universidad, acaso, lo más alto que Europa dio durante el siglo XIX. Por ello, más que todo, fue respetada en el mundo. Universidad representaba allí, universalización, en una totalidad, de la técnica, de la investigación, de la enseñanza, del espíritu. Los grandes hombres, con su ejemplaridad y sus teorías habían dado a las universidades la más alta atmósfera y la profunda tonalidad espiritual. Una burguesía rica, optimista, educada en tradición —limpia tradición, no en turbia y falsa como la nuestra— sostenía todo el sistema. El tipo moral del hombre burgués dio a las escuelas los valores morales que les caracterizaban: técnica, ciencia, enseñanza de Estado. Y como cima de todo —flor y también fruto— se movía el ideal humanitario que Humboldt bien definiera: el ideal de la personalidad, realizándose en el plano de una educación estético-humanística. El Estado-Fuerza era también Estado-Idea. Su concepción del hombre y del universo era entregada a las universidades para su propaganda y realización.

Pero, mientras el Estado, a lo largo del siglo XIX, va despojándose, poco a poco, de su carácter cosmopolita y humanista y se desarrollan los gérmenes nacionales, la Universidad sigue dictando normas y realizando totalidad. Su fundamento apenas varía. El glorioso sistema parecía dotado de vida perenne.

Pero, he aquí que al avanzar la segunda mitad del siglo, aparecen en el escenario de Europa dos hombres, obstinados y terribles negadores, provenientes de las más diversas concepciones filosóficas y diferentes por sus ideales morales. Y niegan los valores culturales y humanos de la Universidad y del Estado. Ambos se apartan de los ideales normativos: Marx, social; Nietzsche, en nombre de una cultura que tenía que convertirse en sangre y en gesto. Siguiendo a este último, una minoría comenzó a afirmar que había en el mundo algo más que lo nacional. Y los teóricos procedentes de Marx miraron como definitivamente

exhaustos los ideales culturales de una burguesía que había ya perdido —como clase— toda significación histórica. Se empezó a hablar del hombre integral, del individualismo de la cultura, de soledad creadora. En este punto preciso, llegó la guerra. Y luego de la “crisis” de la postguerra, que en un sentido moral no fue crisis, sino otro momento histórico al que ha seguido un cambio fundamental en la conciencia de la época. Después, la Técnica. Y con ella el olvido de los ideales de la personalidad. El individuo se ha disuelto en función. Ser es ser objetivo. Ser es ser en relación a unas cosas. Valer significa tener cosas y poder después convertirlas en dinero. Y esto, por último, significa un poder, o posibilidad de vivir. Y éste es el problema que señala la división de dos épocas.

La “posibilidad” de vivir se ha convertido para el hombre de esta época en problema central. La seguridad económica se ha problematizado con caracteres dramáticos. Y universales. Porque la burguesía se ha aniquilado como función económica y nutricia.

Este fenómeno se lo advierte en la Universidad con máxima claridad. El estudiante medio que a ella concurre llega, en cierto modo, proletarizado. La inestabilidad de la clase a que pertenece y la inseguridad de la vida son, a la vez, impulso y contención. Y ocasión para su desborde. De esas fuerzas y de su dramatismo ha recibido Hitler el poder dictatorial.

La técnica y su conciencia social —junto a la proletarianización— han disuelto los antiguos ideales de la Universidad. Constituye aún el “primer” principio de la clásica institución ese maridaje de investigación y enseñanza. Pero se ha transformado en investigación y enseñanza de “técnica”, de “cosas”. Prácticamente la Universidad ha dejado de ser la formadora de hombres, la engendradora de grandes ideales. Se resigna a ser la gran expedidora de títulos y renuncia a la gran ambición que hiciera su pasada grandeza. La Universidad tiene las mismas grietas que el Estado. Dentro de ella una minoría heroica —gloriosa supervivencia, sin duda— se afana y lucha por salvar siquiera su antiguo decoro. ¿Se salvará? No lo creemos. Por lo menos dentro de la actual vigencia social, áspera y declinante. Todo depende, no obstante, del rumbo que tome el Estado, del cual es casi su sombra. Así y todo, no se olvide que el hombre está elaborando una “nueva cultura”.

Pero si aquellos elementos actúan en la “gran crisis universitaria” de estos días, aplicándonos a observar el fenómeno univer-

sitario argentino tenemos que hacer un gran esfuerzo de acomodación a nuestra gran penuria.

Esto no es "una cosa nueva".

La Universidad, salvando lo que haya de salvarse, ha sido aquí una cosa de aproximación, un remedo, una imitación, en algunos aspectos deliciosamente cómica. Pero, en su totalidad, penosa.

Un grupo de jóvenes sintió en el 18, a lo vivo, el descontento de esa triste bufonada que era la Universidad, pretenciosa y estéril. Y de ese descontento nace la Reforma.

Hay que recordar en esta ocasión, con claridad, sus orígenes. Se olvida, con harta frecuencia, que la exigencia inicial –¡maestros!– sigue justificando, frente a la realidad, la primera posición reformista. ¡La misma penuria, la misma falsificación!

¿La Reforma es la culpable del actual estado de cosas? ¡No! Ella ha servido sólo para desencadenar un movimiento de defensa más vasto. Este aparato defensivo ha salvado no a la Universidad, sino a "esa" Universidad. Al árbol hay que juzgarlo por sus frutos. Salvando lo que haya de salvarse, la Universidad Argentina sólo produce "apuntes". Es su gran producción científica. ¡Apuntes!... Todavía sus profesores siguen apeteciendo cátedras, no por la enseñanza, sino por la "clientela". Las universidades, ciertamente, no son aquí refugio del pensamiento vital.

La Reforma expresó, desde el comienzo de modo sin duda oscuro, un disconformismo radical y total. Como diría gustosamente Ortega, su programa era "un repertorio vital". Se ciñó a un problema de maestros. Alguno dijo que la "Reforma" era un camino que iba a dar a un maestro. ¡Dramática y dolorosa peregrinación en busca de un maestro! Eso fue, inicialmente, la Reforma Universitaria.

Se ha tornado después, por virtud de la misma ambición, en programa de Reforma educacional total. Y luego, de profundo cambio social.

Confluencia fecunda de un alma de maestro y de un alma de alumno, esa ausencia de que padecía y sigue padeciendo la Universidad argentina. Y americana.

Nada más extraño a esa aventura que la presencia, por una parte de un dómine, y por la otra, de un alma servil. Esta relación repugnante era característica de la Universidad anterior al 18. Contra ella se levantó una generación defraudada.

Disciplina viene de "aprender". Pero enseñando se aprende, y aprendiendo "se enseña". Sólo así era posible enseñar en término

socrático. ¡Para establecer ese tipo fecundo de relación entre maestros y discípulos –vano empeño en un tórrido mundo de simios– se acusó la rebeldía reformista!

¿Puede hablarse al cabo de 18 años de que el movimiento ha fracasado? Por lo menos parece haber caído en un *impasse* prolongado. Pero no ha sido estéril. No habrá logrado, de momento, un objetivo concreto o formal, pero el movimiento ha servido para señalar con diamantina claridad el proceso de un mal, cuyas raíces entroncan en lo social. Y ha adiestrado generaciones maduras ya para hacer y regir.

Aparte del espectáculo grotesco que ofrece la Universidad, merced a su penuria y falsificación, hoy se sabe que no habrá verdaderamente Reforma mientras no se reforme profundamente la estructura del Estado. ¡Y esto es lo más importante! En el 18 era un "sentimiento"; acaso un atisbo. En el 36 es un estado clarísimo de conciencia y una voluntad inequívoca.

Lo social, sí. Pero, el hombre también. No todo ha de resolverse en el simplismo –dramático, sin duda– de lo político. Se denuncia, ahí, flagrante, la "crisis de una cultura". El problema político se torna inseparable del "problema de la cultura". He aquí una zona desatendida en el paisaje de la Reforma. No verla con anticipada claridad sería, a esta altura, un mal síntoma.

[*Flecha* 14, 15 de junio de 1936. Lo tomamos de la compilación de Gregorio Bermann, *El drama social de la Universidad*, ob. cit., pp. 57-62.]

CULTURA Y FILOSOFÍA

Cultura y filosofía

Universidad Nacional de Córdoba  
Facultad de Derecho y Ciencias Sociales

PROGRAMA DE FILOSOFÍA GENERAL

Dr. Deodoro Roca  
Profesor Titular

LA FILOSOFÍA MODERNA

- I. Los problemas de la filosofía.
- II. Antecedentes. La filosofía griega. El Renacimiento.
- III. El desarrollo general de la filosofía moderna (siglos XVII y XVIII).
- IV. El criticismo. Kant.
- V. La época romántica de la filosofía.

LAS ESCUELAS POSITIVAS

- VI. Antecedentes.
- VII. Comte.
- VIII. El retorno a Kant.
- IX. El materialismo histórico.
- X. El principio de la evolución de la filosofía del siglo XIX.
- XI. Spencer.

NUEVAS ORIENTACIONES

- XII. El predominio de la psicología - Wundt.
- XIII. Nietzsche.
- XIV. El pragmatismo. James.
- XV. La filosofía naturalista. La energética.
- XVI. El neocriticismo francés.

## LA ACTUALIDAD

- XVII. Tendencias religiosas, místicas y metafísicas.
- XVIII. La escuela de Marburgo.
- XIX. La teoría de los valores.
- XX. Bergson – Croce.

[Lo tomamos de la edición oficial de la Universidad Nacional de Córdoba. Fue impreso en Córdoba, Imprenta Félix Marzano, en 1920.]

## IMPULSO Y CONTENCIÓN

“El hombre”, ha dicho Nietzsche, “prefiere siempre la embriaguez a la nutrición”. Opta por la felicidad plena antes que por la justicia. El hombre quiere, ante todo, ser feliz. Pero ese afán primordial parece, a veces, vergonzoso y se lo enmascara, entonces, públicamente. Se confiesa, a lo más, el deseo de una sociedad justa y equitativa en el reparto de bienes y derechos. Pero, en definitiva, se opta siempre por la felicidad. El dramatismo de la Historia nos ofrece el espectáculo de una contradicción tenaz, que alumbra en lo profundamente vital del hombre: la de la felicidad y la cultura. Con cierta periodicidad el hombre se siente oprimido por la cultura que él mismo ha creado. Transcurre incómodo, molesto, entre las ideas e invenciones que ha producido. Este sentimiento de aparición frecuente en la historia se agudiza en ciertas épocas. La nuestra es una de ellas. El hombre de estos días se hace la misma pregunta de Rousseau: “¿Hace la cultura mejores y más justos a los hombres?”. Con cierta regularidad el hombre se ha preguntado siempre si la mayor cultura le proporciona más dicha. Y casi siempre el margen de insatisfacción del hombre le ha dictado una respuesta negativa. ¿Por qué?

Hemos de abandonar toda hipocresía y afrontar denodadamente la cuestión. La cultura –sobre todo la que da sentido a nuestro tiempo– se ha olvidado de la felicidad a la que ha dejado en último término. Pero de este impulso humano a ser feliz –apartado a extramuros– ha recibido la cultura, y tiene aún que recibir los ataques y objeciones más formidables. Han de venir de ahí las crisis más agudas. Ha habido momentos de esas objeciones en que ha peligrado –y aun perecido– toda una cultura. Por ahora, examínese, simplemente, las múltiples formas de abstención del individuo medio a participar en la obra histórica, sus intentos por evadirse del mundo cultural que lo rodea. Late en todo ello el afán de la felicidad plena, que reacciona, se defiende, se subleva contra la cultura hecha y consolidada, contra las limitaciones excesivas

de la sociedad y la ley. El hombre social vuelve a sentirse incómodo, desdichado, en medio de una civilización sin igual. ¿Por qué, si casi posee la omnipotencia?

La vuelta a la naturaleza, el culto al deporte, la inmersión en el placer inmediato y momentáneo, la sinceridad cínica, la violencia anárquica, la locura incluso, y tantas otras expresiones de la heterodoxia contemporánea definen la pugna exasperada entre el mundo de la cultura y el afán de felicidad, característico de nuestra época. Todas las herejías anticulturales proceden de esa fuente. O de esa herida.

Hay que examinarlas profundamente. Y hay que tener en cuenta, con todo, que el heterodoxo representa siempre anhelos humanos que –diría Freud– han quedado reprimidos o eliminados de la normalidad. Por eso es que, a veces, toman formas monstruosas, patológicas. Ahora bien; si la cultura quiere perdurar ilesa o, al menos, evitar agresiones que exijan una defensa continua, ha de encararse con el problema en toda su verdad, conceder su parte de razón a esos impulsos e incluirlos en su mismo ámbito, en vez de pretender aniquilarlos o expulsarlos, en vano, por la violencia. Por pretenderlo, la civilización –en este formidable conflicto– parece a ratos, a punto de zozobrar.

¿En qué medida han de incluirse esos impulsos? ¿En qué dirección han de aprovecharse? Éste es problema que encararemos en otras notas.

[Lo reproducimos de *El País*, 21 de diciembre de 1930, p. 6. También puede encontrarse en la segunda compilación de Gregorio Bermann, *El drama social de la Universidad*, ob. cit., pp. 63-65.]

## NIETZSCHE EN ITALIA

“Gustoso” libro éste de Guy de Pourtalés. Comento de aquel deslumbrado viaje a Italia del joven Nietzsche hacia el otoño de 1876. Un tren en marcha hacia Génova. Encuentro de la rubia Isabel von der Phalen con el joven profesor de aire enfermizo, en uso de licencia, que ha escrito algunas “consideraciones inactuales” –poco conocidas– y ha despertado cierta curiosidad con un ensayo –menos importante, pero más conocido– *El origen de la tragedia*. El joven viajero se avergüenza de pasar por hombre de letras y oculta su condición. En el estrecho vagón, Isabel y el profesor, hablan... hablan toda la noche. Bajo la luz mortecina se encienden fuegos extraños. A ratos callan, en silencios estremecidos. Él habla y calla como nadie en Alemania podrá hablar y callar. Ella “quedará para siempre deslumbrada”. En el viajero enfermizo, solitario e incógnito, al fulgor de una charla improvisada, había descubierto al genio. Así, prendido a los ojos de una mujer, acribillando la turbia noche del vagón con puñados de ideas incandescentes llega al sur Federico Nietzsche. Y atraviesa la frontera de Italia sin que los aduaneros se den cuenta de que se introduce por ella el hombre más peligroso de Europa. No reparan en el optimismo cósmico de ese hombre enfermizo –ignorado, explosivo– y al abrir su inofensiva maleta tampoco reparan en los nerviosos manuscritos de *Zaratustra*: el larvado pensamiento filosófico contemporáneo, los gérmenes de toda rebeldía actual. Y acaso él mismo lo ignora, entonces. Bajo la llama del sur meridional, crecerán, se multiplicarán e inmortalizarán. El norte ha sido para él “una larga libresca”. El sur hará de Nietzsche una perenne escuela de pensamiento libre.

“Los manuscritos que lleva encerrados en su maleta”, dice Guy de Pourtalés, “son una dinamita capaz de hacer saltar la tierra”. Sí. Hacerla saltar de alegría. Porque, ante todos, este viajero nunca abandonado por “su sombra” lleva la muerte consigo. Es

decir: lleva consigo la profunda alegría de haber hallado al vivir un sentido: el optimismo. Perpetuo moribundo, proclama la alegría a la vida. Los felices, los afortunados, son quienes más piensan en la muerte, los que más le temen. En cambio —dirá Nietzsche alguna vez— los enfermos, los miserables, no tienen derecho a ser pesimistas. Desde el fondo de su salud precaria él ha emergido trayendo el explosivo que ha de hacer añicos el viejo miedo a la muerte. Y también esa dosis de suave melancolía que acomete al hombre de hoy: la de no poder vivir lo bastante para conocer las maravillas del pensamiento y del mundo.

El sol meridional ha prendido en su alma. El norte hizo de él un filólogo y un filósofo. El sur hará de él un poeta. La chispa de ese sol ha desencadenado el gran espectáculo. Desde entonces, dramáticamente, Zarathustra tomará posesión de la inteligencia contemporánea. Aparecerá un nuevo sentido de la vida. Antes que animal sabio, o animal religioso, el hombre es un animal que vive. Y Nietzsche es, ante todo, un hombre que se siente vivir al borde del no vivir. La muerte es su atalaya. Domina desde ahí, con amplitud, todo el paisaje vital. Avizora en lo más menudo y olvidado. Y tiembla de júbilo cada mañana en la que aún se siente vivir. Y vivir, para Nietzsche —pobre, ignorado, enfermo, amenazado de ceguera, de locura— no pudo ser ya otra cosa que extender por el mundo su magnífico tesoro mental. Nadie vio como él desde las riberas del no vivir, desde su exaltada "agonía", con claridad más nueva y profunda, la riqueza vital del mundo. Construir sólidamente ante todo. Porque "construir es afirmar que se vive fuertemente".

Exaltado y fecundo viaje es éste, por las deslumbradoras tierras del sur. Los jugos vitales de la poesía han entrado en la sangre libresca del viajero que pasa con su sombra y se aclaran en los ojos reidores y profundos de Zarathustra. ¡Alegría! ¡Alegría! El Universo rinde también su orden y su secreto musical. En este viaje memorable, Sánchez Rivero nos lo presenta apoyado en el pretil del puente de Rialto: "El raso de la superficie se desgarró bajo la cuchilla de los vaporcitos, y en las riberas se apagó el chapoteo de un incipiente oleaje... La melodía veneciana pone en vibración el alma de Nietzsche, fino instrumento eólico. Un soplo misterioso llega de repente y arranca a sus cuerdas resonancias insólitas... el escenario de Rialto se transforma mágicamente en un templo...". "Y en este templo", escribe Nietzsche, "mi alma, acorde de arpa, se cantaba, invisiblemente conmovida, un canto

de gondolero, en silencio, estremecida por confusa felicidad. ¿La oía allí?".

Más tarde, cuando el filósofo, ya loco, era llevado a Alemania, en su último viaje, le oyeron cantar desgarradoramente la canción de Rialto.

[Lo tomamos de la compilación de Santiago Monserrat, *Las obras y los días*, ob. cit., pp. 98-100. Fue publicado en 1930.]

## LA META DEL SUPERHOMBRE

La gran filosofía de nuestro tiempo está penetrada de esencias nietzscheanas. Brotada, silenciosamente, de sus gérmenes. Pero, aquel gran solitario, un día abandonado del mundo –al que unos pocos amigos lejanos atendían–, el que vino a formular una nueva valorización del hombre y de la vida ¿no sigue aún solitario?

Sus deseos se han cumplido. No se agrupan sus amigos, porque no deben agruparse. Sus adversarios sí, el rencor es en ellos secreción de la glándula gregaria. Los primeros toman el aire en las colinas del pensamiento. Los segundos van con los ojos hundidos en los tremedales de la amarga impotencia. Devorados por el “presentimiento” que envenena las fuentes calladas del pensamiento contemporáneo. Del lado de Nietzsche se alistan los que “son”. Nietzsche es para el mundo de los que aspiran al sosiego ordenado y a la “felicidad perpetua”, como ese negro toro que de repente asoma en los paisajes bucólicos, donde se merienda y se ríe según las normas. Es de los que derriban ese tinglado ético que coloca en una dicha presente –o futura– todo el sentido de la vida. Este concepto de la existencia humana no puede decidir su valorización, estructurar la jerarquía. No puede ser valorado, con mira hacia un eterno epílogo feliz, incontrolable. Sería explicar una vida por lo que la destruye. Sería como afirmarla en su negación.

Para el solitario de Sils María, ni la felicidad –ni siquiera la virtud– puede proporcionar una escala de valoración verdadera. Para ello sirve únicamente la propia “grandeza interior”. No lo que se posee sino lo que se es. La vida de una sociedad alcanzará su legítima cumbre cuando en ella sea posible que se produzca un elevado número de individuos patentemente grandes. Y es magnífico el ímpetu con que Nietzsche sale al encuentro de esas “almas de todo” como llama a los “niveladores”, a los que consideran a los hombres como de una misma talla: todos grandes o todos peque-

ños, pero “todos iguales”. Y a quienes acomete con más vigor es a los que rebajan lo superior al nivel que les acomoda y sitúan el resto del mundo escalonado bajo ese arbitrario nivel que es el suyo. Fue a éstos a quienes puso esta inmortal papeleta: “filisteos de la cultura”. Y rechaza también a los hombres de sociedad –irremediablemente mediocres–, a los ruines, a los bufones, a los desesperanzados... a los capaces de reacción, nunca de acción... y los contrapone al individuo de máxima pujanza, de intensidad plena y rica, de “grandeza interior”. Si todos los hombres son otras tantas voluntades de afirmación y dominio –aun comenzando por los que afirman su misma esclavitud– el valor supremo vital radicará en aquellos cuya voluntad de poder sea más fuerte. Por eso el “superhombre” es para Nietzsche la corona del mundo.

Pero ¡cómo se falseó su concepto de superhombre! No faltaron quienes –los más ruines– sólo vieran en esta afirmación de la grandeza básica un trivial fenómeno de soberbia. ¡Como si la humildad de los que así pensaron no fuera de raíz putrefacta! Es que esta grandeza comienza por nutrirse de alta disciplina, de dolorosa eliminación de toda facilidad, de toda pendiente hacia lo blando, hacia lo injusto. Grande es el hombre fuertemente encadenado por su propia libertad, el apto para regirse y regir a los otros, aquel que cada día –vidente– sorprende en sí mismo, no una media ganada, sino una proclividad a resistir, un signo nuevo a descifrar. La grandeza del hombre se mide por su sabiduría en valorarse como se valora un ente ajeno. Ha de estimarse con la misma frialdad con que se estima un ser aparte, de espaldas a todo elogio, o censura exterior. Ha de medirse también por su capacidad de ayudar a los otros. Y no por lástima o por goce, sino por superabundancia de energías. Y ha de saber tratar a los débiles como débiles. Y a los iguales en vigor con la misma rigidez y dureza que a sí mismo. En suma: esta grandeza se mide por las responsabilidades que arrastra... Por eso no es posible creer en la grandeza de un hombre a quien sus opiniones y sus actos no lo sitúan frente al supremo riesgo vital. ¿Es esto soberbia? No. Es atan de exaltar al hombre, de hacerle dar el máximo de rendimiento espiritual. Y de despojarlo de toda farsa. Es dejarlo solo y desnudo ante su propio –inapelable– tribunal.

## DE GOETHE A FREUD

El más egregio premio anual de literatura en Alemania es el premio "Goethe". El último fue concedido no a un literato sino a un médico. El caso de Freud, conquistando con sus libros de psicología médica al premio "Goethe", hará meditar a los literatos inexpertos que creen en los cotos cerrados y cándidos de la literatura. La decisión de los jueces alemanes les parecerá extraña. Igual extrañeza habría acontecido, por ejemplo, a los escritores del "naturalismo", si la Academia Francesa hubiera dado el premio de literatura no a Emilio Zola sino a Claudio Bernard. Es que el caso tiene alguna semejanza. Toda una literatura se ha nutrido y se nutre en los libros prismáticos del genial psicopatólogo vienés. Entre el arte y la ciencia –sobre todo en la particular "manera" de ciencia de algunos hombres– hay fronteras de muy difícil determinación. Ciertamente es que la maravillosa personalidad de Goethe es tan varia que un premio puesto bajo su advocación puede favorecer a los más diversos ingenios. Y el "doc Fausto" bien podía tener simpatías por el doctor Freud. Y si no el inmortal compañero de Mefistóteles, alguno de sus discípulos, al menos pudo ser un apasionado cultor del psicoanálisis. Recordemos los impulsos y las aventuras del glorioso rejuvenecido. A poco sentiremos que de lo profundo asciende un vaho freudiano. Los hilos de esos sueños... los eléctricos caminos de lo subconsciente... el plan del sueño como deliberación; los "trucos" para llegar hasta el fondo de la verdadera naturaleza humana. Pero convendría deducir del conjunto de la obra goethiana la verdadera y posible actitud de Goethe frente a Freud. Imaginemos que Wilhelm Meister hubiera encontrado en sus años de aprendizaje un doctor tan endiablado como Freud. Cuánta leña para la hoguera de sus pasiones, cuánta justificación para el absurdo, cuánta, cuánta seguridad en el abandono a las corrientes calladas del inconsciente. Es posible que Goethe –el hombre de la prodigiosa razón– se

hubiera cuidado bien de condenar la tesis freudiana fundada en la fuerza de los impulsos inferiores. Pero era, al cabo, un espíritu del siglo XVIII. Reclamaba, ante todo, orden, método, claridad. Claridad, sobre todo. No le gustaba que le embarullasen los pensamientos. Tampoco, que le corrompieran las oraciones. Acaso este olímpico habría considerado irrespetuosa esta asociación de nombres. Pero el jurado berlinés acaso vea mejor y se haya dicho: "qué más da Goethe que Nobel". Lo cierto es que del dominio espiritual de las ciencias médicas se acata y se ensancha, y transpone claros límites. En Alemania el médico prima sobre el artista. En el mundo moderno –en este mundo después de la guerra– cada vez más cargado de sombras, cada vez más sumergido, la lámpara de Freud –prodigioso minero de lo inconsciente– de las pocas que alumbran los laberintos de las almas contemporáneas. La "luz" de Goethe, en rigor, iba hacia arriba: hacia arriba también las gentes de entonces, aquellos días escapados del siglo de las luces. Y "hacia abajo", hacia fondos abismales, van los hombres, los "hombres topos", los hombres de esta edad de lodo y hierro. Sólo puede reconocerlos y seguirlos el haz más apretado y cauto de una lámpara de minero.

[Lo tomamos del original mecanografiado (Archivo Cristina Roca). Fue publicado en *El País*, el 17 de mayo de 1931.]

## EL PSICÓLOGO DE LA NEUROSIS

En un estudio reciente —“La posición de Freud en el espíritu moderno”— destaca Thomas Mann, flamante promoción Nobel, cuánto deben al psicoanálisis la literatura y el arte moderno. La obra de Freud ha desbordado los cauces médicos y es ya una corriente mundial. El “psicólogo de la neurosis” está estrechamente ligado al nuevo romanticismo. Lo mismo que éste, al psicoanálisis dio sustancia a la revolución del “atrás”, la vuelta a la revelación de lo nocturno caótico, demoníaco; en fin, a lo que verdaderamente cuenta como decisivo en un vasto territorio del arte moderno.

Pero es singular que Freud haya hecho su camino “solo”, sin abreviar, como parece, en ciertas fuentes coincidentes de la gran literatura: Nietzsche, Novalis.

Pero acaso éste aisladamente dio cierto sabor nuevo al fruto de sus investigaciones. En el estado contemporáneo de la cultura Freud reconoce los típicos efectos de una *Verdrangunsnuose*. Nuestra aparente perfección —fragilísima— se parece al estado de un neurótico que tuviese agotado su deseo de curación y que se resignara a vivir arrastrado en el tumulto de sus síntomas. En este oscuro tumulto de la vida contemporánea Freud asoma con sus ojos luminosos y analíticos. La luz que trae se llama “conciencia de la oscuridad”. Los innumbrables y silenciosos demonios interiores se alumbran con la palabra abismal que los nombra. Los saludables frutos freudianos —alimento de un futuro mejor— se llaman: claridad, libertad, sinceridad.

[Lo tomamos del original mecanografiado (Archivo Cristina Roca). Fue escrito el domingo 15 de diciembre de 1929.]

## LOS ÚLTIMOS ROMÁNTICOS

Decía hace poco Julián Besteiro que los socialistas son los últimos románticos. Indudablemente, los gérmenes románticos que han de desarrollarse en el siglo XIX encuéntrase ya en Kant. En sus posteriores enlaces con Fichte y con Hegel. Y aun antes, en ciertos oscuros recodos del muy racionalista siglo XVIII. El romanticismo se señala por una afirmación del “impulso” individual, por la libre expansión de la conciencia humana, cuando rompe sus ligaduras con la Edad Media. Es por esto que la irrupción romántica en el campo social y político equivalió a la fermentación de la democracia. El romanticismo realizó un tipo de progreso intelectual y moral que hizo posible la afirmación de la democracia. Pronto se ven aparecer en la literatura ciertos temas que poco antes habían despreciado los escritores. Afirmase en ellos el hallazgo de un mundo nuevo. Schiller hace épico el tema de los “bandidos”; Víctor Hugo, el de los seres deformes; Espronceda, el de los piratas... Es una muestra formidable de ese tipo de explosión romántica que, si a veces no tiene medida, ha creado, en cambio, el romanticismo político de los Derechos del Hombre. Después Carlos Marx ha de apoyarse en Kant para construir su sistema. Pero no olvidemos por eso que el Romanticismo ha tenido extravíos. Ciertamente, hubo momentos en que llevaba en sí los gérmenes de la regresión, los síndromes de la indisciplina, la turbia doctrina de los poderes absolutos. Los que han estudiado a conciencia el “estúpido siglo XIX” lo saben muy bien.

Hay quien cree ver una contradicción entre el sentido generoso y libre —rasgo predominante— del movimiento romántico y las doctrinas socialistas, demasiado sistematizadas y dirigidas hacia la organización del hombre en un cuadro colectivista. Quienes lo afirman ignoran sin embargo que el socialismo ofrece un campo extensísimo a la iniciativa individual en beneficio de la justicia. Las conquistas parciales del socialismo —que algunos menospre-

cian- suscitan nuevos desarrollos, nuevos incentivos y problemas. La conquista de la Cultura es uno de ellos. Por la conquista de la Cultura se llegará al Estado Socialista. Y a la perfección espiritual de la masa. Pero nuevas cuestiones y aspectos vitales, no previstos en la ortodoxia, solicitan e imprimen rumbos diversos -y aun circunstanciales- a la acción del proletariado. Y está la variadísima cuestión de los medios. Las soluciones revolucionarias no pueden ser las únicas. Unas veces se necesitará la violencia. Otras veces, la obra lenta y sistemática. El socialismo es una corriente continua. Unas veces profunda y desmandada. Otras, tranquila y ordenada. Pero, la única fluente y viva. Es -y será cada vez más- la corriente central de nuestro tiempo. La única que va a desembocar en la historia. Los que andan por ella van tocados de un sagrado estremecimiento, el estremecimiento del tiempo nuevo, de auténtico sabor romántico. Saben que llegarán. Van poseídos por la confianza de su destino. Son los últimos románticos...

[Lo reproducimos del original mecanografiado (Archivo Cristina Roca). Fue publicado en *El País*, el 5 de abril de 1931]

## MARXISMO Y ANARQUISMO

*Las cuestiones fundamentales del marxismo* se titula el libro del famoso teórico ruso, Jorge Plejanov, que acaba de traducir una próspera biblioteca española. El original ruso fue publicado en 1908. Es inexplicable que durante más de veinte años haya permanecido desconocido para el público español. Es incomprensible que recién a los veinte años aparezca esta versión. Sobre la obra de Marx y Engels se han escrito millones de volúmenes. Al influjo de su doctrina se han movilizado millones de hombres, han caído imperios y han nacido otros. Y de todos cuantos han hablado de ellos acaso ninguno tan valioso como Jorge Plejanov. Nadie estudió más minuciosa y profundamente las teorías marxistas. Estudio crítico y comparativo aireado con las ideas políticas y filosóficas del momento histórico en que apareció.

Para Plejanov la teoría marxista reposa en la filosofía de Spinoza. O, más bien, en la filosofía de Spinoza después de haber pasado por Feuerbach. Es decir, en las filosofías materialistas. Ahí donde se deshace el punto de partida de la filosofía idealista que es el Yo, para ser el Yo y el Tú, Yo para mí, pero simultáneamente Tú para otro. Ser sujeto y objeto, al mismo tiempo. Feuerbach apunta los fundamentales errores de la teología spinoziana y procura salvarlos para fundamentar su humanismo. Marx y Engels adoptan, precisamente, este humanismo. Pero con la diferencia esencialísima de que mientras Feuerbach dice que nuestro Yo conoce al objeto "exponiéndose" a su acción, Marx cree que nuestro Yo conoce al objeto "actuando" sobre él. Cree que el hombre llega al pensamiento principalmente por las sensaciones que experimenta en el proceso de su acción sobre el mundo exterior. Es por esto que el materialismo de Marx y Engels deviene una doctrina más amplia que la de Feuerbach. Mientras ésta considera que hay que buscar en la esencia humana la explicación de las ideologías -y que esta "esencia humana" reside sólo en la

comunidad del hombre con el hombre— Marx señala las causas de esta comunidad en las relaciones que los hombres adquieren entre sí. O, lo que es igual: que la “esencia humana es el conjunto de todas las relaciones humanas”.

Sobre esto dice Marx: “En la reproducción social de su vida los hombres se encuentran ligados por ciertas relaciones indispensables, independientes de su voluntad: por relaciones de producción que corresponden a un grado determinado de la evolución de sus fuerzas productoras materiales. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, el fundamento real sobre el cual se eleva la superestructura jurídica y política”. Las relaciones jurídicas y políticas, engendradas por una estructura económica dada, ejercen una influencia decisiva sobre toda área psicológica del hombre. A la vez, la vida económica se desarrolla al incremento e influencia de las fuerzas productivas. Fuerzas que se transforman naturalmente. Y junto con ellas todo lo que sobre ellas se ha edificado. La transformación aparece según un ritmo más acelerado o más lento, conforme a la velocidad con que se opere el cambio de las fuerzas productoras. Las relaciones de propiedad que van estableciéndose en el grado que determina el desarrollo de las fuerzas productoras favorecen el crecimiento de estas fuerzas durante cierto tiempo. Pero después lo dificultan. Esto crea un sistema de acción y reacción recíprocas entre las fuerzas productoras y la economía social. Entonces es cuando aparece el sistema político y, si bien influye sobre el movimiento económico, es de advertir que antes fue creado por él.

Estas son las características de la teoría marxista que Plejanov estudia en este denso y, a la vez, discutido libro. Pero no para en ello. Partiendo de esas bases analiza también las doctrinas del anarquismo. Éstas han arrancado del mismo origen. Tienen una lejana y común ascendencia filosófica. Pero llegan a resultados diametralmente opuestos.

El padre genial es Max Stirner. Y éste se apoya, en efecto, en las afirmaciones de Feuerbach cuando extrae la consecuencia de que para el individuo sólo existe Él mismo. Y así afirma que es a Él a quien debe atender solamente. Esta zona se ilumina singularmente en la obra de Plejanov. Estudia, además de las teorías de Stirner, las del pequeño-burgués Proudhon. Y las del colectivista Bakunin, para quien el comunismo es la negación de la libertad. Desde el punto de vista más ortodoxamente marxista, revísa, en minu-

cosa crítica, el valor de esas doctrinas. Y estudia también la táctica y la moral anarquistas. Llega, en agudo análisis, a estas conclusiones rigurosamente actuales: en cuanto a la “táctica” peculiar del anarquista, que lo condena a alcanzar siempre —y en todas partes— precisamente, lo contrario de lo que se propone conseguir. Y en cuanto a la “moral” —también peculiar del anarquista— que se parece a todo, menos a una Moral. Plejanov termina afirmando que —por todo eso— el anarquista es, auténticamente, un hijo de la burguesía. Un hijo desnutrido y descarriado, de quien aquélla se desentiende o se avergüenza. No pocas veces resulta el hijo pródigo. Al proletariado —dueño verdadero de la situación— le bastará soplar para deshacerlo. Como en Rusia, o como en cualquier parte.

[Lo tomamos de *El País*, 19 de octubre de 1930]

## HITLER Y CHARLOT

### DOS CINCUENTENARIOS: ADOLFO Y CHARLOT

En estos días empavorecidos del mundo dos onomásticos estremecen la actualidad. Dos personajes cumbres –antagónicos y diversos– cumplen, en la frontera de estos días, cincuenta años: el “bello Adolfo” y el solitario “Charlot”.

Hitler y Chaplín. El mismo bigote cuadrangular en el marco de la cara triste. La misma ortopedia hirsuta y cuadrículada bajo el resoplido mecánico de ese César de cervecería.

Hitler: “Charlot” sin ternura. Chaplín: destilador de melancolías, limpio de toda amargura, emperador del bigotito cándido y de la risa florida.

Arte immaculado. Pirueta pura. Y por encima del juego y de la burla –por entre la acidez de la burla y la gracia del juego– en el más leve gesto, saltando por los hondos abismos del séptimo arte, la delgada esencia de la vida y la transparencia admirable del artificio...

El uno, en el juego de la vida. El otro, en la trampa de la muerte. El uno, haciendo luminoso y transparente el mundo, como la risa de los niños que le esperan por toda la tierra. El otro, cubriendo la tierra de pavor y de sombra al conjuro de viejos y terribles trucos: con esa lividez siniestra que cobra el color del mundo en el miedo absurdo de los niños. El terror de los niños da ahora el sentido de la angustia contemporánea, y el verdadero “sabor” de nuestra guerra.

Fábricas. Fábricas... Unos fabrican sueños, otros proyectiles. “Fábricas de sueños”, decía Ehrenburg... Y fábricas de municiones que matan los sueños.

Los pobladores de las fábricas de cañones celebran el onomástico del führer. Febriles, empaquetan la muerte para una prolija y vasta distribución. Los pobladores de las fábricas de sueños se vuelven en silencio fervido hacia su más grande creador. ¡Celebración distinta de los onomásticos entrelazados! Y mientras aquéllos

se disponen a celebrarlo hoy obsequiándolo con la refulgente ciudad de “Dantzig” en un “dancing” de muerte, Charlot se esfuma, como otro sueño, en el fondo de un “set”, iluminado por esa sonrisa de borde tierno que está clavada en todas las retinas de la tierra. Allá, una grave y autoritaria consigna de terror y obediencia hiela las palabras. Acá, una ráfaga de palabras, sonidos y silencios azota el rostro de las imágenes y las enciende. En estos iluminados silencios prende la milagrosa llama de Charlot y el apagado estruendo de su onomástico. El pensamiento de aquel Charlot sin ternura –payaso trágico, pelele sangriento– se sostiene en la idea de la guerra. Y del Charlot verdadero, alegría del mundo, el de los *Tiempos modernos*, en el odio a la guerra y en el odio a la injusticia social que frustra la alegría del hombre... Sus zapatones célebres clavetean los finos hilos de la trama profundamente humana enderezada hacia la suprema alegría que es la de la liberación de los hombres. “Antaño, todo hombre”, decía Charlot, hablando de sus creaciones, “podía realizar una obra, ya fuera algo material, una poesía o una carroza. El compañero que quería llegar a maestro debía realizar una obra maestra. El trabajo así producía alegría. Hoy en que cada obrero en la fábrica no realiza sino una ínfima manipulación, cuyo sentido, dentro del proceso total del trabajo, se le escapa las más de las veces, el trabajo carece de alma. No produce alegría. Sólo cuando reciba de nuevo un alma, sólo cuando el trabajador tenga de nuevo la impresión de crear él solo, algo, el mundo marchará de nuevo. Eso quería yo expresar en mis *Tiempos modernos*”.

Pero dejemos al otro, en su papel de Dios de la guerra. Un Dios olímpico que repentinamente se hubiera puesto a jugar al “tute” de la guerra con otros dioses menores.

Hablemos de Chaplín.

La actualidad política hace un estruendo ensordecedor y suele ser tan voraz que no deja pasar fenómeno alguno –incluso en la zona del arte, y en cualquier zona– sin devorarlo. En ciertas épocas la nuestra– es un monstruo insaciable. No perdona ni a la poesía lírica. Aun al descubrimiento de una tumba faraónica puede dársele sentido político. Cualquier objeto inofensivo puede convertirse en arma arrojada. Charlot fue también codicia del monstruo, y en olvido ciego de su auténtica profundidad. Y Charlot se escapó de sus fauces temblorosas. O sea que continuó al servicio de sí mismo y de su arte incomparable.

Lo que equivale al servicio de la humanidad dolorida y solitaria.

Hombre libre. Químicamente puro... Es decir: vagabundo perfecto, obediente a la ley que consiste en desconocer a todas. Tan perfecto que llega, a veces, a cumbres de poema. Charlot lo dijo alguna vez: "Lo que yo he querido hacer es un vagabundo poético". Y así lo hizo. Un vagabundo elevado a la máxima potencia lírica. ¡Lo consiguió tantas veces! Pero también hay en Charlot una vena ascética. Hasta los "tiempos modernos", los entronques sociales de su arte se reducen a tal punto que bien pudo verse en él un angelote perdido en la tierra. O un animalote con zapatones y bastón, errando en desacuerdo con la humanidad corriente. Podía ser el hombre en el desierto. Pobre viajero, sin camellos ni escoltas. Tentado, alguna vez, como otro pobre Cristo, por esa acechanza luciferina que ofrece a los héroes la delicia de la tierra a cambio de perder la libertad. Los panes se le convertían en piedras. Y las caricias en golpes. Porque la humanidad, en grupo, no puede tolerar mucho tiempo al rebelde perfecto, al verdaderamente libre. Y porque los hombres suelen pasarse la vida en el límite gozoso de sus propias cadenas. Y cuando alguna vez se rompe, piden otra.

En Charlot, "vagabundo poético", vagabundo sublime, hemos visto todos a uno de los héroes más grandes de "nuestro tiempo": al hombre en su más perfecta y ascética soledad, mantenida en medio de los más ruidosos torbellinos. Lección permanente de vida ensimismada. Exaltación del hombre generoso hasta la sublime ridiculez. Lección del hombre desprendido de la tierra, que en cualquier trance se lanza a regalar su ternura a cuantos cree miserables, a fundir su amorosa humanidad en cualquier falto de amor.

Esta representación de lo cómico doliente, de lo tragicómico pintoresco, ¿cómo podía, en el arte de Charlot, ensamblarse en esa humanidad desdeñada, acaso incomprendida, químicamente impura, donde confluyen codicias, apetitos, apasionamientos ancestrales, que llegan a trabar los pies del más ágil y libre individuo?

No obstante, es así. Y Charlot, en *Tiempos modernos*, queda atrapado e incrustado entre los hombres como pieza de máquina. Es un tornillo, una ruedecilla. Algo apartado del verdadero hombre. Ni trágico ni cómico. Apenas risible. Ni siquiera lamentable. El sublime Charlot se maquiniza hasta el paroxismo. ¿Nada queda ya en él del hombre solitario y libre, en choque perenne con esos otros bien acompañados o resignados a su dorada, o negra,

servidumbre? ¿No se añade a esta inexorable maquinación la presencia no de la mujer "soñada", sino de la mujer terriblemente "visible" fuera de civilización, en estado salvaje, que quiere repetir el gran tema de la soledad de Charlot, a dúo...?

Pero es que ni una mujer, ni un hombre en estado salvaje, pueden llegar a sentir la soledad. Puede sentirse solitario quien por temor a un contagio huye de las gentes, el que es ya fruto excepcional de la misma civilización. No se concibe que el hombre de las cavernas, aunque pueda quedarse solo, aunque esté solo, sea capaz de "sentirse" solo. Tampoco el animalejo que canta a orillas de un bosque o de un río. Y aunque este animalejo resulte ser una linda muchacha... esa fresca y grácil Paulette que vino, acaso, a subrayar la fértil soledad del vagabundo, no consiguió su propósito. No la subrayó: la borró. Al terminar el film presentimos que ya Charlot no se resignará a vivir en el desierto y que ha aceptado del diablejo las delicias bíblicas, a cambio de su magnífica independencia.

Ya forma pareja. Y compone un "número" pasional bien diferente de aquella última escena inolvidable de *El circo*. O de aquella otra de *La químera del oro*, donde por todo acompañante tenía un oso...

¿Se ha transferido, acaso para siempre, el "vagabundo poético" en "vagabundo sentimental"? He aquí el peligro de todo el arte de Charlot, siempre "al borde" de lo melodramático y de lo cursi. Siempre, montados los mismos cepos, lo soslayó gallardamente, con menudas excepciones. Después de este cerrado eclipse de cuatro años, ¿cómo será el Charlot "de ahora", el de estos años cargados de tan eléctricos modos? ¿Qué nuevo enriquecimiento? ¿Volverá, en lo que se anuncia, el Charlot "de siempre" a descargar de pesadumbre, en el vuelo del resplandor antiguo, estos días plúmbeos sin gracia y sin alegría del empaquetador de la muerte, cuyo falso bigotito cuadrangulado -"a lo Chaplín"- empaqueta la risa y cuadricula la muerte?

[[Lo tomamos de la compilación de Santiago Monserrat, *Las obras y los días*, ob. cit., pp. 83-87. Allí aparece sin fecha. Por la segunda compilación de Horacio Sanguinetti, *Prohibido prohibir*, ob. cit., pp. 133-137, sabemos que es de 1939]]

## PEQUEÑA GRAN CATÁSTROFE

Sería interesante explorar en la historia filosófica del siglo XIX –especialmente en su segunda mitad– los rastros geniales de esos filósofos oscuros que lo atraviesan silenciosamente, sin que recoja sus nombres el amplificador de la fama, de éstos que, sin embargo, al iniciarse el novecientos, no sabemos cómo sus pensamientos oscuros han germinado, fecundado y dado sentido al pensamiento auroral del siglo. Hay tesis geniales que son detonantes o de afilado pico, que desgarran y acaban por imponerse dramáticamente. Hay otras silenciosas, inadvertidas por casi todos, que penetran finamente, sin patetismo alguno, la atmósfera de una época y la saturan. A éstas pertenecen las de Franz Brentano, oscuro filósofo de “final” de siglo, de quien apenas se encuentran vestigios en las historias de filosofía que preanuncien el cambio radical que su modesta actitud provocaría en el pensamiento europeo y que habría de manifestarse al comenzar el siglo actual, para llegar a ser, desde entonces, la filosofía de nuestra época.

En esos años oscuros del ochocientos –años de “fin de siglo” junto con los pequeños libros de Brentano, salían a la luz los primeros libros del nuevo movimiento. Imperaban, entonces, despóticamente, el positivismo, el neokantismo y otros sistemas que con su monumentalidad –ya no con sus soluciones– bastaban para absorber toda la atención filosófica. Y paralelamente aparecían en el territorio filosófico –señoreado por esos monstruos unos libritos muy pequeños, folletos casi, que con una modesta filosófica conmovedora, se reducían a dilucidar una cuestión de ética o de psicología en apariencia insignificante o de segundo orden, si se la comparaba con los temas escogidos por los grandes sistemas. Y, sin embargo, un día éstos se derrumbaron súbitamente en medio del general asombro, semejante al de aquellos militares ingleses –observa Fernando Vela– que en el Cabo, al apoyarse en un árbol grueso y robusto, le vieron caer hecho polvo y astilla, porque los termites lo habían ahuecado interiormente.

Algo semejante había ocurrido con las grandes construcciones o sistemas filosóficos sobrevivientes al siglo XIX. Los primeros ataques pasaron inadvertidos, sin consecuencias aparentes. Pero fueron ataques a fondo. Y, a la larga, mortales. Ni los egregios profesionales, ni los grandes públicos de la filosofía, repararon en esos dos pequeños libritos de Franz Brentano, modesto profesor de Wüzburg: *Psicología* y *El origen del conocimiento moral*. Libros de poco volumen. Pero que suplían la limitación del tema con la rigurosidad del método y la claridad de un limpio y nuevo modo de ver. Rigor y claridad que, años más tarde, habrían de considerarse como el puro método y como la visión filosófica pura. Esos libros de escaso volumen, de modesta apariencia y de silenciosa acción, contenían, sin embargo, en sus breves tomos, los venenos más violentos. Y los de Brentano –sobre todo– guardaban la gota decisivamente ponzoñosa y mortal. Con sus esencias iba a perecer la filosofía del ochocientos, a la vez que alumbraban una nueva infancia de la filosofía, el comienzo de una era de interés teórico puro, centrada en un nuevo género de evidencia: la intuición esencial, pura, que únicamente ojos libres de prejuicios pueden ejercer. Y así como hay –observa agudamente el mismo Vela– pequeños hontanares que se soterran para aflorar de pronto muchas leguas más allá, hinchidos, torrenciales, devastadores, cuando positivistas y neokantianos comenzaron a darse cuenta la catástrofe se había consumado. La catástrofe se llamaba Fenomenología, teoría de los valores. Más adelante el camino estaba abierto, libre de obstáculos. Las enormes construcciones que impresionaron con su magnitud a las mentes que dividían el ochocientos, aparecían derrumbadas. El horizonte “vital” estaba libre de obstáculos. Los caminos se abrían en curvas graciosas y limpias. Y en la serena mañana filosófica lucía el sol, vivo y claro.

[Lo reproducimos de la compilación de Santiago Monserrat, ob. cit., pp. 110-111. Corresponde a 1930]

## LA NOVELA RUSA

Continúa el auge de la literatura rusa, aun en la mal llamada "literatura" proletaria. Acerca de ésta mucho se ha discutido en estos últimos años. Pero no nos proponemos reeditar aquí esas discusiones. Al hablar del libro de Plejanov —*El arte y la vida social*— examinaremos el valor de la teoría de las purezas en torno de la cual gira la eterna disputa. Indagamos ahora el atractivo de la novela rusa, de la anterior y de la posterior a la revolución soviética. ¿Qué ha traído de nuevo esta última?

Reparemos en las más expresivas de las vertidas hasta ahora al castellano: *El tren blindado*, *La caballería roja*, *Cemento*, *El desfalco*. Las dos primeras narran episodios de la revolución y de la guerra civil entre rojos y blancos. Son relatos de un objetivismo escueto —crónica veraz de testigos—, donde la novela retorna a sus lejanas fuentes épicas. *Cemento* es una crónica burlesca, en donde apuntan, debilitados, los clásicos elementos de la novela rusa. No hay nada específicamente soviético, como no sea el fracaso —en relato que a veces parece extrañamente intencionado— de la socialización industrial. Costumbres, ambientes, medios, tipos psicológicos, apenas difieren —aunque pierden su fuerza— de los que vemos en la vieja novela rusa, tan grata al gusto de los occidentales. En *El desfalco* la historia es historia privada. La acción se desenvuelve en los días actuales, triunfando ya la revolución. Lo mismo hubiera podido situarse en la época del zarismo. Es la odisea clásica de los cajeros fugados. Y también lo específico de la clásica novela rusa. Ninguna huella soviética. Ningún rumor auténtico de la auténtica novela proletaria. Y no es, tampoco, como se ha pretendido, una obra maestra.

La influencia dominante en la literatura rusa parece que continuara siendo la de Gorki. La misma que imperaba antes de la revolución. Ésta ha dado "asuntos", pero no "formas" artísticas nuevas. Tampoco ha traído a la novela una psicología inédita. Y se

explica. Las revoluciones no crean, "de repente", una literatura. Tienen su literatura, en el sentido de que se escribe sobre la revolución. Sus asuntos inspiran al novelista, al poeta, al dramaturgo. Pero la formación de una nueva literatura que responda a ideas estéticas distintas de las que rigieron la anterior es obra relativamente lenta. Es manifestación y desarrollo de una cultura. La revolución puede ser el punto de partida de una cultura. Crea, más bien, el medio favorable para que se desarrolle esa transformación de una cultura. Lo que no puede hacer es improvisarla, como improvisa un estado político. Claro está que en rigor, ni aun sobre esto puede hablarse de "improvisación". El arte mismo ha contribuido a crear el medio psicológico de la revolución, las inquietudes que hacen posible la súbita transformación de un estado político en otro. Pero de ahí a decir que la revolución ha reobrado, específicamente, creando un mundo literario nuevo, súbitamente con el perfil de una cultura nueva, cabe un gran reparo. En las obras que nos llegan, salidas del gran horno de la revolución, buscamos esos caracteres específicos —sobre todo en la técnica— y aún no los encontramos.

Es siempre —hasta ahora— la tradicional novela rusa, cuya maravillosa caricatura hiciera Ramón Gómez de la Serna en la *Revista de Occidente*. Claro está que se prescinde de las obras geniales. El objetivismo escueto, agudo hasta ser doloroso; el estilo cortado, la composición fragmentaria en cuadros, la predilección —¡tan rusa!— por la pintura de anormales, de miserables, de "ex hombres", de seres de voluntad rota, sin dominio sobre sí mismos. Y sobre todo esto, esa vena profunda de compasión hacia las flaquezas y miserias humanas. Tales son los caracteres que siguen reproduciéndose en la novela rusa contemporánea, en la que sale de las fraguas soviéticas. Es que siente sobre la más honda realidad psicológica de aquel pueblo. En algunas de estas novelas épicas —la novela es género épico— de la guerra civil, aparecen de pronto brotes de una indomable energía. Pero son explosiones, movimientos espasmódicos. Los personajes vuelven pronto a su disolución interior, a su desmayo, como si tuviesen algún resorte roto.

¿Pero por qué interesaba siempre la novela rusa al público universal, al de antes y al de después de la revolución? El atractivo de la novela rusa es anterior, por otra parte, al triunfo de los soviets. La vida rusa no ofrece tampoco valores humanos más elevados que los de la Europa occidental.

Misericordias físicas, estigmas morales, embriaguez, falta de voluntad, degradación, son los soportes, los canales por donde circula casi toda la épica rusa, movida por fuerzas misteriosas, oscuras. Es que la atracción está en su fuerza intuitiva, en su objetivismo y en su realismo, ya sea que esté impregnado de un misticismo cristiano como en Dostoievsky o de un misticismo panteísta como en Tolstoy.

[Lo reproducimos de la compilación de Santiago Monserrat, *Las obras y los días*, ob. cit., pp. 157-159. Corresponde a 1930]

## EL DIARIO DE COSTIA RIABTSEV

¡Cuánto camino recorrido desde *Sacka Yegulev*—la acción estéril, la desesperación de bandidaje por exceso de sensibilidad moral— hasta *Costia Riabtsev*, el estudiantillo de una escuela revolucionaria, delegado de los alumnos en el Consejo de la Escuela! ¡Sueño generoso de Satcha! Costia—tu hijo— está a punto de logarte. Visto desde nuestro mundo nos parece que a veces toca en el absurdo y otras en lo monstruoso. Es posible. Pero pocas enseñanzas tan fuertes puede recibir un hombre de hoy, como las que brotan de este niño en vivo, que trae el secreto de la nueva generación rusa, con todas sus virtudes y defectos.

Los que no creemos que la "enseñanza" empieza en la Universidad, nos acercamos al libro de Ognev buscando el espíritu de la juventud rusa, tocado por la revolución en las raíces de la infancia sagrada. Probablemente es esto lo que vamos buscando en los tormentosos panoramas de la literatura rusa: el alma formada en un troquel nuevo. Y probablemente fuera esta áspera germinación del alma revolucionaria lo que principalmente nos atrajera, sin darnos cuenta, cuando de niños, casi, devorábamos los libros nuevos, desde Tolstoy a Dostoievsky. Esas inquietudes lacerantes, esos ardientes exámenes de conciencia, todas esas vidas atormentadas, todo ese viento de locura que pasa silbante por esos libros cardenos—aun por los del mismo Gogol— iban, sin duda, a parar en la revolución. Y la revolución llegó y se hizo con la sustancia del enorme dolor ruso. Sin la guerra hubiera sido imposible. Con la guerra el hecho necesario se hizo fatal. Y fue atropellado y violento. Esta violencia, esta confusión—enorme, como la Rusia misma— recientan nuestra ansiedad por saber cómo viven esos hombres que se han entregado a la tarea de hacer un mundo. Y pensamos también con ansiedad y con ternura en los hijos de esos hombres, en los niños que van cruzando la gran tempestad. A esa ansia—aparte del puro valor literario— corresponde y satisface el libro de Ognev.

La escuela se ha apoderado del niño ruso. Pero no a la manera de los viejos modelos confesionales de Occidente. Apoderamiento no significa esclavitud, sino plenitud. Posibilidad -rica posibilidad- para la plenitud de la conciencia humana. Obra fuerte, a veces desconcertante y cruda, en el *Diario de Costia Riabtsev* asoma el espíritu de una humanidad nueva y sobre todo de una generación "cargada de destino", cuya primera tarea ha de consistir en "devorar" fronteras, ya sean geográficas o sociales. Para esto tiene las mandíbulas recias.

El alma adolescente de Costia está analizada y revelada con extraordinaria profundidad. Sobre todo, el fondo eterno, el tesoro impreciso y el abismo fatal del adolescente de todos los tiempos. Las ideas y los sentimientos comunes a los niños de todas las épocas -empezando por el despertar del instinto sexual- tienen en el diario de Costia inesperadas formulaciones. El arte de presentar la vida de la escuela, sus luchas, sus preocupaciones, el gran coro social invisible, la rica variedad humana de los compañeros de Costia, tienen la fuerza y la frescura de las cosas recién vistas. No es la escuela nueva sino el niño eterno, puro todavía, lo que aparece con más fuerza en la obra de Ognev. Sólo que la suya es una pureza de ojos abiertos, que no necesita para andar de la absurda venda tradicional. Por eso es que Costia salva todos los abismos y reconoce todos los venenos. Pocos han visto con tanta lucidez como Ognev el problema sexual y sus fuentes envenenadas. Pero de esto tendremos que hablar, otra vez, muy despacio.

[Lo reproducimos del original mecanografiado (Archivo Cristina Roca). Fue escrito el domingo 22 de diciembre de 1929]

## BAÑISTAS

Verano. Balnearios. Caricia sensual del agua. Cuerpos desnudos y yodados bajo el sol. Pintados de bronce pálido, al "duco" solar. Alegre multitud abigarrada, retozando sobre la ardiente arena de la playa lejana. O zambulléndose, dando resoplidos de felicidad, en las alegres corrientes o bajo la comba del cielo, en esos cubos dormidos que restañan el agua en los flancos de la serranía.

Estorbo del vestido. Libertad del cuerpo. Delicia de ser joven. Y también, orgullo. Resbala el agua por la piel morena de los cuerpos yodados. Las formas atléticas o venusinas se libertan de toda pesantez. Y en el aire limpio y vibrante, perfumado, de la mañana festiva, picante de imprecisos deseos, olorosa a hierbas y salud, esas formas ensayan sus vuelos divinos y pueriles. ¡Oh, delicia del agua! ¡Ocasión asexual del deporte! Promiscuidad, sana y alegre. Sol. Agua. Desnudez. Juego. Alegría. ¡Alegría!

Pero he aquí una nube que amenaza el limpio cielo: la sombra liviana del pecado, que insinúan en sus turbios ojillos lascivos unos hombres graves y enlutados, unas señoras abundantes de virtudes y carnes, envueltas en las salidas de baño del "climaterio". ¡Oh, la Moral! Amontonamiento de cuerpos desnudos, ausencia peligrosa de todo recato, "libertinaje". ¡Oh, oh! Y se encabrita ante la vista de la carne joven. Y se desata la intolerancia recelosa de la virtud "organizada". Aparecen los "guardias negros" de la virtud. Con la indignación que la gravedad de las circunstancias requieren, los pudibundos intransigentes se lanzan sobre la muchedumbre de bañistas. La execra, año tras año. La conmina a salir de su impúdico abandono. Y clama al cielo para que fulmine fuego exterminador. Pero -por si el castigo que ha de venir de lo alto se retrasa- no olvida de poner en juego los resortes gubernativos. Y así, se prohíben esos baños, de antemano fumigados con la palabra "mixtos". Apostrofa-dos con la nefanda palabra "promiscuidad". O se obliga a los hombres a cubrirse desde medio muslo hasta medio pecho. O se prohíbe a las mujeres bañarse en "maillot". Pero, los apóstrofes rebaban, felizmente, como el agua, por la piel morena.

El hecho es simple y banal. El espectáculo, bello para los ojos saludables. ¿Por qué, entonces, se escandaliza tanto la virtud organizada? Es que son esclavos de una preocupación que los excita hasta la hiperestesia. El problema sexual preocupa más que el político y el económico. Pero nadie lo nombra. Y mientras tanto, sólo se habla de aquéllos. Quizá entre nosotros no haya más que un problema –mal planteado y mal resuelto, en casi todos– un enorme problema poliédrico, sin solución visible a causa de su complejidad, encapsulado en una moral decrepita, carente de yodo, de sol, de agua. Moral tejida de absurdos “silencios”. Aquietada en remansos. Florecida con las más hermosas flores de los pantanos. De esas que tan bien asoman sus tallos húmedos en los invernáculos de Freud.

Castidad oficializada y procelosa. Proselitista. Suerte de “eugenesia” al revés. Persigue la “pureza” de las costumbres. Predica la vuelta al candor, a la ignorancia, a la cursilería, a la plebeyez. Y a una higiene sin higiene. En el verano los enemigos mortales son: el sol, el agua, el aire, elementos corruptores. En el invierno, el pecado se refugia en la penumbra del “cine”. Se enciende en el cuadrado silencioso y es bello como un cohete en la noche. Se desliza entre sus fantasmas, entre sus deliciosos juegos plásticos. Y envenena la flecha de las dulces canciones. Entonces, aparecen de nuevo los mismos “guardias negros” de la virtud. Y atraviesan la oscuridad de las salas, conduciendo su sexo como una custodia. Un fulgor extraño los denuncia. La penumbra se carga de turbias alusiones. El espectáculo cobra entonces el sentido que le presta la “retenida” lujuria de esa gravedad afectada. El sexo en ellos –como el tra “Ramón”– está lleno de orejitas que escuchan. Yo agregaría: el sexo en ellos tiene, además, los ojos facetados de las abejas. Y nada ven ni oyen, como no sean sus formas y rumores. De esa zona parten todas las “ligas” que se organizan contra el “cine”. Y contra cualquier cosa. Enemigas de toda pluralidad, decir “liga” es acusar, desde luego, una pareja estrechez de visión. Nunca son “para” algo, sino “contra” algo. Los que organizan “ligas” contra el “cine” son los que nunca van a él, o van por razones “extrañas” a la esencia del espectáculo. No van al “cine” a gozar del espectáculo artístico que pueda ofrecer. Van a moralizarse o a inmoralizarse. Entendiendo por moralidad la zona tributaria de la “libido”. Sabido es que la Moral y el Arte giran en distintas esferas. Son mundos diversos. Confundirlos es dar un traspie de aldeanos. Los que temen a cierta clase de sugestión inmoral del cine, poco tienen que hacer en él. Y si está bien

que no vayan, está mal que salpiquen a los demás con su gruesa lujuria y quieran privarlos del espectáculo. Por lo demás no nos asustemos tanto. La lujuria –dice Pierre MacOrlan– es, en rigor, una fuerza. Como todas las fuerzas, no es buena ni mala; se contenta con provocar la acción. Lo demás no es sino una cuestión de personalidad. Un diccionario puede ser una buena guía de la lujuria. No es ni buena, ni mala, ni –como se cree, a menudo– un producto de la educación. “Se encuentran vestigios de esa fuerza”, agrega MacOrlan, “en casi todas las obras literarias que se dejan en las manos, que se suponen inocentes, de los colegiales, cualesquiera que sea su carácter. Hasta los dieciséis años provoca la lujuria en sus víctimas, obras secretas de la literatura universal, granos de calentura y forúnculos faciales. La lujuria permite a los unos el acceso a unos magníficos jardines «públicos» del arte, y ofrece a los otros los misterios de la sesión «secretas», donde los más bellos temperamentos toman una coloración pálida de setas de sótano”.

Hay que guardarse, pues, de generalizar. Y, sobre todo, de confundir los géneros.

En todos estos países del continente podrá un hombre, de la noche a la mañana, o de la mañana a la noche, adueñarse del poder. Podrá estarse dos, tres, seis años, gobernando. Dueño absoluto de sus acciones y sus destinos. Nadie osará contradecirlo. Seguirán moliendo su harina blanda los molinos del Tiempo. En cambio, ha de bañarse un día una mujer bien formada. Llevará su divino cuerpo libre, tocado de celeste gracia, sólo ceñido por un leve “maillot”, adecuado indumento para nadar. Ese acto frívolo e intrascendente suscitará ardientes protestas, coléricas amenazas. Se escandalizarán en seguida otras mujeres: excelentes, pero de escapadas formas. Protestarán irritados unos hombres maduros y austeros. Y procurarán convencernos de que ese hecho ínfimo y volátil hace peligrar la vida privada menos!– la seguridad de la familia y los destinos nacionales.

Y esa cosa pueril, inocente, sana, bella, que es bañarse al sol en las playas o piscinas, sin limitaciones convencionales, sin falsas pudibundeces, sin el estorbo de vestidos, prejuicios y disimulos gana cada día más adeptos. La juventud entiende, cada día menos, los falsos y tristes sermones. Los “do” de pecho de una moral reñida con la salud y con la vida. O sea: reñida con la Moral. Y nunca se siente tan orgullosa de ser joven.

## ASPECTOS DE LA BIOGRAFÍA

La biografía continúa siendo la moda literaria. En la pintura todavía domina el "bodegón". Pero en las letras el hombre reconquista interés. En ellas el paisaje pasa a segundo término. Pierde valor. A través del lente biográfico el hombre cobra nuevo interés. De tal manera ese género literario ha adquirido un rango nuevo y se ha enseñoreado en el arte. Y se enriquece, incluso, con los aportes de las ciencias.

Hace pocos días hablábamos del áureo librito de Marañón acerca de *Enrique IV y su tiempo*. Ensayo admirable, sabiamente compuesto con ingredientes biológicos. ¡Pobre rey de Castilla! ¡Último rey de Castilla! Ha pasado a la historia con un mote infamante. Para heredarlo hubo de investigarse suciamente la paternidad de doña Juana y calumniar a la madre, la bella princesa portuguesa. Marañón la vindica de las torpes acusaciones —nada cristianas— de los católicos por antonomasia.

También se afirma en las raíces de lo biológico ese magnífico estudio que Hans Von Hentig ha consagrado a Robespierre. Nunca los "incorruptibles" fueron simpáticos. Siempre sospechamos en ellos alguna vesanía o alguna tara secreta. Los pueblos suelen gustar, en cambio, de las monstruosas divinidades. Si el "incorruptible" Robespierre no nos era simpático, la lectura de Von Hentig nos lo hace odioso. Con todo, hay en Von Hentig una crueldad algo sospechosa. Es más cruel que los termidorianos y que el verdugo Sansón con el dictador terrorista, ministro del "Ser supremo". No lo mata. Exhuma del panteón de la historia la carroña del incorruptible. Y sentimos el asco en las corruptas estrias. El tirano era un pobre diablo tímido, un mal hombre, un abogaducho envidioso y cruel. Ambicioso y cobarde. Casto. Admirado por féminas maduras y "viriloides". Y tocado de alucinante manía religiosa.

Cierto que este libro tiene intención de clínica y que la biografía

—refugio de la novela y de la historia— da ahora imprudente entrada a la medicina, que suele pagarse siempre de desdeñosa suficiencia. Por eso parece torcer un poco su camino, que es el del hombre excepcional. La medicina pocas veces perdona al hombre excepcional. Aunque en el libro de Von Hentig cobra dignísimos vuelos.

Es fácil imaginar el entusiasmo frenético de los aristócratas proscritos de la Revolución, al haber conocido a Von Hentig. La personalidad del terrible dictador, del gran regicida, queda humillada. El caso clínico, maravillosamente estudiado. Pero el "caso histórico", sorprendentemente oscurecido. Aquí está Robespierre, "caso clínico". Tipo representativo del esquizoide. Déspota. Fanático. Sanguinario. Además, otros estigmas que deshonran su biografía. Inequívocos antecedentes familiares. Von Hentig rodea a Robespierre de parientes extraños, anormales. Se documenta —y hasta se ingenia— para colocarlo a la sombra del más deplorable árbol genealógico. Lo pinta tímido, susceptible, violento, cruel. Desde niño es solitario y concentrado. Apasionadamente frío. Aprovecha noticias del abate Proyart, su profesor y su enemigo. Sigue triunfalmente los rastros del eunucoide, rastros que pasaron desapercibidos para sus contemporáneos. Husmea en las amistades, a su juicio hartamente sospechosas, del terrible revolucionario, desde el enérgico Saint-Just y Julien, hasta Barbaroux, "que pasaba por una belleza masculina". ¡Qué diferente la visión romántica de Carlyle, de un "incorruptible" también! Pero, visto sólo como un "pedante espasmódico", portador de una fórmula lógica en vez de alma, como "vejiga inflada por el viento de la popularidad".

Salgamos ahora de la clínica sexológica. Respiremos otro aire. Aquí tenemos otra biografía. La de otro "incorruptible", cuya figura la fama contemporánea ha cubierto de tintas más sombrías. Es un contemporáneo, y otro dictador genial, más diverso, más poderoso, más misterioso y más odiado que aquél: Vladimir Ilich Lenin. Esta vez no es un clínico, ni un novelista, ni un historiador, quien escribe la biografía. Es su propia compañera Nadjka Krupskaja— que lo sobrevive y defiende su obra y su gloria. Aparte del genio político, enderezado en la ciclópea tarea política, todo es normal, sencillo, humano, en esta veraz y conmovedora biografía, en este extraño y dulce idilio ruso —del típico ambiente revolucionario ruso— en el que, como dice Bello, destacan las ideas y se repliegan los sentimientos, produciendo profunda impresión sin una sola palabra, sin un solo desvarío o

exceso romántico. Es un documento intergiversable, es la limpia y profunda vida familiar del caudillo, vista con la doble visión del amor humano y del amor intelectual.

La composición es sencilla y admirable. Los recuerdos no alcanzan a la revolución de 1917. Por sus páginas se entrecruzan las figuras del famoso pope Gapón –el de 1905–, Rosa Luxemburgo, Kautsky, Plejanov, Trotsky...

La leyenda y la realidad están fuertemente unidas, todavía, en esta figura excepcional casi mística. Millones de hombres lo odian, millones de hombres lo veneran. Sus libros parecieran contener los evangelios de una nueva fe. Y aunque contemporáneo, nos parece ya como si hubiese vivido en la leyenda crucial de las edades. Pero este libro de su fiel compañera, sobreviviente, nos trae un hálito de su flagrante personalidad, oscurecida, acaso, por su propia leyenda. Y es así, guía clara, al menos, para intuirlo. Entre esos recuerdos el episodio que mayor impresión nos causa es aquel en el que son protagonistas el terrible Vladimir Ilich y una vulpeja. Cazaba con otros deportados en Siberia. Ojeaban zorras, y cuando la perseguida por sus compañeros se puso a tiro de Lenin, el futuro y terrible dictador proletario bajó su escopeta.

La vulpeja huyó por la estepa. A las preguntas y reproches que le hicieron, el feroz revolucionario respondió:

—No disparé porque me dio lástima un animal tan bello, y no quise matarlo.

[Lo tomamos del original mecanografiado (Archivo Cristina Roca). Fue escrito el domingo 16 de noviembre de 1930]

## ANTIIMPERIALISMO Y REVOLUCIÓN

## LA GRAN PRENSA

¡La "gran" prensa! En la historia de la prensa europea hay un ejemplario magnífico de lo que ha sido y de lo que es, o llega a ser, la "gran" prensa, al servicio, siempre de los "dominadores", sean emperadores, generales o banqueros. Hela aquí:

Cuando Napoleón huyó de la Isla de Elba y desembarcó en el golfo Juan, el periódico más importante de Francia escribía:

"El bandido corso intenta volver a Francia."

Al hallarse el bandido corso a medio camino de París, el mismo periódico escribía:

"El general Bonaparte continúa su marcha hacia París."

Cuando el general Bonaparte se encontraba a una jornada de París, el periódico decía:

"Napoleón sigue su marcha triunfal."

Y al entrar Napoleón en la capital de su perdido imperio, el periódico remataba el proceso de sus informaciones con ésta:

"¡Su Majestad el Emperador ha entrado en París, siendo entusiastamente recibido por el pueblo!"

Parece como una sinopsis de las informaciones del diario clerical *Los Principios*, de esta Arquidiócesis, en la reciente semana del escrutinio electoral que dio resonante triunfo al partido opositor. Derrotado el gobierno, al cual servía, realizó por modos semejantes, en ocho exactos días, el renovado milagro de seguir siendo gubernista. Su Majestad el Emperador está casi a una jornada de Córdoba.

## SACCO Y VANZETTI, MÁRTIRES DE LA ESPERANZA

“Buenas noches, caballeros”... Y así, basculando sobre la muerte, terminó el diálogo formidable entre los jueces del más grande país de la Tierra y dos hombres humildes, justos y fraternales... Frase silenciosa y terrible, alumbrada de piedad y desdén...

“Buenas noches, caballeros”... En el quieto dolor de estas palabras irónicas y corteses –frente a sus verdugos– se despedían de la vida Nicolás Sacco, condenado a la muerte y a la inmortalidad, a un mismo tiempo. No respondió nadie... quieta en los ojos atónitos, temblorosa en las manos febriles de los doce espías de la muerte, la Vergüenza y el Asco de aquel minuto estaban recogidos como dos reptiles, frente al misterio de la belleza pura. ¡No era un espectáculo para reptiles! En ese instante, en la cámara de la Muerte, para consuelo de los eternamente oprimidos, para esperanza de días mejores, como para reconciliarnos con la especie humana, sólo dos hombres vivían una vida plena y rica, sólo estaba la presencia luminosa de dos vidas magníficas. Y los dos sonreían... Humilde pescador el uno, humilde zapatero el otro...

Puritanos imbéciles y verdugos hipócritas habían ido para registrar en sus sismógrafos de infamia las últimas convulsiones, el terror saludable de su justicia de clase. Sólo quedó registrado el crimen legal, con su teatralidad inútil, con su crueldad estúpida, con su frialdad nauseabunda. La máquina que ajusticia y nunca palabra más exacta que ésta: “Ajusticia”, que quiere decir “no justicia”, cosa fuera de la justicia– segura y precisa, funcionó admirablemente. Pero a la sociedad que la puso en marcha no le asiste la misma seguridad. Esa máquina que tritura incontables vidas oscuras tiene ya roto su resorte vital. El simple hecho de que haya sido posible esta caída ciega, este lujoso crimen –lujoso como una de sus escabrosas películas “Record”– revela que la máquina de esta sociedad moribunda va sin gobierno y sin freno. Este

racimo de puritanos orgullosos y felices, que al filmar la ejecución de Sacco y Vanzetti –sólo atentos a su valor de sensación y de taquilla– no comprendieron que trabajaban para el porvenir de los oprimidos, con premura febril y eficacia ejemplar. Los doce espías, que fueron para recoger los diagramas que habrán de servir en laboratorios para experimentaciones estúpidas, no sabrán nunca lo que allí, realmente, pasó ante sus ojos planos. Asistían al nacimiento de un mito.

La cárcel de Charlestown ya no era la cárcel de Charlestown. Mr. Fuller ya no era Mr. Fuller, en su individualidad palpitante y concreta. Los ajusticiados ya no eran Sacco y Vanzetti, hombres cordiales y buenos, víctimas de un error o de una fatalidad terrible. Sacco ya no era aquel pescador sencillo y valeroso, de manos fuertes que soñaba con vivir en una casita “perdida en el verdor de un bosque”, con su pequeña Inés y su pequeño Dante, unidos en una sola palpitación y en una sola ternura, “y en las tardes de verano, cumplida la faena sentarse con ellos a la sombra de una encina, subirlos a sus rodillas y enseñarles a leer, a escribir, a amar y a creer”... Ya no eran cosas tremantes y vivas las que se desgarraban. El dolor de la atroz injusticia había fundido las lágrimas de todos los hombres en una cosa más alta y eterna. Podrá la vida secar el recuerdo individual de las lágrimas que los hombres de todo el mundo derramaron en esa larga agonía, y sonreír de nuevo los ojos a la vida, sin ninguna amargura. Pero habrán servido para regar y amasar con su calor cordial el mito perdurable que encenderá las almas de mañana. Los actores de la tragedia representan las fuerzas que dialogan y hacen la historia y que renuevan y enriquecen los mitos sagrados que guían los pasos inciertos de los hombres. La cárcel de Charlestown es el viejo peñón de Prometeo, el mismo abrupto sendero del Gólgota. Fuller es la oscura fuerza del mal, es Calibán, es Caifás: el Gran Sacerdote. Es la misma plutocracia maquinada que aglutina la clase parasitaria. Sacco y Vanzetti pertenecen a esa escasa raza de héroes que tienen los ojos claros y los brazos abiertos para la elusión cordial y para los maderos en cruz.

Los jueces de Boston, como los jueces de Jerusalén y los jueces de todos los tiempos y de todas las partes, han pronunciado el veredicto infamante y para convencer al mundo de que su Justicia es infalible, han matado a dos inocentes, haciendo de su inflexibilidad la garantía suprema de su infalibilidad. Sólo así podía el mundo adquirir un elevado concepto de su rectitud. Y han

desafiado al universo con las pruebas más falaces de su infalibilidad. Anatole France, en un libro admirable, reveló la técnica de los testimonios que en estos casos suele recoger la justicia de todos los países para llegar a la verdad:

—Duval, ¿ha visto usted al acusado a las seis de la tarde?

—Es decir, señor Juez, mi mujer estaba en la ventana y me dijo: "Por ahí pasa Socquardot".

—La presencia de Socquardot en tal sitio debió extrañarla, puesto que se la hacía notar. ¿Le pareció sospechosa la actitud del acusado?

—Le diré, señor Juez, mi mujer me dijo: "Por ahí pasa Socquardot". Entonces miré yo también y dije: "Efectivamente, pasa por ahí Socquardot".

—¡Muy bien, escribano, anote! "A las seis de la tarde los esposos Duval vieron al acusado dar vueltas en torno de su casa y en actitud sospechosa".

Señores: con esa técnica la justicia de los plutócratas americanos ha desafiado al mundo.

Trabajadores manuales e intelectuales del mundo: uníos para defender a la otra justicia.

[Lo reproducimos de la compilación de Gregorio Bermann, *El difícil tiempo nuevo*, ob. cit., pp. 57-59. Corresponde al 29 de agosto de 1927.]

## LA REVOLUCIÓN DESFIGURADA

Poesía y Profecía suelen andar juntas. El vuelo profético se dibuja arrebatado sobre un cielo de poesía. Sobre la revolución de octubre han volado doce años. Entonces, el gran poeta eslavo Gorky vaticinó que sería cada vez menos roja y que terminaría por organizarse como una gigantesca democracia agraria, más o menos influida por el socialismo de Occidente.

La profecía empieza a cumplirse. El duelo Stalin-Trotsky ilumina singularmente la realidad rusa. Pero no debe ser visto a través de su limitación formal, reducida a una pugna por el predominio y sus ventajas materiales. A pesar del empeño por captar sus esencias, el mismo Trotsky en su *Revolución desfigurada*, la limita y la desfigura. Hay más, mucho más. Stalin y Trotsky representaban dos tendencias que trabajaban profundamente la revolución rusa. Y no las guías. Son arrastradas por ellas.

La revolución bolchevique se divide en dos grandes períodos separados por la última enfermedad y la muerte de Lenin. Se consume el primero en la organización del poder y en la organización burocrática. El segundo comprende desde que Lenin, enfermo, dejó de actuar, hasta la expulsión de Trotsky. Puede decirse que ha entrado ahora en una tercera fase. El centrismo de Stalin triunfante sobre la roja "montaña" trotskiana—sufre duro y arrollador embate de los "posibilistas" de la extrema derecha, acaudillados por Rikoff y sus compañeros. Como las cosas caen hacia donde se inclinan no es difícil reconocer que Gorky tenía razón.

La orgullosa ambición del primer período fue rectificada, después de largas y dolorosas perplejidades.

Cuando la embriaguez de la victoria de las realidades vitales; cuando la Checa segaba la burguesía y Trotsky —el Carnot de Rusia— sacaba de la nada los ejércitos que iban a triunfar de los contrarrevolucionarios, Lenin, desde el Instituto Smolny y desde

el Kremlin después, negaba toda concesión a la *intelligentsia*. Desde el reducto de los viejos zares la voz poderosa del "zar Rojo" tronaba contra el capitalismo. Los jinetes del Apocalipsis volaban sobre la estepa y sus sombras se proyectaban precisas y fatales sobre todo el Occidente. La "Santa Alianza" del capitalismo fracasó luego. Vencidos Yudenitch, Koltchak, Denikin y Wrangel, esto es: Europa; expulsados los checos de Gaida y pactada la paz con Polonia, la revolución "contenida" tropezó con el problema inmediato de la organización industrial. La conquista y la afirmación del poder fue una revelación genial. Fue el más formidable "atracó" de todos los tiempos. En esto se acusó la máxima genialidad de Lenin. La demolición había sido relativamente fácil. El viejo edificio estaba casi en ruinas. Pero era imprescindible levantar otro. Y el proletariado de las ciudades y sus jefes políticos –creadores de la revolución– no acertaban con la obra. Si la realidad se opone, "peor para la realidad", había dicho Lenin. Y Lenin se plegó a la realidad insobornable. Rectificó. Postergó. Él, que despreciaba tanto a los intelectuales aunque era un intelectual, y que se reía de los técnicos, recurrió a unos y a otros. De igual modo, Trotsky –fundador del Ejército Rojo– había recurrido a los generales y jefes del zarismo, desde Brussilof a Evert. La rectificación doctrinal fue declarada paladinamente en un célebre artículo de *Pravda* firmado por Lenin: "Necesitamos de la Intelligencia". A la doctrina siguió la rectificación de hecho. Y surgió la NEP (Nueva Política Económica). Reapareció la pequeña burguesía. Se permitió el comercio particular. Comenzó el descenso de la revolución "comunista". Y Lenin murió. ¿Quién lo reemplazaría? ¿Trotsky? ¿El organizador de la victoria militar, el compañero en los días heroicos del jefe desaparecido? Así lo creyeron todos. Pero dentro del partido actuaba ya una clase poderosa que tenía su hombre representativo. Esa clase era la de los Funcionarios. Y ese hombre era Stalin. La nueva burocracia es la que ha expulsado a Trotsky de Rusia y del partido. Y a ésta es a la que el gran proscrito acusa de "desfigurar" la revolución.

¿Quién es Stalin? En la noche del 8 de noviembre (calendario ruso) de 1917, después de hablar Lenin, en él como desde el Sinaí, en el congreso de soviets se constituyó el gobierno provisional de comisarios del pueblo. Constaba de quince miembros y Lenin lo presidió hasta su muerte. Trotsky era Comisario de Negocios Extranjeros. Del ímpetu creador de esas dos voluntades unidas brotaba, fresca, jugosa, la revolución. En uno de los últimos

lugares, como comisario de nacionalidades, figuraba un oscuro revolucionario de segunda fila. Había desempeñado en los días de revuelta y de batalla un lugar secundario. Se llamaba L. V. Djongachvilly. Aquel oscuro individuo a quien Lenin, para recompensarle su docilidad y adhesión le diera desdeñosamente una comisaría de escasa importancia, firmaba en los periódicos con el seudónimo de "Stalin". Bajo la piel del intransigente se escondía un oportunista muy hábil. Ni férreo ni dogmático. Capaz, a veces, de extrañas flexibilidades de gran político, como Lenin. Carecía del don de mando y de la capacidad de organización de Trotsky. No tenía su elocuencia, su pluma ágil e irónica. Pero sabía adaptarse, colocarse, con habilidad extraordinaria, lejos de los extremos, comprender las necesidades de cada hora. Su sagacidad y su realismo eran de filiación campesina. El auténtico campesino ruso vencedor de Lenin, el intelectual. Supo hacer rápidamente su camino y cuando Trotsky –desdeñoso, como Danton– quiso darle batalla en nombre del comunismo puro, en nombre de Lenin y de los suyos, era tarde. La imagen de Lenin estaba desfigurada.

Todo el mecanismo burocrático del soviétismo, los empleados del gobierno, de los sindicatos y de las cooperativas, todos los órganos flamantes de la naciente burguesía, de recóndita esencia democrática, de estructura y vaga apetencia capitalista, estaba con Stalin. Y se alzó, entonces, contra el trotskismo –que pretendía suceder al leninismo– la Liga de los Intereses creados. Ha entrado en su última fase la batalla contra el campesino, que se considera de antemano perdido. El orden: "Edificación del socialismo nacional". Es lo cierto que el mito del trotskismo ha servido a los colaboradores de Stalin para combatir la fuerza auroral de la revolución, acentuando, aún más, la ratificación de Lenin, y enderezando la marcha por una mal disimulada ruta capitalista y –necesariamente– democrática. "Si la transformación de la República Soviética fuera necesaria", afirma Trotsky, "la estructura de la Revolución de Octubre estaría fatalmente condenada a la destrucción, para dejar como única herencia las conquistas agrarias democráticas". Entonces, ¿en qué estamos? El comunismo, como en la fábula, es la serpiente que se muerde la cola.

[Lo reproducimos del original mecanografiado (Archivo Cristina Roca). Fue escrito el domingo 6 de octubre de 1929.]

## COMITÉ PRO EXILIADOS Y PRESOS POLÍTICOS DE AMÉRICA

Las masas obreras y las agrupaciones políticas populares se aprestan a conmemorar la fecha de los trabajadores. El 1° de Mayo de 1936 las sorprende en plena regresión política y social, caracterizada por una acción sistemática, decidida y armónica de todas las dictaduras y semidictaduras americanas contra las libertades democráticas.

Una corriente políticosocial tendenciosa trabaja ostensible y tenazmente por el aniquilamiento de las conquistas logradas por muchas generaciones americanas en el campo políticosocial. Toda América, desde el Cabo de Hornos a Panamá, se debate bajo la bota de potro de dictaduras abiertas o embozadas, cuya acción tiende a la eliminación por el terror o por la sangre de cuantos se oponen a sus torvos designios. Los cerebros más esclarecidos, los espíritus más nobles, los luchadores más abnegados, todos los que alzaron su voz y levantaron su brazo en defensa de las instituciones de la democracia, sin distinción de clases sociales, están amenazados por la reacción o se encuentran ya proscriptos, confinados o consumidos de dolor y de impotencia en las mazmorras abiertas por quienes sólo pueden sostenerse en el poder mediante la violencia. Sobre la portada de América se ha colgado el cartelito de "Fontamara": *Se prohíbe razonar.*

Ancha y larga esta reacción antidemocrática, tiende a profundizarse sin dejar de crecer por los costados. De la actitud tradicionalmente hosca frente a los reclamos de la clase trabajadora, sojuzgada a sangre y fuego, se ha avanzado galopante en el campo de lo político con vista a profundizarse represivamente sobre todas las actividades del pensamiento en "rush" arrasante y atomizador de las fuerzas de la comunidad americana. El derecho de huelga, de reunión, de prensa, de palabra, han pasado a militar en el "Índex", proscribiéndose por convenios policiales hasta el Derecho de Asilo consustanciado con nuestra tradición liberal y democrática.

Antidemocrática. Larga, ancha y profunda la ola de reacción antidemocrática amenaza con extinguir los últimos elementos del patrimonio civil amasado por muchas generaciones americanas, para instaurar sobre sus ruinas regímenes inhumanos, que empeñados en subsistir en el tiempo y en el espacio, dividirán a América en factorías yanquis o inglesas, entregándolas maniatadas a la voracidad de negrero del capitalismo imperialista de cualquier metrópoli extranjera, porque no es otro, ni podría ser otro, el objetivo de una corriente políticosocial que pretende arrasar con el acervo económico, político y cultural de los americanos.

En tales condiciones, menos que nunca, este 1° de Mayo no puede ser celebrado como jornada de fiesta. Y frente a esta situación, el Comité Pro Exiliados y Presos Políticos de América, se ha constituido con prescindencia de credos políticos y religiosos para:

- a) Auspiciar un movimiento de opinión tendiente a obtener de los organismos legales la más amplia amnistía de los desterrados y presos políticos;
- b) Reivindicar el legítimo Derecho de Asilo garantizado por nuestra Constitución y anulado por las convenciones de policías y acuerdos similares;
- c) Repudiar todo procedimiento violatorio de las leyes y de los derechos del hombre;
- d) Promover una corriente de opinión contra las prisiones ilegales, la Ley de Residencia, los confinamientos a territorios reclusivos, prontuarios simulados, actos de terror y de tortura, y todo acto de castigo o represalia violatorio de las leyes y los sentimientos de civilización;
- e) Propender a un trato humano para los detenidos en movimientos de agitación, que los presos políticos no sean considerados delincuentes de orden común.

Al dirigirse fraternalmente a los Comités y organismos similares de los demás países de América y otros, a objeto de unificar esta acción y extender los postulados enunciados y organizar la ayuda jurídica y financiera a los exiliados políticos y sus familiares, cree que este 1° de Mayo debe ser oportunidad para exteriorizar el sentimiento de unidad de todas las fuerzas que luchan y de su voluntad de triunfar.

Por ello, el Comité Pro Exiliados y Presos Políticos de América,

hace un llamado ferviente a los pueblos de América, y a las instituciones que son la voz de sus anhelos, por las siguientes consignas:

#### EN EL ORDEN NACIONAL

Campana Nacional Pro Amnistía de Presos Sociales y Políticos: por los presos de Bragado, por los procesados de Plaza de Mercedes, por la libertad de Héctor P. Agosti y el retorno de Audano, Pomar y de los hermanos Kennedy; por la derogación de la ley de Residencia (4. 144); por la abolición de la Sección Especial; por el Derecho de Asilo; contra el proceso por "asociación ilícita" y por la abolición de los inculpados; por la libertad y el respeto para los agricultores chaqueños perseguidos y del director de *El Norte*, de Jujuy, Rodolfo Puiggrós; contra el desafuero del senador nacional Lisandro de la Torre.

#### EN EL ORDEN CONTINENTAL

Por la libertad de los presos políticos de Chile y Santo Domingo; por la amnistía para los millares de exiliados bolivianos; por garantías para la oposición en el Uruguay y Perú; por el retorno de Oscar Creydt al Paraguay; y, sobre todo, por la defensa de las víctimas del terrorismo de Getulio Vargas en el Brasil.

#### COMITÉ PRO EXILIADOS Y PRESOS POLÍTICOS DE AMÉRICA

[Lo tomamos de la compilación de Gregorio Bermann, *El difícil tiempo nuevo*, ob. cit., pp. 74-77. Fue dado a conocer en Córdoba, el 30 de abril de 1936.]

## ENJUICIAMIENTO DEL FASCISMO EN AMÉRICA

Hace mucho tiempo que América —la América "nuestra", como diría Rubén, "la que tenía poetas desde los viejos tiempos de Quetzalcohuatl"— debe este homenaje a México. Se lo debe a ese México henchido de resonancias fabulosas, en cuyo seno florecieron civilizaciones maravillosas. Se lo debe a ese pueblo sufrido y artista, de piel y corazón indígenas, que ha conservado su vocación plástica y su aptitud para una rica y germinadora vida común a través de siglos de explotación y servidumbre, tanto bajo el sistema colonial como bajo el señorío de los feudales autóctonos. El mismo problema desde la Colonia hasta nuestros días, el mismo problema cuando esos indios sufridos y artistas, creadores de civilizaciones, irrumpen en 1910, con Madero, para apuntar luego con Zapata el verdadero sentido de esa revolución que todavía pugna y dura por plasmar una nueva sociedad: la que articula en fórmulas jurídicas inequívocas las aspiraciones de justicia y las tradiciones de libertad del continente, cuando el resto de ese mismo continente, orgulloso otrora de su limpia y generosa política internacional, hace abandono de sus claros deberes internacionales y se contenta, cuando más, por pavonear por Europa una doctrina sin glándulas, adornada con esos moñitos cándidos de "no-agresión", mientras el continente queda sumido en la explotación, en la barbarie y en la opresión, cada vez más asfixiante, de las únicas fuerzas capaces de elaborar un derecho internacional humano y acabar con todas las guerras: las fuerzas populares organizadas. Mientras cancilleres inefables elogian a Marx en la alta cátedra de Ginebra y ponen trémolo en la voz para la tragedia de los trabajadores, en las cárceles de estos países el pensamiento marxista gime, y en los parlamentos que esos cancilleres comandan, inspiran o sirven, se elaboran nuevas torturas, y, como en los más siniestros regímenes de la historia, se pretende hacer del pensamiento —¡del pensamiento!— libre, un

delito, lo que es como si establecieran penas porque el hígado segregaba bilis o porque al corazón afluye la sangre.

Mientras los jefes del Estado, celebrando la afirmación triunfal de más poderosa democracia mundial, invitan a los jefes triunfantes a participar en una nueva asamblea de paz continental –cuyas equívocas finalidades no satisfacen a ninguna conciencia verdaderamente amante de la democracia y de la paz–, se persigue a los que la defienden o procuran, se envenenan las fuentes de democracia, se desata la violencia y se motoriza el fraude que está aboliendo las instituciones libres de la República. Y mientras se diserta en Ginebra, académicamente, sobre el principio de “no-reconocimiento” a las conquistas coloniales, el “no-reconocimiento” resulta alarde tan pueril como la “no-agresión”, porque en el primer caso se elude flagrantemente el cumplimiento del pacto internacional que obliga a aplicar sanciones al país imperialista, agresor y conquistador. Burlándose, de tal suerte, abiertamente el deber pactado, verdadero consenso de traición, sin el cual la conquista no se habría realizado. Y en el segundo caso –la “no-agresión”– se viola también la norma jurídica internacional, y la pasividad frente a Etiopía agredida, se torna, en el caso de España –agredida no por otro Estado, sino por moros, mercenarios y bandidos internacionales de una legión africana, por generales insumisos y por frailes demoníacos– se torna, digo, en el caso de España, el principio informador de la norma de no-agresión, en agresión taimada, sistemática, oculta y abierta, a todo lo que signifique cooperación o ayuda al pueblo español y a su gobierno legítimo.

Y así, también, mientras se hace la farsa ante el mundo de haber pacificado a América mediante una nueva técnica, expresiva de una nueva sensibilidad jurídica destinada a propagarse, y se va a Ginebra a registrar una fórmula inocua, se oculta la tremenda realidad: que la paz es un precario *modus vivendi* de los imperialismos rivales que llevaron a la guerra a dos naciones cándidas; *modus vivendi* que sólo ha contemplado los intereses imperialistas extranjeros en pugna.

En toda América se contempla el espectáculo de los nacionalismos exacerbados cuya bandera –en el nuestro más que en ninguno– oculta el contrabando de las más turbias extranjerías. En España los nacionalistas son los enemigos de la nación española: moros, frailes, generales, traidores, mercenarios, “los últimos piratas del Mediterráneo”, señoritos feudales... En el nuestro se jactan de serlo

todos los que, de un modo o de otro, han contribuido a hacer de la Argentina una rica colonia extranjera administrada desde las oficinas del monopolio internacional. Y mientras todo esto pasa, en el confín de la América septentrional se alza ese admirable país mexicano que da, en esta hora de terribles y acaso mortales vacilaciones, un ejemplo claro y maravilloso. No vacila. La norma jurídica es inequívoca. Es clara. Está dada. Hay que obedecerla. Es el ABC de los pactos. Es la seguridad colectiva. Es la tradición –la buena tradición– jurídica de América. Es la justicia. Es la defensa de la cultura. Es la civilización. Y México no vacila ni un minuto. Y es el único pueblo de la tierra –comprendidas, incluso, las democracias más excelsas– que proclama el principio de que negar ayuda abierta y franca al pueblo español es violar una norma jurídica obligatoria y es, a la vez, como traicionar el destino histórico de nuestra civilización. Por eso estamos aquí, esta noche, celebrando con la lealtad y la limpia conducta internacional de México, el sentido de su posición en el mundo y los valores que distinguen su civilización.

En la ciudad de México, mirando hacia el palacio de los virreyes, en la plaza de la Constitución, hay un monumento esculpido en piedra, cuya figura principal representa un fraile católico. Y hay una descripción que dice: “Extranjero, si amas la virtud, detente y venera; éste es Fray Bartolomé de las Casas, padre de los indios”. Y al pie de la leyenda, una fecha: 1925. Simbólica estatua que los revolucionarios mexicanos –en plena contrarrevolución de los “cristeros”– levantan a aquel sabio y noble fraile, quien, frente a la Corona, la Iglesia y a los coloniales de hace siglos, inicia, en verdad, el movimiento de redención del indio mexicano en aquella campaña que le llevó la vida, y que perdura aún, en aquellas palabras memorables: “No habrá salvación para los indios hasta que no les sean devueltas sus tierras”. Éste ha sido el motor de la historia de México y el mensaje que a través de los siglos ha recogido su revolución en marcha. Y en esa marcha, el mayor obstáculo ha sido y es la Iglesia Católica, en pugna viva y ardiente con un Estado que quiere, conforme a la visión de Fray Bartolomé, completar la “salvación” de los indios, devolviendo al pueblo su tierra y salvándolo, incluso, de la propia Iglesia.

La Constitución de 1917 cristaliza una de las etapas de la revolución. En esta fase los intereses materiales y el sistema de dominación clerical sufren rudo golpe. La nueva pugna dura diez

años y hace crisis en lo que se llamó "revolución cristera". Los prelados mexicanos, como ahora los españoles, ensangrentaron el país durante más de un año. Fueron vencidos pero mantienen latente la insurrección. Durante veinticinco años, la revolución en un aspecto en cierto modo negativo ha tenido que ser anticlerical y antiimperialista. Pero su aspecto positivo ha propugnado siempre la redención de los trabajadores —a diferencia del clero que redimía las almas a cambio de quedarse con sus tierras—, por la incorporación de los indios a la civilización y por el reconocimiento y desarrollo de los valores espirituales y culturales del pueblo mexicano, cuya expresión más acabada, en lo interno y plástico, es el pintor Diego Rivera, el más grande artista de nuestra época.

Todos los esfuerzos de la revolución encaminados a elevar a las clases trabajadoras —entre ellos el más coherente, el plan del actual presidente Cárdenas— son presentados, también, como "olas rojas" que barren los campos de México. Y es también la Iglesia —¡fenómeno singular!— la que, apartada de su remoto origen, abierta o calladamente, contraria, hostiga, tiende emboscadas y no vacila en sacrificar, incluso, las más puras conquistas de la civilización, para detener la marcha lenta, pero mundial de los trabajadores, hacia un mundo liberado de la injusticia social. Este fenómeno acontece por igual en Europa y en América. Se lo ve con dramática claridad arder en estos días en los campos y ciudades de España. Se ha identificado lo espiritual con lo temporal, la religión con la política. Y renacen en el mundo occidental aquellos estilos de crueldad que sólo se vieron en las abominables guerras de religión que en siglos pasados empaparon de sangre las tierras de Europa para establecer la hegemonía del pasado. Hoy el Papado no pretende tanto. Pretende sólo salvar este régimen capitalista al cual está adscripto con todas sus potencias. De tal suerte, necesariamente, por haber muerto la raíz espiritual que la sustentó durante siglos, la quiebra del uno arrastrará al otro en su caída. La Iglesia está en el plan demoníaco trazado por las potencias opresoras para evitar la quiebra de lo que ellos llaman "civilización". Los Estados "totalitarios" preparados por una educación militar formidable, de tipo mecánico, y por lo mismo falaz y perecedera, se proponen acabar con el Occidente europeo y torcer el rumbo de la historia. A la Iglesia no le importa colaborar con la media luna y con la svástica pagana.

Los que han hecho del pacifismo una lamentación que se repite cada día ante el muro del miedo, como dice Natoli, han transferido

mado el derecho a la paz, derecho civil, en un ejercicio de demagogia llorona —porque hay una demagogia de paz, como hay una demagogia bélica— frente a la técnica de la intimidación que caracteriza este momento de desesperación de los "regímenes muertos", que aspiran a salvarse dentro de los Estados totalitarios. Esta política lacrimal tiene grave culpa en lo que está pasando. Esos estadistas mediocres extraen argumentos del miedo, viven oscureciendo la realidad. Frente a las torpes y exitosas amenazas levantan los brazos y repiten: "Todo, todo, menos la guerra". El fascismo, con profunda penetración psicológica, y con gran olfato histórico, ha comprendido el apoyo indirecto que le está prestando ese pacifismo pasivo y falso. Con esa técnica ha devorado a Abisinia. Con esa técnica ha impuesto a Europa el pacto de "neutralidad", que es el memorándum de la ayuda fascista a los rebeldes españoles, sin que esa Europa pasiva acabe por entender, de una vez, que ésta es una de las formas que asume una guerra internacional ya declarada y localizada en el territorio español. ¡Todo, menos la guerra! ¡Y la guerra está ya! O estará luego, aquí, con el auxilio del miedo de que los unos terminen con los otros. La política de "aguantar", y de diferir empíricamente, es mortal. En Europa, desde la guerra hasta hoy está sucediendo algo trascendental: la revolución, la verdadera revolución ha perdido velocidad, y la contrarrevolución fascista, ha adquirido, en cambio, una velocidad y una capacidad de acción extraordinarias. Aquéllos no se salen de las fórmulas doctrinarias, inmóviles y mesiánicas. Estos movimientos que se llaman "fascistas" basan toda su política en la "acción". Hay quienes estarían dispuestos a dejar que se hundiera un país para que el artículo de un reglamento o el punto de un programa de partido no fueran violados. ¡Y toda Europa arde, violada y masacrada!

Frente al bloque Berlín-Roma, por ejemplo, se asustan y vuelven a decir: "¡Todo, menos la guerra!". Los regímenes de dictadura se unen, se prestan auxilios fatales y necesarios. Pero la falta de solidaridad en el peligro común señala la división y la impotencia de los países que se llaman democráticos. Y todo ello, a pesar de los antagonismos inconciliables que laten en la entraña de cada uno de los regímenes dictatoriales.

Todos los intentos de la vieja diplomacia para cambiar el cauce y el curso hondo de la historia son inútiles. Los del empirismo fascista, al amenazar con bloques y alianzas militares para asustar a los pacifistas del "todo, menos la guerra", no pasarían

de ser manifestaciones inútiles, si la Europa "no fascista" tuviera diplomacia y gobiernos que pensarán con claridad y celeridad. La Sociedad de las Naciones podía haber recogido y organizado provisoriamente el buen sentido de los pueblos. Era, precisamente ése, el comienzo de una solución racional a problemas que tienen siglos de existencia. Sólo la Sociedad de las Naciones podía, en la actual "circunstancia" europea, resolver con mayor o menor posibilidad de vigencia, el problema europeo. El fascismo ha comprendido oscuramente que su tarea más urgente es la de debilitar la institución ginebrina. La traición de los mediocres diplomáticos ingleses y franceses que actúan en el sistema de Ginebra, desde la desaparición de Rathou, ha permitido, en parte, la realización del plan; ¡en parte! Un esfuerzo, sólo un esfuerzo, una voluntad de acción, puede salvar no sólo a la Sociedad de las Naciones sino a Europa del peligro de guerra inmediata. O de que se extienda y formalice la guerra internacional, desencadenada ya en España. ¡Es necesario para eso que cesen los llantos en el muro europeo de las lamentaciones, que Europa termine, para bien de la civilización, con este chantaje colosal, y diga "no", ¡un no rotundo, cortante, duro, decisivo! Todavía se está a tiempo. En caso contrario, nadie podrá impedir que la guerra se extienda, y llegue a todas partes, precisamente, por no querer que llegue. Por eso es menester que nos pongamos en guardia frente al próximo Congreso de la Paz en Buenos Aires. Por ahora, Washington no ofrece más garantías que Ginebra. Y se trata —esto es lo importante—, no de la seguridad colectiva de América, sino de la "seguridad colectiva" de todos los hombres que viven, crean, sufren, en el clima de nuestra civilización.

Centrado en las más patéticas esperanzas y en las más hondas angustias del hombre contemporáneo —dice Fernando de los Ríos—, renace, en nuestros días, con fuerza sólo comparable a la que tuvo en el tránsito del mundo antiguo al mundo cristiano, el impulso hacia un tipo de ordenación histórica donde domina la preocupación por lo que pudiéramos llamar condenación de un orden injusto y apremios inexorables para que lo injusto desaparezca y tenga lugar un acto de salvación histórica. Hoy, en estos instantes de crisis de nuestra cultura —como en todos los momentos en que la historia ha hecho crisis de una manera fundamental— el problema que a los hombres angustia es un "problema de tipo religioso". Por eso, los libros de los Profetas, la lectura de la Epístola primera de San Pablo, el primer bolchevique de Occiden-

te, dirigida a los Corintios, ese San Pablo a quien hoy perseguirían como agitador profesional o como enemigo del orden social los agentes de la justicia social que forma el subtentáculo emocional de comprender, en lo hondo, este momento que nos toca vivir.

Impregnada de esencias religiosas está esa creencia fervorosa de las masas humanas contemporáneas en ese más allá de la justicia social que forma el subtentáculo emocional de la conciencia colectiva. Estamos presenciando, como en toda crisis histórica, entre ilusorias derrotas o entre esperanzas falaces, una apelación impresionante, no sólo a las fuerzas externas, sino principalmente, a las fuerzas internas y espirituales. Lo mismo que en la época de aparición del cristianismo primitivo el *leit motiv* de la conciencia colectiva lo forma esta ambición suprema: ¡redención! Lo que hoy domina la conciencia civil en toda el área de la cultura occidental —incluyendo a América, a pesar de su autoctonismo deformante, abisal y pintoresco— es la apelación de los hombres hacia aquella aspiración que ha movilizó a todas las grandes masas históricas. ¡Que la idea se haga carne! ¿Para qué? En el fondo, para aquello que nombran también las grandes masas: ¡redención!

Redención y encarnación. Raíces de mitos y héroes. Principios absolutos, raíces de lo religioso, atar, unir, combate, lucha personal por realizar lo absoluto, por encarnar lo pleno, por hacer perfecto lo imperfecto. Temática y Patética de la historia de nuestro tiempo que nos dan la sensación de que el mundo está en el trance dramático de dar nacimiento a nuestras formas vitales que necesitan surgir para satisfacer las ansias en que todos estamos presos. Y esas nuevas formas no pueden ser sino colectivas, estatales, de tipo políticosocial. "Estas nuevas formas que pugnan por nacer bajo la presión de la conciencia colectiva tocadas de un sentido redencionista, nos muestran", dice el mismo Fernando de los Ríos, "que no tenemos los pies firmes a la tierra de hoy, sino que nos asentamos en el mañana incierto, en los afanes, en lo que queremos que advenga, en lo que queremos que sea hoy pero en visión de futuro. Nuestros pies están sobre la tierra movediza de una ilusión, de un mañana".

El dramatismo de la época que vivimos se alimenta, en rigor, de esas raíces. La instancia concreta y apremiante para que satisfaga esas ansias va dirigida al Estado. Las masas piden ahora al Estado lo que las religiones le escamotearon. En casi todas las culturas se ha pasado por estas épocas redencionistas, por estos trances

de paroxismo y de colosal esperanza de solución del problema humano.

Pero, ninguna como la nuestra. "El problema", observa De los Ríos, "tiene una inmensa dimensión histórica y cualesquiera que sea la solución que el Estado dé a lo que se le demanda, nos hallamos, inevitablemente, ante nuevas formas históricas. La necesidad de nuevas ordenaciones –para cualquier solución– se hace ya patente en la contienda de cualquier hombre. Y las urgencias apuntan, todas, al Estado. Ha de crear éste nuevas formas jurídico-políticas. Y si no lo intenta, o si al intentarlo fracasa, habrá un "deshielo emocional", un "colapso de la fe", un incalculable hundimiento histórico. Mientras tanto, una inmensa ilusión colectiva carga de eléctrica confianza el aire que respiramos. El alma del hombre se pone tensa y propicia a toda suerte de ilusiones. Y en ese clima psicológico, florecen otra vez los mitos y los héroes. Y entre ellos, los mitos y los héroes del Estado "totalitario", Hitler, Mussolini... Como en ninguna época las grandes masas humanas parecen confiarse a los grandes conductores. Estamos de nuevo en otro siglo. Y ascienden los héroes en un cielo constelado de metralla, mitad dioses y mitad hombres. Y el mito resurge como la floración maravillosa de la emoción. ¡Mitos y héroes! El alma colectiva está ahora alumbrada de mitos y de héroes. Y volvemos a sentir ráfagas espectrales del mundo antiguo, de cuando se sentían parecidas angustias que ya no comprende ni acoge la racionalidad católica. Y volvemos a pensar en las Epístolas de San Pablo. Ahora, como entonces, hombres harapientos y de mala facha, el verbo encendido –tocados por gracias claras y misteriosas del sentimiento de la inteligencia, que brilla, fina, entre los harapos, más fina que bajo las togas orgullosas–, dicen su verdad en la plaza pública. Y ahora, como entonces, vuelve –si algo vuelve– "la locura a parecer razón, y lo razonable la sinrazón".

[Lo reproducimos de la compilación de Gregorio Bermann, *El difícil tiempo*, ob. cit., pp. 209-217. Corresponde a fines de 1936, en ocasión del apoyo mexicano de Lázaro Cárdenas a la España republicana.]

## EL IMPERIALISMO "INVISIBLE"

La palabra Imperialismo tiene denominaciones equívocas. La más corriente expresa en su contenido una deformación de la actividad nacional, artificialmente provocada y sostenida por la fuerza. Supone una desviación morbosa y condenable. Procuremos caracterizar esa propensión genérica del Imperialismo.

Sin duda que en todas las épocas hubo imperialismo, imperialismo interpretado como tendencia expansiva. Es el perfil imperialista de los pueblos conquistadores. Pero la política expansiva imperialista– de los tiempos actuales no puede ser identificada con aquellas lejanas actividades históricas. El imperialismo de otros tiempos podía denominarse imperialismo del kilómetro cuadrado, la expansión por la expansión, la extensión territorial sobre todo realizada al calor de circunstancias propicias. Es el tipo de imperialismo ofrecido por Turquía en su época conquistadora. A esa actividad hasta cierto punto deportiva, le dio un carácter fatalmente inestable la ausencia, propiamente, de necesidad. Era un imperialismo a priori. Más de impulsión que de repercusión. Consistía en dilatar sistemáticamente las fronteras de un Estado a base de actividades bélicas. Y éste era un problema insoluble. Su desenlace fue siempre el desplome de aquello que se realizó a impulso de coacciones irreflexivas e inmotivadas. Pero el verdadero imperialismo, el imperialismo de los tiempos actuales, es un imperialismo invisible que casi no necesita de expansiones territoriales, que casi no emplea ejércitos ni armadas, pero que hunde su garras en la entraña vital de los pueblos y cuya actividad podría ser definida como una creciente.

A diferencia del imperialismo del mundo antiguo es más bien un desenlace que proviene de una necesidad de expansión más comercial que territorial, más económica que política, y que precisa para su realización la preexistencia de una serie de circunstancias. Si éstas concurren, la actividad imperialista aparecerá.

De otra suerte constituirá una imposibilidad. Dicho en otros términos: nace el imperialismo a pesar de la voluntad adversa de quien lo realiza. Hay en la historia contemporánea un ejemplo característico: la formación del imperio alemán. Bismarck había convertido a la Germania atomizada en una nación coherente. La realizó a través del hierro y del fuego mediante dos guerras victoriosas: una frente a Austria –eliminadora–, otra frente a Francia –aglutinadora–. Después de 1870 no se ha dado en la historia un caso tan acusado de propensión a retener lo adquirido. No leo el correo de Constantinopla –decía Bismarck–. “La cuestión de Oriente no vale los huesos de un granadero de la Pomerania.” Nada de expansiones territoriales; conservar, retener, nunca ampliar. A esa política quietista se aferró Bismarck con toda la fuerza de su voluntad inflexible, con todo el peso de su autoridad. Y a pesar de ello, Bismarck es eliminado de la vida política del naciente imperio alemán. Y con él surge Guillermo II dispuesto a realizar una política mundial que por cierto no era una concepción personal sino obra de las nuevas circunstancias. A la Alemania de Bismarck, opuesta a las expansiones territoriales, sucede la Alemania de la *Mitteleuropa*, la Alemania mística del Pangermanismo, la que aspira a unir los extremos de un dilatado imperio que va desde Hamburgo hasta Koweit, en el Golfo Pérsico, en donde muere el Ferrocarril de Bagdad, columna vertebral del imperialismo teutón que inaugura una política de expansión en Asia, en África, y del que no se puede prescindir en todo problema de política mundial. ¿Qué había pasado? Habíase producido uno de esos fenómenos típicos del capitalismo. Alemania había empezado a sufrir una especie de extravasación industrial. Después del 70 coinciden los intereses de dos Alemanijs que después han de estar en pugna: agrarios e industriales. A los años de optimismo suceden años de miseria. Se forma en torno suyo la coraza proteccionista y sigue el ejemplo dado por otros países. Alemania en aquel recogimiento se engrandece. Asiste al incremento de su producción industrial que se realiza en términos insospechados. No le basta su mercado interior. Tiene necesidad de buscar salida al exceso de producción y por eso inaugura su política mundial. Y a pesar de Bismarck –que es eliminado violentamente– Alemania realiza su política imperialista que ha de epilogar en 1918, vencida por sus rivales: Inglaterra y Estados Unidos. Los países supercapitalizados empiezan a buscar afanosos por el mundo tierras para sus ciudadanos, primeras materias para su industria, alimentos

para su población, mercados donde colocar el exceso de producción. Y el mundo colonial –fenómeno imperialista– se vuelve escenario de luchas gigantescas, unas veces cruentas y otras incruentas. Y ocurre que se inaugura una nueva táctica: algunos pueblos industrialmente poderosos llegaron al período de su engrandecimiento cuando el mundo colonial estaba ya repartido. Ante la dificultad o la imposibilidad de arrancar por la violencia lo que otros ya poseían, han apelado a un procedimiento simbólico: el sistema de la “puerta abierta”, aplicado a territorios no sometidos exclusivamente a una soberanía extraña o a esos territorios escurridizos que tan pronto se someten o escapan a la hegemonía de otro país según sea el estado de la lucha imperialista mundial. Así se procedió con China y así se procedió con Marruecos. Y por esta ruta ha marchado más holgadamente que cualquier otro país Estados Unidos de Norteamérica. Va, pues, indicado que actualmente a los pueblos les interesa más que la posesión material de territorios, la expansión desde el punto de vista comercial. Por eso el imperialismo es oneroso para los imperialistas a priori y lucrativo para los imperialistas a posteriori. Aquéllos soportan los gastos de ocupación; éstos retiran los beneficios. De esta clase de imperialismo invisible –del cual fueron maestros los ingleses y aprovechados discípulos los norteamericanos– es del que quisiéramos ahora, en pocas palabras, hablar porque es el que más cerca nos toca, el que nos envuelve con sus lazos invisibles, el que carga y hace cada vez más letal la atmósfera que respiramos.

Tres elementos clásicos han constituido la esencia del imperialismo: propensión a la dilatación territorial, lo cual exige que la política exterior se anteponga a las preocupaciones domésticas; inclinación providencialista basada en los supuestos destinos de una raza que se exalta y se presenta como llamada a actuar en el mundo por superposición; sostenimiento de un ejército cuantioso y permanente, instrumento adecuado para realizar esos propósitos de dilatación territorial. Pero ya sabemos que estas tres notas psicológicas se presentan enlazadas en el ceñido sistema de rivalidades a que tan dados fueron los europeos en la anteguerra. Esas realizaciones imperialistas con manifestaciones en el orden territorial –siquiera lo principal sea de índole económico-comercial– no suelen pasar desapercibidas. Por eso se destacan y citan con tanta frecuencia. Pero no acontece lo propio con ciertas actividades que se vinculan a lo que se ha llamado “imperialismo invisible”, más trascendente y más peligroso que el anterior, y que se refieren a la

esencia de la política exterior norteamericana. Y con ello queremos referirnos a una de sus expresiones más características, en donde luce toda su técnica de expansión y sojuzgamiento mundial el capitalismo de Estados Unidos: al imperialismo petrolífero.

La guerra europea –decía un diplomático inglés– ha servido para evidenciar el triunfo del camión sobre la locomotora; el desplazamiento del carbón y la hegemonía del petróleo. Lord Curzon afirmaba en 1918: “Los aliados han sido arrastrados a la victoria por olas de petróleo”. “El país que posea la supremacía petrolífera”, decía Elliot Alves, “tendrá en sus manos el comercio del mundo. Ejército, marina, dinero, población numerosa, etc., equivaldrá a la impotencia si el petróleo falta”. Dentro de nuestra estructura capitalista, poseer el imperio del petróleo equivale a conquistar el imperio del mundo: dominio de los mares por el mazout, dominio de los aires con las esencias ligeras aplicadas a las aeronaves, dominio de los continentes por las naftas. Así se explica por qué los países que aspiran a realizaciones mundiales encaminan sus esfuerzos a la conquista del petróleo. Los Estados Unidos estaban en condiciones excepcionales. Dentro de sus fronteras poseían yacimientos enormes. Esa situación privilegiada hizo pensar en la inagotabilidad de las reservas yanquis. Mientras los norteamericanos dormían, Inglaterra –más previsora– de un modo silencioso fue apropiándose de los yacimientos diseminados sobre la tierra. Los Estados Unidos, un poco tardíamente, se dieron cuenta de que sus pozos no eran inagotables. Los geólogos han señalado el año de 1934 como una fecha trágica: la del agotamiento de los yacimientos petrolíferos yanquis. Estados Unidos no podía esperar filosóficamente ese advenimiento fatal. Y procuró recuperar el tiempo perdido. Y se inició la lucha más encarnizada y dramática del siglo, para privar a Inglaterra del monopolio virtual alcanzado con tanta constancia como inteligencia. Y es en la América de origen español donde esa concurrencia adquiere hasta en nuestros días mayor agudización. México, Colombia, Venezuela, Costa Rica, Isla Trinidad, Bahía (en el Brasil), Ecuador, Bolivia, Argentina, tienen su entraña empapada de petróleo y sin término pueden abastecer al mundo. Con el control del Canal de Panamá el imperialismo yanqui había dado un paso de coloso. Los buques mercantes que zarpan de Nueva York con rumbo a San Francisco, con la estela trazada van dibujando en el mar la frontera potencial de la poderosa república. Entonces, aparte de la riqueza que entrañan aquellos yacimientos

–algunos de ellos, los situados en las inmediaciones del canal tienen para los Estados Unidos un valor inmenso, como base de aprovisionamiento en las inmediaciones de la vía interoceánica. Fue entonces cuando la doctrina Monroe –esa vieja y perfecta ganzáa internacional– permitió a los norteamericanos escapar por la trastienda de Versalles; fue entonces cuando esa doctrina se enriqueció con nuevas interpretaciones y nuevos avances y permitió que el Mar Caribe fuera extendiéndose poco a poco y los hipócritas mensajeros de Monroe llegaran hasta las mismas márgenes del Plata. La mayor parte de los acontecimientos políticos y económicos de la América latina en los últimos años no son más que resonancias de la lucha formidable y silenciosa agudizada en ella entre los dos grandes imperialismos que se disputan la hegemonía del mundo: el norteamericano y el inglés, personificados por Rockefeller y Pearson. Su influencia se proyecta solapada y acentuadamente sobre los movimientos revolucionarios, sobre las exasperaciones dictatoriales, sobre las menudas y artificiales disputas internacionales que periódicamente recorren como un temblor espasmódico las vértebras de la América nuestra. Uno de los avatares de la doctrina de Monroe lo expresan ya sus voceros más caracterizados ante la lenta infiltración de los petroleros ingleses y en Washington comienza ya a insinuarse que la doctrina de Monroe se opone igualmente a la concesión de yacimientos petrolíferos situados en América, realizada en beneficio de naciones no americanas. Y simultáneamente se abre generosa la espita del capital yanqui y éste se derrama espléndidamente sobre todos los países americanos de habla española –principalmente sobre los que poseen yacimientos petrolíferos– y de pronto los ferrocarriles, las minas, las empresas de transportes, las industrias madres y aun los grandes servicios públicos son absorbidos por el capital yanqui que con un avance incontrarrestable se apodera de la dirección y control de nuestra economía –sin necesidad de anexionarnos territorialmente– y desaloja de sus posiciones al capital inglés. A esa política dirigida desde el Departamento de Estado de Washington responde la inusitada confianza que inspiramos para la colocación de empréstitos y la facilidad con que se adquieren por su doble valor las industrias rectoras de nuestra economía. Y son éstos los tentáculos del imperialismo invisible, los que empiezan a apretar nuestros miembros y restar autonomía a nuestros movimientos. Los tentáculos de esa plutocracia omnipotente obstinada en considerar a

la América hispana como feudo remunerador. A eso llaman algunos panamericanismo. No es lo peor que así lo denominen. Lo lamentable es que lo exalten como fuerza creadora y hasta como elemento aglutinador de América. Y más lamentable es todavía que los ingenuos panegiristas de ese sistema proletarizador no sean siempre los imperialistas norteamericanos.

Toda la civilización europea vacila sobre una cruel contradicción. Hospitales y torpedos, cristianismo e imperialismo, ejércitos ultimados para la destrucción irreparable y conferencias donde se canta la paz mientras en otros sectores se prepara fríamente la guerra. Europa reincide en sus errores. Europa encarna la organización que aplasta la libertad y asfixia al mundo. Europa es el gran obstáculo para la unidad espiritual del mundo. Por eso en sus mejores espíritus cunde el pesimismo y buscan oscuramente en el alejamiento de Occidente la claridad y la purificación del dolor. Pero por un lado está el Oriente lento, dormido en los humos de su quietud milenaria, obstinado en rendir su totalidad a una actividad trascendente; por el otro lado, están las dos Américas, la juventud del mundo, las hijas de Europa. Y han heredado casi todos sus males. En una de ellas persiste y se depura y se magnifica la organización gigantesca para perjudicar a otro, para privarle hasta de respirar, para extraer de él la riqueza; sistema heredado que no podrá durar y que por su peso aplastante, por su enorme costo, por sus efectos mortíferos sobre la humanidad viviente, será la muerte de la libertad y la máquina que devora a quienes la alimentan. Persiste en ella la apetencia de la cantidad, la autofagia que se incrementa en la proporción en que es satisfecha. Se enraizan cada vez más en ella los prejuicios nacionales que han ahogado en sangre la libertad de Europa y dado forma a una razón providencialista. Y el apetito imperialista cobra nueva vida en esas raíces, a pesar de la enorme fuerza que opone a su materialismo mortífero un vasto sector de la vida americana. En la otra América niña, los mismos males se acusan atenuados, pero se acusan, y se manifiestan a veces en forma de exaltación morbosa, no habiendo para ello la excusa de rivalidades centenarias que predeterminan su nacimiento. Y los americanos debemos pensar más en América interpretada como unidad ideal y menos en atizar sus querellas intestinas, intercontinentales, que nuestra civilización se asienta sobre las bases de la cooperación social y de una integral justicia humana y no sobre la explotación del hombre por el hombre, por la máquina y para

la máquina. El problema inmediato que afecta al porvenir de los pueblos latinoamericanos, el peligro invisible que los circunda, es el de esa avasalladora corriente imperialista que ha de enturbiar el sentido de su civilización. Esa corriente cruza por todas las latitudes y como sucede en el África de nuestro amigo, bestializa, esclaviza y aísla continentes enteros. Y hay que reaccionar contra todas las formas del imperialismo, contra las apetencias propias y las extrañas, en una lucha y en un celo vigilante de todos los días. Debemos cobrar conciencia de los peligros que nos rodean. Y para ello es necesario perseguir otra estructura nacional que mate el parasitismo de las clases y otra estructura internacional que permita construir un mundo de nacionalidades libres e interdependientes. El reinado de la fuerza, el imperio de la materia, la alegría de unos pocos sobre el dolor de los demás, es en el estado de la conciencia del mundo una cosa necesariamente transitoria, porque lleva en sus entrañas los gérmenes de una insoslayable destrucción. Construir ha sido el grito de angustia de todos los hombres, el ideal normativo de todos los siglos; construir para que la vida se dulcifique y se humanice, para que una emoción fraterna funde y solidarice las conciencias. Pero no basta mirar con emoción hacia la lejanía, ni sentir en lo íntimo del alma la tragedia de un mundo que se desgarrar. Es necesario espolear las conciencias, hacer la luz sobre lo que nos circunda y amenaza. Es por eso que la Liga Antiimperialista, al vulgarizar estos problemas, al proyectar claridad sobre ellos y al poner en descubierto en beneficio de los reducidos todas las miserias de una política internacional sostenida por los menos, realiza una obra necesaria. Nosotros creemos profundamente que el esfuerzo de América ha de pesar gravemente en el destino del mundo, en el curso de la civilización y de que aún estamos a tiempo de salvar el tesoro que malgasta nuestra aturdida juventud.

A nuestros hermanos del África, representados aquí por este generoso muchacho, que luchan por parejos ideales, a nuestros hermanos que en la lejanía del Atlas perfilan con mano temblorosa su destino y el destino del mundo, vayan con estas palabras de fe inquebrantable, nuestra ancha y cordial simpatía.

[Lo tomamos del original mecanografiado (Archivo Cristina Roca). Fue publicado en la compilación de Gregorio Bermann, *El difícil tiempo nuevo*, ob. cit., pp. 177-183. Corresponde a 1925, año en que pronuncia este discurso en un acto de la Liga Antiimperialista ante la visita del marroquí Abd El Krim a Córdoba.]

## INDEPENDENCIA O DOMINIO

Cuando Inglaterra, con cautela infinita, por medio de la famosa comisión Simon, preparaba, vacilando aún, el "Estatuto del Dominio", los hindúes acaban de dar un paso insurreccional. La nueva fase que asume el problema de la India va a derrumbar, a corto plazo, al gobierno laborista de Mr. MacDonald, cuyas carpetas se están poniendo cada vez más "amarillas". El gobierno laborista no desea forzar la marcha de los acontecimientos en lo tocante a la reforma política. Cuando el Virrey se refería hace poco a las conclusiones de la comisión Simon y al otorgamiento del Estatuto de Dominio, éste aparecía como en una perspectiva lejana. Lo consideraba como el término natural y fatal de la evolución en el régimen autonómico de la India. Los acontecimientos actuales parecen señalar un error de perspectiva. Sin embargo, no lo creemos así.

Pero lo que parece agitar ahora a la India es una vehemente voluntad de independencia, no de autonomía dominial. Ésta, desde los días de la guerra, estaba prometida ya. Inglaterra preparaba el cumplimiento de su promesa. La India, de colonia, pasaría, con el tiempo, a ser miembro libre en la confederación de naciones británicas.

"Dominio", según la definición de la última conferencia imperial, es cosa distinta de lo que sugiere la literalidad de la palabra "Dominion". Expresa el estado jurídico de las naciones libres e iguales que forman estrictamente el "imperio", o sea, la "Commonwealth" británica. De derecho no existe metrópoli. Tienen representantes diplomáticos propios. Figuran como miembros de la sociedad de naciones. Presentan todos los atributos privativos del Estado moderno: Parlamento, Gobierno propio, Administración, Ejército. Con su estatuto de los dominios, el sistema colonial inglés ha llegado en su evolución a su última consecuencia, a conciliar lo que parecía imposible: la independencia con la unión voluntaria.

El vasto imperio inglés —el más grande y afortunado que haya conocido la historia— no se compone sólo de esa asociación de

naciones libres. No hay un solo sistema. Es un mosaico, un muestrario variado de sistemas coloniales que van desde el mando del gobernador de la colonia —con un breve régimen municipal en las plazas fuertes— hasta una sucesión de matices y grados autonómicos o de gobierno propio. Algunas empezaron por colonias penitenciarias. Ese variado sistema no responde a concepciones teóricas. El inglés tiene un sentido realista más sagaz que el romano, su maestro. Esa variedad corresponde a realidades comarcales. La India ocupa, empero, un lugar aparte por su vastedad demográfica y territorial. Ha constituido el núcleo de la grandeza colonial de Inglaterra. Es por sí sola un imperio. Su existencia como colonia, casi milagrosa, certifica sólo la magnífica aptitud inglesa. Es que tampoco la India es en realidad una nación. Es sólo un conglomerado de pueblos y de religiones. También de épocas o fases sociales de desarrollo histórico. La civilización occidental apenas ha rozado su piel milenaria. Junto a las infiltraciones occidentales subsisten instituciones como las castas, antiguas como Buda, linderas a los mitos. También, viejas supersticiones sanguinarias. Junto a los vastos territorios —los más prósperos— gobernados por el órgano de la administración virreinal, en donde goza de cierta autonomía y participación de los naturales, existen los *native states*, regidos por los principios indios feudatarios de la corona de Inglaterra, supervigilados por un residente inglés. Sólo el andamiaje colonial inglés ha podido sostener este conglomerado inmenso.

La India carece de la educación política que reclama el régimen de los Dominios. Esas instituciones son casi inadaptables al estado actual de este confuso país. La gran masa de la población está incapacitada, siquiera para la parodia del gobierno propio. La diferencia entre un hombre del pueblo de la India y un hombre del pueblo de Europa consiste en que este último respira desde hace siglos un aire cada vez más cargado de Política y de Derecho. Es su atmósfera. Y su fuerza. Los "Vedas", el "Código de Manú", los sistemas indios de filosofía, el "Ramayana", el "Mahabarata", las comedias de Sakuntala, son maravillosas ejecutorias de cultura antigua, pero nada tienen que ver con la civilización "política" en torno de la cual ha girado y se ha engrandecido Europa. El drama europeo ha sido un drama de esencia política. Y la ciudad ha sido la suprema conquista del europeo.

El drama asiático es de esencia religiosa. La suprema conquista del asiático es la vida trascendente. Sus monumentos mayores: los códigos religiosos.

La civilización política falta en la India y apenas si se la comprende. Sin la presencia de los ingleses los episodios de lucha religiosa entre musulmanes y brahmanistas rematarían en enormes guerras civiles. Las castas –que subsisten en casi toda su pureza– y la enorme variedad de estados de cultura –aparte de la profunda tendencia contemplativa y mística del indio– crean, de momento, graves e insuperables obstáculos para la constitución de un Estado viable, de tipo aproximadamente europeo, como parecen propugnarlo los jefes del partido revolucionario.

Pero lo grave de la situación actual es que se encrespan en un mismo cauce la ambición juvenil de independencia política de una minoría inteligente que ha asimilado la civilización occidental y el odio profundo de las masas hacia el “hombre impuro” –el europeo, el dominador inglés– a quien el indio considera como un ser inferior. Se humilla ante él, pero lo desprecia y lo odia, seguramente con razón, pero todavía sin eficacia. Los primeros han asimilado lo externo de la civilización y sueñan –no todos– con la europeización de la India. Los segundos pugnan por salvar la actitud milenaria de la raza en un mundo caldeado ya por malsanas y devoradoras pasiones. Esas fuerzas, así juntas, se irán encrespando hasta llegar al cataclismo, que puede no ser tan remoto como esperaba MacDonald y como piensan los viejos colonistas.

Lo cierto es que la exaltación del espíritu público en la India rebasa los límites dentro de los cuales quiso encerrarlo el generoso sueño de Mahatma Gandhi. La amenaza crece. Como en ninguna otra ocasión, Inglaterra se inquieta y teme por el porvenir de su imperio, cercado de amenazas. La independencia, con parecer lejano y hasta imposible, por las condiciones ya apuntadas inquieta a los discípulos de Disraeli. La misma concesión inmediata del régimen de Dominio parece –a los más– un salto en las tinieblas. Mientras navegan entre estos escollos, los estadistas ingleses siguen estudiando soluciones intermedias, otorgando concesiones paralelas que dilatan el choque inevitable. ¿Pasará esta tormenta? Creemos que sí. Los pilotos son todavía hábiles. Pero no ha de tardar mucho sin que se desprenda este gran florón de la gastada corona de Inglaterra. Creo que asistimos al ocaso de la más grande creación colonial, imperial, que conocieron los tiempos.

[Lo tomamos del original mecanografiado (Archivo Cristina Roca). Fue escrito el 1 de enero de 1930.]

## SANDINO Y EL IMPERIALISMO

El problema del imperialismo capitalista –representado ejemplarmente por los Estados Unidos– es un problema mundial. Se desliza a su sombra la angustia de nuestra época. El reacomodo pacífico de los hombres en el mundo –pasada la Gran Guerra tropieza con él. La misma guerra ha afirmado la fuerza omnipotente del imperialismo capitalista. Pero el desequilibrio industrial, la crisis económica –característica de la época– contiene el germen de la lucha formidable. La inteligencia política de las naciones gira en torno a esa crisis. Y busca ciega su remedio multiplicando las causas del mal originario. Se busca el bienestar de las naciones en la explotación fácil de las riquezas y en la abundancia de los mercados. El capitalismo de la “posguerra” acusa una tendencia orgánica, indomable, hacia la especulación. Por consiguiente: o infla los valores en las bolsas o se lanza vorazmente sobre las riquezas de los pueblos débiles. Son las dos maneras típicas del imperialismo económico. Demostración de los excesos a donde puede conducir la primera, fue el último terremoto económico de Wall Street, que trastornó las finanzas mundiales. Demostración de la segunda es esa insaciable e impresionante ambición de ganancia –característica, en realidad, de todas las fuerzas nuevas de la historia– con que el capitalismo joven se ha lanzado a la conquista del mundo económico. Las formas de conquista difieren de las clásicas. Cuando el capitalismo de mediados del siglo pasado –época en que nació el colonialismo y en que Europa decidió repartirse el mundo– se lanzaba a la conquista económica de un pueblo, se conducía, sin muchas diferencias, como un conquistador de la Edad Media. Se justificaba con su propia fuerza y con su propia voluntad de conquista. El pueblo atacado y vencido pasaba, de inmediato, a sufrir las miserias y quebrantos de la servidumbre. Hoy ocurre lo contrario. El pueblo atacado y vencido, prospera. Una ola de ventura económica lo invade. Una

atmósfera de optimismo lo envuelve, de pronto. Todos los valores entran en una impetuosa corriente comercial. El bienestar material toca a los extramuros del pueblo invadido. Asfalto en las calles. Carreteras. Casas altas, limpias. Confort. Teléfonos, automóviles, cinematógrafos, fuerza motriz, magia de la luz. Pero, la historia es como la vida: una corriente subterránea. Por debajo penetran las garras del monstruo luciente. A la sombra de esa repentina prosperidad crecen las deudas. Las hipotecas de las riquezas naturales del país, la lenta subordinación económica, el vasallaje financiero, la subordinación internacional, son las rejas de esa cárcel dorada. No hace falta –sólo en determinadas circunstancias y transitoriamente– dar una forma política a la dominación del imperialismo económico.

Pero en el fondo oscuro del bienestar presente, se incuba la redención. La protesta, la rebeldía. Cuanto más tarda, más intensa. Sólo por ahí apunta el signo del porvenir. Toda la América latina –pero especialmente la central y la antillana– es pasto del joven y voraz imperialismo de los Estados Unidos. Y el fenómeno más aparente es la letal prosperidad económica de esos pequeños países. Algunos –Nicaragua, entre ellos– han resistido con las armas la penetración pacífica y próspera. Las circunstancias particulares de Nicaragua han colocado a Sandino –bandera de esa resistencia– en una actitud anticipada del porvenir. Su mayor merecimiento es haber comprendido, obstinada, intransigente mente, la dirección de los acontecimientos y el sentido remoto de la fácil prosperidad de su país. Probablemente, ni la propaganda que ahora realiza en el contorno americano, ni sus campañas futuras, lograrán contener el impulso imperialista de los Estados Unidos. Pero la verdadera significación histórica de su gesta heroica consiste en su consciente impavidez para anticipar hoy la lucha cierta del futuro.

Sandino descansa ahora de sus actitudes guerreras y ha cambiado la trinchera de los altos picachos andinos por la fugitiva tribuna del conferencista. Sandino no era sólo un patriota a la manera romántica, uno de los tantos “héroes” de que ha sido tan pródiga la tierra hispanoparlante. Capitán en las avanzadas del hasta ahora confuso antiimperialismo, era y es un “visionario”. Anacrónico en su propio país. El nicaragüense de hoy es su mayor enemigo. La tarea que la rudeza y la conciencia de estos tiempos pudo permitirle es la que ahora ejercita: “propagandista”. Fue guerrillero –admirable guerrillero– pero, a juicio de sus coterra-

neos, por equivocación, por lamentable equivocación. Su gesta, en vez de conmover, irritaba o hacía reír. En Nicaragua y en casi todo el trópico sojuzgado, era un sainete. Pero para los países más lejanos, para los que están menos absorbidos por la influencia mortífera de los Estados Unidos, su figura y su tarea tienen el valor de un símbolo, de un símbolo de futuro. Es el que no se corrompe. Tampoco defiende a Nicaragua para los nicaragüenses. La defiende para la vida y para la humanidad. Poco a poco, según avancen los días, su perfil histórico irá trascendiendo de las selvas nicaragüenses, del continente americano, de la órbita local a la amplitud del mundo.

[Lo reproducimos de la compilación de Gregorio Bermann, *El difícil tiempo nuevo*, ob. cit., pp. 193-195. Corresponde a 1930.]

## “SANGRE EN EL TRÓPICO”

A pesar de la aparatosa repatriación de marineros yanquis y de solemnes declaraciones en el Congreso norteamericano, sigue encendida en Nicaragua la guerra emancipadora. Norteamérica no afloja su garra. Hay todavía *sangre en el trópico*. La bella, fuerte y áspera novela de Hernán Robledo tiene trágica actualidad. Todavía están los yanquis en el litoral nicaragüense del Pacífico. No se irán hasta que no construyan su canal. Y entonces no se irán nunca. Toman tierra en la ancha bahía. Al fondo está la ciudad cándida, con sus casas de colores brillantes, abiertas y hospitalarias. Transportes colosales vierten su cargamento humano y su material de guerra. Hombres altos, vestidos de caqui, impecables oficiales rubios. De los uniformes se destacan las letras reveladoras: U.S.M.C. (United States Marine Corps.). Los sombreros de fieltro ostentan el águila de oscuro metal. Son los fusileros del almirante Latimer. Los que buscarán a Sandino en los picachos inaccesibles de Segovia. En el corazón del país, está Managua, dormida bajo la sumisión, a orillas de un lago. Ahí, en sus casas bajas, están los Chamorro, los Díaz, los bochornosos tiranos que amparan los fusileros rubios de la Unión, los que han vendido a la patria y a la raza.

De ambos litorales salen las columnas. El trópico las acaricia primero y las envuelve luego en su vegetación asesina. Avanzan, avanzan. Y llegan las tropas zigzagueantes; las lluvias abrumadoras como diluvios, la selva inextricable donde nunca entra el sol, las lianas que se abrazan a los troncos centenarios, los bejucos traidores, las manigua baja y honda, los suampos de cieno blando en que desaparecen silenciosamente los hombres y bestias, las alimañas de salto inesperado y mortal, las víboras que se esconden tras los racimos de los bananos, los pantanos donde vuela el “anofeles” mortal, las llanuras inacabables que aplasta el sol, de donde se eleva un vaho húmedo y caliente cargado de miasmas;

los mosquitos zumbadores, los “zancudos de gusano” que dejan su larva en la herida, el infierno del trópico...

Por fin, más arriba, los aeroplanos desgranán sobre las aldeas silenciosas sus rosarios de bombas. Arden los humildes caseríos. Salen mujeres desesperadas, niños enfermos que lloran y gritan. Abajo las columnas de fusileros avanzan penosamente, protegidos por los terribles pájaros mecánicos. Arrastran sus “Lewis”, envidia del oculto enemigo. De pronto, surgen unos pelotones de fantasmas... Son los guerrilleros de la libertad de Nicaragua. Los únicos videntes que en toda la América hispana comprenden su deber histórico. Parecen cadáveres que se movieran por una mecánica espeluznante. Destrozados, febriles. Las camisas abiertas dejan ver el tórax hundido y sudoroso. Aprietan con sus manos de dedos esqueléticos sucios fusiles de todos los sistemas. Llevan en bandolera la chamarra agujereada. Cubren las cabezas fantasmales sombreros amplios de cinta roja. Y atacan... ¿Cómo pueden hacerlo? Y los mozos atléticos nacidos en Nebraska y Arizona entablan duelos atroces con los estudiantes, con los escritores, con los peones de hacienda, llegados en impulso romántico de Guatemala y de Méjico para defender la libertad de un puñado de tierra. Sandino ha vuelto. Los vencedores del paludismo, del soborno, del hambre, de la decepción han vuelto a reunirse con ese prodigioso jefe de fantasmas. Andrajosos, famélicos, se batan con las armas que toman al adversario. Y David resiste impávido a Goliat. El drama bíblico de la lucha del débil contra el fuerte se repite en este rincón de la tierra.

De un lado, ciento veinte millones de ultracivilizados. Del otro lado, un medio millón de mestizos. De un lado el pueblo más poderoso de la tierra. Del otro, un puñado de guerrilleros de la libertad, semidesnudos, perdidos en la selva tropical, olvidados del mundo...

[Lo reproducimos de *El País* (no tenemos ni el día ni el mes, corresponde a 1931). También puede consultarse en la compilación de Gregorio Bermann *El difícil tiempo nuevo*, ob. cit., pp. 195-197.]

## EL DRAMA DE LOS TRABAJADORES

### BALANCE DE AMÉRICA

Primero de Mayo de 1936.

Europa: Todas las flotas encendidas. Todas las potencias destructivas en febril actividad: armas, aviones, buques, gases. Millones de hombres formados, con el arma al brazo, en todos los países, esperando para hoy, para mañana... Mirando aterrados el peligroso juego de dos locos que están jugando a quién incendia primero el mundo. Los traficantes de la muerte oscurecen con el vuelo pesado de sus grandes alas el cielo de acero de Europa.

América. EE.UU. vigila y enreda. Monroe no quiere dejar de ser el albacea de España.

América. "¡South America!" Nubes cargadas y sombrías cruzan veloces por un cielo bajo y pesado. Todo el continente es como un campo ardido. Se presiente, cercano, un nuevo cataclismo. Se están dando todos los signos agoreros.

Dictaduras con Trópico y dictaduras sin Trópico. Es lo mismo. El sistema es el mismo. Lo que no pudieron realizar los explotados –¡aquel sueño anfictiónico de Bolívar!– lo realizan los explotadores: la unidad del Continente. Toda América "es una y la misma". El sistema es el mismo. La inspiración idéntica. Los actores también. La unidad de América se realiza en la miseria de los trabajadores, trenzados con cuerda de látigo.

Dictaduras con Trópico y dictaduras sin Trópico entretienen la ficción de una independencia nacional abolida por las potencias mundiales del capital industrial y financiero. Los tiempos son duros. Y las ficciones, flácidas, se vuelven inútiles. La lucha de los capitalismo rivales, que hurtan en nuestro continente sus desenlaces, ha llegado a tal punto que ya no tolera disimulos. Y no se cuida de ello. Aunque lo quisieran no podrían esconderse. "Pisan" fuerte. Y dominan los órganos vitales de nuestra economía

rudimentaria. La vida política les interesa poco. Sólo en la medida en que se puedan evitar "sorpresas". La ficción de la independencia "nacional" más bien les favorece. La soberanía del pueblo en Sudamérica es una soberanía cuya garra ha sido previamente extirpada. Para lo único que puede servir ya el poder constitucional de autodeterminación es para darse gobernantes rapaces o sanguinarios. Pero dóciles, siempre, a la voz de los verdaderos amos del Continente. Unos con más decoro que otros. Pero todos dentro del sistema. En realidad, en estos países de más arisca independencia, lo que pasa es esto: los amos extranjeros proponen "ternas", y los pueblos, sin darse cuenta, "eligen" dentro de la terna. "Soberanía" quiere decir –en esta América nuestra, "que tenía poetas desde los viejos tiempos de Netzahualcoyott"– tanto como voluntad para determinarse "libremente" por unos amos o por otros. "Gobierno propio" quiere decir tanto como organización adecuada de las fuerzas nacionales dispuesta para que prevalezcan las fuerzas no nacionales. En lo político, el aparato mayestático de la autonomía. En lo jurídico y económico, la dependencia esclavizadora. Casi todas las aduanas nacionales –desde el Caribe al Plata– son internacionales: oficinas y estancos que administran o controlan los prestamistas extranjeros. Son menos que colonias: semicolonias. Sin las ventajas de las verdaderas colonias y con los inconvenientes de un sistema irresponsable de explotación.

Ejecutivos despóticos. Mano "dura" para trabajadores y rebeldes al sistema opresor. Mano "blanda" para el gran capital –nacional o extranjero– monopolista y rapaz. Éstos son los que se llaman gobiernos de "orden". Los otros son demagógicos o subversivos. Si no se someten, duran poco. El Poder Político se torna, a la postre, "en la policía del capital financiero para oprimir y explotar, impunemente, al pueblo". Y, progresivamente, va el Monopolio extendiendo los medios de producción. Y con ello la absorción del trabajador, reducido a "mano de obra", cada vez más barata. Porque es así: "pensado" como "mano" de obra, no como una persona humana, integral. Es mano. Y cuando ya no sirve, muñón. Mano barata o cara, pero siempre mano. Pieza de un engranaje brutal donde no se tiene en cuenta para nada la existencia de la persona humana. La verdadera explotación la soportan los trabajadores, sometidos en "nuestra" América a un sistema que apenas conocen otros continentes. Subsisten, agra-

vados, los métodos más crueles de trabajo del coloniaje. Y con refinamientos que el coloniaje no conoció. ¡Oh, el sistema combinado de las "proveedurías" y "enganches" organizado diabólicamente en el corazón de América!

América tiene las mejores leyes sociales, las mejores "cafiaspirinas" para los paliativos de la injusticia social. La Argentina se enorgullece de ello en todos los Congresos Internacionales. Pero la crisis, que descargan los pueblos más fuertes sobre los más débiles, las clases gobernantes las descargan sobre el pueblo trabajador. Y las leyes obreras no se cumplen, en toda la extensión del territorio. Los salarios se reducen a un 40% y se pagan con una moneda desvalorizada en un 40%. ¡Doble reducción! Sólo se restaura, o tiende a restaurarse, la economía de las "fuerzas vivas": comercio, industrias. Lo único que no se restaura, sino que se hunde, es la economía de las "fuerzas muertas", de los millones de "asalariados", de trabajadores, que sostienen la economía de las "fuerzas vivas", y perecen lentamente en bosques, pampas y fábricas.

Desvalorización. Hambre. Desocupación. Esclavitud. Persecuciones. Dictaduras. Tiranía. Explotación. Regresión. Cada vez más explotación. ¡Cada vez más regresión!

Éstos son los jugos venenosos que brotan, espesos, en la tierra de América —la más rica y la más "libre" del mundo— en este Primero de Mayo de 1936.

[La reproducimos de la compilación de Gregorio Bermann *El difícil tiempo nuevo*, ob. cit., pp. 203-205. Corresponde a 1936.]

## FUEGO EN LA TRINCHERA

Fuego en la trinchera más alta de Europa. Ráfagas arrebatadas y calientes inflaman el aire del mundo. Son días creadores. España empieza a hacer su revolución, "la" revolución. De la terrible "experiencia" saldrán nuevas estructuras. Nuevas formas.

España aparece en la hora exacta. Trae valores humanos que no se daban acaso en la experiencia rusa. El proceso revolucionario viene acelerado por una burguesía totalmente desprovista de sentido histórico y motorizada por la estupidez y el miedo. La casta militar y la casta sacerdotal vendrían a ser las alas que conducen, en este vuelo torpe, a las derechas españolas.

La Revolución Española no fue aquel cambio de piel de 1931. Por el contrario, la "vieja" España se desenvolvió mejor, se hizo más elástica, más retráctil, más peligrosa, bajo la piel republicana. Tampoco es "revolución" esa total insurrección de la "casta" militar. No fue más casta el ejército kaiseriano. Eso es. Contrarrevolución. Y anticipada. La verdadera revolución es la que, obstinada y trágica, fue ahogada en Casas Viejas, en el primer gobierno de Azaña. La misma ráfaga abrasa a los campesinos de ahora. Es verdadera la de Asturias de Octubre del treinta y cuatro. Es verdadera la que merced a la traición militar del treinta y seis retoma su curso y se dispone, bajo el comando de esos generales proletarios del Guadarrama, a realizarse, de tal suerte que la República de trabajadores "de todas clases" no sea hasta ahora una república de "una sola clase" —la eterna clase opresora—, sino, simplemente, una república de trabajadores, sin clases oprimidas y sin clases opresoras. De la visión de ese mundo mana la epopeya proletaria de esta otra revolución de Julio. De la grandeza de su propósito va sacando —que es como decir de la nada y del todo—, increíblemente, los elementos precisos para aplastar a la otra, a la que a sí misma se llama "revolución", a la que vuela, pesada, con la carga de su traición y de su anacronismo bajo la metralla del

ciclo español. Es la España de los militares y de los frailes expresivos instrumentos de la secular opresión— en puestos de comando, todavía. Ahora será desplazada, aniquilada. Lo será, en esta “segunda” guerra de la Independencia, a cuyo frente marchan generales de “overall” conduciendo a las milicias obreras de la auténtica revolución española.

El proceso revolucionario de España ha llegado a su madurez. Los trabajadores “de todas clases” que en ella contienen han aprendido bastante. Conciencia, medios, táctica. En otros países, con un movimiento obrero menos resistente y avezado, cualesquiera de las tremendas derrotas sufridas habrían aparejado el aplastamiento material y moral de los trabajadores. Ahí está la lección de todos los países. Pero aquí, también, está la lección de los trabajadores españoles, mostrando una conciencia esclarecida, un equipo dirigente magnífico, y una fina y recia urdimbre de medios y fines muy bien lograda para las luchas finales contra la sociedad burguesa y por la conquista total de un mundo nuevo.

Los mitos republicanos no lograron amortiguar el fervor revolucionario de las masas obreras y campesinas. A diferencia de muchos jefes que se embriagaron de mortales ilusiones. Al principio, los campesinos creyeron que la República del 14 de abril venía para emanciparlos del yugo secular del propietario. Los obreros de las ciudades creyeron en el alivio positivo de su miseria y en el fin de la desocupación. Todos creyeron que en el ámbito español desaparecería el drama del proletariado hambriento. Los ejemplos flagrantes de Alemania, Italia, Austria, no contaron para nada. Los ingenuos republicanos de abril —los de la socialdemocracia, sobre todo— no advirtieron que la clase conservadora ligada a las formas feudales de posesión de la tierra —y a esas dos castas-coraza: Ejército e Iglesia—, unida a la burguesía industrial y financiera, tenía que ser herida en la raíz por donde asciende su savia y su poderío: la propiedad misma de la tierra. Y desdeñó una oportunidad aprovechada por su adversario. Vinieron vacilaciones y detenciones fatales. La revolución detenida se replegó, fatalmente. Y pasó de la ofensiva a la defensiva. Necesariamente. Y la Reacción organizó un contraataque arrasador. Así Italia, Alemania, Austria. Así España: la revolución del 14 de abril “congelada” al cabo, en una república de trabajadores “de todas clases”. Los mismos socialistas crearon

estúpidamente el clima favorable, y tejieron el cáñamo con el que serían ahorcados. Alcalá Zamora —¡incomprensible equivocación “revolucionaria”!— ¡en el cenit gubernamental! Y el fanatismo español montándose otra vez sobre los mismos carriles y operando desde la flamante República de trabajadores “de todas clases”. La ofensiva partiendo desde la zona tradicional: Clericalismo y Propiedad Campesina. Progresivamente ascendiendo en la República de Alcalá Zamora —nuestro “Isabel Tercero”— el poder social de la Iglesia y de su inseparable Terrateniente. Son las mismas fuerzas que latieron a lo largo de la imperial decadencia hispánica, las que laten, todavía, en la reacción de los militares calaveras, gallardos y traidores. Siniestros manejos entre caciques y curas, eso fue el famoso bienio ajusticiado por el “frente popular”. Contrarreformismo por designio de específica tradición. ¡Especulación trenzada con látigo, hambre y eucaristía! ¡De todo eso estaba hecha la contrarreforma del famoso bienio Gil Robles-Lerroux, que los militares y los sacristanes de la Península quieren restaurar haciendo correr ríos de sangre! ¡Aparecen juntos, otra vez, lo hemos dicho, por tierra de España, en fieras empresas —como antes, de África a España o de España a África—, bien unidos, los antiguos y rudos dominadores de los campos peninsulares con los celestiales empresarios de las almas hispánicas!

“Quien no se percata de que España está entrando en la fase de la guerra civil entre el fascismo de Estado —al servicio de las oligarquías capitalistas y muy señaladamente de la territorial, aliada predilecta de la Iglesia— y la clase obrera organizada, entenderá difícilmente los sucesos tan típicos y sintomáticos del pasado mes de setiembre”, decía Araquistain, sobre los bordes de la revolución de Octubre, en su revista *Leviatán*.

Es verdad. Continúa siendo verdad. Esa noción de las primeras escaramuzas de la guerra civil, cuya fase muy aguda es la actual, nos da la clave de aquellos y de estos sucesos. La ofensiva estricta partió, entonces como ahora, y como en todas partes, de las organizaciones políticas y sociales que en diversos grados y maneras representan a las oligarquías y aspiran a la dominación “totalitaria” —fascista— del Estado. Terratenientes de toda España, jesuitas emboscados. Ejército, Vaticano. El proletariado español, mientras los jefes se entregaban a los sueños generosos

de un colaboracionismo utópico, comprendía quién era el enemigo, dónde estaba y dónde le cerraría el paso. Extraía de los hechos y de la experiencia de otros países la lección provechosa. El enemigo: el fascismo, forma agresiva y moderna de las viejas fuerzas opresoras, “desesperado” ensayo de un Estado “totalitario” para conservar un mundo que ha perdido su base de sustentación: la disposición mansa de unas clases a ser explotadas por otras. El fascismo es, en definitiva, la forma agresiva y desesperada que asume la clase dominante, condenada históricamente a la defensiva. Sus ingredientes son complejos. Por estar señalado históricamente en esa posición fatal, el fascismo no ha creado nada vital. Sólo ha realizado cosas en las artes de la desesperación. Armas, ejércitos, sutiles y minuciosas defensas de las defensas. Sólo en este aspecto ha creado, si cabe hablar de “creación”. Por eso lo mejor del fascismo –fuera de su jactanciosa brutalidad y de su repulsiva depravación– son sus desfiles marciales, su *atrezzo* bélico, su *mise en scène* espectacular. En todas partes es así. Por eso la primera idea valorizada del fascismo es la idea de la guerra. “El sentido de la guerra como vitalidad y no como recurso último, como necesidad biológica y no como fatalidad desgraciada, como felicidad y no como adversidad”, se ha dicho, es el monstruoso dogma pedagógico del fascismo. Su retórica futurista y delirante guarda correspondencia estadística con las empresas imperiales anexas al sistema. El fascismo tiene su mecánica. Mecánica también delirante y retórica. Late como los motores que prestan su ritmo al monstruoso Estado fascista, donde lo humano apenas tiene cabida. Sólo hay cabida para el canto de la carburación fascista. Es expresiva esa escapada retórica suya, pulmón de los vientos, trepidación imperial de imperios escapados del tiempo. El fascismo es la apoteosis de la carburación. El hombre motorizado y deshumanizado. Es el mismo hombre hecho émbolo para empujar una máquina perfecta que sólo tiene sentido al ponerse al servicio de una explotación también perfecta. Pero, todo eso está, al cabo, más allá de los límites naturales de vigencia de la burguesía para cuya gloria, en definitiva, se ha construido ese “perfecto” mecanismo.

La guerra civil –latente o actual– está en todos los países del mundo. No acaba en cada frontera. Los aliados y los enemigos internacionales están en todas partes.

La guerra social ha transformado el derecho internacional más

aún que las modalidades de la guerra internacional. Representando los Estados “fuerzas concretas que luchan por los intereses de clase que representan” y que se atraen y se repelen según sus afinidades y diferencias, es natural que frente a una guerra civil concreta, con sentido de lucha de clases, las viejas formas protocolares de la neutralidad sean abandonadas, o relegadas al ritual de la hipótesis internacional. Lo vital es que las naciones no pueden ser ni indiferentes ni neutrales en luchas que afectan de un modo decisivo al propio destino. Ésa es la realidad y querer desconocerla con falsos aspavientos, en nombre de la amistad internacional, es –como dice Araquistain– estupidez o sofistería de palurdo.

Es por eso que el mundo se expresa angustiosamente frente al drama español y lo siente como su propio drama. Es por eso que vanamente se habla y se procura constreñir la vehemencia parcial de los hombres y de los gobiernos, incluso a límites imposibles. Todos sabemos, o lo sentimos oscuramente, que el pueblo español –auténtico y maravilloso protagonista, esta vez– se está batiendo por el porvenir del hombre y de la cultura en el Occidente. Todos sentimos que esos milicianos de “overall”, esas mujeres de la raza de Aida Lafuente o “La Pasionaria”, esos adolescentes con las caras tiznadas por el humo de la explotación y de la fábrica, esos chiquillos desharrapados que fugan de sus hogares y piden un fusil para trepar al Guadarrama, están defendiendo en Europa el gran patrimonio de la Cultura. Ese patrimonio no es otra cosa, a través de los tiempos, que el “esfuerzo del pensamiento por dignificar al hombre y libertarlo de las cerradas fuerzas adversas: naturaleza, instinto, rapacidad confabulada en la explotación de unos hombres por otros hombres”. Trabajan así contra la cultura –dice Arconada– aquellos que por conveniencia o ignorancia se suman a esas fuerzas adversas del hombre y le hacen más miserable, más ignorante, más instintivo, más borroso de personalidad y más oscuro de humanidad. Esos milicianos españoles que van alegres a la muerte sin creer en el heroísmo sucio de la guerra y sin pensar en la belleza equívoca del sacrificio, se baten, también, por nosotros, por los que estamos firmes en la gran izquierda del mundo, defendiendo los valores vitales del hombre y de la cultura. No sabemos bien lo que acontece, ni lo que acontecerá. Sabemos sí, qué es lo que se juega en uno y otro campo de esta implacable guerra civil en donde, con el triunfo de los proletarios,

los vencedores no habrán dado su sangre por ninguna suerte de restauración. No serán posibles las restauraciones. Ni mucho menos la restauración de esa república candorosa y retórica del 14 de Abril. Sólo será posible después de esta experiencia terrible y definitiva, construir un mundo limpio y nuevo. Pero para otros hombres. Un mundo para hombres liberados de la injusticia y de la explotación.

[Lo reproducimos del periódico republicano editado en Buenos Aires (del cual Raúl González Tuñón fue su corresponsal en España) *La Nueva España*. Corresponde a 1936. También puede consultarse en la compilación de Gregorio Bermann *El difícil tiempo nuevo*, ob. cit., pp. 282-286.]

## LUGONES, DE LA REVUELTA A LA ESPADA

(Polémica con Deodoro Roca)

## LEÓN DE ALFOMBRA

¡Otra vez, Lugones! ¿Es el mismo? Sí, es el mismo. Se lo reconoce por sus falaces brillos retóricos, por su musculatura verbal, por sus arrestos de gigantón de feria. Por su torpeza habitual y su mal gusto de chalán. Pues, como ha dicho alguien, hasta cuando piruetea “lo hace con la poca gracia de un elefante que bailase lleno de pretensiones de libélula”.

Pero, el de ahora no es el Lugones-Virgilio, el Lugones-Víctor Hugo, el Lugones-Laforgue, el Lugones-Reissig, ni el Lugones-Páscoli. Entre cordilleras de metáforas aparece ahora todo Lugones: el “poeta-bufón” –como lo llamara Vasconcelos–, inmunerable y cuantioso, adorador de la fuerza, creyente en la eficacia de la espada y en la iniquidad del látigo. Las preferencias acusan su íntima condición. Su valoración no es puramente conceptual. Está impregnada de recónditas apetencias. Conoce la cocina de todos los dictadores, desde los civiles a los militares. El abrazo que habrá dado al general Uriburu el 6 de setiembre a las seis de la tarde no habrá sido menos efusivo que el apretón de manos que diera al general Roca el 12 de octubre de 1898. Su fiero lema: “Ha llegado la hora de la espada”, no significa otra cosa que un menear de rabo. Como para Riquet –el perro de Monsieur Bergeret– la cocinera es una divinidad magnánima y terrible. Yo hablo cuando quiero –decía el buen Riquet–. De la boca del amo salen también sonidos que tienen sentido. Pero estos sentidos son mucho más claros que los que yo expreso con los sonidos de mi voz. En mi boca todo tiene sentido. En la del amo hay muchos ruidos vanos. Es difícil, pero necesario, adivinar el pensamiento del amo.

Su servilismo se disfraza, también, de fiereza. “A la caída de la noche”, explica Riquet, “potencias malélicas rondan la casa. Yo debo ladrar fieramente para que el amo, advertido, las espante. Haber comido es bueno. Pero comer es mejor. El enemigo que es espía para apoderarse de vuestra comida es pronto y sutil”. “Ha llegado la hora de la espada” en boca de Lugones no tiene el valor

que muchos le atribuyen. Es la forma actual y retórica de su vieja mansedumbre. Su fiereza es ronquido de hartazgo que hiela la sangre de los niños a través de la jaula circense. Si las fieras de pista pudieran escribir, escribirían como ese Lugones de las invectivas marciales. Y escribirían largas epístolas laudatorias a los domadores, es decir... a los generales. Así también escribiría -valiéndose de parejos instrumentos retóricos-, ese gigantón de feria, vanidoso e hinchado, que bajo la lona levanta grandes pesas falsas.

Varias generaciones argentinas han sufrido en su carne doliente y en sus cándidos sueños de una patria mejor las rebeldías a sueldo de este falso conductor. En los umbrales de la adolescencia era peligroso encontrarse con el gran espectáculo barroco de Leopoldo Lugones. Extraordinario don del ritmo expresivo. Grande y deslumbradora tempestad verbal. "Júpiter de Gauchópolis", deslumbrante y magnífico, desataba el rayo mortal, en fingidas cóleras de *metteur en scène*. Hoy ya no nos asusta. El espectáculo nos hace reír. El hombre mesiánico, en quien alguna vez creímos, también. Ya ni su canto nos atrae. El canto, antaño embrujado. El verbo, montañoso, abrupto. No lo tememos. "En medio de todo", observa Blanco Fombona, "¡qué majestad! Parece de veras un león. Hermosa fiera dorada, mayestática, crinuda, con zarpas. Pero aquel león no es un león de veras. La bella fiera dorada no vive sino por la ficción. Su melena es de estambre, sus zarpas de terciopelo. No la temamos: no nos devorará. Es un león: pero un «león de alfombra»".

Apenas sirve para adornar y calentar mármoles fríos en palacio de poderosos.

[Toda la polémica la tomamos de G. Bermann, *El difícil tiempo nuevo*, ob. cit., pp. 318-332. Este primer artículo se publicó en *El País*, el 5 de octubre de 1930. Quedo sin respuesta. Aunque la polémica continuó.]

## LUGONES Y EL 18

La Historia maneja materiales que están en constante cambio. A través del tiempo y de los espíritus sufre también mudables significaciones. A veces basta con que se cambie el sitio donde se estudia la Historia. Cuando estudiábamos en el Colegio la muerte del gran César, Bruto se nos aparecía sencillamente como un monstruo. Pero, la lección se repite andando los años. Y Bruto adquiere luego, en el ambiente democrático de la calle, la trágica grandeza del destino que no debiera olvidar ningún dictador de la tierra.

La Historia -decíamos- se enriquece en constantes rectificaciones. Durante mucho tiempo hemos estado creyendo en ciertos hechos porque vienen de ciertas fuentes. Pero, de pronto, asoma un instigador y todo lo envenena (se dirá luego que yo quiero adular y envenenar el cuerpo de ciertos hechos). Ese instigador descubre otra fuente. Brotan nuevos hechos. Y asistimos así a los más curiosos virajes históricos. Queremos referirnos a las "fuentes" del famoso año dieciocho, primero de la Reforma Universitaria cuyo dramático sentido gana cada vez más la conciencia de la Nueva Argentina y encoleriza en la misma progresión a sus adversarios que son -quemada la viruta retórica de sus adalides- precisamente los de la Nueva Argentina.

Al hablar de "fuentes" del año dieciocho, quiero referirme concretamente a don Leopoldo Lugones. No hubiera querido ocuparme otra vez de él. Conservo todavía un gran respeto por ese escritor desigual y enorme que tiene, en cierto modo, la impresionante y áspera belleza de una fuerza natural. En el rescoldo aún queda la tibieza de un limpio fervor juvenil. No hubiera querido ocuparme de él. Pero hay cosas que no se pueden contemplar con impasibilidad. Así, la desconcertante acción de este "apolítico" que desde algunos años a esta parte sólo se ocupa de política. Y

no de la "buena", sino de la peor. Y de un tipo de política equivalente o inferior a la que combate con insoportable y frívolo desdén. Es poco serio esto de componer la retórica y ahuecar la voz en estas circunstancias. No hay derecho a hacer literatura -y literatura barata de desfile, charanga y pupitre- con el dolor silencioso, contenido de un pueblo. El peor político, en rigor, no es el político de comité sino el vergonzante político que desdeñando o afectando desdeñar la política, utiliza sus medios más reprobables para servir a la suya; el ascendiente que proporciona el azar histórico de un compadrazgo o de una amistad, no el que procede de autoridad ganada y respetada, en la doble garantía de la cantidad y de la calidad. Una actividad política que puede llevar a consejero áulico de un gobernante todopoderoso es necesariamente inferior a la que combate. Una política que se colma en un ejercicio dictatorial -aunque sea transitorio- y que doctrinalmente se paga de disciplinas meramente formales, sin contenido ascendente y vivo, es inferior también. El culto a la fuerza se agota en unos cuantos esquemas idiotas y en unas cuantas metáforas opulentas. Es pura retórica. Y monstruosa retórica. Lo mejor que podrá decirse de esos políticos es que son "ideólogos". La realidad está ausente de sus planes. La política del apolítico señor Lugones no llevará al comité ni al puesto rentado pero no hay duda que permite conservarlo. En épocas normales es inofensivo; no trasciende de la mesa de un café. Puede rematar, cuando más, en genialidades y ocurrencias y en algún libro de traza original. Pero en épocas anormales y merced a circunstanciales auxilios, se torna absurdamente peligroso.

No pretendo descubrir contradicciones en el pensamiento político de Lugones. Ni me interesan, por ahora, los accidentes que haya sufrido. Con razón se ha burlado él de los torpes que le acusan de versatilidad por el solo hecho de no haberse conservado inmóvil... Admito que sus andanzas -¡tan discutidas!- sean las de un implacable perseguidor de la verdad. Él mismo nos dará pronto la clave. Su "itinerario" será instructivo y aleccionador, para los jóvenes y para los rebeldes de este país. Pero temo que en las cartas de ese itinerario falten algunas señales. Por eso es que publico la carta que se leerá a continuación. La recibí en calidad de miembro del comité "Córdoba libre" que compartió en 1918 la responsabilidad del movimiento universitario. No se me oculta ni hago de ello cuestión -que Lugones piensa hoy acerca de la

significación del movimiento reformista lo contrario de lo que pensaba entonces. Está en sus libros y en innumerables páginas de combate. Sobre esos temas se ha expresado con una vehemencia que soy el primero en admirar. Lo que pocos saben -y esto agrega mérito a la evolución de su pensamiento- es que Lugones ha sido uno de los primeros teóricos -si no el primero- de la "acción directa" estudiantil. Estimuló el movimiento contra Nores. Lo aplaudió. Con sus doctrinas la incauta y arrebatada juventud del dieciocho "rompió" los primeros vidrios. Su divergencia con los estudiantes, a quienes estimulaba, se apuntó sólo cuando éstos reclamaron la intervención del Gobierno. Y con razón. Nada tenía que hacer el Gobierno ni el Congreso -según Lugones- como no fuera "refrenar" lo que habían hecho los estudiantes -"sus naturales y legítimos dueños"- al tomar la universidad norista y al dictarse un nuevo estatuto en el memorable congreso estudiantil de ese año. Lugones no era entonces un jovencito; no estaba en edad de "romper" vidrios, ni en la de "colocarlos". Más bien, en la de "fabricarlos" conforme a la función que asigna a las edades. Sus arrogantes declaraciones de estos días sobre el tema de reforma universitaria y otros -cuando el país está constreñido a callar y es sólo él uno de los pocos que no ha de sufrir consecuencia alguna de su libertad de expresión- actualizan antiguas opiniones del señor Lugones. Con mayor razón cuando Lugones se declara autor material o inspirador del manifiesto del 6 de septiembre, diagnóstico del vasto mal en el cual se incluye lo de "la anarquía universitaria". Todos saben que el señor Lugones, acerca del valor que haya de asignarse a la participación de los estudiantes en la vida universitaria, piensa hoy lo contrario de ayer. Y acaso sinceramente. Lo que pocos saben es que la "acción directa" estudiantil está acuñada y acunada por Leopoldo Lugones, mucho tiempo después de haber doblado los cuarenta años de edad. Por la verdad histórica y como colaboración al "itinerario" del gran escritor -que pudiendo, renuncia a ser el maestro de una Argentina mejor- publico esta vieja carta de ruta.

Por lo demás, sepa Lugones que es pueril y poco digno de su inteligencia sintonizar el movimiento inconcluso y glorioso de la reforma universitaria en un "fracaso de cristal". Es no querer ver, oír y comprender.

Los adversarios de la Reforma no hacen sino llorar sobre esos cuatro "vidrios rotos". El pasado era para ellos una apariencia intacta: unos vidrios sanos. El presente: unos vidrios rotos. No ven

que la Reforma es hoy un estado de conciencia, una posición frente al mundo y la vida, una "columna de ideas en marcha" como habría dicho el propio Lugones en sus años mozos y azufrados.

He aquí la carta:

Buenos Aires, agosto 20 de 1918

Señor  
Dr. D. Deodoro Roca  
Mi querido amigo:

Prefiero contestar por carta el entusiasta y, para mí, tan honroso despacho que Ud. firma con los señores Taborda y Palacio, por ser Ud. persona de mi relación personal con quien puedo explayarme bajo este concepto.

La vez pasada cuando a raíz del movimiento contra el rectorado del Dr. Nores, los estudiantes me pidieron opinión la di sin ambages, como siempre acostumbro, en un sentido que luego tuve ocasión de reiterarles una y otra vez, cuando me hicieron el honor de acudir a mí por consejo.

Ella consistió previas declaraciones muy terminantes de respeto a la libre opinión de todos, y de prescindencia sobre la importancia que a la mía se asignaba, en considerar el movimiento como una toma de posesión de la Universidad por sus dueños naturales y legítimos; de tal suerte, que la eliminación del rector debía ser un "resultado directo" de esfuerzo estudiantil y las reformas pertinentes una nueva aceptación "por el Congreso" de las resoluciones tomadas por la reunión que celebraron aquéllas con dicho fin. A eso allegué mi atribución verbal y escrita en dos cartas a nuestro común amigo Capdevila que Ud. debe conocer.

Supe, en esto de una manera fehaciente, que los estudiantes habían decidido entregar la solución del asunto al P.E. Federal sobre la base de una nueva intervención; y como a mí entender esto comportaba el fracaso moral del movimiento, decidí no preocuparme más de él. A eso se debió que no asistiera a las dos manifestaciones para las cuales se me había pedido concurso, por supuesto que con doble honra para mí, conforme lo saben los estudiantes que una vez y otra me vieron con dicho objeto.

Entretanto el P.E. manifestó su decisión de intervenir y de nombrar para esto al Dr. Susini, lo que me pareció excelente. La renuncia del Dr. Nores que, según yo lo había anticipado a una de las recordadas delegaciones, no necer-

sitaba evidentemente sino un pretexto que coronó al parecer el éxito estudiantil. Fui el primero en reconocerlo y en comprender por qué desde ese momento habían cesado para mí las atenciones y pedidos de consejo. Mis predilecciones habían fracasado y un piadoso silencio me favorecía con oportunidad.

Pues, ha de saber Ud. que yo había dicho reiteradamente a mis visitantes universitarios:

"No creo en la buena fe de los políticos y por eso si Uds. entran con ellos en tratos, yo dejo de estar con Uds. dado que ya no sería sino instrumento de una maquinaria manejada por los políticos. Los políticos no saben otra cosa que hacer política y la hacen con todo, y sobre todo con la buena fe y el entusiasmo ajenos. Sus servicios son siempre de toma y daca, y además en forma leonina que no excluye, por otra parte, la felonía más audaz en cuanto deja de convenirles el negociado.

"Y no éstos o aquéllos, sino todos por inclinación específica. Fuera de esto no veo lo que tenga que hacer en el asunto el P.E. Federal para quien concluyó la injerencia con la elección de rector cuya legalidad es indiscutible; dimando de esta circunstancia, precisamente, la importancia del movimiento estudiantil que sólo así sale o resulta revolucionario; pues lo otro constituye una superchería leguleya que rebaja nuevamente la cuestión. Sólo así fracasará junto con el rectorado sectario, es decir, malo por esto la farsa de la anterior intervención cuyo carácter delusivo había previsto a mi vez y también con resultado negativo ante las fáciles ilusiones estudiantiles. Es que, les añadí, yo soy un individuo molesto cuando se trata de hacer política y generalmente lo mejor es prescindir de mí porque mi absoluta falta de interés por aproximarme al gobierno y mi creencia de que no hay sino un medio de ejercer la libertad —o sea por cuenta propia— me tornan molesto por exceso de rectitud. Por último, concluí, opino que entregar el asunto al P.E. Federal es someter la universidad y someterse ustedes mismos a una dictadura extraña de la cual nada bueno podrá salir para la libertad de la ciencia y de la conciencia."

Los hechos, como le digo, desautorizáronme al parecer y así seguimos estando. Los universitarios en su persistente demanda al P.E. —que, según veo, acaban de renovar con anticipadas expresiones de admiración al presidente— y yo en mi modesta pero irreductible posición de revolucionario descreído de los políticos.

No podía, pues tomar parte en la manifestación solidaria a que se me invita, aun cuando sea con propósitos liberales, porque los propósitos valen poco cuando los contradicen los hechos, tal cual sucede a mi entender.

Un movimiento liberal cuyo resultado depende del P.E. de la Nación es un movimiento gubernista cualquiera que sea su aspecto exterior. Su propio éxito si lo alcanza no sabría quitarle semejante carácter.

Y es lástima.

Nores habría caído y la ley se habría modificado por el solo esfuerzo estudiantil, que era lo grande y bello de la casa, como resultaba tan fácil verlo y como yo se los dije con insistencias indicándoles no pocos –y decisivos– recursos conducentes a dicho fin.

Ahora todo se reduce a una nueva intervención y un nuevo rector que en vez de ser beato –y todavía!...– resultará un pelmazo. Y Nores no se habría ido por el esfuerzo estudiantil sino al impulso de un empujón gubernativo.

Créame que se lo digo sin sombra de resentimiento personal; pues, aun cuando lo hubiera abrigado la nueva solicitud bastaría a desvanecerlo.

Tampoco mi negativa comporta menosprecio. Así lo prueban las mismas explicaciones tan minuciosas de esta carta. Solamente no estoy dispuesto a ser colaborador del gobierno en una obra que no le concierne, a no ser para descaracterizarla y empequeñecerla como ya se empieza a ver.

Ni crea que esto significa oposición al gobierno actual. Yo no hago política con ni contra ninguno, pues mi descreimiento de los políticos es total y ojalá no tengan ustedes que compartirlo a costa de algún amargo desengaño.

Hágame el favor de saludar en mi nombre a sus compañeros de junta y créame siempre su affmo. y

S.S.

L. Lugones

[Aun sin responder el primer ataque, Lugones hizo referencias críticas a Deodoro en el diario *Córdoba* el 30 de junio de 1931 (ver nuestro estudio previo). Deodoro le contesta en *El País*, el 5 de julio de 1931, anexando la carta que aquel le enviara el 20 de agosto de 1918 y que también reproducimos.]

## DEFENSA PROPIA

### RESPUESTA DE LUGONES

Por el *Diario Socialista Independiente* de esta capital, conozco un artículo del Dr. Deodoro Roca, transcrito de otro periódico de ésa, en el cual dicho señor vuelve a ocuparse de mi persona con excesivo interés. El Dr. Roca, que en la primera entreteniase en desgarrar alfombras, dedícase ahora a romper vidrios. Es una actitud. Sólo que, entonces, estuvo mejor que ahora. Entonces, o sea cuando imitaba al señor Blanco Fombona, publicista colombiano en quien había aprendido, mediante aquella belicosidad de tapiz, el arte magistral de cazar leones.

Mi intrépido detractor no puede vivir por cuenta propia: situación de dependencia inherente, por lo demás, al género subalterno que es la diatriba. Cliente espiritual del Sr. Fombona, su ingenio me necesita, hasta serle yo indispensable, si bien por motivos diametralmente opuestos que me es grato reconocer. El Dr. Roca me detesta con la misma tenacidad que su maestro, de quien nunca me ocupé, además de no conocerlo ni de vista. En cambio, mantuve siempre buena relación con el Dr. Roca, hasta que él decidió cortarla como queda dicho. Su inesperado ataque personal no correspondió a ninguna agresión mía, como no hubiese afectado su vanidad el prudente silencio con que disimulé –hasta ahora– su infelicidad de mal escritor; pero decidí, todavía, imputarlo al arrebato de una relativa juventud. Por esto digo que el Dr. Roca estuvo mejor la primera vez, en su recordada sucursal de alfombrero.

Su terrible indignación acaba de transformarse en afligente miseria. Me obsequia un poco de su rescoldo juvenil, para apedrearme acto continuo con cascotes de esta laya: “La política del apolítico Sr. Lugones no llevará al comité ni al puesto rentado, pero permite conservarlo”.

El Dr. Roca sabe perfectamente que esto es falso; y semejante conducta me da derecho para afirmar, a mi vez, que él sería

incapaz de rehusar, como yo lo hice, la dirección de la Biblioteca Nacional, con doble sueldo y categoría muy superior a los de mi actual empleo, aunque un grupo de escritores de todas las tendencias habíala pedido para mí al Sr. Yrigoyen, quien los desatendió, como era previsible: antecedentes recordados por el general Uriburu cuando me ofreció dicho puesto. No soy yo de los que hacen revoluciones para lograr colocación, aun cuando fuese en la cátedra; y no obstante el necio rigorismo con que pretende tratarme, el Dr. Roca tiene, al respecto, mucho que aprender de mí.

Idéntica altura moral en la afirmación de que hablo "cuando el país está constreñido a callar, y es sólo él (yo) uno de los pocos que no ha de sufrir consecuencia alguna de su libertad de expresión".

El Dr. Roca puede estar igualmente seguro de ello, a juzgar por su importancia de político y de escritor. En cuanto a mí, llevo cuarenta y tantos años de periodismo libre, comprometiéndome posiciones, merecimientos y prestigio que el Dr. Roca podrá arriesgar cuando los tenga; y personas de su amistad, como Arturo Capdevilla, a quien menciona, podrán decirle cuál ha sido mi actitud ante las restricciones de la palabra y de la pluma, hasta cuando se trataba de publicistas de su jaez.

Mas, para que haya de todo, he aquí un poco de intriguilla de antecámara: "Lugones se declara autor material o inspirador del manifiesto del 6 de septiembre". Esta nueva falsedad explica aquella predilección por las alfombras. Es también felina...

Y por último, mi carta; aquella carta explicable tres años ha, cuando el Dr. Roca, por el reducido formato en que se ha quedado, parecía un leoncillo. El Dr. Roca es un espíritu tan confuso que basta que él la publique, para que no entienda mi carta. Quiero decir que destinada por él a demostrar mi contradicción ante los conflictos de la Universidad de Córdoba, prueba exactamente lo contrario. Es que nada ciega tanto como el odio personal, sobre todo cuando lo acompaña el atentado más alevé: aquél con que los sectarios reniegan la amistad de quien nunca los danara ni ofendiera, para exterminarlo, siquiera mediante la difamación, en nombre de los principios y de los dogmas. Fanatismo de Inquisición o de Cheka, para suponer lo mejor en el Dr. Roca, que extremando al propio tiempo la gallardía y la lealtad, caza leones en la alfombra del Sr. Fombona y entierra amistades en el rescoldo de su brasero; pues, no sé por qué me parece, y éste es, en suma, el motivo de ocupar tanto tiempo en él, que por su agencia no

desahoga, para mayor desdicha, más de un rencor "demo-liberal", como dice Mussolini, bajo endoso del complaciente campeonador. "Sic oro confit Deodoro".

*Leopoldo Lugones*

[Esta carta de respuesta corresponde a Buenos Aires, 18 de julio de 1931.]

## BOXEA CON SU SOMBRA

### RESPUESTA DE DEODORO ROCA

Yo no tengo la culpa de que don Leopoldo Lugones sea tan vanidoso y tan imprudente. Tampoco de que su habitual insinceridad reste brillo a su talento y lo haga aparecer como un mal escritor. Tampoco tengo yo la culpa de que la juventud viva de este país y de toda América —de la que pudo ser un maestro, a ser lo que no es o a no ser lo que es— lo desprecie y lo ignore cada vez más. Es insincero hasta en su desdén. Olvida mi atribución de discípulo de Blanco Fombona y mi infelicidad de mal escritor para dedicarme el ensayo de la más aparatosa y pobre de sus defensas, tan desmayada y tan vulgar que resulta indigna aun de su “belicosidad” de tapiz. Desde luego, en un trance de increíble vulgaridad. No es ya en las alfombras del señor Blanco Fombona donde había que ir a buscarlo. Pero como no soy aficionado a la caza, y como frente al señor Lugones no me mueve ningún sentimiento subalterno, dejo que escape la fácil e increíble presa corrida por su turbio rencor. De todos modos, va herida en la glándula de su vanidad y de su soberbia y no habrá quien la cure. Sólo una gran humildad y un grande amor de que es incapaz. Lo siento. Ni lo odio —como el muy vanidoso cree— ni lo desprecio por sus increíbles payasadas ante las cosas más hondas y más graves del alma del hombre. Así lo siente la juventud que al desdeñarlo se aparta de él. Pero, hay una condición peor que el “subalterno género de la diatriba”: la tendencia a rebajar sistemáticamente los móviles que guían las opiniones o la conducta de los demás. Ése es un rasgo de avanzada y descompuesta inferioridad. Eso mismo acentúa la pena de la decepción. Fui su amigo. Sufrió sus influencias —maridaje de rebeldía y lirismo— en las horas decisivas de mi juventud sedienta de justicia, de belleza y de verdad. Fue entonces —¡cándida adolescencia!— mi maestro, antes que el señor Blanco Fombona, noble y valiente figura de americano, proscrito hace más de veinte años de su país venezolano por su amor a la libertad y a la civilización, más conocido y estimado que el señor Lugones,

en ambos mundos, y cuya egregia calidad de escritor aquél hace muy mal en desdeñar. Sin duda, su obra y su vida valen mucho más que las del señor Lugones. Sinceramente. Sin ningún agravio.

Por todo eso y porque nunca busqué nada en su amistad, como no fueran altos ejemplos, y porque me sentí defraudado en lo más noble del espíritu, movido de sagrada indignación, lo agredí. Fue un “acto primo”. Lo confieso. Me indignó verlo hacer retórica, payasadas, reincidir en turbias incitaciones contra la libertad civil del país, juntar los talones. Lo que en él equivalía a juntar las muñecas. Me sublevaron sus requiebros ladinos a la espada, sus procacidades bélicas, su calculada brutalidad, su afán por perturbar con una finalidad oscuramente anárquica la recta y tradicional conciencia de los militares argentinos, sus estentóreos reclamos de dictadura, su rol oficioso de cronista de la violencia. Por todo eso me indigné. Y pensé en los miles de jovencitos a quienes podía perturbar y corromper. Era doloroso comprobar, andando los años, que aquel maestro, que aquel “conductor” de cuya palabra férvida estaba nuestra juventud pendiente, no fuera más que un charlatán de plazuela. Ahí tiene explicada el señor Lugones la razón de ese *impromptu*: no odio, sino cólera. Y cólera justa, sagrada, noble de un corazón dolorido y defraudado. ¿Odiarlo yo a Ud. señor Lugones? ¿Por qué, si nunca me hizo Ud. nada, ni nada podía Ud. quitarme o darme? ¿Odiarlo a Ud., concretamente, a Ud.? ¡No entiendo! Aunque entiendo bien a su deslucida manera de defenderse. El señor Lugones sabe que por mi boca hablaba la juventud más valiosa de este país, la que sin contar legionarios “forma legiones”. Y con un procedimiento torpe desvía la cuestión planteada en mi artículo “Lugones y el 18” hacia lo tristemente personal. A nadie interesa, señor, saber si lo odio “tenazmente”, si escribo “mal”, si soy o no “cliente espiritual” del Señor Fombona, si tengo un espíritu “confuso” de “formato reducido”, si mi ingenio necesita del señor Lugones hasta serle indispensable, si soy un “leoncito”, un “sectario”, si profeso un fanatismo de “Cheka”, etc., etc. Interesa señor, si la carta del señor Lugones prueba o no lo que quise probar. Esto es: que la doctrina de la “acción directa” estudiantil, de la cual derivó toda la reforma del dieciocho, fue “acuñada y acunada” por el señor Lugones, quien ahora abomina de su propio engendro, un poco cínicamente. El señor Lugones ha tirado a la “esclusa” su reformismo de aurora y trueno ahora, con agrio empaque de puritano, contra los padres desnaturalizados y contra los hijos abandonados.

Eso es lo único que estaba en cuestión, señor Lugones. Y lo único que queda en pie. Lo demás sólo a Ud. le interesa. Y a nadie más. Ni a mí siquiera. Su "defensa propia" es poco eficaz. Más bien parece que boxeara con su sombra. Y con su mala sombra. Por lo visto Ud. ya ni sabe defenderse bien. Es una defensa indigna de Ud.; falta temperatura, imaginación, agilidad, ingenio y hasta ese coraje magnífico de que antes Ud. solía hacer gala. ¿Qué le pasa, señor Lugones? ¿No ve que el clima de la fuerza es insalubre? ¿No ve que la inteligencia se nubla cuando los talones se juntan? Le falta totalmente la virtud de la sinceridad. ¿Quiere Ud. afectar que desdeña a este pobre e infeliz escritor de provincia, que no tiene ninguna pretensión, y resulta que asoman, a su pesar, las hilachas del rencor o del miedo? Ud. tiene miedo. Claro está que no a mi persona, sino a las verdades que le digo o puedo decirle. Porque Ud. sabe que su posición es insincera y falsa. Porque Ud., don Leopoldo, es, nomás, un incorregible vanidoso. En esto, como en otras cosas de parejo rango, se conduce con estricta fidelidad. En esto se equivocan algunos de sus oficiosos detractores. Sus defectos, si son tales, vienen de lejos. Desde un tiempo montaráz. Proceden de su positiva rareza de párvulo genial. Ningún niño solía decir, así: "papá", ni pronunciar con tal garbo una blasfemia. Adolescente, siguió creyendo que había venido a la tierra a instaurar un orden nuevo en el campo de las ideas, en el palenque de los hechos. Ya joven, aquel maravilloso decir "papá" –asombro de familiares y lugareños– se convirtió en programas completos de restauración o renovación (lo mismo da) política, religiosa, doméstica, cívica, artística, agronómica, astronómica... Programas de una "rareza" y de un énfasis contundente, defendidos a gritos, en tono mayor, por ser –precisamente– los "excepcionales", los únicos. Y así también la madurez. Y alumbrar todo el proceso por una vanidad pueril de Narciso. El narcisismo es el peor enemigo de la personalidad. Toda autopercepción queda oscurecida. Antes de apoderarnos mentalmente de aquello nuestro, que por rebasar cualquier nivel genérico constituye el único botín que podemos ofrecer alguna vez al mundo, hay que llegar a sentir una recelosa frialdad hacia sí mismo. De otro modo se va a parar a una progresiva esterilidad, hacia un progresivo desconocimiento.

El narcisismo individual se resuelve en puerilidad, en fatuidad, en vanidad, en esa ridícula hinchazón que se llama "pedantería". Es frecuente que se dé en los niños pródigos, cuya rara fortuna nunca llega a la madurez. El narcisismo de un pueblo se llama

chauvinismo. Fomentarle es la calamidad más funesta. Por eso tal prurito conduce a esa otra hipertrofia que se llama "nacionalismo". El narcisismo lleva directamente a las prácticas delirantes del culto nacionalista. La prolongación del narcisismo en un joven es la calamidad particular más funesta. La fatuidad, la pedantería, la hinchazón, es el curso y el remate obligado de todo Narciso. Por esta vía ha de poder llegarse a la fuente y a la unidad de don Leopoldo Lugones. Y han de explicarse hasta sus calidades literarias. Su temperamento y su clima. Y hasta la inaudita carta que comentamos. Yo no creo que Lugones sea, en rigor, una gloriosa veleta. No es más que hombre frívolo y fatuo. En mi sincero afán por comprenderlo he meditado sobre ciertos aspectos de su personalidad pública. Y creo haber hecho un descubrimiento importante. Es éste: Lugones conserva intacta en el fondo –y acaso sin que él mismo lo sepa– la romántica acracia que fuera divisa de su juventud turbulenta. Mejor dicho: es un "comunista anárquico" del buen tiempo de Bakunin, o sea, del tiempo de Maricastaña del anarquismo. Sólo que su acracia no está reñida con su vieja devoción por las tiranías. Por recordárnoslo termina su carta con una cita tierna de Mussolini.

Cuando ensalza la fuerza es simplemente para potenciarla y no sabe bien a qué orden de construcción ha de servir. Es el de siempre. Frivolidad. En su vida no ha hecho otra cosa que eso: epatar. Es su devoción más constante. Por eso, para epatar, en vez de poesía hace matemáticas, o astronomía, o botánica. Su devoción militarista de ahora tiene la misma raíz que su ex fobia antimilitarista. La cuestión es epatar. Conforme a la pueril divisa. Frivolidad. Frivolidad. E inflazón. Inflazón retórica, en las actitudes y en las obras. Su literatura misma está ya infectada de inflazón retórica. Unamuno hablando de Victor Hugo –gran patriarca del énfasis– decía que le recordaba a esos gigantones de feria, vanidosos e hinchados que alzan grandes pesas... falsas ante un coro de ojos asombrados. Lugones es también un hércules de feria.

Entristecen siempre los viejos juglares. Pero no alcanzan con todo a parecer ridículos. Lo son sólo cuando asumen aires de juventud que contrastan con su decrepitud. Tal es el caso del señor Lugones cuando pretende expresar los aires y las voces auténticas de este tiempo.

CORRESPONDENCIA INÉDITA

Córdoba, febrero 16 de 1927

Sr. Dr. Julio V. González  
Buenos Aires

Querido Julio:

Acabo de leer gozosamente tu nuevo libro *La Reforma Universitaria*. Eres de los muy pocos espíritus bien dotados que en este país han ahondado en la integridad del problema. Una responsabilidad alegre y un pensamiento alerta y rico maduran en este libro, que es la necesaria promesa de una jefatura.

Aun cuando medien tan largos como inexplicables silencios, haz de creerme que sigo cordialmente tu obra. Entre dispersos papeles debe estar una larga carta inconclusa sobre los aciertos y evocaciones bellísimas de *Tierra fragosa*.

Un fuerte abrazo de tu invariable amigo.

*Deodoro Roca*

[Esta carta se la entregó la hija de Julio V. González a Horacio Sanguinetti, quien a su vez se la remitió a Marcelo Roca. Hoy se encuentra en el Archivo Cristina Roca, de donde la reproducimos.]

FLECHA  
 PERIÓDICO POLÍTICO DE IZQUIERDA  
 ÓRGANO DEL COMITÉ PRO-PAZ  
 Y LIBERTAD DE AMÉRICA  
 Rivera Indarte 544 - U.T. 6027  
 Córdoba

Córdoba, 16 de diciembre de 1935

Querido Giudici:

Su manifiesto y sus líneas. Saldrá en el próximo número 5 de *Flecha* extractado.

¿Reciben *Flecha*? ¿Podrían hacer suscripciones? Tropezamos con grandes dificultades económicas para hacer ese periódico caro, muy caro. Tienen que ayudarnos de esa manera. ¿Podría Ud. escribir un artículo denso, ceñido -ágil, como las cosas suyas sobre el estado actual del problema universitario para publicarlo en el número 6? Se lo reclamo especialmente. No puede ser extenso, pero tampoco puede dejar de tratar a fondo y sin reservas los problemas vivos de la cuestión universitaria argentina. De con franqueza su impresión sobre *Flecha*.

Espero sus noticias.

Su amigo.

Deodoro Roca

[Estas cartas de Deodoro a Ernesto Giudici se encuentran en el Archivo Ernesto Giudici. Todas están mecanografiadas menos la del 6 de abril de 1938, que está manuscrita (con letra de imprenta). No hemos hallado las cartas de Giudici a Roca en ninguno de los dos archivos.]

FLECHA  
 PERIÓDICO POLÍTICO DE IZQUIERDA  
 ÓRGANO DEL COMITÉ PRO-PAZ  
 Y LIBERTAD DE AMÉRICA  
 Rivera Indarte 544 - U.T. 6027  
 Córdoba

Córdoba, 4 de febrero de 1936

Querido Giudici:

Después de un mes regreso hoy del campo. ¿Vio el último número de *Flecha* con su artículo? Era un poco largo -bastante- pero lo salvaba su enorme interés y su eficacia. Necesitamos colaboración de garra, como ésa, pero un poco más densa y breve. Para fin de mes quisiéramos sacar un número bravo sobre el problema universitario. Nos inclinamos a golpear, esta vez, más a los estudiantes por su enorme insensibilidad frente a los más vivos y urgentes problemas. ¿Está con eso? ¿Podría escribir con tiempo algo? ¿Conseguir otras colaboraciones? Preparo una encuesta que haré circular con recomendación de "pronto despacho". ¿Quiénes podrían contestar de allí, a su parecer? Conteste sobre esto enseguida. Ud. se encargaría de distribuir las cartas y comprometer las respuestas urgentes. Las preferiría tajantes, densas, breves.

Su amigo y compañero.

Deodoro Roca

COMITÉ PRO PAZ Y LIBERTAD DE AMÉRICA  
SECCIÓN CÓRDOBA

Córdoba, 21 de abril de 1936

Ernesto Giudici  
Secretario General del Comité de Ayuda Antifascista  
Paraná 555  
Buenos Aires

Estimado camarada:

Recibimos su carta del 17.

En esta misma fecha este Comité ha resuelto adherirse al acto que Uds. proyectan para el 25 del corriente en la Plaza Once contra la Reacción, el Fascismo y la Guerra. Se ha resuelto, al mismo tiempo, designar a n/compañero Dr. Rodolfo Arãoz Alfaro para que nos represente en el acto haciendo uso de la palabra.

Dispuestos a la misma acción intensa y solidaria y augurando éxito al gran acto del 25, le saluda muy cordialmente.

*Deodoro Roca*  
Secretario general  
Rivera Indarte 544

Esta noticia se da hoy mismo a la publicidad.

DOCTORES  
DEODORO ROCA  
OSVALDO A. MACHADO  
JUAN RICARDO LAGUINGE  
ABOGADOS

Rivera Indarte 544  
U.T. 6027 - Córdoba

4 de mayo de 1936

Ernesto Giudici  
Buenos Aires

Querido amigo:

Para el 15 de julio—aniversario de la Reforma—publicaremos un número de 8 páginas de *Flecha*, dedicado exclusivamente a la Reforma Universitaria: la reforma vista sobre un cauce polémico. Y en su proyección americana. Mostrar cómo va cobrando relieve su recóndito contenido social. También interesa desnudar o mostrar mejor dicho la desnudez de este pobre estudiante de 1936, caído un poco de la luna. Por lo menos al que se observa desde aquí. Necesitamos un artículo suyo. Elija tema y comuníquelo. No haga cosa extensa, sino relativamente breve y densa. Indique quiénes podrían escribir cosa que valga y que importe. Mandé nombres y domicilios. Y vea Ud. gente. Preparamos una encuesta incisiva. ¿Quiénes de la gente antigua y nueva podrían contestarla?

Escriba enseguida.

Su amigo.

*Deodoro Roca*

DOCTORES  
DEODORO ROCA  
OSVALDO A. MACHADO  
JUAN RICARDO LAGUINGE  
ABOGADOS

Rivera Indarte 544  
U.T. 6027 - Córdoba

13 de mayo de 1936

Querido amigo:

Su carta del 6. Recién llegada.

Me complace saber que Ud. comparte nuestro penoso punto de vista tocante al estudiante de estos días. Me complace, pero me apena el suceso. Mañana -tal vez en este correo- vaya la encuesta. Contéstela. Van varios ejemplares para que Ud. los haga contestar por gente que diga cosas sustanciosas. Deben ser las contestaciones breves. Estrictas.

Conforme en colaborar en *Contra-Fascismo*. He visto un número y me gusta. Escribiré el artículo que Ud. me pide. Sólo que yo tengo diez mil cosas entre manos. Y esa *Flecha* en la que nadie, casi, ayuda a disparar. No es la tarea de escribir, sino las mil preocupaciones anexas a la responsabilidad del periódico. Casi no se puede contar con los intelectuales cordobeses. A la mayor parte de ellos, cuando tienen que escribir se les sale la hernia.

Quiero decirle que si llega la fecha en que Ud. necesita el artículo y no se lo he mandado me lo recuerda en dos líneas. No lo tome a mal.

Cada uno es como es.

Muy afectuosamente.

*Deodoro Roca*

Ernesto Giudici  
Arcos 2956

Es posible que el viernes esté en Buenos Aires. Búsqueme en el Jousten Hotel.

DOCTORES  
DEODORO ROCA  
JUAN RICARDO LAGUINGE  
OSVALDO A. MACHADO  
ABOGADOS

Rivera Indarte 544  
U.T. 6027 - Córdoba

6 de abril de 1938

Querido Giudici:

Le digo a Botana que la campaña de *Crítica* tiene el ímpetu avasallador de una ofensiva "motorizada". Y Ud. es ahí el gran tanque. Formidable. Y de una eficacia y oportunidad cuyos frutos estarán [ilegible] al mundo.

Lo felicita su amigo y compañero.

*Deodoro Roca*

[Ernesto Giudici - *Crítica*]

DOCTORES  
DEODORO ROCA  
JUAN RICARDO LAGUINGE  
ABOGADOS

\*  
OSCAR SOSA GALLARDO  
PROCURADOR NACIONAL

\*  
Rivera Indarte 544  
U.T. 6027 - Córdoba

25 de abril de 1941

Estimado Giudici:

Con verdadero sacrificio va a Buenos Aires el portador de ésta, Félix Octavio Gómez, tuberculoso, con toda su esperanza puesta en la vacunación Pueyo. Lo pongo en sus manos para que Ud. le facilite o le haga facilitar su propósito de manera inmediata.

Mucho se lo agradecerá su amigo.

*Deodoro Roca*

*[Ernesto Giudici - Crítica]*

AUTOBIOGRAFÍA

## AUTOBIOGRAFÍA

Conformado, como buen cordobés, para el peripato, no me sorprendió, ni me fue difícil saber un día que era abogado y doctor. Por ese cauce, voy hasta ahora, sólo que mi incurable romanticismo hizo siempre mi travesía dramática, hazañosa, rica en emociones intelectuales y en vida fantasiosa. Creo en el espíritu y en la suprema realidad del arte. En la vida del espíritu sólo lo que es falsificación está de más. Una vida en plenitud admite y ennoblece el goce espiritual y enriquece las profesiones que como la abogacía están constantemente escapándose de la espiritualidad y cayendo en zonas de decorosa comercialidad. Basta para ello orientarla en el sentido de lucha por la justicia y poner en ella valor, pulcritud, decoro y mantener siempre vivo el horror por la estupidez, por la chabacanería, por el trabajo mal hecho, y por la vulgaridad plebeya y letrada que es el pulmón de acero de nuestra profesión. Entonces, la abogacía se aproxima a las bellas artes. Y sólo aproximándose así a ellas se puede ser un buen abogado. De ahí que no me haya asombrado de conservar, entre las andanzas frenéticas del foro, vivo y fresco el amor a las cosas del arte y que no considere ninguna suerte de incompatibilidad. De ahí también que no me asombra, en la madurez, me apareciera de pronto, irresistible casi, el ansia de pintar que, de pronto, se insumiera en mi primera juventud, entre códigos, pandectas, alegatos y versos. Yo y Octavio Pinto -amigos de infancia, parientes y compañeros entrañables-, debemos a mi hermano Eduardo Roca, médico, hombre de ciencia doblado en gran artista, fallecido en plena juventud hace muchos años, las sugerencias primeras y el descubrimiento de la inenarrable vida del arte.

No he actuado en la vida pública de mi país desde la angostura de programas y partidos políticos. Pero he hecho, al margen de ellos, y desinteresadamente, una intensa y riesgosa vida pública.

La haré hasta que muera, porque me interesa hasta la pasión el destino de la patria y sobre todo el destino del hombre.

[La reproducimos de la compilación de G. Bermann *El difícil tiempo nuevo*, ob. cit., p. 351. La publica por primera vez *Nueva Gaceta* (órgano de la AIAPE. Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores) en julio de 1942, se presume que fue escrita en 1941.]

## SIRVO PARA LA AMISTAD SIN SOMBRAS

Amigos:

Comprendo que no podía ser éste el banquete para las heroïdades desusadas o las jubilaciones inauditas. Ni el mitin gastronómico de los actos políticos. Ni ese banquete pagado por el triunfador –generalmente malo– donde existe el deber de prestar atención cortesana al anfitrión. Y no se trataría de coronar al poetaastro ni de elegir diputado al cretino, ni de ennoblecer al villano, ni de decorar con cruces al crucificable, ni de esos aplausos “colectivos” de significados casi siempre equívocos: cosas de “sufragio”, clamorosas reticencias o turbios estruendos consagratorios. Trataríase de una cosa más simple: del acrisolado banquete de la amistad. Reuniríanse aquí, con una encendida ocasión de intimidad liberadora y cordial, unos pocos amigos, los amigos mejores, los que sin buscarnos nos encontramos unidos indivisiblemente por los hilos de nuestros sueños; los amigos mejores, los amigos para la vida, pues, como el gran Ramón, no queremos amigos para la muerte, ya que el ideal final sería que los amigos el día de nuestra muerte se reuniesen en fraternal banquete para recordarnos jubilosamente: la tierra exacta y grave para la carne huidiza, el recuerdo hecho vida y no lágrimas, enredado en una ideal y vital presencia. Llevo dentro de mí, permanente, una imagen, que por atávicos impulsos fuerza por acongojarme, que alimenta las más puras esencias de mi espíritu –que está presente en toda mi labor humilde o en toda orgullosa tarea que realice– hecha recuerdo enriquecido –¡siempre enriquecido!– cada vez más viva y por lo mismo cada vez más luminosa, más transparente, más alegre, y que en las caídas inevitables y en los oscuros tropezos que todos tenemos, alumbrada en mi noche con el alegre y desnudo fulgor de una estrella encendida. Es la imagen de Héctor, hermano de la carne y del espíritu, a quien muchos de vosotros conocisteis –y quisisteis, tal vez–, cuyo recuerdo vital es para mí lección consoladora, venero y ejemplo de toda amistad y

esta noche, también presencia –la más querida– y que estaría aquí animándose en las cosas que nos animan a todos; que estaría aquí con su fina y noble prestancia, con sus ojos profundos, reidores y claros, con su sonrisa enjorada de ironías y ternuras, a no mediar... ¡no sé qué! Por todo eso –y por mucho más que yo sé– he pensado, al aceptar, que este banquete, en los motivos que lo incitan, sería todo lo contrario del que se da al intrigante que custodia ambiciones, al político que otorga prebendas o al crítico que sirve halagos. Yo no sirvo –es cierto– para esas cosas; sirvo para otras más humildes y menos exitosas. Sirvo para la amistad sin sombras y sin réditos, para desdeñar la vana apariencia y el falso valor, para preferir en los que llegan, a los que son, para darme unas pocas cosas simples, humildes e inútiles. Es por eso que he aceptado este banquete, pensando en que muy bien podría serlo para todos nosotros, pensando en su lejano y, en cierto modo anacrónico modelo, en aquel elevado “Symposium” griego con su segunda parte de canciones y sus sobremesas helénicas trenzadas por los diálogos y también sostenidas por las libaciones, comenzando por las que apuraban todos en la misma copa que iba de mano en mano, elegido ya, y al azar, entre todos, el Symposiarca que la presidiera. En ese aire jovial y fraternal del ofertorio –injustificable– he hallado la única justificación, la que en cierto modo es alusiva a todos, a todos los que en el ámbito espiritual de Córdoba –cuidándonos de cosas nada cotizables, desafiando el peligro, sorteando oscuros riesgos–, trabajamos, amamos, gozamos y sufrimos, despuntando apenas el silencio profesional que nos rodea, sin haber caído jamás en esos feos vicios provinciales del narcisismo de la misantropía. Repetimos noche a noche aquellos versillos del Rig Veda, que Ortega recuerda: “¡Señor, despiértanos alegres y danos conocimiento!”. El narcisismo y la misantropía son en estas tierras –y en todas las tierras– enemigos mortales de toda formación abierta. Sus máximas deformaciones se acusan en aquel hombre “importante” y vacío, cuya cómica gravedad estimula, al pasar, nuestra glándula satírica; o en aquel otro mordido por la serpiente de la desesperanza y que sólo acierta ante la vida con una posición rencorosa. El narcisismo, injertado en provincial importancia, es el peor enemigo de la personalidad, porque confunde las características generales del hombre –o de una gran falange humana– con las verdaderamente raras excepciones características. Toda autopercepción queda oscurecida si nos queremos demasiado. Como queda oscurecida la percepción

de una mujer, si ante ella nos situamos en la insegura condición de enamorados. Es decir, de ebrios. Este hallazgo único, este grave acontecimiento –el más fecundo de nuestra vida– de encontrar nuestra propia especialidad, rica o misera, vigorosa o endeble, frágil o tenaz, nunca podrá llegar a producirse mientras no se elimine o ceda en nosotros toda narcisista embriaguez. Nosotros, afortunadamente, en nuestra formación siempre abierta, hemos sabido salvar esa zona del provincial peligro, que es, en definitiva, peligro de “limitación”. Por eso no nos cansamos de conocer, de comprender y de gozar los frutos inéditos que traen los días diversos. Mientras más estrecha y localizada sea nuestra vida, aspiramos a que nuestra curiosidad sea más generosa y más amplia. Como la de aquel maravilloso André Thouin, que nació, vivió y murió en un jardín. Pero en este jardín –que era un jardín de aclimatación– vivían y le cobijaban hasta las especies exóticas de las Indias. Impulso de curiosidad, afán irrefrenable de comprensión, he aquí lo verdaderamente “importante” para nosotros, lo que nos ha “salvado” y nos va salvando, hasta que nos llegue ese trágico momento –¡ojalá nunca lo sea!– al que angustiosamente alude Ortega y Gasset, en que una buena mañana, al mirar periódicos y revistas, y leer lo que un joven escribe, tengamos que decir: “Esto ya no lo entiendo”. Habremos tropezado con el muro lindero de nuestra generación o de nuestro tiempo. Habremos perdido ya la plasticidad. No habrá ya en nosotros materia no sellada y troquelada, capaz de recibir la huella advenediza. “Ese día”, dice Ortega, recordando a Baroja, “no tendré más remedio que cerrar mi fontanela, e ir en busca de la próxima Academia”.

Nosotros procuramos prolongar ese día manteniendo en abierto ensayo todas nuestras potencias, huyendo de todo anquilosamiento y de toda postura de “ojos en blanco” como el mismo Ortega define a toda suerte de beaterío. Como venimos demasiado tarde a un mundo demasiado viejo, una legión de hombres y tópicos gloriosos nos rodean y nos exigen a cada momento una docilidad, una subordinación, que al cabo rotundamente negamos. El presente mismo nos impone tantas y tan costosas subordinaciones a tantos y tan vanos o discutibles prestigios de hoy, que la cuerda se nos rompe por lo más endeble. Es decir, por el respeto hacia los prestigios de ayer incapaces ya de comprender la razón de la juvenil y vital rebeldía. He ahí el porqué de nuestras iconoclastias e irreverencias. De mí sé decir que cultivo como una defensa de mi juventud –si queréis prolongada, pero sin afettes–

la irreverencia, y en especial contra los fantasmones, los solemnes, los pedantes, los importantes. Y que nada hay más divertido, más jugoso, y –desde otro punto de vista– más serio, que contemplar cómo desciende el serrín de una solemne testa zarandeada. Es necesario combatir, sobre todo entre nosotros –y es cosa auténtica de jóvenes– contra ese contagioso vicio de la estéril solemnidad, que es la vejez del narcisismo, de todo narcisismo intelectual. Guerra a los solemnes. ¿Cómo? Riendo, con las finas risas del humorismo, mordiendo con sus sutiles, implacables ácidos. Apenas se da el humorismo entre nosotros. Se dan las toxinas, los “venenos” del misántropo o del fracasado, de cuyas falsas luminarias es menester guardarse. Y se precisa llenar un frente. Ejército espiritual que todo pueblo vive –todo pueblo joven como el nuestro, pero amenazado por vetustas normas y ejemplos– debe tener sobre las armas. Producto neto de la vida en marcha. Cuidémonos de compararlos con sus numerosas imitaciones. Al que aludimos es un producto refinado, limpio, del alambique más sutil de la tierra, con sabor a toda la máquina humana: sexo, corazón y mente. Propiciemos ese frente vital, que de lo más infantil lleva a lo más profundo. Sólo con él se puede manejar totalmente –jugar con ella– esa magnífica lira, casi siempre destemplada, que vibra sobre la tierra: el hombre. Gracia, verdad, bondad y poesía. He ahí sus cuatro puntos cardinales. Por ellos podemos ir desembarazados hacia las libres perspectivas del mundo.

Amigos:

Recuerdo un raro y docto vocablo, ofrecido a la gracia de la demostración traída por Lehman sobre el problema de los cristales fluidos: “homeotropía”. Comprende la demostración que en ciertos casos, a pesar del estado líquido o semilíquido, las moléculas componentes de una sustancia encuéntrase en firme y constante disposición recíproca; es decir: “ofrecen una forma”. Imaginemos un cristal fluido. Imaginemos que repentinamente se vuelven una cosa única el sorbo de “champagne” y la copa que le contiene. Habría en esa copa que levantamos para esta fiesta dos elementos, uno móvil, pero informe: el vino; otro de forma delimitada y perfecta, pero inerte y muerto: el vaso. ¿No hemos soñado alguna vez en algo que ofrezca, a la vez, forma acabada y capacidad de movimiento? Pues bien, ese milagro –el realizado en los cristales fluidos de Lehman– es el parejo milagro que yo anhalaria para los perfectos modelos humanos, entrevistados, soñados, en los amane-

ceres de la amistad, sentimiento para mí superior al amor, más evolucionado, más puro, más rico, más raro. Permítaseme con la sugerencia del maravilloso fenómeno algo de lo que yo quisiera ver en las selectas formas que hacen posible la amistad: que cada uno logre para su propia vida aquel don supremo de parecerse a un cristal fluido. Que en ella el movimiento, esto es, la pasión, la emoción, la libertad, la lucidez, lleguen a hacer uno con la perfección formal. Quiero decir: con los constantes equilibrio y medida; que lleguen a fundir el vino y el vaso, de tal modo que vidas regulares, simétricas, como la talla de un búcaro de Sajonia, no dejen de ser, encendidas y espumosas, como ese noble vino de Francia. Así os busco y así os quiero, amigos míos.

[Lo reproducimos del original mecanografiado (Archivo Cristina Roca). Corresponde a un discurso de agradecimiento pronunciado con motivo de una demostración ofrecida por sus amigos. Fue publicado por primera vez en *El País* el viernes 7 de noviembre de 1930. También puede encontrarse en la compilación de Gregorio Bermann, *El difícil tiempo nuevo*, cit., pp. 352-356.]

LA ENTRAÑABLE PRESENCIA  
DE DEODORO

## ADIÓS A DEODORO ROCA

ENRIQUE GONZÁLEZ TUÑÓN

*...su modestia no le impidió ser famoso:  
en muchos corazones, gloria predilecta.*  
(Palabras de Macedonio Fernández  
a Eduardo Gironde)

Está muerto. Él no lo sabe. Si se lo han dicho, no lo cree. Como está en el alba de la muerte, no se han apagado aún en él los ecos de la vida. Todavía la postrer mirada de sus ojos nos ve.

Tal vez cree que duerme. Su sueño navega el río de la vida, pero su alma fugitiva va remontando las aguas profundas del río de la muerte.

Está muerto. Tampoco yo puedo creerlo. Ayer estaba con nosotros. Creció su vida de repente y tiene ahora la Edad sin edad del mundo. Está en la gran entraña misteriosa. Detrás del Arco Iris. Más allá de los cinco sentidos. En el Único Sentido inaprehensible. Donde no es el Fin, sino el Principio. (El Principio es el polvo que después se hizo Verbo.)

Ha muerto sin haber madurado para la muerte, en perfecta madurez de vida. Ha muerto sin querer morir. No era su tiempo de morir y todo tiene su tiempo, según el Eclesiastés.

Por causa de su partida, ha llegado para nosotros el tiempo de llorar. "Lo que ha de ser, ya fue."

Las palabras se ennoblecen hablando de él. Se dulcifican, se suavizan, tornan a su primitiva pureza.

Tenía el corazón caliente y limpio, nutrido por los jugos de la generosidad y la simpatía humana. Los mismos jugos nutrían su inteligencia. Por eso, su inteligencia fue pródiga y honrando a los hombres se honró a sí misma.

Dijo la palabra esencial. Vivió poéticamente.

Oyó latir el corazón del tiempo. Aspiró el vaho que asciende de la tierra y, reconociendo en el polvo la efigie de Adán y de su prole, se reconoció a sí mismo.

Estaba dentro del destino y de la angustia del hombre. La armonía de su alma era armonía del alma universal.

Muchas sombras hacen la noche. Muchas almas, la gran alma ecuménica.

Morir es devolver el alma al alma universal.

Estaba en la ansiedad desesperada del hombre. Defendiendo la verdad y la justicia mil veces negadas, defendiendo la libertad inmortal como el pueblo, defendió al Padre, al Hijo y al Espíritu.

Sobre él, el resentimiento aldeano soltó sus pequeños perros furiosos. Por él -¡qué auténtico señorío el suyo!- jamás tuvo ese afán de sentirse perseguido que enloquece al viento.

Fue una gran claridad. Muere ceñido de admiración y de cariño, en la hora sombría de la tierra.

Verá el amanecer en la fuente de donde el amanecer brota, más allá del mar de diamante negro.

Verá el amanecer antes que nosotros.

Hablo ahora de Córdoba, de color dorado. De Córdoba, la viva, la ardiente, la generosa, la bien querida.

Hablo del duende de la gracia y la sabiduría, que habitaba en el subsuelo de la vieja casa de Deodoro Roca.

Se dice "sótano" y se anticipan olores de humedad y lóbreguez espesa. Sin embargo, yo digo "el sótano de la casa de Deodoro Roca" y anticipo una gran claridad.

El sótano de la vieja casa de Deodoro Roca -Córdoba iluminada, íntima, recoleta-, lleno de libros y sueños y mariposas, con su río de coraje civil desbordando a la calle, tenía cielo y tenía ángeles. Y la lámpara de la vigilia encendida.

Hablo ahora de Córdoba, de la otra Córdoba, por el mismo situada "en esa vaga latitud de los mitos nacionales, florero de tropos y blasonados lugares comunes para uso de viajeros asombrados y turistas intrépidos".

Córdoba de color morado. Córdoba de corazón yerto y ojos secos como los ojos de esas señoras ancianas que sobrepasan la vejez -antiguos retratos con marcos de terciopelo carmesí y guardan devotamente sus lágrimas en cajitas de rapé con conchitas incrustadas.

Hablo ahora de Córdoba, de la otra Córdoba. Y salen de sus nichos espectros feroces que todavía quieren mandar. Y aparecen caducos fantasmas que la más leve brisa deshace.

Hablo de Córdoba de la última voluntad implacable, de litigantes apresurados, de ventanas ciegas, de cuellos arrugados con ballenas, de sueños recién nacidos que mueren de frío y nunca llegan a ser mariposas azules, de antiguos muertos de levita, de retratos al óleo de los antiguos muertos de levita, colgados en las salas antiguas con consolas y antiguo piano de amarillo marfil, en el que una niña antigua tocaba antigua partitura, con olor a heliotropo y jazmín. Esos antiguos muertos de levita que, todavía, más allá de la ceniza, consiguen opíparos nombramientos oficiales para sus descendientes, linajudos sin blanca.

Hablo ahora de Córdoba, con demoradas voces de trasmundo y sigilosa conjura, marchitas vírgenes arrepentidas, arañas nocturnas hilando infamias, el cretino importante y las familias venidas a menos, con las fincas hipotecadas y las butacas del cielo embargadas.

Córdoba del turismo celeste entre el Limbo y el Purgatorio, con poetas que hablan de efebos rosados y del estro del maestro, con ruiseñores ciegos y cielos traspasados por estoques.

Córdoba del pequeño burgués, del filofascista y el encapuchado, topo, rata huidiza, mosca verde. Del vil cálculo de la neutralidad y la pedagogía con estearina.

Córdoba de anónimos cobardes y crueles, de la nocturna mano gelatinosa, mano leve, destrozando los senos perfectos de la belleza. Córdoba del claustro y la rebotica con calumnias, de los aduladores del hombre solemne que sonrieron torcidamente y que ahora se muerden sus labios amarillos. Negra ciénaga, vivo cangrejal oscuro, congrega figuras de cera y odios entumecidos.

Hablo de la noche tonsurada y de un cardeno temblor.

Hablo de esa otra Córdoba, triste de toda tristeza. (Equivocan a sabiendas el rumbo de las aves) Triste de toda tristeza (Crece la ortiga y se espesa el moho) Triste de toda tristeza (Apagad las estrellas que es hora de dormir) Triste de toda tristeza (La viuda, el huérfano y la cartera de expedientes, y repónganse los sellos y archívese).

¡No puedo soportar tanta desolación, tanta tristeza! ¡Ni la tristeza del color morado ni la tristeza de la flor artificial desteñida y marchita!

Que tu sucio hilo de agua traicionera salga de madre en amarillo lodo y ahogue a los pequeños envidiosos y sus ladrillos. ¡A los pequeños hombres oscuros!

La noche cayó súbitamente. La Muerte –puede decirse que carece del sentido higiénico del mundo y puede decirse también que sabe elegir sus amistades– dejó a Córdoba deshabitada. Sin ángel, sin aire celeste, sin palomas, sin grillo, sin delicada brisa, sin milagros, sin magia, sin colores.

Vosotros, fieles amigos de Deodoro Roca, abrid la gran ventana al Infinito, para que entre el viento ardiente y devastador.

Y que se acaben las arañas y los sudarios, la Pequeña Miseria Innumerable, y los telegramas del señor ministro y las subvenciones a los campos de concentración y los murciélagos y los nidos de murciélagos.

Vosotros, fieles amigos de Deodoro Roca, llamad al viento ardiente. Ardientemente.

Sólo así retornará su espíritu y todo lo mágico y delicado que con él se fue.

Sólo así, sobre el polvo esencial, sobre los huesos fundamentales, volverá a latir el corazón generoso de Córdoba.

Un muerto pródigo –el maravilloso, el grande, el insobornable, el tierno, el distraído, el predilecto– dará su ceniza para la Segunda Fundación de Córdoba, sin adjetivos arcaicos, sin Diccionario Espasa de la Historia.

He visto a la Muerte, de cerca. He visto al Ángel de la Muerte velando a la cabecera, con un alicate en una mano y un jazmín en la otra.

He visto a la Muerte –su ondulante imagen– en la superficie del río.

He visto a la Muerte, marchando junto al hombre, con inaudible paso y risa taimada y yerta.

He visto a la Muerte en el rostro del amigo más querido.

¡Qué muerte distraída su muerte!

Caminaba, y la Muerte iba detrás, pisándole la sangre.

He oído la voz de sus huesos murmurar al oído de la Noche Impaciente: "Cuando gustéis", esperando ser triturados, convertidos en polvo.

He adivinado su prurito final de raíces húmedas y camposanto.

Su sensibilidad, afinada hasta el nacimiento del musgo, advierte la respiración de cada pétalo de siempreviva.

Oye el rumor del trasmundo, rumor del insondable mar sin orillas.

Oye doblar las campanas. ("No preguntes por quien doblan las campanas. ¡Están doblando por tí!")

Y todos agonizamos con él. (Sólo él no se queja.)

Ve las imágenes del mundo a través de dos manos transparentes puestas sobre sus ojos.

La Muerte laboriosa no se da tregua. Trabaja dentro de él, noche y día, corroyéndolo.

La llama lo consume. Dentro de él, la vida cae a pedazos. Se desmorona a cada instante.

Su espíritu es un espejo desazogado.

Da la hora (anticipada) de la Muerte. (Para él, para mí, para ti.)

Galopan despavoridos potros negros. Sopla un viento helado. El misterio despierta en su hueso. Cae el sueño con suavidad de cauce.

No digáis el sueño eterno. Decid más bien, la vigilia inmortal. He ahí su espíritu, diafanizando el aire.

Sutil, leve –dulce flor, río sonoro, estrella guía– donde quiera que esté, estará a nuestro lado.

Es el Hombre sin Sangre del poema de Unamuno. El hombre blanco como la luna de la noche negra. El hombre que dio toda su sangre porque las gentes sepan que son hombres.

Las grandes almas afines, las Almas Hermanas lo aguardaban. Cuando él llegó –júbilo en la Eternidad–, ¿quién, quién le dio la bienvenida?

Tal vez Mariano Moreno, abogado de la Revolución, rodeado de los héroes civiles de la Patria, fue al encuentro de Deodoro Roca, abogado de la Reforma, es decir, abogado de la Revolución.

Donde quiera que esté, no perderá la memoria de la tierra y de los hombres.

Siempre estará a nuestro lado.

Cuando luchemos por la libertad querida, él estará con nosotros. Cuando la vida triunfe sobre la muerte, él se regocijará con nosotros. Cuando soñemos, en la alta noche, con un libro entre las manos, él estará a nuestro lado.

Volverá del país de Nunca, Nunca, a nuestro triste mundo de Siempre, Siempre.

Él está con nosotros. Sí, seguramente.

Pero ni sus ojos ni su voz ni su sonrisa volverán a amanecer.

Deodoro, querido camarada, inolvidable amigo, yo sé en qué Ongañra celeste vagará tu alma.

Morir será un pretexto para verte.

Sé que nos encontraremos detrás del horizonte, donde se alcanza la acabada y perfecta desnudez del alma.

Ni tú ni yo abandonaremos jamás la dulce costumbre de nuestro recíproco recuerdo.

Me despido de ti con los versos de Juan Ramón Jiménez, que hemos leído juntos más de una vez:

Quiero dormir esta noche  
que tú estás muerto; dormir,  
dormir, dormir, paralelamente  
a tu sueño completo.  
¡A ver si te alcanzo así!  
¡Quiero dormir tu morir!  
Adiós, adiós, Deodoro.

Sobre tu cuerpo caído hacia el delicado sueño de la ceniza y mientras llega el alba-, en el nombre de los hombres, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu, hago el signo de la V de la Victoria.

*Enrique González Tuñón*

[*La Voz del Interior*, 9 de octubre de 1942. También puede encontrarse en la compilación de Gregorio Bermann *El difícil tiempo nuevo*, cit., pp. 357-362.]

## ADIÓS A DEODORO ROCA

RAÚL GONZÁLEZ TUÑÓN

Deodoro Roca ha muerto en la ciudad de Córdoba -allí donde no pudo alzarse sobre la ruindad y la vileza reaccionaria con toda la fuerza de su estatura intelectual- sin dejarnos la formidable obra escrita que estaba latente en su mente lúcida, pero después de haber acometido, como dirigente universitario en las jornadas memorables de 1918, como amigo de la España Republicana y de la Unión Soviética, como heredero de los hombres de Mayo, como abogado de los perseguidos y los humillados, las más hermosas y nobles empresas civiles. Él inquietó la siesta provinciana, sacudiendo el polvo de las notarias. Su casa fue el refugio de los poetas y de los fugitivos políticos del Continente. Su ternura era tan grande como su sabiduría, y su coraje tan inmenso como su bondad. Una ardiente vocación de sueño ponía paréntesis de encantadoras distracciones en sus ocios siempre llenos de amigos, en sus tardes de Ongamira, y en las mañanas ajetreadas de ese subsuelo mágico de la calle Rivera Indarte, asediado por los campesinos desposeídos y el rostro anhelante de la causa perdida. ¡Querido Deodoro Roca! Muere sin ver el alba de la victoria, joven, arrebatado por una de esas terribles enfermedades, incomprensibles, injustas, cuando tanto podía esperarse de su espléndida y decorosa madurez. Él continúa en nosotros y, particularmente, en sus hijos Marcelo y Gustavo, los muchachos que sabrán recoger la espléndida enseñanza de su vida.

### EN LA MUERTE DE DEODORO ROCA

Deodoro Roca ha muerto en Córdoba, la bella.  
¡Qué argentino tan fino se apagó con su estrella!

Tan generoso, tan delicado y tan fuerte.  
¡Con qué aire distraído habrá visto a la Muerte!

De Ongamira la piedra para su tumba agreste  
y el árbol recio, amigo de la abeja celeste.

Vino de noble cepa para decir la misa,  
y el agua, clara y lenta, como fue su sonrisa.

Misa civil, altiva y revolucionaria:  
No ha muerto. Se transforma su carne solitaria.

¡De rodillas vosotros!, pequeños provincianos,  
covachuelistas ruines, pechoños aldeanos.

¡No ha muerto! que sus ojos verán por nuestros ojos  
la aparición solemne de los Ángeles Rojos.

Con él se muere Córdoba. ¡Adiós, Córdoba, adiós!  
Sólo cuando él retorne, retornarás a nos.

Cuando él retorne... Acaso, ya ve lo que nosotros:  
la Victoria a su carro ata viriles potros.

De sus cascos alados la vasta resonancia  
rompe ya los cordones de la final distancia.

Mientras tú te transformas, ella viene, Deodoro.  
¿Oyes en las raíces los clarines de oro?

¡Flores para la lápida donde brilla tu nombre!  
Y esta sola leyenda: La Victoria es el Hombre.

[El Siglo, 22 de junio de 1942, Santiago de Chile.]

## ¡QUE SUEÑES, DEODORO ROCA!

Él era ciertamente  
la voz más cálida del coro;  
aquel de la palabra melodiosa  
y el pensativo del silencio de oro.

En él vivía un español  
que nunca al argentino fue desdoro;  
un madrileño había en él,  
y en los crepúsculos, un moro.

Sólo en los mundos del ensueño  
tener quería su tesoro.  
Por algún sueño no cumplido  
fue su relámpago y su lloro.

¡Y con qué gracia peregrina  
iba diciendo: Sé... o ignoro!  
En su certeza o su silencio,  
siempre aquel ático decoro.

¿Por qué se fue? ¿Por qué partió?  
Aquí diré lo que avizoro.  
Vinieron ángeles, dijéronle:  
—Vamos, Deodoro.

Una revolución Ariel intenta,  
y es su bandera un meteoro  
de libertad y de esperanza...  
Respondió:  
—Entonces no demoro.

Y se nos fue. Su tumba es ésta.  
De que está en gloria, me cercioro  
por voz de pájaros. ¡Que sueñes  
a tu gusto, Deodoro!

*Arturo Capdevila*

Ante su tumba, el 3 de noviembre de 1942.

[*La Voz del Interior*, 7 de junio de 1944]

## DEODORO ROCA, O LA MUERTE DE UN HOMBRE

En el pizarrón negro –colgado entre dos anaqueles de mi hoy exigua biblioteca– donde con tiza azul o blanca me llamo la atención sobre mis trabajos inmediatos, figura escrito, desde no hace muchos días, este título para un poema próximo, apremiante: “Elegía a una vida clara y hermosa”.

No es casual que a partir de esa tarde interrumpida en que se nos fue Deodoro Roca, se cruzara, adueñándose de mí, el recuerdo insistente, el golpear constante de otro título anunciado por Juan Ramón Jiménez a raíz de la *ida* de aquel gran viejo D. Francisco Giner, maestro, fundador, también primera piedra y uno de los raros e impares Deodoros penúltimos de nuestra España: “Elegía a la muerte de un hombre”.

De un hombre. He aquí la tremenda, arriesgada palabra, tan pocas veces merecida, falsa etiqueta sobre tantos, robo diario de casi todos. Un hombre. “Nada menos que todo un hombre”, que diría, que hubiera aplicado a Deodoro otro maestro, merecedor, ostentador de esa misma divisa, hombre: Don Miguel de Unamuno.

Pues bien: es de la hombría de aquel hombre de Córdoba, de su vida clara, juvenil y hermosa de lo que yo quisiera poderos decir pronto –yo, su último y más reciente amigo– en unos cuantos versos de palabras nobles, familiares, ésas que por repetidas arrastran ya pegadas en su alma tan humanado sentimiento, más que imposible de expresar a fuerza de sencillo. Sí, es con palabras de todos los días como yo pido ahora al no sé quién oculto que nos ilumina y achicharra la mano, contaros de aquel abierto hombre emocionado en medio de sus paisajes nativos. (Sus álamos de El Totoral, junto al río siempre verde de yerbabuenas y largas trenzas susurrantes; las cien veces pintadas tierras rosáceas y carmines de su Ongamira veraniego; su huertecillo de duraznos, manzanos, perales y ciruelos, frescos del respirar de un hondo arroyo rebotado de los montes). Es con palabras de todas las horas como

yo deseo hablaros de aquel valiente hombre de fe, de pleno corazón y rebosada inteligencia. (Deodoro entregado sin reservas, natural, verdadero, con una mano abierta de pasión y un acento viril, que no velaba en él por eso su franca voz de hermano, de camarada desprendido. ¡Deodoro bajo de aquellos encalados arcos de su admirable biblioteca, con humedades y hálitos, para mí, de recogida bodega jerezana!) Es con palabras de todos los instantes como yo necesito empararos de aquel hombre angustiado y apasionado de España, que sin haberla visto la veía, la sabía, la sufría y lloraba en su sangre, hasta llegar a defenderla con ardor de soldado, de voluntario sin reposo. (No olvidaré nunca las palabras de hondo conocimiento y amor, breve reflejo de su clara conducta durante nuestra guerra, que puso como prólogo a mi conferencia sobre Federico García Lorca en el Teatro Rivera Indarte de la Córdoba de sus batallas. No, no sólo yo, sino los españoles todos de este impuesto peregrinaje por tierras de América, le olvidaremos, le perderemos de nuestra memoria. Porque su obra de generosidad y grandeza será conocida plenamente allá lejos, por encima del mar, llevada por nosotros algún día en viaje de triunfo. Ya no te faltará, buen amigo Deodoro, una alta y noble piedra guadarrameña, venteada de pinares de las dos Castillas, que perdure tu nombre en medio de esa España de tu corazón y quemado desvelo.)

¡Oh joven musa mía emigrante y ensangrentada: dictame ya esas simples palabras justas en honor a la muerte de un hombre, a una vida clara y hermosa!

*Rafael Alberti*

ELEGÍA A UNA VIDA CLARA Y HERMOSA  
DEODORO ROCA

Yo sé a quién preguntarle, a quién decirle  
cantos, rosas, razones de su vida;  
por qué altura de álamo medirle,  
por qué piedra indagarle  
la densidad de agua conducida,  
remansada en su río;  
por qué estrella llorarlo sin llorarle,  
por qué decirle nuestro y por qué mío.

Yo sé cómo llenar ese vacío  
que deja un árbol ya desarbolado,  
una roca tocada de inclemencia,  
una hundida creciente,  
la luz de un resplandor arrebatado.  
Sueñe el bosque su verde transparencia,  
su voz el mar, la cumbre alta su frente,  
la llama el corazón de su pasado.

Como se pierde un barco iluminado  
entre dos tristes selvas litorales;  
se extermina de pronto una arboleda,  
un hombre verdadero;  
así sus claras hondas fraternales,  
lo que descuajó el hacha y que nos queda:  
libre, un claro sendero,  
difícil y advertido de señales.

Mudos, los largos llantos funerales.  
Alta estrella, mas no para loores.  
Alto río, mas no para la escoria.  
Árbol alto, mas para bien movido.  
¡Arded, bullid, sonad, laboradores!  
La vida clara, hermosa la memoria,  
hermoso su sentido,  
claro su ejemplo y claros sus deudores.

(Remontando el Paraná, primavera de 1942)

*Rafael Alberti*

[La rememoración de Rafael Alberti la tomamos de *Crítica*, 22 de junio de 1942. La poesía, de la compilación de Horacio Sanguinetti *Prohibido prohibir*, ob. cit., pp. 147-150. Le hemos escrito a Rafael Alberti preguntándole sobre sus recuerdos del exilio español y su amistad con Deodoro, pero al momento de imprimir este libro no hemos obtenido aún respuesta.]